

# LOS MANUSCRITOS REALES DE PHILIPPE DE COMMYNES

**María Sánchez Ruiz**

Per citar o enllaçar aquest document:  
Para citar o enlazar este documento:  
Use this url to cite or link to this publication:

<http://hdl.handle.net/10803/667700>

**ADVERTIMENT.** L'accés als continguts d'aquesta tesi doctoral i la seva utilització ha de respectar els drets de la persona autora. Pot ser utilitzada per a consulta o estudi personal, així com en activitats o materials d'investigació i docència en els termes establerts a l'art. 32 del Text Refós de la Llei de Propietat Intel·lectual (RDL 1/1996). Per altres utilitzacions es requereix l'autorització prèvia i expressa de la persona autora. En qualsevol cas, en la utilització dels seus continguts caldrà indicar de forma clara el nom i cognoms de la persona autora i el títol de la tesi doctoral. No s'autoritza la seva reproducció o altres formes d'explotació efectuades amb finalitats de lucre ni la seva comunicació pública des d'un lloc aliè al servei TDX. Tampoc s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant als continguts de la tesi com als seus resums i índexs.

**ADVERTENCIA.** El acceso a los contenidos de esta tesis doctoral y su utilización debe respetar los derechos de la persona autora. Puede ser utilizada para consulta o estudio personal, así como en actividades o materiales de investigación y docencia en los términos establecidos en el art. 32 del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual (RDL 1/1996). Para otros usos se requiere la autorización previa y expresa de la persona autora. En cualquier caso, en la utilización de sus contenidos se deberá indicar de forma clara el nombre y apellidos de la persona autora y el título de la tesis doctoral. No se autoriza su reproducción u otras formas de explotación efectuadas con fines lucrativos ni su comunicación pública desde un sitio ajeno al servicio TDR. Tampoco se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al contenido de la tesis como a sus resúmenes e índices.

**WARNING.** Access to the contents of this doctoral thesis and its use must respect the rights of the author. It can be used for reference or private study, as well as research and learning activities or materials in the terms established by the 32nd article of the Spanish Consolidated Copyright Act (RDL 1/1996). Express and previous authorization of the author is required for any other uses. In any case, when using its content, full name of the author and title of the thesis must be clearly indicated. Reproduction or other forms of for profit use or public communication from outside TDX service is not allowed. Presentation of its content in a window or frame external to TDX (framing) is not authorized either. These rights affect both the content of the thesis and its abstracts and indexes.



UNIVERSITAT DE GIRONA

**TESIS DOCTORAL**

**LOS MANUSCRITOS REALES DE PHILIPPE DE COMMYNES**

**VOL. 2**

**ANEXOS**

**María Sánchez Ruiz**

**2018**



## TESIS DOCTORAL

# Los manuscritos reales de Philippe de Commynes

---

Universitat de Girona

**Programa de Doctorat en Ciències Humanes, del Patrimoni i de la Cultura**

**Tutor y director de la tesis doctoral: Dr. Jorge García López**

Doctora por la Universitat de Girona

**María Sánchez Ruiz**

**2018**

## **Resumen**

Esta tesis doctoral se ocupa de realizar una edición crítica de dos manuscritos castellanos, a saber: el códice escurialense J.I.6 y el testimonio BNE 17638, que conservamos de la obra historiográfica del autor francés Philippe de Commynes (1477-1511), conocida como las *Mémoires*. Si bien, no solo se dedica a presentar una edición crítica de la primera parte de esta gran obra, sino que también pretende realizar un estudio social, cultural, histórico, político y, como no, filológico y ecdótico, de dicho texto. Por ello la tesis se divide en dos volúmenes: por una parte, un estudio introductorio sobre una serie de cuestiones históricas, políticas, sociales y culturales que atañen a las traducciones, y, por otra parte, la edición crítica de dos de las traducciones castellanas de la obra del historiador.

## **Resum**

Aquesta tesi doctoral s'ocupa de realitzar una edició crítica de dos manuscrits castellans, a saber: el còdex escurialense J.I.6 i el testimoni BNE 17638, que conservem de la obra historiogràfica de l'autor francès Philippe de Commynes (1477-1511), coneguda com les *Mémoires*. Si bé, no només es dedica a presentar una edició crítica de la primera part d'aquesta gran obra, sinó que també pretén realitzar un estudi social, cultural, històric i polític i, com no, filològic i ecdòtic, del mencionat text. Per això la tesi es divideix en dos volums: per una banda, un estudi introductor i sobre una sèrie de qüestions històriques, polítiques, socials i culturals que fan referència a les traduccions, i, d'altra banda, l'edició crítica de dues traduccions castellanes de la obra de

l'historiador.

## Summary

This doctoral thesis is responsible for making a critical edition of two Spanish manuscripts, namely: the codex escurialense J.I.6 and the testimony BNE 17638, which we keep of the historiographical work of the French author Philippe de Commines (1477-1511), known as the *Mémoires*. Although, not only it is dedicated to present a critical edition of the first part of this great work, but also it aims to carry out a social, cultural, historical, political and, of course, philological and ecdotic study of the mentioned text. Therefore, the thesis is divided into two volumes: on the one hand, an introductory study on a series of historical, political, social and cultural issues concerning to translations, and, on the other hand, the critical edition of two of the Spanish translations of the work of the historian.

**MANUSCRITO J.I.6**

**REAL BIBLIOTECA DEL MONASTERIO**

**de San Lorenzo de El Escorial**

**MANUSCRITO 17638**

**BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA**

## **EDICIÓN CRÍTICA**

[Ir] Las memorias del señor Felipe de Comines, Caballero y Señor de Argentón.

De los hechos principales de Luis Onzeno y Carlos Octavo, su hijo, Reyes de Francia.

[IIr] Señor,

Heredó Vuestra Magestad, con los estados de Flandes y ducado de Borgoña, que fueron del duque Filipo el Bueno y Carlos el Valeroso, progenitores de Vuestra Magestad, sus obligaciones, así de alianzas, ligas y amistades con los Reyes y príncipes sus veçinos; como las discordias, guerras y disensiones que con ellos se suelen tener por ser aquellos estados el çentro o plaça de armas de Europa, como da a ofender o ayudar sus confinantes y ser dellos ofendido o ayudado. Felipe de Cominis, historiador françés, escribió los hechos de Luis de Values Onçeno y Carlos Octavo, Reyes de Francia, y de Felipe y Carlos, Duques de Borgoña. Habla con mucha claridad y çerteça en su historia, declara la ocasión [IIv] y sustançia de las guerras de su tiempo con mucha doctrina para poder valerse della en las ocurençias de estado de los tiempos presentes y venideros. Escribió en françés y, aunque sé le entiende Vuestra Magestad y que no neçesita desta traduçión para aprovecharse de su lectura como dueño destas provinçias, habiendo en ratos ocçiosos reduçídola a la lengua castellana, me pareció que este poco trabajo se enderaçase donde tengo dedicadas todas mis açiones que es a Vuestra Magestad, y su serviçio, cuya Católica Persona guarde Dios y en estados aumente como la cristiandad ha menester, y sus criados y vasallos desseamos. De Palermo, y enero, 6, de 1622.

De Vuestra Magestad, humilde primo y criado Filiberto.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Tras la dedicatoria a Felipe IV sigue una hoja en blanco.



## [IVr] Prólogo del autor

Por satisfazeros, Señor Arçobispo de Viena, a lo que me habéis pedido de que os escriba y ponga por memoria lo que he visto y he entendido de los hechos del Rey Luis Onçeno, que Dios tenga en Su Gloria, nuestro Señor y Bienhechor digno de eterna memoria, lo hago lo más ajustado a la verdad que yo sé y puedo acordarme.

Del tiempo de su moçedad no tengo qué dezir. Y así empearé desde que entré en su servicio hasta la hora de su muerte, a la cual me hallé presente, habiéndole servido con más asistencia que ninguno otro de mis compañeros en muchos y graves negocios. Y siempre de gentilhombre de su cámara, en él y en todos los otros príncipes que yo he conoçido y servido, he visto de bueno y de malo porque son hombres al fin como los demás, y a Dios solo pertenece la perfección. Mas quando un príncipe sigue la virtud y buenas costumbres y huye los vicios, es digno de grande alabança, teniendo ellos más ocasión de ser inclinados a seguir su voluntad que los otros hombres, por el poco castigo que han tenido en su criança y [IVv] moçedad, y porque quando vienen a la edad de hombres, la mayor parte de los que le están çerca procuran seguir su gusto y inclinación.

Y como no es mi intento apartarme de la verdad, y podría ser que se hallase en este discurso algo que no fuese de alabança, espero de los que le leyeren consideraran las razones sobredichas, y tanto me atrevo a deçir en su loor, que no he conocido príncipe con menos vicios que él considerándolo todo. Y he tenido gran comunicación con ellos, que ningún hombre de Francia de mi tiempo ha tenido tanto, assí de los que han reinado con este reino, como en Bretaña, en los paeses de Flandes, Alemaña,

**Inlaterra,** España, Italia y Portugal; tanto de señores espirituales como temporales, porque he conoçido muchos de vista de embaxadas, por cartas y instrucciones, que con esto bien se puede tener noticia de su natural y condición. Con todo, no pretendo alabándole disminuir la honra y el buen renombre de los otros.

Ahí os lo envió creyendo le pedís para ponerle en alguna obra que debéis de querer hazer en lengua latina, en la cual sois tan elegante y erudito, y por ella se conocerá la grandeza del príncipe de quien vos habláis, y también de vuestro entendimiento. Y donde yo erraré hallaréis el Señor de Bouschage, y otros, que sabrán hablar y explicarlo con mejor lenguaje que yo. Mas por obligación de honra y la gran privança que con él tuve, sin jamás interromperla hasta [Vr] la muerte, ninguno debe acordarse mejor que él o yo porque jamás faltamos de su presencia el uno o el otro, y asimismo por las pérdidas que me han venido después de su muerte, que es muy para acordarse della y sentirla, y tener en la memoria las mercedes que dél he reçibido, aunque es cosa acostumbrada que después de la pérdida de tan grandes y poderosos príncipes las mudanças son grandes, en que unos ganan y otros pierden, porque los bienes y honras no se reparten al desseo de los que las piden.

Y para mejor informaros de lo que desseáis saber, me es fuerça empeçar primero del tiempo antes que entré a servirle, y seguir hasta el día que me recibió por su criado, y continuar hasta su muerte.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Tras el prólogo del autor hay folio en blanco.

[1r] CAPÍTULO PRIMERO. Cómo el autor vino a servir al Conde Charolois, después Duque de Borgoña.

Saliendo de mi niñez, y entrando en edad de poder manejar un caballo, tratando y conversando en Lila, donde estaba el Duque Carlos de Borgoña, que entonces se llamaba Conde de Charolois, me recibió en su servicio el año mil y cuatrocientos y sesenta y cuatro. Tres días después llegaron los embajadores del Rey: el Conde de Eu, Cañiller de Francia, llamado Merviller, y el Arçobispo de Narbona. Y en presencia del Duque Filipe de Borgoña y del Conde de Charolois y todo su consejo, se les dió pública y grata audiencia. Habló el cañiller con mucha arrogancia, diciendo que el Conde de Charolois había hecho prender, estando en Holanda, un pequeño navío de guerra que había salido de Dieppa, en el cual estaba un bastardo de Rubempré haciéndole cargo que le había ido a prender, y que assí lo había hecho publicar por todas partes, y particularmente en Bruxas, donde se hallaban de todas naciones por un caballero de Borgoña que se llamaba Oliver de la Marcha. Por lo cual el Rey se [1v] hallaba muy ofendido por ser contra verdad, como él dezía, y, por tanto, requiría al Duque Felipe que le enviase a Oliver de la Marcha preso a París para darle el castigo que el caso merecía. A esto le respondió el Duque Felipe que Oliver de la Marcha era natural del condado de Borgoña y su mayordomo, y que no era sujeto a la corona de Francia. Con todo, que si había dicho o hecho algo contra la auctoridad del Rey y se le probasse, que él le daría el castigo que sus culpas merecían. Y en quanto al bastardo de Rubempré, era verdad que estaba preso por las ocasiones y señales que el bastardo y su gente daban andando cerca de la Haya en Holanda, donde entonces se hallaba su hijo el Conde de Charolois, y que

si su hijo era sospechoso no le venía por su parte, que nunca lo fue, sino por su madre, la cual fue la más sospechosa dama que él conoció. Y con ser verdad, como dicho es, que él no lo fue jamás, si se hubiera hallado en el lugar de su hijo cuando el bastardo de Rubempré estaba en aquellas partes, que él lo mandara prender, como se hizo. Y que si el bastardo no se hallaba culpado de haber querido prender a su hijo, como se decía, que luego le daría libertad y le enviaría al Rey, como los embaxadores lo pedían.

Luego prosiguió el cañiller haziendo grandes y deshonestos cargos al Duque de Bretaña, llamado Francisco, diciendo que el dicho duque y el [2r] Conde de Charolois, que estaba presente estando en Turs con el Rey, a donde le había ido a ver, se habían dado los sellos por mano de Miser Tangui du Chatel, que después fue gobernador de Rossellón, y con gran autoridad en este reino. Y hacía el cañiller el caso tan ynorme y feo que no dexó cosa que se pudiese decir a este propósito por baldonar y vituperar a un príncipe que él no dixesse. A lo cual el Conde de Charolois por diversas vezes quiso responderle, como muy ofendido de la injuria que se hacía a su amigo y confederado. Mas el cañiller le respondió siempre diciendo: “Señor Conde de Charolois, yo no he venido para informaros a vos, sino a vuestro padre”. El conde suplicó muchas vezes a su padre que le dexasse responder, el cual le dixo: “Ya yo he respondido por vos como me parece que un padre debe responder por su hijo; con todo, si tenéis tanto desseo de hacerlo, consideraldo hoy y mañana dezid lo que quisiéredes”. Y decía el cañiller que él no podía pensar que hubiesse movido al conde de hacer esta alianza con el Duque de Bretaña, sino una pensión que el Rey le quitó, la cual le había dado en el gobierno de Normandía. [2v]

CAPÍTULO SEGUNDO. Cómo el Conde Charolois habló al canciller en presencia del Duque Felipe su padre.

El día siguiente, estando presentes en la junta los que lo fueron en la pasada, el Conde Charolois, de rodillas sobre una almohada de terciopelo, habló primero a su padre y empezó diciendo que las causas de la prisión del bastardo de Rubempré eran justas, las cuales constaban del proceso. “Con todo, yo no creo se halla contra él cosa alguna, que solo fueron sospechas porque cinco años después le vi salir de la prisión en que estuvo.” Luego prosiguió en el descargo del Duque de Bretaña y suyo, confesando que era verdad que el Duque de Bretaña y él habían hecho liga y amistad, y que eran hermanos en armas, pero que esto no era en perjuicio del Rey ni reino, antes para servirle y sustentarle si se ofreciese ocasión. Y en cuanto a la pensión que le habían quitado, no había cobrado della mas que nueve mil francos de tres meses corridos, y que él nunca la procuró, ni el gobierno de Normandía. Y que mientras estuviese en gracia de su padre, podía pasar sin otras mercedes, y creo que si no fuera por su respeto que se hallaba presente, al cual endereçaba su dis- [3r] -curso, que hubiera hablado más asperamente. La conclusión del Duque Felipe fue humilde y sabia, suplicando al Rey no creyese ligeramente contra él y su hijo, y que los conservasse en su gracia. Después trujeron vino y confitura, y los embaxadores se despidieron del duque y de su hijo, y cuando se fueron a despedir del Conde de Charolois, el Conde de Eu y el Canciller, que estaban algo apartados de su padre, dixo al Arçobispo de Narbona que fue el postrero: “Recomendadme a la buena gracia del Rey y decilde qué buena ha sido la reprehensión

que me ha hecho dar aquí por el Cançiller, pero antes que passe un año se arrepentirá.”

El Arçobispo de Narbona hiço su embaxada al Rey quando volvió.

Como entenderéis, después estas palabras del Conde de Charolois engendraron en el Rey grande enojo, añadiendo que era poco tiempo que el Rey había rescatado los lugares que están en la ribera de la Somma como Amiens, Abbeville, San Quintín, y otros dados por el Rey Carlos Séptimo al Duque Felipe de Borgoña por el concierto que se hiço en Arraz para que los gozasse él y sus decendientes varones, en empeño de cuatro cientos mil escudos. Todos estos conciertos, por hallarse el duque viejo, fueron guiados por el Señor de Croe y de Chima y hermanos y otros de su casa, cobrando el dinero del Rey el duque y restituyéndole. [3v] Los dichos lugares de que el Conde Charolois se sintió mucho, por ser estas las fronteras y límites de sus estados, con las cuales perdieron mucha y buena gente de guerra; y el conde hacía cargo desta negoçiaçión a la Casa de Croe. Y a causa de estar su padre en la estrema vejez en que se hallaba el Conde de Charolois, echó de sus estados los dichos Señores de Croe y les quitó las plaças y cargos que tenían.

CAPÍTULO TERCERO. De la guerra movida por los Señores de Francia llamada el Bien Público.

Pocos días después de la partida de los embaxadores, vino a Lila el Duque Juan de Borbón, último que murió, fingiendo venir en busca de su tío el Duque Felipe de Borgoña, que amaba entre todas las cosas del mundo este de Borbón, el cual era hijo de una hermana del Duque Felipe, que había mucho tiempo que era viuda y estaba con su hermano el duque con tres hijas y un hijo suyos. La ocasión de su venida era para ganar y reducir a su tío que levantasse ejército en sus estados, [4r] asegurándole que lo mismo harían los otros Príncipes de Francia, para dar a entender al Rey el mal orden y injusticia que hacían en su reino, y querían hallarse con fuerzas para constrañirle si no se dexaba gobernar. Esta guerra fue llamada después “el Bien Público” porque se contentaría so color del bien del reino.

El Duque Felipe, que fue llamado “el Bueno” después de su muerte, consintió fuesen hechas levas de gente, mas el ruido deste enredo jamás le fue descubierto, ni él entendió que las cosas llegaran a tal rompimiento. Luego empezaron a meter en orden sus gentes y vino el Conde de San Pol, después Condestable de Francia, en busca del Conde de Charolois a Cambray, donde entonces se hallaba el Duque Felipe, y vino con él el Marescal de Borgoña, que era de la Casa de Neuschatel. El Conde de Charolois hizo una gran junta de gente de consejo, y otros de la casa de su padre, en casa del Arçobispo de Cambray, donde declaró a todos los de la Casa de Croe por enemigos capitales de su padre y suyos, no obstante que el Conde de San Pol había dado una hija suya, mucho tiempo había, en casamiento al hijo del Señor de Croe, y decía el gran

daño que desto le venía. En resolución, convino que todos se fuesen de los estados del Duque de Borgoña perdiendo gran cantidad de hacienda. Desto se desagradó el Duque Felipe, el [4v] cual tenía por su Sumilier de Corps uno que después fue llamado Señor de Chimay, hombre moço y bien acondicionado, sobrino del Señor de Croe, el cual se fue sin despedirse del duque, su amo, por el recato de su persona, porque fuera muerto o preso, que así se le había dicho.

La mucha vejez del Duque Felipe hiço sobrellevar esto con paciençia, y la restitución de los estados situados sobre la ribera de la Soma, que el Duque Felipe había entregado al Rey Luis, por la suma de cuatro cientos mil escudos, fue la causa desta declaración que se hiço contra estos señores, a quien el Conde de Charolois haçía cargo de haber hecho consentir al Duque Felipe en ella. El Conde Charolois se compuso y aquietó con su padre lo mejor que pudo, y luego se puso su gente de guerra en campaña, y en su compañía al Conde de San Pol por conductor principal de sus negocios y persona de mayor estima de su ejército que tenía trecientos hombres de armas y cuatro mil archeros a su cargo. También había gran cantidad de buenos caballeros y escuderos de los paeses de Artois, Henau y Flandes, debaxo de la mano del dicho conde por orden del Conde de Charolois. Otra tanta gente tuvo el Señor de Rabastayn, hermano del Duque de Cleves, y el Señor Antonio, Bastardo de Borgoña, los cuales habían sido señalados para conduçirla. Otras cabe- [5r] -ças había que agora no nombro por la brevedad; solo diré que entre ellos había dos caballeros que tenían gran crédito con el Conde de Charolois: el uno era el Señor de Haulbordin, caballero viejo hermano bastardo del Señor de San Pol, criado en las antiguas guerras de Francia y de Inglaterra en el tiempo que el Rey Enrique Quinto de Inglaterra reinaba en Françia, y que el Duque Felipe, su aliado, estaba con él. El otro era el señor de Contay, que era del mismo tiempo, los cuales eran muy valientes y cuerdos caballeros y tenían la principal



carga del ejército de los moços; había muchos, entre los cuales uno muy nombrado llamado Felipe de Lalain, que era de un linaje donde pocos se han hallado que no hayan sido valientes y esforçados, y casi todos muertos en la guerra sirviendo a sus señores. El ejército sería de mil y cuatrocientos hombres de armas mal armados y sin disciplina, pero muy bien puestos y acompañados porque apenas pudiéades ver quien no tuviese cinco o seis buenos caballos, porque había mucho tiempo que estos señores goçaban de paz, y después del tratado de Arras habían visto poco de guerra que hubiesse durado. Y a mi parecer, treinta y séis años había que goçaban de reposo, salvo unas guerrillas contra los de Gante que casi no habían durado tiempo considerable [5v] de los archeros. Había bien ocho o nueve mil, y cuando la muestra se tomó hubo más quehaçer en enviarlos que al llamarlos, de los cuales fueron escogidos los mejores.

CAPÍTULO CUARTO. Cómo la Casa de Borgoña por largos años ha tenido gran renombre, entre todas las otras, y después ha venido en desminución.

En este tiempo, los vasallos de la Casa de Borgoña se hallaban muy ricos por causa de la larga paz que habían goçado por la bondad del príncipe que los gobernaba, el cual les cargaba poco de imposiciones, y me parece que entonçes sus estados, entre los otros del mundo, se podían llamar tierra de promisión. Y ellos estaban llenos de riquezas y con gran reposo, lo que no goçaron después jamás. Y puede haber veinte y tres años que empeçaron los gastos y vestidos de hombres y mujeres a ser grandes y superfluos; los combites y banquetes, los más sumtuosos y más pródigos que en ninguna parte del mundo. Yo he conoçido los baños y fiestas que se haçían con mujeres: eran desordenadas, con poca honestidad, digo de las mujeres de baxa condición. En fin, no parecía entonçes a los vasallos desta casa que [6r] ningún príncipe fuese bastante para ellos, o a lo menos que los pudiesse sujetar. Y, en este mundo, no conozco el día de hoy casa tan acabada, y no dudo que los pecados del tiempo de la prosperidad fuesen causa que padezcan estas adversidades, principalmente no conoçiendo que todas las merçedes reçibidas procedieron de la mano de Dios, que las reparte a quien es servido.

Y así, hallándose a punto el ejército, que fue en un instante de todas las cosas que tengo arriba dichas, el Conde de Charolois començó a marchar con él, que todos estaban a caballo, sino los que conduçían el artillería, la cual era grande y buena, según aquel tiempo, y llevaba tan gran cantidad de carros que se cubría la mayor parte del ejército con ellos. Luego siguió su camino para Noyon y sitió un pequeño castillo, en el cual había gente de guerra, llamado Nele, que en pocos días le tomó el Mariscal Joachin

de Francia, que había salido de Perone. Se hallaba siempre junto al ejército, el cual no ofendía, por la poca gente con que se hallaba, y se entró en París cuando el conde se le acercó. En todo el camino no hizo facción alguna, ni los suyos tomaron cosa sin pagarla, y así los lugares que están sobre la ribera de Soma, y todos los otros, dexaban entrar la gente en poco número, y les daban lo que querían por su dinero, y bien se conocía que ellos guardaban quien sería el más poderoso: el Rey o los príncipes. Y caminó tanto el conde que llegó a San Dionís, cerca de París, a donde se habían de hallar todos los señores del reino, como habían prometido, pero no se hallaron.

Estaba cerca del conde por embajador del Duque de Bretaña, su vicecanciller, que tenía firmas en blanco de su amo y se valía dellas, conforme le parecía convenir a los negocios. Él era normando y muy sagaz, y bien lo había menester por las murmuraciones de la gente que había contra él. El conde fue a vista de París, donde hubo una grande escaramuza hasta las puertas de la ciudad, y recibieron daño los de dentro. De la gente de armas no había más que Joachin y su compañía, y el Señor de Nontollet, que después fue mayordomo mayor, que también sirvió al Rey en esta guerra como otro cualquier sujeto moço y, al fin, fue mal remunerado por las persecuciones de sus enemigos, más que por culpa del Rey, pero ni los unos ni los otros no se podrían del todo excusar. Aquel día hubo de la gente baxa, como después he sabido, muchos temerosos hasta gritar que estábamos dentro, assí lo he entendido, mas era sin propósito.

Con todo esso, el Señor de Haultbourdin, del cual he hablado arriba, fue de parecer que se asaltase París, el cual se había criado en él y entonçes no era tan fuerte como agora. Los hombres de armas lo desseaban todos no haziendo caso del pueblo, porque llegaron con las escaramuças a las puertas. Con todo esso, es de creer que no se podía tornar, y el conde se volvió a San Dionís. El día siguiente por la mañana estuvieron en consejo por ver si irían a recibir al Duque de Berri y al de Bretaña, que

estaban cerca, por lo que decía el Vicecañiller de Bretaña mostrando cartas suyas, pero él las había hecho a su propósito con las firmas en blanco que tenía. Y la resolución que tomaron fue que pasarían el Río Sena, aunque muchos fueron de parecer de volverse porque los otros no habían llegado al día prometido y que ellos habían pasado el Río de Soma y de Marna, que era harto y bastaba sin pasar la Sena, y ponían algunos muchas dificultades, viendo que ellos no tenían ningunas plaças para retirarse si lo hubiesen menester. Mucho murmuraban todo el campo del Conde San Pol y vicecañiller. Con todo eso, el Conde de Charolois fue a pasar la ribera y alojar a la puente de San Clo.

El otro día que llegó tuvo nuevas de una dama deste reino que le escribía de su mano como el Rey salía de Borbonois y iba a grandes jornadas por hallarle. Ahora es menester hablar cómo el Rey había ido a Borbonois conociendo que todos los señores de su Reyno se declaraban contra él o al menos contra su gobierno. Y se resolvió ir primero sobre el Duque de Borbón, pareciéndole que era el que más se había declarado que ningún otro príncipe, y que su [7v] estado era débil y que luego le rendiría. Y así le tomó algunas plaças y hubiera acabado de reducir lo demás si no fuera por el socorro que había venido de Borgoña, que le conducía el Señor de Coulches y el Marqués de Rotelin y el Señor de Monteagui, y otros, y se hallaba llevando las armas del Cañiller de França, que el día de hoy está en grande estima, que se llama el Señor Guillermo de Rochefort.

Esta asamblea había hecho en Borgoña el Conde de Beaviere y el Cardenal de Borbón, hermano del Duque Juan de Borbón, y pusieron los borgoñones dentro de Molini; de otra parte, vinieron al socorro del Duque de Borbón el Duque de Nemours, el Conde de Armiñac, el Señor de Albret, con gran número de gente, en los cuales había algunos buenos hombres de armas de su estado que habían dexado sus compañías de ordenança y llegádose a ellos. El número de gente que había era grande, pero mal

ordenada por las pocas pagas que corría, por lo cual era necesario que el pueblo lo sustentasse. No obstante toda esta gente, el Rey les daba en qué entender y assí trataban alguna forma de paz, y especialmente el Duque de Nemurs, el cual hizo pleito homenaje al Rey de seguirle. Con todo esso, después hizo lo contrario, de que el Rey conoció el gran rencor que siempre tuvo contra él, como muchas vezes me lo ha significado, y que no podía acabar lo que tenía comenzado. Y [8r] que el Conde de Charolois se acercaba a París, y dudando que no le diessen entrada a él y a su hermano y al Duque de Bretaña a causa que venía de aquellas partes, y que todos mirarían al bien público del reino, y que lo que haría la villa de París creía que las demás harían lo mismo. Se determinó llegar a París a gran priesa, y evitar que estos dos grandes exércitos no se juntassen, y no venía con intención de pelear, como por diversas vezes me lo ha dicho hablando destas materias.

CAPÍTULO QUINTO. Cómo el Conde de Charolois se puso con su ejército enfrente de Montlheri, y de la batalla que dio al Rey de Francia.

Como he dicho arriba, cuando el Conde de Charolois supo que el Rey se partió del país de Borbonois y que venía derecho donde él estaba, o a lo menos lo creía, determinó salirle al encuentro, y entonces dixo lo que contenían las cartas, sin nombrar quién se las había escrito porque cada uno se determinasse de haçer lo que debía, porque estaba resuelto de dar un toque a la fortuna. Y así se fue a alojar en Longemian, lugar çerca de París, y el Conde de San Pol, con su vanguardia, a Montlheri, [8v] que estaba dos leguas más adelante. Y enviaban espías y gente de a caballo por saber nuevas del Rey, y qué camino traía.

En presençia del Conde de San Pol fue escogido lugar y plaça para pelear en el dicho Longjumeau, y se resolvió entrellos si el Rey venía que el Señor de San Pol se retirasse a Longemiau, y allí estaban presentes el Señor de Haultbordin y el Señor de Contay. Pero es menester saber que el Señor de Mayne estaba con setecientos o ochocientos hombres de armas enfrente de los Duques de Berri y de Bretaña, y que en su compañía tenían sabios y notables caballeros, los cuales el Rey Luis había maltratado cuando vino a la corona, no obstante que habían servido bien a su padre en la recuperación y pacificación del reino. Después, conoçiendo su yerro, se arrepintió muchas vezes de haberlos maltratado. Entre otros, estaba el Conde de Dunoys, muy estimado, el Marechal de Lohéac, el Conde de Dampmartin, el Señor de Bueil y muchos otros, y se habían apartado del servicio del Rey çerca de quinientos hombres de armas

que se acogieron al Duque de Bretaña, cuyos vasallos eran y nacidos en su estado, que eran de aquel ejército.

Como he dicho, viendo el Conde de Mayne, que no era poderoso para pelear, siempre desalojaba antes dellos, acercándose hacia el Rey, y los Duques de Berri y de Bretaña buscaban [9r] ocasión de juntarse con los borgoñones; algunos han dicho que el Conde de Mayne tenía trato con ellos, pero nunca lo supe ni lo creí.

El Conde de Charolois, estando alojado en Longemau y su vanguardia en Montlheri, le advirtió un prisionero que le llevaron que el Conde de Mayne se había juntado con el Rey y que allí estaba toda la caballería del reino, que serían dos mil y doçientos hombres de armas y los llamados Delfinado con cuarenta o cincuenta caballeros honrados de Saboya. Entonçes el Rey tuvo consejo con el Conde de Mayne y el gran Senescal de Normandía, que se llamaba de Brezey, y el Almirante de Françia, que era de la Casa de Montalbán, y otros, para tomar resolución no embargante lo que votaron y aconsejaron. Determinó de no pelear, sino solamente de ponerse en París sin acercarse a los alojamientos de los borgoñones y, a mi parecer, su opinión era buena.

El Rey tenía sospecha del gran Senescal de Normandía, al cual le preguntó y pidió le dixese si había dado su firma a los príncipes sus enemigos. A quien respondió el senescal que sí, pero que aquella se quedaría y el cuerpo sería suyo, y se lo dixo riéndose porque así solía hablar. El Rey se contentó y le dio el cargo de guiar su vanguardia y las guías, atento que quería huir desta batalla, como está dicho. El senescal, mostrando su voluntad, dixo a algunos de sus privados: “Yo [9v] los pondré tan çerca el uno del otro que harto hará aquel que las podrá apartar.” Y así lo hiço, y el primero que murió fue él y los suyos. Y este discurso me refirió el Rey, porque entonces me hallaba con el Conde de Charolois. Y, en efeto, a veinte y siete de julio del año de

mil y cuatrocientos y sesenta y cinco, la vanguardia llegó cerca de Montlheri, a donde alojaba el Conde de San Pol, el cual con mucha diligencia dio aviso desta venida al Conde de Charolois que estaba cerca de allí, dos leguas en el lugar ordenado para la batalla, rogándole que con toda diligencia viniera a socorrerle porque ya se habían apeado hombres de armas y archeros y cerrado con sus carros, y que retirarse como lo habían ordenado era imposible, porque si se ponía en camino parecería que huía y sería muy peligroso para su gente y reputación.

El Conde de Charolois envió a mandar con toda diligencia que se juntase con él Antonio Bastardo de Borgoña, con gran número de soldados que tenía a cargo, y entra sí mesmo dudaba si se iría o no y, en fin, caminó tras los demás y llegó cerca las siete horas de la mañana y ya estaban cinco o seis banderas del Rey que vinieron a lo largo de un grande fosso, puesto entre las dos bandas, mas con el ejército del Conde de Charolois estaba el vicecañiller de Bretaña llamado Rovilla, y un viejo [10r] hombre de armas llamado Mardrey, que dio la puente de San Magencia, los cuales tuvieron miedo de la murmuración que se hacía contra ellos viendo que estaban para dar la batalla y que les faltaba la gente en quien tenían su confianza, y así los dichos, antes que se comenzara a pelear, se huyeron por el camino que pensaban hallar los Bretones. El Conde de Charolois halló al Conde de San Pol a pie, y todos los demás en llegando se huían, y hallamos los archeros sin botas, cada uno un palo hincado delante dellos; y había muchas cubas de vino hundidas para hacerles beber, y de los pocos que he visto, nunca vi gente de mayor voluntad de pelear, que me parecía buena señal y gran consuelo. Al principio fueron de parecer que todos sin excepción se apeasen y después se mudó propósito, porque todos los hombres de armas subieron a caballo, y fue ordenado que muchos buenos caballeros y escuderos quedassen a pie, entre los cuales fueron el Señor de Cordes y su hermano. Felipe de Lalen se apeó porque entonces en los



borgoñones eran más honrados los que se apeaban con los archeros, y siempre se ponía con ellos mucha gente honrada por dar ánimo al pueblo y que combatiessse mejor.

Y esto tenían de los ingleses, en compañía de los cuales el Duque Felipe, siendo moço, hiço la guerra en Françia que duró treinta y dos años, sin tregua. Pe- [10v] -ro el mayor cargo llevaban los ingleses, que eran más ricos y poderosos, y en aquel tiempo tenían Rey sabio, el Rey Enrique el Hermoso y valerosísimo, a quien servían hombres prudentes de valor y muy grandes capitanes, como el Conde de Salberi, Talbot y otros que callo por no ser de mis tiempos, aunque he visto reliquias suyas, porque quando Dios dexó de favorecerlos aquel sabio Rey se murió en el bosque de Vinçena y su hijo loco fue coronado Rey de Françia y Inglaterra en París, y ansí se mudó el estado de las cosas de Inglaterra. Entre ellos naçieron divisiones que han durado poco menos que hasta hoy. Entonçes, los de la Casa de Dyort usurparon a aquel reino o si le tuvieron con buen título, no sé el cual porque destas cosas el repatimiento se haçe en el cielo.

Y volviendo a mi intento, quando los borgoñones se apearon y luego subieron a caballo perdieron mucho tiempo, y reçibieron mucho daño, y ahí murió aquel moço y valeroso caballero, el Señor Felipe de Lalen, por estar mal armado. Las gentes del Rey venían en hilera por el bosque de Torfou y quando los vimos no eran cuatrocientos hombres de armas. Y fueron de parecer muchos que si al instante se acometiera, no se hallara resistençia, porque los que quedaban atrás no les podían socorrer porque venían en hilera; como he dicho, todavía crecía el número. Viendo esto, vino aquel sabio caballero, el Señor de Contay, a decir a su [11r] amo, el Conde de Charolois, que si quería ganar la batalla era menester caminar dándole causas y raçones, y que si lo hiçiera antes ya sus enemigos fueron vençidos, porque los halló en poco número que a vista de ojos creçía, y que esta era la verdad. Y entonçes se mudó toda la orden y el

consejo, porque cada uno decía su parecer, y ya se había empezado una grande escaramuça toda de archeros de entrambas partes al cabo del lugar de Montlheri.

De los del Rey era cabeça Ponçet de Ribera, y eran todos archeros de ordenança, con armas doradas y bien puestos; los de la parte de los borgoñones eran sin orden, sin cabeça ni diciplina. Empeçaron las escaramuças a donde con ellos estaba apeado el Señor Felipe de Lalen y Jaques de Mas, hombre de grande fama y después caballeriço mayor del Duque Carlos de Borgoña. Eran en mayor número los borgoñones y ganaron una casa, y tomaron dos o tres puertas, y sirviéronse de ellas de paveses. Empeçando a entrar en la calle, pusieron fuego en una casa, el viento les favoreçía que echaba el fuego contra los del Rey, que empezaron a subir a caballo y desamparar la batalla y huir; y esto fue con ruido y gritos. Y empezó a caminar el Conde de Charolois dexando, como he dicho, toda la orden antes señalada en que se había dicho que caminaría en tres vezes porque la distancia de las dos batallas era larga. Los del Rey estaban [11v] a la parte del castillo de Montlheri y tenían un vallado grande y un fosso delante dellos, mas los campos estaban llenos de mieses y habas y otras semillas espesas, porque aquel territorio era bueno. Todos los archeros del dicho conde caminaban sin guardar orden delante dél, aunque, a mi parecer, la más importante cosa del mundo en las batallas son los archeros siendo muchos, porque en poco número no valen nada, y que tengan caballos de poco valor, que perdiéndolos no lo sientan, a que del todo no las tengan. Y tengo por cierto en este oficio son mucho mejores un día los que jamás han visto nada que los bien exercitados, y también los ingleses, que son la flor de los archeros del mundo, son de tal opinión.

Súpose que en el camino reposarían dos vezes por dexar alentar la infantería, porque el camino era largo y los frutos de la tierra grandes y espesos, que les embaraçaba el camino. Todo sucedió al contrario, como si solo buscaran su perdición, y

en aquello mostró Dios que las batallas están en su mano y dispone la victoria a su gusto. Y no me parece que el entendimiento de un hombre supiese guiar y ordenar un tan gran número de gente, ni tampoco que las cosas estuviessen firmes en campaña conforme fueren ordenadas en consejo, y que aquel que se estimasse en tanto, no haría su deber con Dios si fuera hombre que tuviere razón natural, aunque cada uno debe hazer lo que [12r] puede y lo que debe, y reconoze que es uno de los cumplimientos de las obras que ha mandado Dios algunas vezes. Por pocas ocasiones se da la victoria agora al uno agora al otro, y esto es misterio tan grande, que los reinos grandes y señoríos se acaban y son asolados, y otros empieçan a reinar y creçer.

Para volver a la declaración deste capítulo, el dicho conde caminó de una vez sin dexar alentar a sus archeros e infantería. Los del Rey pasaron el vallado de ambas partes todos los hombres de armas, y quando fueron tan cerca que enristraban sus lanças los hombres de armas borgoñones rompiendo sus archeros, y pasaron por çima dellos sin darle tiempo de poder disparar un tiro de saeta, que era la flor y esperança del exército, porque no creo que de mil y docientos hombres de armas, poco más o menos que allí estaban, no habían cincuenta que supiesen enristrar una lança, y no había cuatro cientos hombres de armas, y ni un solo criado armado. Y de todo esto fue causa la larga paz que esta Casa de Borgoña gozaba, por la qual no tenían gente diciplinada en la guerra con sueldo por aliviar al pueblo de pechos, y nunca de aquel día en adelante hubo reposo en Borgoña hasta agora, que es peor que nunca. Así rompieron ellos mismos la flor y esperança de su exército. Todavía Dios, que ordena las [12v] cosas, quiso que de la parte donde se hallaba el dicho conde, que era a mano derecha haçia el castillo, fuera suya la victoria sin hallar resistencia, y en aquel día siempre me hallé con él con menos miedo que nunca tuve en parte donde después me hallase por mi mocedad y poca noticia del peligro. Y más me espantaba como ninguno tenía ánimo de defenderse

contra el príncipe a quien yo servía, pensando que era el mayor de todos los demás. Desta manera es la gente sin experiencia, donde procede que se sustentan muchas opiniones mal fundadas y sin razón. Por eso es bueno usar del parecer de aquellos que dizen que no hay arrepentimiento por hablar poco, como le hay por hablar demasiado.

A mano izquierda estaba el Señor de Rabastin y el Señor Diego de San Pol y muchos otros, a quien parecía que no tenían hartos hombres de armas para sustentar lo que tenían delante dellos, pero entonces estaban ya tan cerca que no había lugar de tomar nueva resolución. En efeto, aquellos fueron rotos, quedando señores del campo y echados hasta los carros, y la mayor parte huyó hasta el monte, que estaba media legua de allí, a los carros se juntaron algunos de la infantería borgoñona. Los principales que los siguieron eran los nobles del Delfinado y saboyardos, y también muchos hombres de armas que creían haber ganado la victoria. Y en esta parte fue grande el huir de los [13r] borgoñones y personas grandes. Y huyeron la mayor parte por ganar la puente de San Maxençio, que creían que aún estaban en su favor. En el monte quedaron muchos y, entre otros, se retiró allí el Conde de San Pol porque estaba muy cerca dél, y bien mostró después que no tenía la cosa por perdida.

CAPÍTULO VI. Cómo el Duque de Borgona fue soccorido y defendido de un moço veçino de París.

El Conde de Charolois, aunque se hallaba con poca gente, pasó siguiendo el alcance de aquellos que llevaba de vençida, y llegó media legua más adelante de Montlheri. **Con todo eso ninguno se defendía, y hallaba gran cantidad de gente** y creía tener la victoria. Un caballero viejo de Luçemburg, llamado Antonio Bretón, le vino a buscar y le dixo que los franceses se habían rehecho en el campo, y que si él pasaba adelante se perdería, pero no se detuvo por este aviso, aunque se lo replicó dos o tres vezes. Al punto llegó el Señor de Contay, de quien yo he hablado, que le dixo lo mismo que el caballero Bretón, pero con tanto afeto y eficacia que estimó el consejo, y assí se volvió luego. Y creo si hubiera pasado dos tiros de arco le hubieran preso, como lo hicieron a los que [13v] iban delante dél. Pasando por el lugar halló un gran golpe de gente de a pie que huían, no hallándose él más de con cien caballos, en todos ellos no se volvió más que uno, el cual con un cuchillo de monte hirió al conde en el estómago. A la noche llegó el guión; la mayor parte de los otros se salvaron por las guertas; solo el que dio la herida al conde le mataron. Pasando cerca del castillo, delante la puerta dél estaban los archeros de la guarda del Rey, los cuales no se movieron. Él quedó muy espantado creyendo que ya no hubiesse gente que fuesse para defenderse, y assí volvió por otra parte por ganar el campo, a donde le fueron siguiendo quince o diez y seis hombres de armas y una parte de su gente, porque algunos ya se habían apartado dél. Otros mataron a su Maestresala<sup>i</sup> que traía el guion de sus armas, que se llamaba Felipe Dorgues. El conde se halló en grande peligro y recibió muchas heridas y, entre ellas,

una en la garganta de la cual le quedó la señal toda su vida, por falta de su guión que cayó en el suelo de mal atado, que yo le vi caer, le fueron puestas las manos diciendo: “Rendíos señor, que yo os conozco y no queréis que os mate”. Con todo eso, siempre se defendió. En este aprieto llegó un hijo de un médico de París, que se llamaba Juan Cadet, el cual le servía y era un hombre basto y grueso, sobre un caballo grande a su talle. Passó por medio dellos y los despartió. Todos los del Rey se retiraron a la orilla del fosso, donde habían estado por [14r] la mañana, estando con reçelo de algunos que veían venir y que se los açercaban, y él muy sangriento se retiró a ellos en medio del campo. Y estaba el estandarte del bastardo de Borgoña, el cual estaba tan maltratado que apenas tenía un palmo dél en la hasta, y en el estandarte de los archeros del conde no se hallaban cuarenta hombres, al cual nos juntamos, que no debíamos de ser más que treinta. Con gran peligro, mudó caballo el conde y tomó uno de un paje suyo que se llamaba Simón de Quinxi, que después ha sido bien conoçido. El conde se metió por el campo por recoger su gente, mas en una media hora que estuvimos no pensamos en otra cosa que en huir si hubieran venido cien hombres. Venían haçia nosotros diez hombres, veinte hombres tanto de a pie como de a caballo, los de a pie heridos y cansados de lo que les habíamos maltratado aquella mañana, y los enemigos. Y vi entonçes que no había cien hombres, pero iban llegando poco a poco; los trigos eran grandes y creçidos, y el polvo el más terrible del mundo, y todo el campo estaba lleno de hombres y caballos muertos, y no se conoçían los hombres por el gran polvo. Luego vimos salir al Conde de San Pol del bosque con cuarenta hombres de armas, que venía haçia nosotros, y se descubría gente, aunque nos parecía bien lexos. Por dos o tres veçes se le envió a rogar que se diesse priesa, mas no se movió del passo que [14v] venía. Hiço tomar lanchas a su gente de las que había en el suelo y venía en orden, que dio gran consuelo a los nuestros, y se juntaron con otro gran número de gente y vinieron donde nosotros

estábamos. Y nos hallamos ochocientos hombres de armas, gente de a pie poca, que fue causa de quitarle entera la victoria al conde, porque había un fosso y un grande vallado entre los dos exércitos arriba dichos. De la parte del Rey se huyeron el Conde de Mayne y otros muchos y caso ochocientos hombres de armas. Algunos quieren dezir que el Conde de Mayne tenía inteligencia con los borgoñones, mas a la verdad yo creo que no hubo nada. Jamás vi en batalla huir de ambas partes como en esta, y quedarse los príncipes en sus exércitos. En el del Rey huyó un hombre sin parar hasta Luçignan, y de la parte del conde otro hombre hasta Quefnei. Estos dos no tenían gana de reñir.

CAPÍTULO VII. Cómo el Rey Luis, después de la rota que dio en Montlheri, se retiró a Corbell.

Estando los dos ejércitos en orden, enfrente el uno del otro, se tiraron muchos cañonazos que mataron gente de entrambas partes. Ninguno desseaba pelear y el nuestro era mayor que el [15r] del Rey. Todavía fue de grande importancia su presencia y las buenas palabras que daba a los hombres de armas, y verdaderamente creo, de lo que he sabido, que si no fuera por él, todos se huyeran. Algunos de nuestra parte deseaban que se emeçase de nuevo, y especialmente el Señor de Haultbordin, diciendo que veía mucha gente que huía, y si se hallaran cien archeros para atravesar el vallado todo nos sucediera bien. Estando en este propósito, sin escaramuçar, anochesió y el Rey se retiró a Corbell, y nosotros creíamos que se alojasse y pasasse la noche. Por ventura, se encendió un barril de pólvora a donde estuvo el Rey y el fuego se pegó a algunos carros y todo a lo largo del vallado grande, y los franceses creían que fuesen sus fuegos. El Conde de San Pol, que bien parecía valiente y valeroso capitán, y más el Señor de Haultbordin, mandaron que se llevassen los carros a donde estábamos y que nos çercassen, y assí se hiço.

Estando allí juntos en la batalla, volvieron muchos del Rey que habían echado los borgoñones, creyendo haberlo ya ganado todo, y les convino forçosamente pasar por medio de nosotros. Algunos se escaparon, y los más se perdieron. De gente de calidad de la parte del Rey murió el Señor de Geofrey de San Bellín, el gran Senescal de Normandía y el Capitán Floquet. De parte de los borgoñones, murió el Señor Felipe de Lalen, y [15v] de la infantería más que de los del Rey, pero de la gente de a caballo



murieron más de los del Rey. De presos, la gente del Rey tuvo de los mejores que huían. De entrambas partes, murieron a lo menos dos mil hombres. Y se peleó honradamente y en los dos exércitos se halló buena gente y muy cansada. Pero fue gran cosa, a mi parecer, que luego se volviessen a juntar y estuviessen tres o cuatro horas de aquella manera, enfrente del uno del otro, y ambos príncipes debían estimar en mucho los que los acompañaban en aquella necessidad. Pero en esto hicieron como hombres, y no como ángeles. Tal perdía sus oficios y estados por haberse huido y se dieron a otros que huyeron diez leguas más lexos. Uno de los nuestros perdió su auctoridad y le privaron de la presencia de su señor y, un mes después, tuvo más crédito que antes. Cuando fuimos cerrados de los dos carros, cada uno se aloxó lo mexor que pudo. Teníamos gran número de heridos y la mayor parte con poco ánimo y espantados con miedo que los de París con doçientos hombres de armas que tenían y, con ellos, el Marescal Joachin Teniente del Rey en la dicha ciudad saliesen, y que tuviesen en qué entender por dos partes. Cerrada la noche ordenaron cincuenta lanças para ver dónde estaba alojado el Rey, de los cuales pienso que fueron veinte. Había tres tiros de arco de nuestra parte a la donde creíamos que [16r] estaba el Rey.

En este tiempo, el Conde de Charolois tomó refresco, y cada uno en su plaça, y le curaron la herida que tenía en la garganta. En la plaça donde comió fue menester apartar cuatro o cinco cuerpos muertos para darles lugar, y pusieron dos manojos de paja en que se asentó, apartando uno destes obres desnudos. Pidió de beber y le dieron un poca de agua coçida de la que había sobrado al conde, y con ella tomó ánimo, y le conoçieron ser un archero muy nombrado de la guarda de su persona, llamado Savaric, y le fue curado y sano. Hicieron consejo sobre lo que debían hazer. El primero que votó fue el Conde de San Pol, diciendo que estaban en peligro, y aconsejó que, en amaneciendo, tomassen el camino de Borgoña y que quemassen una parte de los carros,

y que solo se salvase la artillería, y que ninguno llevase carros si no había más de diez lanças, y que de quedarse sin bastimento allí entre París y el Rey era imposible. Después votó el Señor de Haultbordin, confirmándose con este parecer sin saber primero qué nuevas truxessen los que estaban fuera. Otros tres o cuatro votaron lo mesmo. El postrero fue el Señor de Contay que dixo que luego que este ruido fuesse en el ejército, todos se huirían, y que serían presos antes que pasassen veinte leguas. Y dixo muy buenas razones [16v] y que era de parecer que cada uno se acomodasse lo mejor que pudiesse a aquella noche, y que, en amaneciendo, asaltassen al Rey, y que era menester **vivir** o morir allí, y hallaba este camino más seguro que huir. A la opinión del dicho Contay se arrimó el Conde de Charolois y mandó que todos fuessen a reposar dos horas, y que estuviessen a punto al tocar de la trompeta, y habló con muchos particulares para enviar a animar su gente.

Çerca de media noche volvieron los que estaban fuera, y podréis creer que no fueron lexos y refirieron que el Rey se había alojado a los fuegos que vieron; luego enviaron otros y una hora después cada uno se ponía a punto de pelear, y la mayor parte deseaba huir, los que salieron segunda vez. En amaneciendo, un carretero de los nuestros, que fue preso por la mañana con un cántaro de vino que llevó al lugar, y les dixo que todos se habían ido, enviaron hasta allá y hallaron que era verdad, y volvieron a decirlo de lo cual la compañía se holgó mucho. Y entonces hubo muchos que dixeron era menester seguirlos y que no tenían qué comer. Yo tenía una hora antes un caballo muy cansado y viejo, y por ventura bebió una herrada de vino llena y tomó tal aliento que jamás le hallé tan fresco ni tan fuerte. [17r]

CAPÍTULO VIII. Cómo después de la batalla de Montlheri la Casa de Borgoña ha ido siempre en declinación hasta la muerte del Conde Charolois.

Cuando ya fue de día, todos se pusieron a caballo y, aunque los exércitos se veían claros y con poca gente, venían ya los que se habían retirado al bosque. El Conde de Charolois hizo venir un fraile franciscano, con el cual estaba de concierto, que dicesse que venía del campo de los Bretones y que aquel mismo día llegarían, lo cual animó todo el ejército, aunque había algunos que no lo creían. Mas luego, cerca las diez de la mañana, llegó el Cançiller de Bretaña, llamado Roville y MadRey con él, de quien he hablado arriba, y venían con ellos dos archeros de la guardia del Duque de Bretaña con sus casacas de armas que regoçijó el campo. Y le preguntaron de su huida y se la alabaron. Considerádo lo mucho que murmuraban por todo el campo contra él, y aún más de su vuelta, todos le hicieron buena acogida.

El Conde de Charolois todo este día estuvo en el campo muy alegre, estimando la gloria por suya, que después le costó bien cara, porque nunca tomó consejo, sino que se gobernó por el suyo, el cual era inútil para la guerra antes deste día, y no [17v] estimaba ninguna cosa que le estuviesse bien. Mas después se mudaron sus pensamientos porque continuó hasta la muerte, y por esto acabó su vida y destruyó su casa, y si no lo hizo del todo fue bien desolada.

Tres grandes y prudentes príncipes, sus predecesores, le habían levantado en muy grande punto. Y hay pocos Reyes, quitado el de Francia, más pujantes que él por las muchas y grandes ciudades y villas que tiene. Ninguno debe estimarse y presumir de sí, y particularmente un gran príncipe, mas debe conoçer que las mercedes y bienes

vienen de la mano de Dios. Dos cosas diré dél: la primera, que no creo que jamás hombre ha sufrido más trabajo que él en todas las ocasiones que fuese menester su persona. La segunda, que a mi parecer, yo no he conocido jamás hombre más osado, nunca le oí decir que se hallase cansado, ni que jamás hiciesse semblante de tener miedo, aunque me hallé siete años continuos en la guerra con él de verano, y algunos de invierno **y verano**. Sus pensamientos y disinius eran grandes, pero ningún hombre los supiera executar, ni pudiera sin el favor de Dios. [18r]

CAPÍTULO IX. Cómo el Conde de Charolois, después de la batalla de Montlheri, se retiró a Estampes para tomar refresco.

El día siguiente fuimos a dormir al villaje de Montlheri, que fue tres días después de la batalla. Una parte del pueblo se habían recoxido a la torre de la iglesia y los demás al castillo. El conde les hiço volver a sus casas y no perdieron nada, porque todos pagaban lo que tomaban, como si estuvieran en Flandes. El castillo se sustentó y no se le dio asalto. Pasado el terçer día, por consejo del Señor de Contay, salió el conde para ir a ganar a Estampes, que es muy grande y capaz alojamiento, y en buena y fácil tierra, con fin de llegar antes de los bretones, que habían tomado aquel camino, y por ponerlos heridos y cansados en parte cómoda **y los otros en el campo. La buena posada que hallaron** y lo que allí estuvieron fue causa de salvar la vida a mucha gente. Donde llegaron el Señor Carlos de França, entonçes Duque de Berri, único hermano del Rey, el Duque de Bretaña, el Señor de Dunuois, el Señor de Dampmartin, el Señor de Lohéac, el Señor Buoil, el Señor de Chau- [18v] -mont y el Señor Charles de Amboyse, su hijo, que después ha sido grande hombre en este reino. A todos los cuales arriba nombrados les había quitado el Rey sus estados cuando entró a reinar, aunque habían servido muy bien al Rey su padre en el reino y conquista de Normandía y en otras muchas guerras. El Conde de Charolois y todos los señores de más calidad que se hallaban en su compañía, les fueron a recibir y los truxeron aposentar a la villa de Estampes, donde les habían aperçibido alojamiento. Y los hombres de armas que con ellos vinieron quedaron en el campo, los cuales eran hasta ochocientos de boníssima estofa. Y entre ellos había buen número de bretones que habían dexado las ordenanças.

Como tengo ya dicho, adornaban toda la compañía tanto los archeros como otros hombres de guerra, estaban armados de buenas llórigas o coraças de los cuales había gran número, y llegaban a seis mil de a caballo, todos con buen orden. Y bien daba a entender, viendo esta gente, que el Duque de Bretaña era gran príncipe, porque todos estos venían a su costa. El Rey, que se había retirado a Corbell, como ya he dicho, no se descuidaba de poner en ejecución su intento. Y assí se fue a Normandía para juntar su gente y, temiendo no hubiesse alguna novedad en París, alojó una parte de sus hombres de armas al contorno de la ciudad, donde vio que eran necesarios. [19r]

La primera noche que llegaron estos señores a Estampes la passaron en tratar de las cosas que ocurrían. Los bretones habían preso algunos que de la parte del Rey se huían. Y si se hubieran hallado más adelante hubieran preso o deshecho la terçera parte del ejército. Ellos se juntaron en consejo para enviar gente fuera, juzgando que los enemigos se hallaban çerca. Con todo esso, algunos lo estorbaron. No obstante esto, el Señor Charles de Amboyse, y algunos otros, se adelantaron de su ejército por ver si hallarían algunos. Y tomaron muchos presos, como he dicho, y de la artillería alguna, los cuales presos deçía por cosa cierta que el Rey era muerto, porque assí lo creían ellos, por haberse huido desde el principio de la batalla. Los sobredichos truxeron estas nuevas al campo de los bretones, que se regocijaron mucho pensando que assí fuesse, esperando grandes bienes si el Señor Carlos viniesse a ser Rey. Y tuvieron consejo, como después he entendido, de un hombre honrado que se halló presente, por saber cómo podrían echar los borgoñones. Y casi todos eran de parecer que los combatiessse y los deshiçiera si se pudiese. Este contento les duró poco. Y assí podéis ver y conoçer cuales son las turbaçiones y alborotos en las mutaciones de los reinos.

Por venir a mi propósito deste ejército de Estampes, quando todos hubieron cenado y había mucha gente que paseaba [19v] por las calles, el Señor Carlos de Francia

y el Conde de Charolois se hallaban en una ventana hablando los dos, con muy grande afecto. Y, en este tiempo, un soldado bretón que tomaba gusto de echar coetes en el aire, que corrían después de caídos entre la gente y echaban mucho fuego, que se llamaba Maestre Juan, echa fuego o Maestre Juan de las Serpientes, y echó dos o tres coetes, los cuales arrojaba de una casa sin que se conoçiesse de donde suçedió, que uno destes vino a dar en el cruçero de la ventana a donde estos dos príncipes estaban. Y tan cerca uno del otro que a penas había un pie entre los dos, los cuales se levantaron, quedando admirados, mirándose el uno al otro y sospecharon que se obiesse hecho de propósito por hazerles mal.

El Señor de Contay llegó a hablar al Conde de Charolois de su amo y, después de haberle hablado al oydo, baxó y dio orden que pusiessen a punto todos los hombres de armas y los archeros de su guardia y otros. Luego el Conde de Charolois dixo al Duque de Berri que también hiciesse armar los archeros de su guardia. Y en un instante hubo doçientos o treçientos hombres d'armas delante de la puerta, a pie y gran número de archeros, y buscaban de donde podía haber venido este mal hecho. Este pobre hombre que había arrojado los coetes se vino a echar a los pies de los dichos [20r] príncipes y les dixo como él había sido. Y echó otros tres o cuatro coetes delante dellos, con los cuales quitó la sospecha que tenían unos contra otros. Y riéndose se fueron a desarmar y acostar.

El día siguiente por la mañana, se tuvo un famoso y grande consejo, en el cual se hallaron todos los señores y los principales criados, y se determinó lo que se había de haçer. Y como ellos eran gobernados por diversas cabeças y no por una sola, como era necessario y conveniente a un ejército, assí hubo diversos propósitos y pareceres. Y entre las otras palabras que fueron recogidas y notadas, fueron las del Duque de Berri, el cual era moço y no se había hallado jamás en semejantes manejos. Y por lo que dixo

pareció que le pesasse de ver tanto hombres heridos del Conde de Charolois. Y usaba destas palabras, mostrando compassión, y que más presto hubiera querido que estas cosas jamás se hubieran comenzado, que ver venir tanto mal por él y por su causa. Estas razones no contentaban al Conde de Charolois ni a los suyos, como yo diré después. Con todo esso, en este consejo se resolvió que fuessen la vuelta de París por probar si podrían reducir aquella villa a que quisiesse atender al bien público del reino, por el cual deçían todos se había juntado. Pareçiéndoles que si consintiesse y viniesse a su desseo, que todas las demás ciudades del reino harían lo [20v] mismo.

Lo que dixo el Señor Carlos de Berri en el consejo, como ya he dicho, puso en tal duda al Conde de Charolois y su gente que vinieron a deçir: “Habéis oido hablar a este hombre, admirado por solo haber visto setecientos o ochocientos hombres por el lugar, heridos, que no le tocan, ni menos los conoçe, que dixera si los conoçiera mucho, más se admirara, y es cierto que fácilmente se compusiera y nos dexara en el lodo. Y por las antiguas guerras pasadas que ha habido entre el Rey Carlos su padre y el duque mi padre todas estas dos partes se reducirían contra nosotros, por lo cual es necessario provernos de amigos.” Y sobre sola esta imaginación fue enviado Guillermo de Cluni Protonotario, que murió después Obispo de Potiers, al Rey Eduardo de Inglaterra, que entonçes reinaba, con el cual el Conde de Charolois tenía amistad, aunque sustentaba y favoreçía la Casa de Alencastro contra él. De la cual decendía por la parte de su madre. Y por la instrucción del Cluni se le ordenaba moviese plática de casamiento de la hermana del Rey de Inglaterra, llamada Margarita, mas no de concluirle. Conociendo que el Rey de Inglaterra lo había desseedo mucho, le pareçía que no haría contra él, y que, habiéndole menester, se lo granjearía de su parte, y aunque no le pasaba por el pensamiento [21r] de concluir este casamiento y que no tenía casa de mayor odio en el mundo que esta de Yort. Con todo esso, esta plática se trató tanto que después algunos



años se tuvo, fue concluido. Y tomó la Orden de la Xarretera, la cual llevó toda su vida. Y así muchas obras en este mundo se hacen por imaginación, como las que he declarado arriba, y especialmente entre grandes príncipes. Que son mucho más sospechosos que los otros hombres por las dudas y advertimientos que les ponen delante, y las más veces por adulación, sin que sean menester.

CAPÍTULO X. Cómo el Conde de Charolois y sus aliados se determinaron de ir la vuelta de París.

Assí como se resolvió, todos esos señores se partieron de Estampes, después de haber estado algunos días en él. Y fueron a San Maturin de Larchan y a Moret, en Gatinois. El Señor Carlos y los bretones quedaron en dos pequeños lugares, y el Conde de Charolois se fue a alojar a una grande pradería, orilla del río Sena, habiendo ordenado que todos llevasen con que poder atar sus caballos. Y hacía traer consigo siete o ocho barcas en carros, y muchas cubas en piezas con [21v] intención de hacer una puente sobre el río, por no tener comodidad por donde pasarle. El Señor de Dunois le acompañaba en litera, que por hallarse impedido de gota no podía ir a caballo y le llevaban su estandarte detrás. Cuando hubieron llegado al río, echaron los barcos en el agua y ganaron una pequeña isla que estaba casi en medio del río, y se apearon algunos archeros de la otra parte, los cuales escaramuzaron con algunos de a caballo que les defendían el paso. Y entre ellos estaba el Mariscal Joachin y Salesart. El lugar era para ellos descómodo, por ser muy alto el terreno y de viñas. Y de la parte de los borgoñones había mucha artillería conducida por un artillero muy famoso que se llamaba Geralt, y otros, al cual prendieron en la batalla de Montlheri sirviendo al Rey. En fin fue menester que los sobredichos dexassen el passo y se retiraron a París.

Aquella tarde hicieron un puente a la isla, y luego el Conde de Charolois hizo armar en ella su pabellón, y dormió allí aquella noche con cincuenta hombres de armas de su guardia. Al amanecer juntaron un gran número de oficiales para formar los toneles que traían en piezas, y antes que fuese mediodía se acabó la puente hasta la otra parte

del río. Luego pasó el Conde de Charolois y hizo armar su tienda y las de todo el ejército que había [22r] en gran número, y mandó pasar todo el ejército y artillería, y se alojó en un collado pendiente hacia el río, que hacía muy linda vista a los que quedaban atrás.

CAPÍTULO XI. Cómo los esguízaros empezaron a venir en Francia en servicio del conde de Charolois en número de seiscientos.

Todo aquel día no pudo pasar más que la gente del Conde de Charolois. Y el siguiente, al amanecer, passaron los Duques de Berri y de Bretaña con toda su gente hallando la puente muy buena y hecha con gran diligencia. Y pasaron un poco más adelante alojándose sobre el mismo collado. En siendo de noche, nosotros empezamos a ver gran cantidad de fuegos y algunos pensaban que fuesse el Rey. Mas antes de media noche se supo que era el Duque de Juan de Calabria, único hijo del Rey Renato de Sicilia. Y con él noveçientos hombres de armas del ducado y condado de Borgoña, bien acompañado de gente de a caballo, pero poca de a pie.

La gente que tenía el duque era poca, pero yo [22v] no vi jamás otras más lúcida, ni que pareçiesen mejores hombres, ni más exercitados en las armas que ellos. Entre los cuales podía haber hasta ciento y veinte hombres de armas italianos, y otros criados en aquellas guerras de Italia, y entre ellos había Jacobo Galoto y el Conde de Campobacho, y otros, y el Señor de Baldicurt, que al presente era gobernados de Borgoña. Y esta gente en su tanto era la flor del exército. Demás destos había cuatrocientos ballesteros de a caballo que le había enviado el Conde Palatino, gente muy valerosa y con buenos caballos y seisçientos infantes esguízaros, que fueron los primeros que vinieron a este reino. Los cuales se mostraron tan valientes y fuertes en todas las ocasiones que han dado gran renombre y reputación a los que después dellos han venido. Esta gente se açercó por la mañana y pasó aquel día la puente. De manera que se puede deçir que todas las fuerças de Francia, ecepto las que estaban con el Rey,

se vieron passar sobre aquella puente. Y os assiguro que se hallaba junto un muy valeroso y grande ejército y bien a la orden. Y era mucho de dessear que los amigos y afecionados deste reino le hubiesen visto, y los enemigos también, para que considerando la grandeza del Rey y del reino, les hubiese causado respeto y temor. La cabeça de los borgoñones era el Señor de Neuchetel, Mariscal de Bor- [23r] -goña, y junto con él su hermano, el Señor de Montagui, el Marqués de Rotelin, y otros muchos caballeros, de los cuales algunos, como he dicho al principio, habían estado en Borbonois. Todos estos, por más siguridad suya, se habían acompañado con el Duque de Calabria. El cual mostraba ser un gran príncipe y gran cabeça en la guerra tanto como otro, de cuantos se hallaban en el ejército, y tomaron grande amistad él y el Conde de Charolois.

Pasado todo el ejército, en el cual juzgaban haber cien mill caballos, entre buenos y malos, lo que creo se resolvieron los dichos señores de caminar hacia París, y juntaron todas sus vanguardias: los borgoñones conducía el Conde de San Pol; los del Duque de Berri y de Bretaña, Odet de Rie, después Conde de Cominges, y el Mariscal de Loat, si bien me acuerdo. Y assí se encaminaron, quedando los príncipes en la batalla. El Conde de Charolois y el Duque de Calabria tenían grande cuidado en mandar y haçer que sus vasallos fuessen con mucha orden. Y ellos iban armados, conoçiéndose que desseaba hacer bien su oficio. Los Duques de Berri y de Bretaña iban en acas a su comodidad, armados de ligeras lórigas o coraças, y algunos deçían que estas lórigas no llevaban más que unos clavos pequeños dorados sobre [23v] el raso porque fuessen más ligeras. Y con esta orden caminó el ejército hasta la puente de Jarenton, dos leguas de París, la cual puente ganaron luego, no habiendo a la guardia della más que unos archeros. Y passó todo el ejército y fueron hasta la casa de Conflans, allí cerca orilla del río. El Conde de Charolois se fortificó con sus carros, y alojó toda su gente dentro del

çercado y puso su artillería. Con él se alojó el Duque de Calabria y a San Mor de foses se lojaron los Duques de Berri y de Bretaña con una parte de su gente, que la de demás la enviaron a San Dionís, dos leguas también de París, en los cuales lugares, con varios accidentes, como diré después, estuvieron onze semanas.

## CAPÍTULO XII. Cómo el Conde de Charolois alojó su ejército cerca de París.

El día siguiente se empezaron algunas escaramuças con las cuales llegaron hasta las puertas de París, adonde estaba el Señor de Nantollet, mayordomo mayor del Rey, que bien fue de provecho, como he dicho otras vezes, y el Mariscal Joachin. El pueblo estaba amedrentado, aunque algunos [24r] deseaban los borgoñones dentro de París, juzgando, a su parecer, que si entraran fuera de provecho al reino. Otros aficionados a los borgoñones desseaban lo mismo, pero por sus propios intereses. Esperando reçibir oficios y dignidades, por ser más apetiçidos allí que en otra parte del mundo, porque los que los tienen se aprovechan dellos quanto pueden, y más de lo que debieran. Y hay oficios que sin tener ningunos gajes, se venden en ochocientos escudos y cada día crecen más. Y otros son muy pocos se venden en más de lo que pueden valer en quinze años. Y por esto ninguno se desconçierta, porque en esto el Parlamento concurre, el qual haçe como interesado. La raçón es por tocarles a todos. Entre los consejeros siempre se hallan grandes hombres y de buena fama y opinión, y otros bien diferentes y de mala condición. Y assí es en todos los demás estados.

Yo hablo en oficios porque son deseados en las mudanças, y no solamente en nuestros tiempos. Pero era lo mismo quando empezaron las guerras en tiempo del Rey Carlos Sexto, las cuales duraron hasta la paz de Arraz. Y entre tanto los ingleses se mezclaron de manera en este reino, que quando trataban de esta paz, en la qual estaban por parte del Rey quatro o cinco duques y condes, cinco o seis prelados, y diez o doçe [24v] consejeros del Parlamento, de la parte del Duque Felipo, grandes hombres equivalentes a los otros, y en mucho mayor número. Por el Papa, dos cardenales por

medianeros, y por el Rey de Inglaterra muy grandes personajes. Y en esta junta se detuvieron dos meses.

El Duque de Borgoña deseaba mucho contentar los ingleses antes de apartarse de con ellos, por las muchas alianças y promesas que entre sí habían hecho. Y por estas razones le ofrecieron de su parte al Rey de Inglaterra el señorío de los ducados de Normandía y Guiena, con que jurasse fidelidad al Rey, como habían hecho sus antecessores, y que volviesse lo que tenía en este reino, ecepto estos dos ducados. Lo cual rehusaron porque no quisieron jurar fidelidad, por lo que les vino después grandes males, porque fueron desamparados de la Casa de Borgoña. Y perdieron el tiempo y inteligencias del reino, con que vinieron en diminución y caída. Entonçes gobernaba en Francia, por el Rey de Inglaterra, el Duque de Betfort, hermano del Rey Enrrico Quinto, casado con hermana del Duque Felipe de Borgoña, y residía en París, y por lo menos tenía deste oficio veinte mil escudos cada mes. Ellos perdieron a París y después, poco a poco, lo demás del reino.

Después que hubieron vuelto a Inglaterra, ninguno dellos quería menor [25r] provisión de la que tenían, y las rentas del reino no eran bastantes para satisfacer a todos. Moviose guerra entre ellos por la auctoridad y mando que ha durado por muchos años. Y el Rey Enrico Sexto, coronado en París por Rey de Francia y Inglaterra, fue preso y puesto en la torre de Londres, y declarado traidor por crimen de lessa Magestad, a donde estuvo la mayor parte de su vida, y al fin le mataron. El Duque de Yort, padre del Duque Eduardo, últimamente muerto, se intituló Rey, y pocos días después fue muerto habiéndole desbaratado en una batalla. Y assí muerto le cortaron la cabeça a él y al Conde de Barruic, el cual tuvo gran crédito en Inglaterra. A este trujo el Conde de la Marche, después llamado Rey Eduardo, por la mar a Cales, con alguna gente huidos de la batalla. El Conde de Barruic sustentó la Casa de Yort y el Duque de **Sumbreset** la de



Alencastro. Tanto han durado estas guerras que a todos los de la Casa de Barruic y de Sumbreset han cortado las cabeças o muerto en batallas.

CAPÍTULO XIII. De los grandes infortunios y calamidades que sobrevinieron al reino de Inglaterra por la división de los príncipes dél.

[25v] El Rey Eduardo hizo morir a su hermano, el Duque de Clarence, en una uva de malvasía porque se quería hacer Rey, según decían. Después que Eduardo fue muerto, su hermano segundo, el Duque de Alencastro, hizo morir los dos hijos de Eduardo y declaró sus hijas por bastardas, y se hizo coronar por Rey. Luego pasó a Inglaterra el Conde de Risemont al presente Rey, que por largos años había estado preso en Bretaña, que des hizo a este cruel Rey Ricaredo, que poco antes había hecho morir a sus sobrinos. Y así en mi tiempo son muertos en estas divisiones de Inglaterra ochenta hombres de la estirpe y casa real deste reino, de los cuales yo he conocido parte, de los otros me han dado noticia los ingleses cuando estaban con el Duque de Borgoña, a donde yo también me hallaba. Y así no es solo en París ni en Francia donde se debate por los bienes y honrras deste mundo. Y los príncipes que rigen grandes señoríos deben temer de dexar engendrar parcialidades en sus estados, porque cuando los príncipes y los reinos se han hallado en gran prosperidad y riquezas, no han conocido donde les proceda tal gracia, y por esto permite Dios que se les levanten, de a donde menos se piensan, enemigos, como tenemos mil exemplos en las Sagradas Letras y lo que veis en [26r] poco tiempo en la Casa de Inglaterra, Borgoña, y otras.

#### CAPÍTULO XIV. Cómo Maestro Guillome Chartier fue nombrado por los de París para ir a parlamentar con los diputados del Conde de Charolois.

Heme detenido mucho en este discurso y será tiempo volver al mío. Cuando estos señores llegaron cerca de París, empezaron a platicar y prometer mercedes y oficios a los que les podían servir en lo que desseaban. Y al cabo de tres días hicieron una gran junta en la casa de la villa de París. Y después de grandes y largos discursos, y oídas las pretensiones que los señores les hazían en público por bien del reino, como ellos deçían, se resolvió enviar a tratar de apaçiguarlos y componerlos. Vinieron gran número de gente de calidad a verse con estos príncipes a la villa de San Mor. Y entre ellos el Maestro Guillome Chartier, entonçes obispo de París, hombre de mucha opinión y fama, llevaba la voz. Y por parte de los señores el Conde de Dunois, el Duque de Berri, hermano del Rey, pre- [26v] -sidía sentado en una silla, y todos los otros señores en pie. De un lado estaban los Duques de Bretaña y Calabria y, del otro, el Conde de Charolois todo armado, salvo la cabeça, y los brocales con un capote muy rico, porque venía de Conflans, y el bosque de Vincena se tenía por el Rey, adonde había mucha gente, por lo que fue menester que viniessen bien acompañado. El fin y las pretençiones de los señores era de entrar dentro en París por conversar y haçer amistad con ellos sobre lo que desseaban de la reformaçión del reino. El cual deçían era regido por mal gobierno, haçiendo muchos y grandes cargos al Rey, y les respondían con mucha blandura. Con todo esso, tomaron alguna dilación antes de darles la respuesta. Y así se volvieron, quedando en grandes negoçaciones porque cada uno les habló en particular. Y creo que en secreto se consertaron que algunos de aquellos señores entrarían solos, y

su gente podría pasar, si así quisiessen, en poco número cada vez. Esta comunicación no solamente hubiera sido para ganar la villa, mas toda la empresa, porque fácilmente el pueblo se habría vuelto de su parte por muchas razones y, por consiguiente, todos los demás deste reino a exemplo deste. Dios dio buen consejo al Rey que ya estaba advertido de todas estas cosas. [27r]

CAPÍTULO XV. Cómo el Rey Luys, mientras duraban estas negociaciones, llegó a París.

Antes que estos señores, que habían salido para tratar de concierto, hubiessen dado la respuesta, el Rey llegó a París a la ocasión que debía, para animar el pueblo. Porque vino muy bien acompañado, y metió dos mil hombres de armas en la villa. Toda la nobleza de Normandía, con gran fuerza de archeros y gente de su casa entretenidos, y otra gente honrada que seguía al Rey en semejante ocasión. Y así se interrompieron estos tratos, y el pueblo trocó la opinión que tenía. Después no se halló hombre, de los que antes estaban de nuestra parte, que se atreviese a hablar de nuestros particulares, y a algunos les sucedió mal. Con todo esso, el Rey no usó de crueldad en este caso, aunque a algunos les quitaron sus oficios y a otros los enviaron fuera. De lo cual yo le alabo, por no haber usado de otra vengança. Porque si lo comenzado hubiera llegado a tener efeto, lo mejor que les pudiera venir era vivir fuera del reino, que muchas vezes me ha dicho que **si no hubiera** podido entrar en París y hallara el pueblo alterado y mudado, se hubiera retirado a los esguíçaros, o con el Duque Fran- [27v] -çisco de Milán, al cual tenía por su grande amigo. Y bien lo mostró por el socorro que le envió de quinientos hombres de armas y tres mil infantes. Los cuales conduçía su hijo primogénito, llamado Galeaço, que después fue duque, y llegaron hasta Foreste, y hiçieron la guerra al Señor de Borbón. Pero en sabiendo la muerte del Duque Francisco se volvieron, y también por el consejo que él le dio mientras duraba el tratado, que se llamaba de Conflans, a donde le envió a deçir que no rehusase cosa ninguna que le pidiesen por apartar aquella gente con que le quedase sola la suya. A mi parecer, no

habíamos estado más de tres días enfrente de París cuando el Rey entró, y luego empecé la guerra muy reñida. Y particularmente en los forrajes, porque habíamos de ir lexos por ellos y con mucha gente de guarda.

Bien se puede decir que esta Isla de Francia, y la ciudad de París, es de muy buen sitio y fértil, pues sustentaban dos tan poderosos exércitos, **porque nunca nos faltaron vituallas y dentro de París apenas se conocía que ninguna cosa se hubiese encarecido**, solo el pan, que había subido un dinero. Porque nosotros no ocupábamos los ríos de arriba, que son tres, llamados Marna, Yona y Sena, y otros pequeños que entran en estos. Comprehendiéndolo todo, es la ciudad de mejor comarca y más abundante que yo vi jamás. Y es cosa [28r] increíble los mantenimientos que entra cada día en ella. Yo he estado después deste tiempo con el Rey Luis medio año, sin salir, aposentado a las torneles, comiendo y durmiendo ordinariamente con él, y después de su muerte he estado veinte meses preso en su palacio. Y de mis ventanas veía llegar todo lo que venía río arriba de la Sena de haçia Normandía. Y de arriba venía mucho más de lo que yo nunca creí.

Y assí todos los días salían de París gran golpe de gente y las escaramuças eran grandes. Nuestra guardia era de cincuenta lanças, que estaban çerca de la granja de los merçeros y tenían caballos ligeros lo más çerca de París que les era posible. Y sucedía muy a menudo que los nuestros eran rebatidos y hechos retirar hasta la guarda. Y algunas vezes era menester que se retirassen todos hasta los alojamientos, unas de paso y otras de trote. De los cuales las enviaban socorro, con el cual haçían volver los enemigos y los seguían hasta las puertas de París. Y esto se haçía las más vezes porque en la ciudad había más de dos mil y quinientos hombres de armas, todos muy valerosos y bien aperçebidos, y gran cantidad de Normandía, y diestros archeros. Y como eran vistos de las damas, se esforçaban todos y procuraban señalarse. De nuestra parte había

gran número de gente, mas no tantos de a caballo, porque no había [28v] sino borgoñones que eran de dos mil lanças, entre buenos y malos. Los cuales no estaban tam bien armados como los de París por la larga paz de que habían gozado, como ya he dicho otras vezes. De estos estaban en Lagny, cerca de docientos, con el Duque de Calabria. De infantes teníamos gran número y muy buenos. Los bretones estaban en San Dionís, que peleaban con los que podían. Los otros señores estaban divididos por causa de los mantenimientos. A la postre vinieron el Duque de Nemors y el Conde de Armiñac y el Señor de Albret. Su gente quedó lexos por falta de las pagas, y también por los inconvenientes que habrían resultado en la carestía de los bastimentos no pagándolos. Yo bien sé que el Conde de Charolois les dio hasta seis mil francos, los cuales fueron causa que no pasassen más adelante. Ellos eran çerca de seis mil caballos, que haçían mucho daño, y arruinaban la tierra.

CAPÍTULO XVI. Cómo la artillería del Conde de Charolois y la del Rey se tiraba la una contra la otra cerca de Xarreton.

Volviendo al particular de París, no passaba día en que no [29r] hubiesse pérdida o ganancia por entrambas partes, aunque no hubo factión de momento, porque el Rey no consentía que su gente saliesse en gruesas tropas, no desseando que le pusiessen a pique de una batalla. Y con mucha prudencia quería la paz, y procuraba se deshiciesse esta liga y confederación de príncipes. Con todo esso, un día bien de mañana vinieron a alojar frente por frente del palacio de Conflans, orilla del río, cuatro mil diestros archeros. Los nobles de Normandía y algunos pocos hombres de armas de ordenança quedaron un cuarto de legua lexos en un villaje. Y entre ellos y su infantería no había sino una grande llanura y el río Sena dividía los dos exércitos. Los del Rey empezaron una trinchea derecho de Xarenton, adonde alçaron un baluarte de faxina y tierra que llegaba hasta nuestro exército, y pasaba por delante de Conflans, que no había sino el río de por medio, como ya he dicho. En el qual plantaron mucha artillería que echó toda la gente del Duque de Calabria fuera del villaje de Xarenton, y les fue necesario venirse a gran priesa a alojar con nosotros, adonde quedaron algunos hombres y caballos muertos. Y el Duque Juan passó en una pequeña casa frontera de la del Conde Charolois y del río. Esta artillería empezó primeramente a disparar a [29v] nuestro exército, el qual se amedrentó, porque mató alguna gente con los primeros tiros. Y dos entraron por el aposento del Conde de Charolois estando comiendo, que mataron un trompeta que subía por las escaleras llevando la vianda. Después de comer, el Conde de Charolois se retiró a los aposentos baxos con deliberación de no moverse. Y por la



mañana vinieron los señores a tener consejo, porque siempre se hacía en casa del Conde de Charolois, y comían juntos en acabándose el consejo, teniendo el primer lugar el Duque de Berri y de Bretaña, y después el de Calabria, y él honraba mucho a todos, como es costumbre y debía hacer.

Estando en su casa deliberaron que toda la artillería que se hallaba en el ejército la pusiesen enfrente de la del Rey. El Conde de Charolois tenía gran cantidad della y el Duque de Calabria, y también el de Bretaña. Hicieron grandes agujeros en las paredes que están a lo largo del río, detrás de Conflans, adonde ajustaron las mejores y las demás adonde podía servir. Y así había más artillería de la parte de los señores que de la del Rey. La trinchea que los del Rey habían hecho era muy larga yendo hacia París, y siempre la llevaban adelante echando la tierra hacia nosotros por cubrirse de la artillería. Y todos estaban dentro del fosso, y ninguno osaba mos- [30r] -trar la cabeza. Estaban en parte llana como la mano, en una muy buena pradería. Yo nunca he visto disparar tanto en tan pocos días, porque de nuestra parte procuraban echar los enemigos a fuerza de artillería, y de la otra venían de París cada día y no ahorran pólvora. Mucha cantidad de los nuestros hicieron fossos enfrente de sus posadas. Y sin estos había muchos por ser lugar donde se había sacado piedra, y con esto cada uno se cubría. Y así se pasó tres o cuatro días. El miedo fue grande, más que la pérdida de ambas partes, pues no se perdió ningún hombre de calidad.

CAPÍTULO XVII. Cómo el Conde de Charolois hizo hazer con gran diligencia barcos para pasar el rio Sena.

Cuando estos señores vieron que los del Rey no se movían, les pareció caso de menosvaler y que corrían peligro y sería dar ánimo a los de París, porque en algunos días que hubo tregua vino tanta gente que parecía no hubiese quedado nadie en la ciudad. Fue [30v] determinado que se hiciesse un gran puente sobre barcas, cortándoles los extremos de manera que sobre lo más ancho se clavassen las tablas, y a los bordes de los barcos tenían puestas muy grandes áncoras para echar en tierra. También truxeron algunos barcos de Sena, grandes para passar el rio y asaltar la gente del Rey. Al maestro Giraldo artillero, dieron cargo desta obra. Al qual parecía que por los borgoñones había gran ventaja, porque los enemigos habían echado la tierra de nuestra parte, y quando pasassen el río los del Rey, hallarían su trinchera mucho más alta, y no podrían verlos, y no se osaban asomar del miedo de la artillería. Estas razones dieron gran coraje y animaron los nuestros a pasar, y la puente se acabó. Y compuesto todo lo necessario, y habiendo también llegado los barcos, vino de parte del Rey un Rey de armas a decir que era contra la tregua, porque el día antecedente la había habido y duraba por todo el presente. Y venía a ver la causa desta novedad, y acaso halló el Señor de Bonillet, y algunos otros, a quienes se quejó desto.

Bien podían pasar sobre la puente tres hombres de armas a la par con sus lanças, y había seis grandes barcos, que en cada uno pasaran mil hombres cada vez, y algunos otros chicos para passar la artillería. Híçose memoria de los que habían de [31r] pasar, y eran cabeza el Conde de San Pol y el Señor de Obordin. Después de media noche se

empeçaron a armar y antes del día estuvieron armados. Algunos oyeron missa aguardando el día y haciendo lo que los buenos cristianos hacen en semejantes ocasiones. Esta noche yo era de guardia y me hallaba en medio del ejército, en una grande tienda a donde se hacía el cuerpo de guardia, porque ninguno se escusaba de hacerla. Era cabeça de esta gente el Señor de Chastelguion, que después murió en Granson aguardando la hora de ver este espectáculo. Luego oímos que los que estaban en las trincheas empeçaron con alta voz a gritar “a Dios veçinos a Dios”, y en el mismo punto pegaron fuego en sus alojamientos y retiraron su artillería. Al salir del alba, los que estaban señalados para esta empresa se hallaban ya en el río, o a lo menos parte dellos, y vieron los otros ya muy lexos que se iban retirando a París. Y assí cada uno se volvió a desarmar muy contentos desta retirada. Y la verdad es que por lo que el Rey había dispuesto, esta gente era solo por inquietar nuestro ejército con la artillería, y no con intención de pelear, porque no quería poner nada en riego (como he dicho en otras partes). No obstante que su poder era muy grande, por tantos príncipes como tenía juntos [31v], mas su desseo (como bien lo mostraba) era de tratar paz y deshacer esta unión, sin poner su estado (que es tan grande, y obediente reino de Françia) a peligro de cosa tan incierta como una batalla, habiéndose hecho treguas todos los días.

Iba mucha gente de una parte a otra y se comunicaban, y hubo día de tres juntas para tratar de la paz. Y se hacían en la granja de los merçeros harto çerca de nuestro campo. De la parte del Rey venían el Conde de Mayne y algunos otros, y de la parte de los señores, el Conde de San Pol y otros. En estos tratos se entretuvieron algunos días durando la tregua. Y se entretenían mucha gente de los dos ejércitos, habiendo entre ellos un gran fosso, que distaba tanto del uno como del otro, que conforme a la tregua ninguno le podía pasar. No había día que no viniessen del campo del Rey al nuestro diez o doçe hombres, y lo mismo del nuestro al del Rey. Y por esta causa este lugar se llamó

el mercado por los contratos que en él se hazían. Y, a la verdad, tales juntas y assembleas suelen ser peligrosas en semejantes ocasiones, especialmente para los menos fuertes, siendo cosa natural que todos procuren huir los peligros y, en lugar dellos, adquirir honras y dignidades, y suelen, dexando al más flaco, arrimarse al poderoso. Otros hay tan firmes y constantes, aunque son [32r] raros porque cualquier fortuna están muy firmes en servicio de sus amos. Y más hay este peligro cuando hay un príncipe que procura ganar la gente. Que el saberlo hazer es una gran merced que Dios le haçe, y es señal de ser afable, y no soberbio, porque el que lo es persigue los hombres virtuosos. Y assí, cuando se viene a semejantes juntas para tratar de paz se deben de haçer por personas fieles y criados que tienen los príncipes y de mediana edad, porque no siendo desta se puede temer que su debilidad les hará haçer algún concierto que no sea conveniente ni honroso, con lo cual volviendo espantan (más de lo que conviene) a sus amos. Y más presto se han de emplear en esto los que han recibido mercedes que otros y, sobre todo, que sean cuerdos y prudentes, porque de un loco jamás hombre sacó provecho. Y estos tratados se deben de haçer más presto lejos que çerca. Y cuando los embaxadores vuelven oírlos solos, o con poca compañía, porque si sus palabras son para espantar se puedan moderar y darle orden de lo que quiere que diga a los curiosos que le preguntaren. Porque cada uno dessea saber nuevas, y más de los que vienen de semejantes partes, y este, si es de las partes que digo, no callará nada, conoçiendo que tiene amo de valor y prudente [32v].

CAPÍTULO XVIII. Cómo el Rey Luis Onçeno era humilde en sus palabras y trajes, y ponía cuidado en ganar los que le parecía que le podían haçer daño o servir.

Yo me he metido en esta materia porque he visto muchos engaños en este mundo que han hecho criados a sus amos. Y las más veçes a príncipes y señores orgullosos, que no querían oír los que les hablan, que a los que son humildes y escuchan de buena gana. Entre todos los que he conoçido, el más sabio y que mexor supiesse salir de un caso en tiempo de adversidad era el Rey Luys Onçeno nuestro amo y el más humilde en sus palabras y trajes, y que más trabajaba en ganar un hombre que le pudiesse servir o que le pudiesse haçer daño, no dexándole aunque le hiciesse alguna dificultad; mas antes continuaba prometiéndole y dándole dineros. Y el asiento que le parecía que gustaba. Y los que había echado y disgustado en tiempo de paz y de prosperidad, los recogía bien caros cuando tenía necessidad y se servía dellos y no les tenía mala voluntad por las cosas pasadas. Y era naturalmente amigo de [33r] gente de mediano estado y enemigo de los grandes, que podían pasar sin él. Ningún hombre escuchó más, ni se informaba de lo que pasaba tanto como él, ni que quisiesse conoçer las gentes, porque verdaderamente conoçía todas las personas de auctoridad y valor que había en Inglaterra, España, Portugal, Italia y en los señoríos de los Duques de Borgoña y Bretaña, como a sus propios vasallos. Y este término y modo que tenía le conservó el reino de los enemigos que él mismo se había adquirido cuando entró a reinar, mas sobre todo le sirvió mucho su grande liberalidad de que usaba en las ocasiones. En las adversidades se gobernaba muy sabiamente y al contrario cuando se hallaba quieto y con paz, o a lo menos con tregua. Con pequeñas ofensas iba trabajando al uno y al otro,

casi por insensible camino, no pudiendo tolerar la paz se conducía a la guerra. Era muy ligero en hablar de todos, tanto de los que se hallaban presentes como de los ausentes, excepto de aquellos a quien temía, porque de su natural era tímido. Y cuando por su hablar recibía algún daño o tenía sospecha y lo quería reparar, usaba destas palabras a la persona ofendida: “Yo sé que mi lengua muchas vezes me ha causado daño y assí mes- [33v] -mo otras me ha dado contento, con todo esso es razón que yo lo repare y enmiende”. Y todas las vezes que usaba desta palabras, hacía alguna merçed aquel a quien se las decía y no era pequeña. Y verdaderamente que Dios haze gran merced a un príncipe que cuando hace mal y bien, que sobrepuje el bien al mal, como se veía en el Rey nuestro amo, mas yo creo que el trabajo que pasó en su juventud, quando estuvo huído de su padre y se fue con el Duque de Borgoña (a donde estuvo seis años) que le valió mucho porque le fue neçessario complaçer aquellos a quien había menester, y fue bien no pequeño porque aprendió en las adversidades.

Como se halló grande y coronado Rey, no pensó en otra cosa que en las venganças, mas luego le vino el daño de que se arrepentió, y reinando reparó este error, acariciando y haçiendo merçedes a los que había ofendido, como después entenderéis. Y si él no hubiera tenido otra criança más de la que he visto usar en este reino, yo creo que no hubiera subido al grado que subió, porque los moços aquí no se crían sino haçiendo mil locuras en los trajes y en las palabras, no teniendo conoçimiento de las letras, ni çerca de sí ningún hombre docto y prudente. Solo tienen junto a sus personas unos ayos, a los cuales no hablan sino de sus cosas particu- [34r] -lares y les haçen que las dispongan a su gusto. Hay algunos señores que no tienen más de treçe libras de renta, los cuales quando les llegan a hablar osan decir “hablad con mis criados”, haçiendo obstentaçión de grandes señores. Y muchas vezes he visto los criados de estos tales aprovecharse de la hacienda de sus amos, haçiéndoles que parezcan bestias. Y si por

ventura algunos destos lo entienden o quiere saber lo que le toca, es tan tarde que no sirve ya de nada. Porque es menester notar que todos los hombres que han sido grandes y hecho famosas cosas han empeçado de muy moços. Y esto proçede de la criança de especial gracia de Dios.

CAPÍTULO XIX. Cómo los borgoñones, estando cerca de París aguardando la batalla, creyeron que unos cardos muy largos que veían eran lanças.

Heme detenido mucho en esta materia, mas es verdad que yo no puedo salir della cuando quiero. Y volviendo a la guerra, ya habéis oído como los que el Rey había alojado en la trinchea a lo largo de la ribera de Sena, se retira- [34v] -ron al tiempo que los habían de asaltar. La tregua no duraba más que un día o dos, los otros días se hacía la guerra muy reñida, y las escaramuças duraban de la mañana hasta la noche; de París no salían gruesas tropas. Con todo esso, muchas vezes hacían retirar nuestro cuerpo de guardia, el cual se reforçaba luego. Yo no vi día que no hubiesse alguna escaramuça por chica que fuesse, y bien creo que el Rey hubiera querido que fuessen de más gente, mas hubo grandes sospechas, las cuales en muchos eran sin causas. También me refirieron que halló una noche la bastilla de Sancto Antonio abierta por la puerta del campo, la cual le había puesto en grande sospecha de Miçer Carlos de Melun a causa que su padre tenía a cargo esta plaça. Yo no digo otra cosa di Miçer Carlos de lo que he dicho: más mejor criado no le tuvo el Rey en aquel año.

Un día determinaron en París de venirnos a acometer por tres lados y creo que el Rey no lo sabía porque solo era deliberación de los capitanes; los unos de la parte de París, adonde había de ir la más gente; otra tropa había de ir hacia la puente de Xarrenton, y estos no hubieran hecho grande daño; docientos hombres de armas habían de ir por el bosque de Vinçena. De esta deliberación tuvo aviso el ejército cerca [35r] de media noche por un paje que vino a gritar de la otra parte del rio, porque algunos amigos de estos señores los advirtían de la interpresa, y nombró algunos y luego se fue



al amanecer. Vino Micer Pincet de Ribera delante la puente de Xarrenton, y el Señor de Lau de la otra parte hacía el bosque de Vinçena hasta nuestra artillería, y mataron un artillero. El arma fue muy grande creyendo que fuesse según el paje lo había advertido aquella noche. Luego se armó el Conde de Charolois, aunque más aprisa lo estuvo el Duque Juan de Calabria, el cual en todas las armas que se tocaban era el primero armado de todas piezas, y con su caballo Bardado llevaba puesta una casaca como la que suelen los famosos caudillos en Italia. En el semblante mostraba ser un gran príncipe y valeroso capitán. Íbase luego a las trincheas a procurar que nadie saliesse. Y era tan obedecido en el ejército como el Conde de Charolois, y con más voluntad, porque verdaderamente merecía ser honrado. Y en un momento todo el ejército estuvo con las armas, y se pusieron a lo largo de los carros por la parte de dentro, quitados docientos caballos que estaban fuera haciendo guardia. Y si no fue este día nunca conocí que se tuviesse esperanza de pelear, y así cada uno [35v] lo esperaba.

A esta hora llegaron los Duques de Berri y de Bretaña, a los cuales nunca vi armados sino este día. El de Berri estaba armado de todas piezas aunque tenía poca gente, con la cual se pusieron un poco apartados, y pasaron por el ejército por hablar con el Conde de Charolois y el de Calabria. Nuestra artillería había disparado mucho cuando los del Señor de Lau se habían allegado tan cerca. El Rey tenía mucha artillería sobre las murallas de París, la cual disparó muchos tiros a nuestro ejército. El ruido que hacían ambas artillerías hacía creer a los dos ejércitos que había alguna grande interpresa. El tiempo era muy obscuro y turbio, y nuestros corredores que se habían acercado a París vieron algunos caballos bien lexos, y más adelante destos les parecía de ver gran cantidad de lanças: juzgaron que eran las batallas del Rey que habían salido, y todo el pueblo de París. Esa imaginación causó la grande obscuridad del tiempo. Ellos se volvieron derechos a los señores que estaban hablando fuera del campo y les hicieron

relación de lo que habían visto assigurándolos de que se daría batalla. Los caballos que habían salido de París se iban siempre açercando a causa de ver retirar los nuestros, lo cual les confirmaba [36r] más en su opinión. Vino entonces el Duque de Calabria adonde estaba el estandarte del Conde de Charolois y la mayor parte de la nobleza de su casa por acompañarle, y la bandera a punto para desplegarse, y el guion de sus armas, el cual reluía mucho, y allí nos dixo a todos el Duque Juan: “Nosotros habemos en fin llegado a lo que siempre habemos desseado. Mirad al Rey y todo su pueblo salir de la villa y caminando, como lo diçen nuestros corredores. Y assí cada uno tenga buen ánimo, y como ellos van saliendo de París, procuremos ir entrando nosotros, y le mediremos palmo a palmo con su medida que es muy grande”. Y assí fue animado el exército. Nuestros corredores tomaron ánimo viendo que los otros caballos de París eran pocos, y assí se fueron açercando a la ciudad, hallando aún las batallas a donde las habían dexado, que les causó nuevos pensamientos. Ellos se açercaron lo más que pudieron y habiendo aclarado un poco el tiempo, hallaron que eran grandes cardos. Y assí fueron hasta çerca de las puertas de París y no hallaron nadie fuera, y luego dieron aviso dello a los señores, los cuales se fueron oír missa y a comer, quedando corridos los que habían traído aquellas nuevas, aunque el tiempo los escusó y lo que había dicho el paje la [36v] noche antes.

CAPÍTULO XX. Cómo el Rey y el Conde de Charolois se vieron el uno con el otro para tratar de la paz.

El tratado y conciertos de la paz se iban siempre continuando más apretadamente entre el Rey y el Conde de Charolois que entre los demás, porque entre ellos consistía la fuerza deste tratado. Las demandas y pretenciones de aquellos señores eran demasiadas, especialmente porque el Duque de Berri pedía la Normandía por su parte, la cual el Rey no quería concederle. El Conde de Charolois pretendía las villas que están a la orilla del río Soma que son Amiens, Abevilla, San Quintín, Perona, y otras algunas que tres meses antes, poco más o menos, había rescatado por cuatro cientos mil escudos el Duque Felipe, el cual las había habido del Rey Carlos Séptimo por las paças que se habían hecho en Arras. El dicho Conde de Charolois defendía que mientras él viviese no debía el Rey rescatarlas, trayéndole a la memoria la obligación que tenía a la casa de Borgoña, de cuando se huyó de su padre, y como en ella fue [37r] reçibido y hospedado por espacio de seis años, proveyéndole de todo lo necessario para el gasto de su persona y criados, y como le acompañaron a su coronación a Remns y París, por lo cual el Conde de Charolois sintió mucho el rescate destas plaças.

Los conçiertos y tratados de paz pasaron tan adelante que el Rey vino una mañana por el río hasta frontero de nuestro ejército, acompañado de mucha caballería, por la orilla del agua en su barca. No venían más de cuatro o cinco personas, fuera de los remeros, que eran el Señor de Lau, el Señor de Montalbán, (entonces) Almirante de Francia, el Señor de Nantoletta, y otros. Los Condes de Charolois y de San Pol estaban desta otra parte del río aguardando que llegasse el señor Rey y, llegando con estas

palabras, preguntó al Conde de Charolois: “¿Assiguráis mi hermano?” (díxole hermano porque el conde había sido casado con una hermana suya). El conde le respondió: “Sí, como hermano”. El Rey se desembarcó con los demás que le acompañaban, y los dichos condes le reçibieron con mucha reverençia y honrosas cortesías (como era justo). El Rey que no era escaso de palabras, començó diziendo: “Hermano, yo conozco que sois caballero y de la Casa de Françia”. El conde le preguntó: “¿Por qué lo dezís mis señor?” Entonçes replicó: “Porque quando envié mis embaxadores poco tiempo [37v] a Lila a mio tío, vuestro padre, y a vos, y aquel loco de Morviller, habló tan descortésmente de vos, me embiastes a decir con el Arçobispo de Narbona que, conforme él lo mostró, es muy buen caballero, pues todos quedaron satisfechos dél que antes que pasasse el año yo me arrepentiría (y esto solo dixo con rostro alegre). Cierta que habéis cumplido con lo prometido, y aún antes que haya pasado el año.” Lo cual le dixo Reyendo conoçiendo su condición, porque era tal que tomaba gusto destas palabras, como lo mostró, diciéndole de muy buena gana: “Trato yo con gente que cumple tam bien lo que promete”. Después desto culpó mucho al dicho Morviller, diciendo no haberle dado comission para las cosas que había hecho. Con esto se paseó el Rey un grande rato. En medio de los dos condes de la parte del de Charolois había gran número de hombres armados que atentamente los estaban mirando. Allí pidieron al Rey el Ducado de Normandía y el río Soma, y otras muchas cosas adonde hizieron algunos conciertos (ya otras vezes tratados) por el bien público del reino, los cuales importaban más a sus particulares. Pero quanto tocaba a la Normandía, el Rey no quería que le tratasen cosa alguna, y al fin conçedió al dicho conde su demanda y oficio; al de San Pol el oficio de condestable en favor<sup>3</sup> [38r] del Conde de Charolois. Y con esto se disolvió la junta, y

---

<sup>3</sup> Tras el folio 37r hay un folio en blanco.

los condes se despidieron del Rey con corteses ofrecimientos. Y el Rey se embarcó y volvió a París y las demás a Conflans.

CAPÍTULO XXI. Cómo el Duque Carlos de Borgoña se gobernaba por solo su parecer, despreciando los consejos de los demás, y el daño grande que por esto le vino.

De la forma que he dicho pasaron los días: los unos con trabajos y los otros con guerras, rompiéndose los tratados y conciertos de la paz, entrando en el lugar donde los diputados de una y otra parte se venían a juntar, que era en la Granja de los Merçeros. Malas inteligencias arriba dichas entre el Rey y el Conde de Charolois y otros se iban continuando, no obstante la guerra que de presente había. Uno que se llamaba Guillén Vique y otro llamado Guillot Diusio, siendo criados del Conde de Charolois, aunque algunas veçes habían reçibido favores y mercedes del Rey, porque el Duque Felipe los había desterrado, y el Rey los acogió a [38v] ruego del Conde de Charolois. Destas idas se disgustaron algunos, y los señores començaron a no fiarse los unos de los otros mostrando alguna tibieza y cansancio. Y si no fuera por un accidente que sucedió pocos días después, se hubieran ido todos vergonçosamente. Yo les vi juntos en tres diferentes consejos donde se juntaron todos, y vi, assimismo, muy sentido desto al conde por haberse hecho las juntas dos vezes sin su presencia, pareçiéndole sobrada impertinençia hablar más en ellas. Sobre lo cual habló con el Señor de Contay, varón muy prudente (como tengo dicho otras veçes), el cual le persuadió que tuviesse paciençia porque si los disgustaba se alterarían con más facilidad y se concertarían con el Rey más presto que con él. Y que assí como era el más fuerte, convenía que fuesse más prudente y sobre todo procurasse no se dividiessen, antes les mostrasse buen rostro, entreteniéndolos lo más que fuesse posible dissimulando con todos. Advirtiéndole que en su casa se hablaba mucho de que tan baxas personas, como eran los dos arriba dichos, se metiessen en tan

grandes materias, y que era cosa peligrosa, y más con un Rey tan vigilante y liberal como era Luis. Aunque el dicho Señor de Contay no estaba bien con Guillome Vique, con todo esso deçía lo que otros muchos, sin que la passión le obligasse a hablar más [39r] de lo que pedía la necessidad del caso.

Al Conde de Charolois satisfiço este consejo. Y assí començó a tratar más con aquellos señores y su gente, y con más gusto y alegría que otras vezes solía, que a mi parecer era muy necessario mostrarles buen rostro por el peligro que corría si se apartaban de su devoçión. Y no hay duda de que un hombre prudente y sabio es de gran provecho y servicio en cosas semejantes, principalmente si le dan crédito, entonçes no hay preçio que le iguale. Y no he conocido príncipe que haya sabido conoçer las diferencias y sujetos de los hombres hasta haberse visto en necessidades y trabajos, y si acaso los conoçen muestran ignorarlo, y reparten sus favores con los que le son más gratos por acomodarse más a su gusto, por ser más conformes a sus opiniones, y algunas vezes se dexan gobernar destos tales. Mas los que tienen entendimiento tienen diferente gobierno y vida buscando personas que les desengañen, y más en tiempo de necessidad. Desta forma vi yo al Rey y al Conde de Charolois y al Rey Eduardo de Inglaterra que en sus necessidades y trabajos se acordaban de aquellos que habían despreciado. Y después que el Conde de Charolois fue Duque de Borgoña, y que la fortuna le subió más que a ninguno otro de su casa, y le hiço tan grande que no temía a ningún príncipe su igual, permitió Dios que cayesse [39v] en esta vanidad, privándole de manera del entendimiento que despreciaba que cualquier consejo resolviéndose en todas las ocasiones con el suyo, que fue causa de acabar la vida miserablemente con gran número de gente y vasallos destruyendo la grandeça de su casa, como vos sabéis.

## CAPÍTULO XXII. Cómo los normandos siempre han deseado tener un duque.

Porque arriba he hablado de los peligros que hay de hacer estas negociaciones, y que los príncipes deben ser muy prudentes en conocer y elegir las personas a quien se encomiendan y principalmente que tengan uso y auctoridad, agora diré la causa que me movió a hacer tan largo discurso desta materia. Entre tanto que estos tratos se hacían por vía de juntas, y que se podían comunicar los unos con los otros en lugar de dirigirlos a la paz, se trató por algunos que el Rey dexasse el Ducado de Normandía al Duque de Berri, su único hermano, por todo lo que podía pretender de su parte, y que él dexaría el Ducado de Berri al Rey. Esto fue de tal manera guiado por Madama, la gran Senescala de Normandía, y por [40r] otros dependientes desta señora, como parientes y criados que pusieron en la fortaleza de Roan al Duque Juan de Borbón, y de allí en la Villa, la cual luego consintió esta mudança, como quien desseaba tener un príncipe que assistiese en Normandía. Y lo mismo hicieron todas las plaças y villas de aquel estado, eçeto qual y qual, pareçiendo a los normandos que para un tan gran ducado como es el suyo les convenía tener un señor particular. Y verdaderamente el estado es de grande estimación y de mucha renta. Yo le he visto valer nueve cientos y cinquenta mil francos, y algunos dicen que más.

Después que la villa se entregó, todos los moradores hizieron juramento al Duque de Borbón, por el dicho Duque de Berri. En todo esto no intervino el gobernador, no obstante que le había criado el Rey en su cámara teniéndole por su privado estando en Flandes, y otro llamado el Señor Guillome Picarte, y después general de Normandía. El gran senescal de aquel estado, que lo es hoy día, no quiso



venir en estos tratos, antes se fue donde estaba el Rey contra la voluntad de su madre que había sido el todo en haçer esta reducción, como queda dicho. [40v]

CAPÍTULO XXIII. Cómo el Rey y el Conde de Charolois se vieron y hablaron cerca de Conflans sobre los tratos de la paz.

Llegando estas cosas a noticia del Rey se determinó a abraçar la paz, viendo no podía remediarlas de otra manera, atento lo susodicho. Y así luego hizo saber al Conde de Charolois, que estaba en su ejército, como le quería hablar, señalando la hora y lugar que fue cerca de Conflans. Salió el Rey al lugar y hora señalada, con casi cien caballos, que la mayor parte eran escoseses de su guarda y otra alguna gente, aunque poca. El Conde de Charolois no llevó mucha gente, pero después le siguieron algunos de forma que vino a tener más gente que el Rey, y así los mandó quedar algo lexos. Paseáronse los dos por espacio de un rato y el Rey le dixo que la paz estaba concluida, y le contó lo que le había sucedido en Roan, diciéndole que jamás había dado su consentimiento a su hermano, pero los mismos normandos habían hecho esta novedad, y que él estaba contento y pasaría por lo tratado en la forma que se había conferido los días antecedentes, con las demás cosas que se [41r] habían concertado. El Conde de Charolois quedó muy contento, porque su ejército estaba con grande necesidad de bastimentos y mucho más de dineros. Y cuando esto no se hubiera hecho, sin ninguna duda, que todos aquellos señores se obieran ido vergonçosamente. Con todo esso le llegó al conde por aquellos días un socorro que su padre el Duque Felipe de Borgoña le enviaba a cargo del Señor de Savenses, donde venían ciento y veinte hombres de armas, mil y quinientos archeros, y ciento y veinte mil ducados en dinero, sobre diez açémilas, y gran cantidad de arcos y flechas, con que se proveyó y alegró el ejército de los borgoñones, que estaban algo dudosos, que los demás no se concertassen sin ellos con

los contrarios. Estos conciertos de paz, alegraron al Rey y al conde, como yo después se lo oí contar.

Iban, pues, hablando con tanto afeto, continuando el fin desseado de las demás cosas, que no miraban donde iban, que entraron dentro de un grande baluarte, de tierra y faxina, que el Rey había hecho hazer harto lexos de la ciudad al cabo de una trinchera y a lo largo della, por la cual se entraba dentro en el lugar. Con el conde no iban más que cuatro o cinco hombres, y viéndose dentro quedaron admirados aunque el conde mostró siempre buen semblante. Y débese creer que ninguno de los dos señores faltó de su fe, imaginó ni sospechó [41v] mal trato. Cuando las nuevas vinieron al ejército del conde, de cómo quedaba dentro del baluarte, hubo gran murmuración, y al punto se juntaron el Conde de San Pol, el Mariscal de Borgoña, el Señor de Contay, el de Haultbordin y algunos otros culpando mucho al conde deste atrevimiento, y a los demás que iban en su compañía, trayendo a la memoria el inconveniente que sucedió a su agüelo en Monterealfault, donde presenté el Rey Carlos Séptimo. Luego ordenaron que entrassen dentro los que andaban passeándose por el campo, y el Mariscal de Borgoña, llamado Nosetel, usó destas palabras: “Este moço loco y rabioso príncipe se ha ido a perder, no perdamos su casa ni lo de su padre, ni lo nuestro. Y ansí soy de parecer que cada uno se vuelva a su alojamiento y esté a punto sin espantarse por trabajos que le vengán pues nosotros somos bastantes para retirarnos, estando unidos, hasta los confines de Henaut o Picardía o en Borgoña.”

Después destas palabras se puso a caballo con el Conde de San Pol, passeándose fuera del ejército, mirando si salía gente de París. Al cabo de un rato vio venir cuarenta o cincuenta caballos y otra alguna gente del Rey que volvían, acompañando al Conde de Charolois. Cuando le vio açercar mandó volver a los que le acompañaban y volvió a hablar al mariscal, al cual temía, porque usaba de ásperas [42r] palabras, aunque era

bueno y leal caballero, lo cual le animaba a decir. Las palabras del conde fueron estas: “No me reprendáis porque bien conozco la locura que he hecho, pero advertilo tarde, que ya estaba cerca del baluarte, y no fuera generosidad de ánimo mostrar sospecha ni flaqueza.” Después le dixo el mariscal lo que había hecho en su ausencia, y baxando el conde la cabeza sin responderle cosa alguna se metió dentro el ejército de cuya vista todos recibieron grande contento, estimando el buen trato y fe de que el Rey había usado. Con todo esso, nunca el conde volvió en la opinión y poder que tenía.

Finalmente todas estas cosas fueron concertadas en la forma dicha, y el día siguiente el Conde de Charolois, hizo alarde general para saber la gente que tenía, para medir con ella su potencia. Y sin decir nada volvió con treinta o cuarenta caballos, y fue a visitar todas las compañías una a una, exceto la del Mariscal de Borgoña. El cual no amaba al Rey por causa de que mucho antes en Lorena le había dado una villa, y después se la quitó, por darla al Duque Juan de Calabria, de que recibió gran daño el mariscal. Poco a poco iba el Rey granjeando la voluntad de los caballeros de más importancia que habían servido al Rey su padre, reconciliándose con ellos, que eran los que estaban algo desabridos, desde el tiempo que él comenzó a reinar, [42v] y por esta causa se habían hallado en esta junta, aunque agora conocía su error. Pasó la palabra, que el día siguiente el Rey se hallaría en el castillo de Vinçena, con todos los señores que le habían de hazer el homenaje, y para seguridad de todos que el Rey daría este castillo al Conde de Charolois.

CAPÍTULO XXIV. Cómo el tratado de la paz se concluyó en el castillo del bosque de Vincena, entre el Rey, Conde de Charolois y sus aliados.

El día siguiente se juntaron el Rey y todos los príncipes sin faltar ninguno en el castillo, y el portal y puerta dél estaban muy bien guarnecidos de gente armada del conde, donde fue leído el tratado de la paz. El Señor Carlos hizo homenaje del Ducado de Normandía, y el Conde de Charolois de los lugares de Picardía, de que arriba se haze mençión, y de otros que ansí mesmo había de haçerle. El Conde de San Pol hizo juramento del oficio de Condestable de Françia. Pero nunca hay bodas tan cumplidas que algunos no salgan mal comidos, pues algunos alcançaron lo que desseaban, y para otros no hubo nada, y [43r] para traer a el Rey en esto fue de provecho el medio de algunos príncipes. Con todo esso, la mayor parte quedó con el Duque de Bretaña, y nuevo Duque de Normandía, que de allí partieron a Roan a tomar su posesi3n. Al salir del castillo se despidieron unos de otros, con mucha cortesía, y cada uno se fue a su alojamiento. Hiciéronse en forma las cartas de posesiones y entregas, perdones y alianças, con las demás cosas conçernientes al tratado de la dicha paz.

En un mesmo día partieron el Duque de Normandía y el de Bretaña, cada uno para su estado, y el Conde de Charolois para irse a Flandes. Y quando estaba el Rey apunto vino el conde y lo acompañó hasta Villers lebel, que está quatro leguas de París, mostrándole en el camino mil desseos de continuar la paz y amistad con el conde. Entrambos pasaron allí aquella noche. Y aunque el Rey tenía poca gente, más había hecho venir docientos hombres de armas para llevarlo, de que fue advertido el Conde de Charolois quando se acostaba, y conçibió una mala sospecha, y hizo armar y poner

apunto mucha de su gente. Y ansí podéis ver que es cosa imposible que dos que han sido enemigos puedan estar juntos sin rezelos y cuidados, principalmente si hay entre los que los acompañan enemistades o parlerías que entonçes casi no se escusaba. Y ansí entre los tales príncipes, quando hayan de haçer algunos tratados, [43v] deben escusar el verse, sino nombrar personas prudentes, expertas y de confiança, por cuyo medio las efectuen, por no verse en las ocasiones dichas.

El día siguiente por la mañana los dos señores arriba dichos se despidieron el uno del otro, con amigables y amorosas palabras. El Rey se volvió a París acompañado con los que vinieron por él con que quitó todo género de sospecha a el conde y a sus criados. El Conde de Charolois tomó el camino de Compienne y Noyon, y por todas las partes le dieron passo por mandado del Rey. Y de allí llegó a Amiens, donde le hizieron homenaje los lugares de la ribera de Some, y de los de Picardía que los restituían por amor de la paz firmada. De los cuales había pagado el Rey quatro cientos mil escudos de oro aun no había nueve meses como queda dicho arriba. Y luego pasó adelante y fue al país de Lieja, porque ellos habían hecho guerra a su padre por espacio de çinco o seis meses, estando él fuera en los países de Namur y Brabante. Habían ya hecho los dichos liejeses un destroço contra ellos, aunque respeto del invierno no pudieron hazer más, no obstante, que quemaron muchas aldeas. Supuesto que fue poco el daño que padeçía Lieja capituló el conde paçes con ellos quedando los liejeses a guardarla so pena de una gran suma de dineros. Y con esto el conde se volvió a Brabante. [44r]

CAPÍTULO XXV. Cómo el Ducado de Normandía volvió a poder del Rey no obstante que lo había dado a su hermano por el tratado de la paz arriba dicho.

Volviendo a los Duques de Normandía y de Bretaña, que habían ido a tomar la posesión del Ducado de Normandía, luego que hicieron su entrada en Roan, comenzó a haber división entre ellos cuando se fue a repartir la presa por hallarse aún con ellos los caballeros arriba nombrados, enseñados a recibir grandes honras y cargos del Rey Carlos. Y bien les parecía que ya se hallaban al fin de la interpresa y que había poco de fiar del Rey, y así cada uno quería lo mejor y más provechoso. Por otra parte, el Duque de Bretaña quería disponer y repartir alguna parte de aquel estado, por ser el que en aquella guerra había llevado más gente y hecho mayores gastos. De tal manera se turbaron las cosas que le fue necesario al Duque de Bretaña (para seguridad de su persona) retirarse al Monte de Santa Caterina, cerca de Roan, y aún allí se estuvieron los contrarios para irle a inquietar, de donde se fue a Bretaña por camino derecho. Entendida esta división por el [44v] Rey, caminó cerca del país y podréis creer que él iba con pensamientos bien guiados en este negocio, porque era muy maestro en esta ciencia de no perder la ocasión. Una parte de los que tenían las mejores plazas las entregaron haciendo sus concierto con el Rey. Yo al fin no sé destas cosas, sino las que él mismo me ha dicho y contado, porque no me hallaba en aquellas partes.

Trató con el Duque de Bretaña que tenía una de las plazas de la Baja Normandía, procurando que dél todo dexasse a su hermano. Ellos fueron algunos pocos días a Caen y hicieron un tratado por el cual la dicha villa, y otras algunas quedaron en las manos del Señor de Lescun, con alguna poca gente pagada. Mas este tratado era tan

oscuro que tengo por cierto que ninguno de los dos jamás lo entendió bien. El Duque de Bretaña se fue a su tierra y el Rey se volvió tomando el camino para donde estaba su hermano. Viendo, pues, el Duque de Normandía que él no podía resistirle y que el Rey había tomado la puente de Larche, y otras plaças de las suyas, determinó de huírse a Flandes. El Conde de Charolois se estaba aún en Sanoen, en una pequeña villa del país de Lieja, el cual estaba bien embaraçado y su exército roto y desecho, y en tiempo de invierno y parte ocupado contra los liejeses, y le pesaba mucho desta división, porque [45r] lo que en este mundo más desseaba era ver un Duque en Normandía, porque con esto le parecía que el Rey venía a quedar con menos fuerças, más de la terçera parte. Procuraba juntar gente en Picardía para meter dinero en Diepe antes que lo supiesse el que tenía cargo de la dicha villa. Se concertó con el Rey y así volvió a poder del Rey todo el Ducado de Normandía, salvo las plaças que quedaron al señor de Elscut por el concierto hecho en Caen.



CAPÍTULO XXVI. Cómo el nuevo Duque de Normandía se retiró a Bretaña muy pobre y destruído por haberse engañado por su parecer.

El Duque de Normandía se había resuelto una vez (como he dicho) de ir a Flandes, pero convínole en aquella sazón reconçiliarse con el Duque de Bretaña, conoçiendo los dos sus yerros, y que por división se pierden todas las cosas buenas del mundo. Y aunque parecía imposible que dos personas tan grandes y de un mismo estado se pudiesen conservar largo tiempo si no era haçiendo una cabeça, y esta era menester le fuesse de persona plática, prudente y te- [45v] -mida para que fuesse obedecido. Yo he tenido muchos exemplos destos a los ojos, y no hablo de oidas, y es tanto lo que estamos sujetos a las divisiones que no miramos el daño y consecuencias que dellas nos puedan resultar, y este mal es tan grande y tan general que abraça todo el mundo, como tendrán noticia los que han leído historias. Y me parece que una persona sabia y prudente tendrá poder y mando para mandar y sustentar diez mil hombres con los cuales es más de temer y estimar que no diez capitanes, que cada uno tuviesse seis mil pues la virtud unida es causa de mayor valor. Supuesto que un sabio y prudente con facilidad se determina a una y muchas nuevas facciones, lo que no pueden hazer diez, pues primero que confieran la determinación los dexara la ocasión con el copete en las manos. Y así se retiró el Duque de Normandía en Bretaña, pobre destruído y dexado de los caballeros que habían servido al Rey Carlos su padre, que a este tiempo se habían convenido con el Rey mexorando sus cosas con mexor estado que habían tenido con el Rey su padre.

Estos dos príncipes arriba dichos mostraron ser sabios después de sus trabajos y desdichas haciéndolos la experiencia maestros, [46r] como se suele dezir de los

bretones, estándose en Bretaña con el Señor de Lescut, principal de todos sus criados. Y entre ellos había embaxadas entre el Rey y ellos, y de ellos al Rey, y del conde de Charolois a unos, y a otros del Rey al Duque de Borgoña, y del Duque de Borgoña al Rey, los unos por saber nuevas, y los otros por solicitar y traer gente por todos los caminos aunque fuesen malos, con apariencia de un buen desseo y demostración de buena fe. Algunos fueron con buena intención procurando buen medio y paz en las cosas, pero es un gran género de locura de los que se estiman por tan perfectos y prudentes pensar que con facilidad se puedan pacificar los levantados ánimos de tan poderosos y grandes príncipes como eran estos, que solo atendían a sus provechosos y particulares fines. Especialmente que de la una ni de la otra parte no se ofrecía cosa puesta en razón. Pero hay algunas personas que se precian y jactan de saber concluir una dificultad, y engañanse porque muchas vezes los señores no les descubren sus verdaderos pensamientos, y assí andan a oscuras como desalumbrados. Estos pues que digo las más vezes proceden con sola ostentación por parecer o muy privados o muy [46v] de casa, y algunas vezes, so color de humildad, hay algunos que procuran negociar con dádivas, como yo he visto praticar en muchas ocasiones, y en particular de las que voy hablando. Y también, como he dicho, conviene que los príncipes sean muy prudentes y circunspectos en hacer election de las personas en cuyas manos han de poner sus negocios, y ansímismo debrían pensar los elegidos para tales materias si debrían escusarse para no tratarlas, conociendo sus partes y suficiencia.

Yo he conocido muchos hombres honrados y, de partes, hallarse muy trabajados y sin saber dar salida en los negocios referidos, y he conocido príncipes de diferentes naturalezas los unos tan sutiles y sospechosos, que no hay traça para vivir con ellos pareciéndoles siempre que los engañan. Los otros tan confiados de sus criados tan toscos y mal entendidos en sus negocios que no saben hazer distinción de quien los

sirve bien o mal. Y como son incostantes mudan con facilidad el amor en odio, y el odio en amor, y aunque en entrambas maneras se hallen pocos buenos, y en ellos poca firmeza y seguridad, con todo esso, yo dessearía más vivir debaxo de la mano de los prudentes que de los inconstantes y simples, pues a los unos se les puede obligar con buen ser- [47r] -vicio adquiriendo su graçia, y a los inconstantes apenas se puede hallar modo de agradarles, pues ningún buen expediente hallará buen camino en su poca firmeza, mas ¡ay! de los criados que viven con tales señores. Con todo esso es menester que les sirvan y obedezcan unas veçes por obligación, otras por amor y otras por no poder más, poniendo en Dios toda nuestra esperançã y firmeza de donde nos ha de venir el bien. La lástima es que caemos en esta cuenta muy tarde, mas Dios es también acondicionado que a calquier hora reçibe.

Al fin se pasaron muchos años, en que el Duque de Borgoña tuvo muchas guerras con los liejeses, y quando el Rey lo veía embaraçado, procuraba hazer alguna novedad contra los bretones socorriendo los liejeses, y luego el Duque de Borgoña se volvía a socorrer a sus aliados, o ellos mismos haçían alguna tregua o tratado de paz.

CAPÍTULO XXVII. Cómo la villa de Dinante en Lieja fue tomada y saqueada y finalmente abrasada por el Duque de Borgoña.

El año de mil y cuatrocientos y sessenta y seis [47v] fue tomada Dinante situada en el país de Lieja, villa (de su tamaño) muy fuerte, y rica por causa del trato que en ella había por las obras de cobre. El Duque Felipe de Borgoña, que murió el mes de junio de mil y cuatrocientos y sessenta y siete, se hizo llevar en su vejez en una litera desta villa. Tal aborrecimiento tenía contra ella por las muchas crueldades que hacían contra sus vasallos en el Condado de Namur, especialmente en una villa llamada Bobynes, distante un cuarto de legua de Dinante no habiendo de por medio sino el río. Habiendo muy poco que los de Dinante la habían tenido cercada por espacio de ocho meses y hecho muchas crueldades en la comarca, disparando bombardas y otras piezas gruesas de artillería, durante este tiempo atravesando las casas de la dicha villa de Bobynes, constriniendo a los pobres cercados a meterse en las cuevas, es casi imposible de creer el rencor, y enemistad que estas dos villas se tenían la una con la otra. Y por este respeto eran pocos los casamientos que se habían entre ellos, y si algunos más por necesidad que por amor por estar muy distantes de otros buenos lugares.

El año antecedente de la destrucción de Dinante, que fue en el tiempo que el Conde de Charolois estaba sobre París, con los Señores de Francia, [48r] como habéis oído arriba, los de Dinante habían hecho un concierto de paz con él, y le dieron cierta cantidad de dinero habiéndose apartado de la ciudad de Lieja negociando a partes sus cosas, verdadera señal de la destrucción de un estado, cuando los que deben estar unidos se apartan y dividen. Yo lo digo esto tanto por los príncipes y señores aliados y

confederados, como por las villas y comunidades, y por parecerme que este es pensamiento notorio, y que todos lo habrán visto o leído, no le prosigo más a la larga, pero el Rey Luis, nuestro amo, ha entendido mejor este arte de dividir la gente que ningún otro príncipe que yo jamás haya conocido porque jamás trató de ahorrar ni escotar dineros, ni mercedes, ni trabajos con los amos y caballeros que le servían, pero ni aun con los criados, con que a todos los tenía muy gratos. Y así los de Dinante se comenzaron a arrepentir muy presto del tratado, y conciertos que habían hecho, y hicieron cruelmente morir cuatro de sus principales burgeses que habían sido la causa del dicho tratado y concierto, y de nuevo empezaron la guerra con el Condado de Namur, tanto por sus odios particulares como por ser solicitados de los de Bobines. El sitio les fue puesto por el Duque Felipe, pero la gente y ejército tenía a su cargo su hijo. [48v] Vino el Conde de San Pol, Condestable de Francia, en su socorro, no con la auctoridad del Rey, ni con sus hombres de armas, sino solos con los que había juntado, en los confines de Picardía. Orgullosamente hicieron una salida los de dentro, con mucho daño de los suyos.

El octavo día, después que habían sido muy mal tratados, y no tenían sus amigos lugar de deliberar si los ayudarían, la villa fue entrada y arrasada y los prisioneros, que fueron hasta ochocientos, fueron ahogados delante de **Bobynes**. Yo no sé si fue permissão particular del cielo, por sus grandes maldades, mas la vengança que sobre ellos vino fue cruel. Al otro día que la villa fue tomada llegó un gran número de liejeses para socorrerlos, contra lo que habían prometido, porque se habían apartado dellos por concierto contra los de Dinante y ellos de los liejeses. El Duque Felipe se retiró por su mucha vejez, y su hijo y todo el ejército se fue delante de los de Lieja, y los topamos antes de lo que pensábamos. Porque a caso nuestra vanguardia casi se perdió, por falta de guías, y los encontramos con el batallón donde estaban las principales cabeças del

exército, ya casi sobre tarde. Con todo esso, nos aprestamos para acometerlos. A esta hora vinieron diputados de parte dellos que le pidieron por honra y intercessión de la Virgen María, cuya víspera era, qui- [49r] -siesse tener piedad de aquel pueblo al cual ellos disculparon con las mayores excusas que ellos pudieron. Los dichos liejeses tenían semblante de gente que desseaba pelear, y no sabían el intento que llevaban sus embaxadores. Con todo esso después que hubieron ido y vuelto dos o tres vezes, fue concertado entre ellos que se continuasse el tratado de la paz del año precedente dando cierta cantidad de dineros. Y para mayor seguridad de guardar este concierto, prometieron trecientos hombres en rehenes nombrados en una memoria por el Obispo de Lieja y otros sus criados **estando** en el ejército, y que el día siguiente los **entregarían**.

Esta noche estaba el ejército de los borgoñones en grande turbación y duda por no estar cerrado ni fuerte, y puestos en lugar a propósito para los liejeses, que todos eran gente de a pie y conoçían mexor el país y tierra que nosotros algunos. Les pareció que essa era buena ocasión para asaltarnos y a mi parecer, si ellos se hubieran resuelto hubieran llevado la mejor, pero los que habían tratado este concierto fueron de contrario parecer, interrompiendo esta interpresa. Luego que fue de día, se juntó nuestro ejército con los escuadrones bien ordenados. Y el número era como de tres mil hombres de armas entre buenos y malos, y doçe o catorçe mil archeros, y de [49v] la gente de la tierra circunveçina mucha aunque de a pie. Fue derecho nuestro ejército haçia los enemigos por recibir los rehenes o pelear si no se cumplía el concierto. Hallámoslos separados y repartidos por bandas, desordenados como pueblo al fin mal regido. Era ya cerca de medio día sin que hubiesen dado los rehenes. El Conde de Charolois preguntó al Mariscal de Borgoña, que se hallaba presente, si les debía acometer o no. El mariscal le respondió que sí y que los podían romper y desbaratar sin peligro alguno, y que no

debía dissimular, pues ellos no habían cumplido lo prometido. Mandó el conde llamar al Señor de Contay, que muchas vezes he nombrado, el cual fue desta misma opinión, diciendo que nunca se hallaría ocasión tan buena mostrándoselos divididos en bandas, como se iban, y persuadiéndole que no se tardasse más. Después se llamó al Condestable Conde de San Pol, que fue de contrario parecer, diciéndole que haría contra su honra y palabra si así los acometiesse, supuesto que tanta gente no se podía concertar tan presto de manera que diessen tan gran número de gente en rehenes, antes enviase a saber su intento. Miraba el conde estos grandes y antiguos enemigos por una parte que los podía destruir sin ninguna resistencia, y por otra no le arguyessen [50r] que no cumplía su palabra. Y assí se resolvió de ennvialles un trompeta, el cual encontró los rehenes que ya venían. Ansí passó este negocio, y cada uno se volvió a su puesto, no sin mucho pesar del parecer que había dado el condestable, porque veían la buena ocasión y presa que tenían delante. Luego enviaron una embajada a Lieja para confirmar esta paz, aunque el pueblo y gente inconstante los baldonaban de que no los habían osado acometer, disparándoles la artillería de la ciudad como si fueran sus enemigos. El Conde de Charolois se volvió a Flandes, y en esta sazón murió su padre, al cual hiço muy grandes y solemnes obsequias en la ciudad de Bruxas, y dio cuenta al Rey de su muerte.

Entre los cuales de ordinario se trataban cosas secretas. El Rey estaba muy airado con el Duque de Bretaña y el de Borgoña, y entrambos tenían mucho trabajo para tener nuevas el uno del otro, porque de ordinario les detenían los mensajeros. Y en tiempo de guerra era menester que viniessen por la mar, o por lo menos de Bretaña pasar a Inglaterra, y después por tierra a Dobra y a Cales. O venían por tierra el camino derecho, el cual era muy peligroso. Todos estos años que han durado estas diferencias, que han sido çerca de veinte años o más, [50v] los unos en guerras, los otros en treguas

o disimulaciones en las cuales cada príncipe comprendía el deseo, y assí mismo de sus aliados. Dios hizo este bien a este Reino de Francia, que las guerras y divisiones de Inglaterra estaban encendidas los unos con los otros, que podía haber quinze años que se habían començado. Adonde hubo grandes y civiles batallas, y muchos hombres principales muertos. Y todos dezían que eran traidores por raçon de haber dos linajes que pretendían la Corona de Inglaterra, que eran el de Alencastro y el de Yort. Y no es menester dudar que si los ingleses se hallaran en el estado que se habían visto otras vezes, que hubieran dado mucho en que entender a Françia.

Con todo esso, el Rey procuraba acabar las cosas de Bretaña, pareçiéndole que con más facilidad y menos defensa conquistaría esto que los de Borgoña. Y también porque eran los que recogían los que no le eran bien afectos, como era su hermano y otros caballeros que tenían inteligencias en el reino. Sobre esto tenían muchas prácticas contra él y el Duque de Borgoña, al cual ofrecía muchas cosas para que las dexassen y que de la misma forma él dexaría los liejeses y otros sus enemigos. Lo cual no se pudo acabar con el Duque de Borgoña, antes fue de nuevo sobre los liejeses [51r] que le habían roto la paz. Y tomó una villa llamada Limy y echó la gente fuera, no obstante los rehenes que le habían dado el año precedente con pena de muerte en caso que rompiessen lo tratado. Y ansímismo de gran suma de dinero juntó su armada çerca de Lombein que es en el país de Brabante en los confines de Lieja.

El Conde de San Pol, Condestable de Francia, que entonçes seguía la voz del Rey y se hallaba con él y el Cardenal de Balue y otros vinieron al duque y le significaron cómo los liejeses eran aliados del Rey y comprendidos en su tregua. Y le advertían que en caso que los acometiesse era fuerça que el Rey los viniesse a socorrer. Con todo esso le ofrecieron que si consentía que el Rey hiciesse la guerra en Bretaña, se la dexaría hazer a los liejeses. Su embaxada fue corta y su audiencia en público, en que



no gastaron más de un día. El Duque de Borgoña daba por excusa que los liejeses le habían acometido rompiendo la tregua y paz, y que por estas razones no **debía** desamparar sus amigos y aliados. Fueron despachados los embaxadores y cuando querían ponerse a caballo, que fue otro día de como vinieron, les dixo en voz alta que suplicaba al Rey no quisiese emprender cosa alguna contra la paz de Bretaña. El condestable [51v] le respondió casi en el mismo tono, diciendo “Señor, vos no escojéis bien, porque queréis abraçarlo todo haziendo la guerra a vuestro gusto a nuestros amigos. Y queréis que nosotros no la hagamos a nuestros enemigos como vos hacéis a los vuestros. El Rey no lo puede haçer, ni lo sufrirá.” El duque se despidió dellos diçiendo: “Los liejeses se han juntado y espero ver la batalla antes de tres días; si la pierdo, yo creo haréis a vuestro gusto, pero si la gano, dexaréis en paz los bretones.” Después se puso a caballo y los embaxadores se fueron a su posada a ponerse a punto para su jornada.

El conde salió del lugar con mucha gente armada y fue a poner el sitio a una villa llamada Senton. Su ejército era grande porque toda la gente de Borgoña se le había juntado, y puedo dezir no le vi en mucho tiempo después tanta gente junta. Un poco antes de su partida propuso si convendría degollar los rehenes o qué haría dellos. Unos fueron de parecer los mandasse degollar a todos, en especial el Señor de Contay (de quien diversas vezes he hablado arriba), al cual nunca vi hablar tan mal y tan cruelmente como esta vez, y por esto conviene mucho a los príncipes tener muchos en su consejo, porque muchas vezes los sabios yerran o se çiegan de su pasión o por amor, o por odio, o como muchas vezes suçede, por ser de parecer singular, o cuan- [52r] -do se da el parecer o consejo después de comer, aunque mejor sería no tener por consejeros los que cometen tales faltas. Y aunque somos todos hombres, y que quien los quisiere buscar tan perfectos y acabados, que no yerran, una vez o otra será menester traerlos del cielo,

y no entre los hombres. Y muchas veces sucede haber en los consejos quien hable muy prudentemente y mejor de lo que suele de ordinario, y así se advierten y enmienda unos con otros.

CAPÍTULO XXVIII. Cómo el Señor de Hinbercourt dio un consejo loable sobre que se soltassen los prisioneros.

Volvamos a nuestros pareceres. Dos o tres fueron deste, estimando mucho la auctoridad y el buen entendimiento del Señor de Contay, porque en semejantes casos hay muchos que no hablan hasta después de bien entendidas las materias, y por dessear conformarse con el parecer y auctoridad de alguna persona grave y de estimación. Y después pidieron parecer al Señor de Hinbercourt, que era natural de una ciudad çerca de Amiens, y uno de los más prudentes caballeros, y bien [52v] entendido que yo he conoçido jamás. El cual dixo (que su parecer era poniendo en todo a Dios delante y deseando dar a conoçer al mundo que no era cruel ni vengativo) que soltasen los trecientos rehenes, considerando la buena intención y el desseo de la paz por cuya causa se habían puesto en aquel estado. Pero que se les diesse a entender a la partida la gracia que les hazia el duque, encomendándoles procurassen reduçir al pueblo una santa y justa paz. Y en caso que esto no pudiessen acabar, a lo menos se debían mostrar siempre agradecidos de la meçed y bien que se les hazia, obligándoles a no hallarse en campaña contra el duque ni contra su obispo, que estaba en su compañía. Este parecer fue el que se siguió y los rehenes prometieron lo arriba dicho cuando se les dio libertad. También se les avisó que si contra la palabra dada alguno fuesse preso en la guerra le sería la cabeça cortada, con lo cual se fueron. También me parece dezir que después que el Señor de Contay dio la cruel sentençia contra los pobres rehenes (como arriba habéis oído) adonde habían acostado algunos votos del consejo y sin duda con buena fe, entre los cuales uno me dixo a la oreja: “Véis este hombre, aunque es muy viejo, es muy sano

de su persona mas yo osaría apostar que no es vivo dentro de un año. Y esto lo infiero por el terrible parecer que aquí ha dado”. Ya así fue, [53r] porque vivió muy poco sirviendo muy bien a su amo antes que muriese en una batalla, de que adelante hablaré.

CAPÍTULO XXIX. Cómo los liejeses aunque muchos en número fueron rotos por el Duque de Borgoña delante de Senton.

Volviendo a nuestro propósito, ya habéis visto como al salir de **Lobain** el duque puso sitio a Senton plantando la artillería. Dentro la villa había casi tres mil liejeses con un muy buen caballero que los gobernaba, que era el que había tratado la paz el año precedente. Cuando los tuvimos delante en la batalla, el tercero día después que se puso el sitio, los liejeses en gran número de gente, como de treinta mil personas y más, entre buenos y malos, toda gente de a pie, y hasta quinientos caballos, con mucha artillería. Vinieron para hacer levantar el sitio como a las diez de la mañana, hallándose en un lugar fuerte y çercado de pantanos de una parte que se llamaba Bretan, media legua de nuestro campo, y en su compañía se hallaba Francisco Royhet, Alcalde Mayor de León, embaxador entonçes por el Rey çerca de [53v] los liejeses. El arma llegó luego a nuestro campo, y si va a deçiros la verdad, se había tenido descuido y mala orden en haber puesto los corredores en el campo, pues el aviso se **hubo** de los que habían ido a buscar forraje, que volvieron huyendo. Jamás me **hallé** en parte alguna con el Duque de Borgoña donde le viesse dar por sí mismo mejores órdenes, ni más de capitán que este día.

Luego sacó la gente en campaña ordenando algunos guardassen el sitio, y entre otros dexó quinientos o seiscientos ingleses, y puso a los lados de la villa mil y docientos hombres de armas, y el duque quedó por frente algo más lexos de la villa que los otros, con hasta ochocientos hombres, y había mucha gente honrada a pie con los archeros. Y el Señor de Rabastain marchó con la vanguardia del duque, toda gente de a

pie con algunos hombres de armas y archeros y algunas piezas de artillería, y llegó al bordo de los fossos que eran grandes, hondos, y llenos de agua, y a flechaços y tiros de cañón los hicieron retirar, y se los ganaron con la artillería que en ellos había. En esto faltó a los nuestros la munición, con que tomaron ánimo los liejeses, que estaban armados con picas para salir sobre nuestros archeros y los que los iban capitaneando. Y del un escuadrón mataron casi quinientos soldados en un momento, y nuestra [54r] gente comenzaba ya a blandear como si se vieran vencidos. A este tiempo el duque mandó marchar los archeros de su batalla, que llevaba a su cargo Felipe de Crebacor (hombre prudente) y otros muchos soldados honrados que con ánimo y coraje embistieron a los liejeses, los cuales en un momento fueron desbaratados. Los de a caballo (que he dicho) estaban a los dos lados del lugar, no podían ofender los enemigos ni tampoco el duque del lugar donde estaba respeto de los muchos pantanos. Pero guardaba aquel puesto por si acaso los de dentro rompiessen la vanguardia y pasasen los fosos hasta el llano para dar sobre ellos.

Los liejeses se pusieron en huida arrimados a los pantanos, siguiéndolos tan solamente la gente de a pie. De los de a caballo, que se hallaban con el duque, salió una tropa para seguirlos, pero siéndoles forzoso rodear más de dos leguas para hallar passo. Y en esto sobrevino la noche, que dio la vida a muchos liejeses. Otra tropa envió a Senton por haberse oído allí gran ruido, temiéndose no saliessen. Y verdaderamente lo intentaron tres o cuatro veces pero siempre fueron rebatidos y los que quedaron se gobernarán muy bien. Y después de la rota se rehicieron medianamente con sus carros por amparo, aunque todo **importaba** muy poco. Murieron en esta ocasión çer- [54v] -ca de nueve mil hombres, que parece gran número a los que desean dezir la verdad. Supuesto que después que vivo, he oido en ocasiones semejantes que morían ciento donde moría solo uno, solo por complaçer a los que gustan de oír mentiras, algunas

veces engañando a los señores. Si no sobreviniera la noche, murieran más de quince mil.

Acabadas estas cosas siendo muy tarde, el duque retiró su ejército, exceto mil o mil y docientos caballos que habían rodeado dos leguas siguiendo los liejeses que huían, porque de otra manera no les pudieran alcanzar. Y fue la causa un pequeño río y ellos no hicieron facción de importancia por sobrevenirles la noche. Todavía mataron algunos y prendieron otros, y la mayor parte se salvó en la ciudad. Este día ayudó mucho a dar las órdenes convenientes el Señor de Contay, el cual pocos días después murió en la Villa de Hus. Acabó bien, habiendo sido de mucho valor y prudencia, aunque aquel parecer que dio contra los rehenes, como oístes arriba, no le hizo ningún provecho. [55r]

CAPÍTULO XXX. Cómo los de la ciudad de Lieja se rindieron al Duque de Borgoña, sin reservar nada ni sacar más condición que el fuego y saco.

Luego que el duque se desarmó, hizo llamar un secretario y se escribió una carta al condestable y a otros caballeros que se habían ido (de donde él estaba) a Lobayn. Y no había más de cuatro días que habían venido los embaxadores, como se ha dicho, y les dio cuenta desta victoria, rogándoles que no se les pidiesse nada a los bretones. Dos días después de la batalla, este loco pueblo trocó la soberbia que tenía por poca pérdida. Y assí cada uno ha de temer de poner su estado a peligro de una batalla, si la puede escusar, porque por poca gente que se pierde en ella se trueca y muda el ánimo y coraçón de la gente que la pierde, y es tanto el temor de los enemigos con el menosprecio del señor y de los que le asisten por entrar luego la murmuración, inquietud, y novedad.

Obligándole con más atrevimiento que solían, por la necesidad que les parece tiene dellos. Y es en tanta forma que se enojan y amotinan cuando no se les concede todo lo que piden de forma que un escudo les contentaba más otras vezes que en tal ocasión tres, y si el que va de ven- [55v] -çida fuesse prudente, no pondría deste modo nada en peligro, mas solamente procuraría su conservación, procurando alguna ocasión, aunque pequeña, para animar los suyos quitándoles el temor con cualquier progresso favorable. Es verdad que una batalla perdida tiene mala consecuencia para el que la pierde, y los que conquistan deben buscar mil atajos para conseguir lo que emprender, y los que tienen buena gente de pie mejor que sus vezinos, como si dixésemos ingleses o esguíçaros, sin tratar de menospreciar las demás naciones, pero ellos han tenido



grandes victorias, y su gente no es para estar largo tiempo en campaña sin ponerlos en la ocasión, como serían italianos y franceses, que son más cuerdos y más dóciles en ser capitaneados y mandados. Por el contrario el que vence es tenido en mayor reputación y estima de los suyos que antes, y se hace más obedecido de los suyos siendo finalmente estimado y respetado. Y a ellos se les infunde mayor ánimo y coraje. Y los príncipes parece que entonces alcanzan con esta gloria y estimación a ser dueños de la voluntad de los suyos, lo cual suele ser causa de soberbia, que después le suele hazer daño. Y en esta materia no hablo de oídas. Y es gracia y favor que solo viene de Dios. Viéndolos que estaban cercados [56r] de todas partes, y creyendo que la rota había sido mayor de lo que parecía, rindieron la villa y dexaron las armas dando diez hombres a satisfacción y voluntad del duque para hacer en ellos el castigo. A los cuales mandó cortar las cabeças, y entre ellos había seis que habían sido de los rehenes, a quien pocos días antes había dado el duque libertad con las condiciones que arriba habéis entendido.

Luego levantó el ejército y se fue a Tongre adonde aguardaron se les pusiese sitio, aunque la villa no era de mucha consideración. Y así sin esperar la batería, la rindieron con el mismo concierto, dando otros diez hombres, entre los cuales se hallaron cinco o seis de los rehenes dichos, a los cuales todos les fueron cortadas las cabeças. De allí se partió para la ciudad de Lieja, donde estaban sus vezinos en grande confusión determinándose los unos a defender la ciudad, diciendo y alegando tenían para ello suficiente gente, y particularmente era deste parecer un caballero llamado Raz de Laitre. Otros, por el contrario, querían quemar y destruir el país. Pedían los concertos de la paz con el riego que viniese, y así en acercándose el duque a la ciudad pidieron los concertos de la paz la gente ordinaria, como presos y gente baxa. Y de tal manera pasó adelante [56v] esta práctica por algunos de los rehenes, que así mismo pedían la paz, reconociendo la benigna condición del duque y la gracia que les había hecho. Con esto

les entregaron treçientos hombres de los más principes ciudadanos en camisa y desnudas las piernas y cabeças, los cuales entregaron al duque las llaves rindiéndose a su devoción solo reservando el fuego y sacó de la ciudad. Y este día se hallaron presentes el Señor de Mobi y un secretario llamado Joan **Preboste** que venían a decirle al duque lo mismo que el condestable había dicho pocos días antes.

CAPÍTULO XXXI. Cómo los de la ciudad hicieron muchas juntas en la Casa del Ayuntamiento antes de entregar la ciudad al Duque de Borgoña.

El día después que los de la ciudad se conçentraron creyendo el duque entrar dentro, envió al Señor de Himbercourt para que entrasse primero, porque en ella tenía algunos conoçidos a causa de haberla gobernado en el tiempo que había paz. Todavía por aquel día [57r] le entretuvieron la entrada y se alojó en una abadía que estaba cerca de una puerta de la ciudad con cincuenta hombres de armas que llevaba en su compañía, y otros algunos soldados de pelea, que entre todos habría hasta docientos, adonde yo me hallé. El Duque de Borgoña le ordenó que no se fuese de allí si le parecía estaba seguro y que si el lugar no era fuerte se viniese donde él estaba porque el camino no era muy seguro ni acomodado para darle socorro en caso que lo hubiese menester por ser casi todo **Peñasco**. El Himbercourt se determinó quedarse en el lugar por parecerle era fuerte, y detuvo consigo cinco o seis hombres de la ciudad de los más principales que eran los rehenes que habían ido a entregar las llaves para servirse dellos, como después entenderéis.

A las nueve de la noche oímos tocar las campanas, a cuya señal se juntó la gente de la ciudad. El Himbercourt temió que fuere para venirnos a asaltar porque estaba informado que Raz deletre y otros muchos no querían consentir en el trato de la paz. Y su sospecha fue buena y verdadera, porque en el mismo punto estaban para salir y dijo que si los pudiésemos entretener hasta medio día estábamos seguros, porque [57v] ellos estaban cansados y con gana de dormir y los que nos tenían mal ánimo se huirían luego viendo que habían herrado. Lo que **pretendían** emprendían y desseando venir a esto

despachó dos de los ciudadanos que había detenido, y les dio ciertos capítulos por escrito harto amigables, procurando con esto darles ocasión que se juntasen a conferir el caso y con esto hacerles perder tiempo, porque ellos tienen de costumbre juntar el pueblo en casa del obispo cuando hay algo de nuevo que tratar, sirviendo para esto la señal de una campana que está en la misma casa. Y así los dos burgueses fueron a la puerta que no distaba dos tiros de arco, adonde hallaron mucho pueblo armado, que los unos querían acometer y los otros no. Y dijeron al que hacía cabeza de aquella gente les diesen oído, que ellos traían algunas cosas importantes por escrito de parte del señor de Himbercourt, lugar teniente del Duque de Borgoña en aquella provincia. Y que sería bien irlos a leer a el palacio, como lo hicieron luego. Oímos tañer la campana, en que conocimos andaban en algunas revoluciones. Los dos burgueses no volvieron, pero de allí a una hora oímos mayor ruido que antes a la puerta donde acudió mayor cantidad de gentes, y gritando sobre los muros nos dijeron muchas injurias. Entonces conoció el Himbercourt que el peligro era mayor que [58r] antes, y envió luego los otros cuatro ciudadanos rehenes que allí tenía, escribiéndoles, como siendo el gobernador de la ciudad por el Duque de Borgoña las había tratado siempre con mucho amor y benignidad. Y que por ningún caso quería su perdición. Y que había poco se había hallado con ellos, en sus artes y ejercicios de herradores y plateros, y había traído la ropa de librea, y por esto debían dar crédito a lo que les aconsejaba. Y en fin si querían tener paz y salvar su país convenía que diessen entrada en la ciudad al duque como habían prometido, con las demás cosas que habían pedido por un memorial. Instruidos, pues, bien los cuatro rehenes, se fueron a la puerta con los otros, la cual hallaron abierta. Unos los recibieron con amenazas y palabras pesadas, y otros se holgaron mucho de la instrucción y orden que traían y se fueron a palacio. Luego volvimos a oír tañer la campana de que nos alegramos mucho, y cesó el ruido que se oía a la puerta.

Estuvieron largo tiempo en palacio, que sería hasta las dos después de media noche, adonde concluyeron que guardarían el concierto hecho, y que por la mañana le entregarían una puerta. Luego se huyó della Raz de Letre y todos los que seguían su voz. Y no hubiera proseguido [58v] tanto este particular, supuesto que la materia no es de mucha importancia, si no fuera para dar a entender que muchas veces importan los medios de un buen juicio y entendimiento para evitar grandes daños, peligros y pérdidas.

Al amanecer vinieron muchos de los rehenes a dezir al Señor de Himbercourt que les rogaba quisiese ir al palacio, donde se había juntado, y que allí quisiese jurar los dos puntos en que el pueblo estaba en duda, que eran el fuego y el saco, con que luego entregarían la ciudad. Él avisó desto al duque y fue a haçer lo que le pedían. Y habiéndolo hecho se volvió a la puerta, y mandaron baxar los que estaban arriba adonde puso hombres y algunos archeros con una bandera del duque. Después fue a otra puerta, que estaba tapiada, y la entregó al Bastardo de Borgoña, que estaba alojado en aquel cuartel. Otra entregó al Mariscal de Borgoña, y otra dio en guarda a unos caballeros que habían ido con él. Y así fueron tomadas estas quatro puertas y bien guarneçidas de gente del Duque de Borgoña y sus banderas arriba. [59r]

CAPÍTULO XXXII. Cómo la ciudad de Lieja se rindió al Duque de Borgoña por medio del Señor de Himbercourt.

Agora es menester entender que en este tiempo era la ciudad de Lieja una de las más pujantes y poderosas de aquel país y después de otras cuatro o cinco, es de las más pobladas. Había en ella gran gente de la comarca con que no se echaba de ver la mucha que había sido muerta en la batalla. Era abundante de todas las cosas sin que en ella se sintiese necesidad de alguna, aunque fuese lo más riguroso del invierno y con los mayores temporales que se puede decir. Y el país de su naturaleza tan blando y lodoso, que es cosa de espanto, y los del ejército se hallaban con grande necesidad de dineros y bastimentos y casi desbaratados y el duque no tenía mucha gana de sitiarnos, como tampoco (por falta de aparejos) lo podía hazer. Y si hubiera tardado dos días en rendirse, el duque se hubiera vuelto. Y por esto vuelvo a decir que el Señor de Himbercourt de le siguió gran reputación y ganó gran crédito en la ocasión presente que debemos atribuir a gran favor que Dios le hizo, más que a respetos humanos. Y a lo que se pudo entender, parece la mereció, por el parecer que dio en que se hiciesse buen tratamiento a los rehenes usando con ellos de piedad, como arriba habéis oído. Y encarezco esto porque los príncipes algunas vezes se duelen y congojan cuando han hecho alguna gracia o merced a alguno proponiendo de no ser de allí adelante tan fáciles en hazer perdones y gracias, supuesto que el haçerlas es cosa perteneciente a la dignidad y condición de un príncipe. Y a mi parecer es indigno modo de hablar, y es de coraçones viles los que assí lo haçen, porque el príncipe o el hombre que nunca ha sido engañado, poco se diferencia de un animal irracional que del mal ni del bien nunca tuvo

conocimiento. Fuera de que los hombres no son todos de una condición, ni por la ruindad de algunos no han de perder todos generalmente. Y paréçeme cosa muy estraña que una persona prudente pueda ser ingrata al beneficio que ha reçibido. Y en caso que lo sean, entonçes los príncipes tendrán justa causa de apartar la mano del favor [60r] y clemencia conoçiéndolos para en adelante. Y me parece que una de las mayores señales de prudencia que puede mostrar un señor es tener cerca de sí hombres virtuosos y honestos, porque de la gente será juzgado de la condiçión y naturaleza de aquellos que tienen consigo. Y por concluir este pensamiento soy de parecer que no se debe jamás de haçer bien y merçed porque uno solo y el menor de todos a quien se le hubiese hecho por ventura no tenga y muestre el reconocimiento debido, dando en lugar de agradecimiento mala paga y galardón. Y assí habréis visto que de los rehenes han sido algunos conoçidos y otros ingratos, siendo algunos en favor de los amotinados de la ciudad y otros agradecidos a la merçed que el duque les había hecho.

El cual el día siguiente que entregaron las puertas entró en la ciudad con grande triumpho y le derribaron hasta veinte braços de la muralla ygualando con el foso, acompañando su persona, entraron a pie dos mil hombres de armas armados de todas piezas y dos mil archeros y quedó en el campo mucha gente. Y estando a caballo con los de su cassa y los más principales del ejército, todos muy ricamente vestidos, se fue a apearse a la iglesia mayor. Y por abreviar, estuvo algunos días en la ciudad, donde [60v] hiço cortar las cabeças a seis de los rehenes y entre ellos un portero de la ciudad, al cual tenía gran odio. Ordenó algunas leyes y muchas constituciones, echándole grandes imposiciones y tributos que deçía se le debían por haber rompido la paz y conçiertos de los años preçedentes. Llevose toda el artillería y armas y hiço derribar las torres y murallas de la çiudad con que se volvió a su tierra adonde le reçibieron con grande triumpho y obediencia. Y en particular los de Gante, los cuales antes que entrase en el

país de Lieja, estaban casi para revelarse con algunos otros lugares, pero ahora le recibieron como a vencedor y los más principales de la villa le llevaron las banderas delante dél hasta Bruselas. Y los que las llevaban vinieron a pie por ser esta la primera entrada en Gante después de la muerte de su padre, pensando ser más amado de aquella gente que de ninguna otra ciudad, y que a imitación y exemplo della harían lo mismo las demás ciudades. Y no se engañó, porque el día siguiente que hizo la entrada se armaron todos con muy vistosas armas en la plaça trayendo consigo un santo que se llamaba San Liebin y toparon con la casa del santo en una casa pequeña a donde recogían la alcabala del trigo que habían impue- [61r] -sto para pagar las deudas de la ciudad que habían hecho por satisfacer al Duque Felipe de Borgoña cuando hicieron la paz de la guerra que con él tuvieron por espacio de dos años. Y, en resolución, ellos dixeron que el santo quería passar por allí sin torçer el camino, y así en un momento derribaron la casa. El duque fue a la plaça y subió en una casa por hablarles. Y gran parte de los principales le aguardaron, todos armados, y al pasar le ofrecieron servirle y acompañarle. A los cuales mandó se quedasen delante de la casa de la villa, pero poco a poco el común les hizo ir a la plaça estando allí el duque, el cual les mandó quitassen la casa del santo y la volviessen a la iglesia. Algunos la quitaban por obedecerle, y otros la volvían. Ellos le pidieron algunas cosas, contra algunos particulares de la villa en materia de hazienda, a los cuales prometió haçer justifiçia. Y quando vio que no los podía apartar se volvió a su posada y la gente se quedó en la plaça por espacio de ocho días.

El día siguiente le llevaron algunos capítulos, en los cuales le pedían todo lo que el Duque Felipe les había quitado por aquella guerra, y entre otras cosas que cada oficio pudiessen tener su pendón como solían (que son setenta [61v] y dos) y, considerando el estado de las cosas, les conçedió todo lo que pedían y luego tuvieron esta palabra. Después de algunas prácticas plantaron los pendones en la plaça que estaban ya hechos,



con que dieron ya a entender los pusieran, aunque por razón de la consesión no les fuera permitido. La razón que daba para no venir con facilidad en esta demanda era por no dar consecuencia a las demás villas de Gante en su entrada. Y así en muchas hubo rebeliones, matando algunos oficiales y haciendo otros excessos. Y si él hubiera creído el refrán del pueblo que dice (que los de Gante aman bien al hijo de su príncipe pero no a él) no le hubieran engañado y, a decir verdad, después de la villa de Lieja no hay otra mas inconstante que **esta** de Gante. Una cosa tienen buena (entre otras muchas malas) que nunca tocan a la persona de su príncipe, y a la gente más principal les pesa mucho de las locuras y temeridades de la gente común. Fue cosa conveniente que el duque dissimulasse estas descortesías y desobediencias por escusar la guerra con estos vasallos y con los liejeses. Hacía empero su cuenta: que si le sucedía bien en esta jornada que él los reduciría a lo que fuese justo. Y así sucedió, porque (como he dicho) llevaron las banderas [62r] a pie hasta Bruselas, y todos los privilegios y cartas que se le habían hecho firmar al salir de Gante. Y en una gran junta, que hizo en la **gran** sala de Bruselas (adonde se hallaron muchos embajadores) le presentaron los pendones dichos y los privilegios dados para que hiciese dellos a su gusto. Entonces los oficiales de armas quitaron por mandado del duque los pendones de las lanças en que venían puestos y los envió todos a Bologña, ocho leguas de Cales, donde estaban, **que les** quitó el Duque Filipe, su padre, después de la guerra que con ellos tuvo, en la cual los venció y sujetó. Y el chanciller del duque tomó los privilegios y borró uno que tenían, tocante a sus fueros. Porque en todas las otras villas de Flandes el príncipe renueva todos los privilegios de sus fueros cada año, y manda tomar sus cuentas, pero en Gante, con este privilegio, no podía elegir más que cuatro hombres, y ellos nombraban los demás que son veinte y dos, que por todos hacían veinte y seis regidores de la villa. Y cuando estos son buenos y aficionados al Conde de Flandes, hay paz, conçediendo con facilidad lo

que se les pide, y al contrario, cuando no son affectos y bien intencionados, suceden fácilmente muchas novedades demás desto. Y pagaron al duque treinta mil florines, y seis mil a algunos criados y capitanes, y desterró algunos de la vill, volviéndoles con esto todos los demás privilegios. Todas las villas se pa- [62v] -cificaron contribuyendo algún dinero supuesto que constó no haber conspirado contra el duque ni intentado cossa alguna en su servicio. De todo lo cual se puede no solo inferir, sino ver el bien que sucede al nombre del vencedor y el daño al deser vencido, y assi se debe escusar quanto sea posible ponerse arriego de perderlo todo por dar una batalla. Y si fuere fuerça se han de considerar todos los inconvenientes y daños que pueden suceder porque de ordinario suelen acertar los que miran todas las cossas recatada y atentamente proveyendo en todo lo neçessario, y más de ordinario vençen que los que proçeden con mucho argullo y demasiada presunpción, aunque cuando Dios pone la mano no hay traça humana que baste. Estaban los liejeses descomulgados cinco años había por las diferencias que tenían con su obispo, de que no haçían casso, pero continuaban en su desobediencia y deprabada opinión sin saber dar raçón de lo que les movía si ya no era el demasiado bien y soberbia. Usaba el Rey Luis deçir una palabra a mi parecer muy prudente, que deçía cuando la soberbia preçede, la siguen luego desvergüenza y daño de cuyo peccado no hallamos que fuese el tocado.

CAPÍTULO XXXIII. Cómo el Rey concertó de verse con el Duque de Borgoña en Perona y como allí fue detenido.

Acabadas estas cosas, el duque se retiró a Gante adonde le [63r] fue hecho un recibimiento muy costoso y entró con gente armada, y los de la villa salieron a recibirle con intento que no entrasen sino solo que fuesen a su gusto. Allí vinieron embajadores del Rey y también el duque le envió los suyos. Asimismo, vinieron del Duque de Bretaña y el Duque de Borgoña le envió los suyos. Pasó el invierno procurando el Rey que el duque viniese en que él pudiese hacer a su gusto de las cosas de Bretaña ofreciéndole en recompensa desto algunos buenos partidos. Aunque no tuvo efecto este deseo ni concierto, de que mostró el Rey algún disgusto viendo principalmente lo que había sucedido a los liegeses sus aliados y, finalmente, luego que el verano entró, perdida el Rey la paciencia, se metió en Bretaña (o por mejor decir su gente, y tomó dos **pequeños castillos**: el uno llamado Chantossa y el otro Ançeni)

Luego que el duque tuvo estas nuevas fue solicitado de los de Normandía y Bretaña aprestando su ejército con mucha brevedad, suplicando y escribiendo al Rey quisiese desistir de aquella impresa pues ellos y sus confederados eran comprendidos en la tregua y concierto. Viendo el duque que no le respondía a su gusto salió en campaña con mucha gente cerca de la villa de Perona. El Rey se hallaba en Compiene y su ejército en Bretaña. Después que el duque estuvo allí tres o cuatro días (vino de parte del Rey el Cardenal Balde que estuvo poco y propuso algunas cosas, diciendo al duque que los que en Bretaña es- [63v] -taban podrían concertarse con él siendo siempre el intento del Rey de dividirlos. Luego se despachó el cardenal habiéndole hecho mucha

honra y regalo y se volvió con esta respuesta: que el duque no había salido con su ejército para ofender al Rey ni hacerle guerra, sino por defender a sus aliados, y entre ellos no había más que buenas palabras.

Luego que el cardenal se fue, vino al duque un Rey de armas llamado Bretaña que los trujo cartas de los Duques de Normandía y de Bretaña en las cuales le daban cuenta de la paz que habían hecho con el Rey, apartándose de todas las alianças que tenían hechas y particularmente de la suya, y que en todo daban al Duque de Normandía sesenta mil libras de venta que son veinte mil escudos renunciando el ducado de Normandía, que poco antes le habían dado. Desto no quedaba muy contento el Señor Carlos, Duque de Berri, aunque le era forçosso disimular. Muy espantado quedó el Duque de Borgoña **destas** nuevas pues él no había salido con su ejército mas que para socorrerlos. El Rey de armas se halló en gran peligro creyendo el duque que hubiese passado por donde se hallaba el Rey y que hubiese contrahecho estas cartas, pero las mismas nuevas tuvo por otras partes. Pareciole entonces al Rey estar al cabo de su intención y que con facilidad persuadiría al duque se apartase de la amistad dellos, y empezaron a ir y venir mensajeros secretos, y finalmente dio el Rey al Duque de Borgoña ciento y veinte mil escudos de oro, de los cuales luego antes que saliese del campo pagó la mitad por los [64r] gastos que hizo en juntar el ejército. El duque le envió un ayuda de cámara muy su privado que se llamaba Juan Broviset, del cual el Rey hizo mucha confianza y tuvo desseo de hablar al duque con esperanza de reducirlo de todo punto a su voluntad assí por el mal término que con él habían usado los dos duques, como por la cantidad de dinero que le había dado, demás de algunas cosas que él enviaban con el Brobiset. Y otra vez volvió a enviar al Cardenal Balbe y al Señor de Tanegui Ducatel, Gobernador de Rosellón, que en sus palabras le significaron que el Rey tenía mucho desseo destas vistas. Hallaron al Duque en Perona el cual no tenía

mucha voluntad desto, porque los liejeses mostraban quererse revelar a causa de dos embaxadores que el Rey los había enviado solicitándolos lo hiçiesen antes de la tregua que estaba conçertada dentro de pocos días con los duques y demás confederados. A que respondieron a los embaxadores que no se atreverían a revelarse respeto de que el Duque de Borgoña los había destruido el año passado, derribándoles las murallas de la ciudad, y que quando viesen este conçierto concludido se les quitaría del todo la gana de haçerlo en caso que tuviesen alguna. Y assí determinó el Rey de ir a Perona, como desseaba, y el duque le escribió una carta de su letra muy larga en la cual le aseguraba la venida y vuelta sin ofensa algunas. Con esto se partieron los embaxadores a Hoyon, donde el Rey estaba. Atendía el duque a dar las órdenes convenientes [64v] que tocaban a la çidad de Lieja y por esto hiço salir al obispo della, persona por cuya causa sucedían estos tumultos, con el cual se fue el Señor de Hinbercourt, lugarteniente del duque en aquella provinçia, con algunas compañías.

Ya habréis entendido en la forma que se había resuelto la venida del Rey a Perona. Y assí lo hiço sin llevar consigo ninguna guardia, dexándolo todo en la confiança promesa y seguridad del duque. Salióle a reçibir el Señor de Cordes con los archeros de la guardia del duque (a quien entonçes servía) para irle acompañando como lo hizo. Trajo consigo el Rey muy pocos caballeros, aunque estos eran grandes señores, como el Duque de Borbón, su hermano, el cardenal y Conde de San Pol, Condestable de Françia, el cual nunca había sido de parecer destas vistas, antes mostraba sentimiento, porque entonces estaba algo ensoberveçido y no mostraba tanto respeto al duque como antes. Y por esta causa la correspondençia y trato de los dos no era tan grande como otras veçes. También vinieron el Cardenal Balve, el Gobernador de Rosellón, y otros algunos de cuenta. Açercándose el Rey a la villa de Perona, el duque le salió a reçibir

con grande acompañamiento y fue aposentado en la casa del tesorero, que era muy buena y çerca del castillo porque el aposento del era poco y malo.

La guerra entre dos príncipes es muy fácil de començar y muchas veçes muy difficultossa de acabar por las cossas que suçeden y naçen de sus progresos. Supuesto que todo es buscar traças e inteli- [65r] -gençias de una y otra parte para ofenderse unos a otros de tal manera que quando les quieren dar corte y medio apenas pueden, aunque lo procuren. Assí les suçedió a estos dos príncipes que se vieron sin advertirlo a los suyos que se hallaban lejos, los cuales por todas partes procuraban cumplir los dones que tenían de sus dueños. El duque mandó venir la gente de Borgoña, en la cual había mucha nobleza, y con ella venía el Señor de Bresa, el Obispo de Ginebra y el Conde de Ramont, hermanos y de la Cassa de Saboya, porque los saboyardos y borgoñonos siempre tuvieron amistad. Venían también algunos alemanes que eran conoçidos en Borgoña y Saboya. Y habéis de entender que el Rey algunos días antes había tenido preso al Señor de Bresa por haber hecho matar en Saboya dos caballeros, que fue la causa que entre ellos hubiese poca amistad. Venía también con ellos el Señor de Lac, a quien el Rey también había tenido preso, y huyéndose de la carçel se retiró en Borgoña, en cuyo tiempo fue favoreçido del duque. También venía el Señor de Ponçet de la Ribera y el Señor Durfe, caballero mayor que fue después del Rey de França, y todos estos llegaron çerca de Perona. Quando entraba el Rey traían estos tres dichos la cruz de San Andrés y se apresuraron por llegar a tiempo de acompañar al duque quando saliese a reçibir al Rey, pero llegaron tarde y assí fueron derechos a palaçio para besar las manos al duque. Y el de Bresa pidió al [65v] duque mandase que los tres estuviesen en seguridad (no obstante la venida del Rey) como se lo había prometido en Borgoña, que estaban ellos prontos de servirle en todo aconteçimiento en todo lo que se les ordenase y mandase, lo cual el duque les conçedió y agradeçió su oferta. El Mariscal de Borgoña se

quedó fuera de la ciudad con la gente, el cual no quería menos mal al Rey que los tres arriba dichos, a causa de haberle quitado la villa de Piñal en Lorena, que poco antes les había dado por darla al Duque Juan de Calabria, de que muchas vezes he hablado. Luego fue avisado el Rey de los nombrados arriba que habían llegado, y de los traxes que traían de que recibió alguna alteración. Y envió a decir al Duque de Borgoña gustaría de aposentarse en el castillo porque se recibía de los que habían venido por ser sus enemigos declarados. El duque se holgó mucho desto y le hizo aperçebir el aposento asegurándole no recibiría disgusto en cossa alguna.

Es grande desalumbramiento, a mi parecer, ponerse un príncipe debaxo de la mano de otro, y más en tiempo de guerra y enemistad conocida, en el cual suelen faltar las cortesías. Para lo cual hace mucho al caso a los príncipes haber leído historias en sus moçedades en las cuales se ven engañosas juntas, grandes peligros, notorios fraudes, engaños y perjuros, que en los tiempos passados se han visto unos con otros prendiendo y matando los que se han confiado en tales seguridades y palabras. No se dice que todos lo hayan hecho, pero un exemplo es bastante para hacer cuerdos a muchos y hacerlos prudentes para que sepan disponer sus cossas. [66r] Y así me parece por lo que he visto muchas vezes por experiencia en el mundo, en el cual a diez y ocho años y más que tengo conocimiento de la condición de los hombres y de grandes y secretas materias que se han ofrecido en este Reino de Francia, y los señoríos a él anexos y çircunveçinos. Y pienso que es la causa que así como la vida es ya más breve, los cuerpos no tan reços, también se ha sentido esta flaqueza en la fe y lealtad que tienen los unos con los otros. Y apenas sabré decir en qué ocasión se pueden fiar unos de otros y en espeçial los grandes señores que no solo no son inclinados, pero aún precipitados en seguir su voluntad sin abrir los ojos a la justicia razón y a su buen crédito. Y es lo peor que las más vezes son de este parecer sus privados y criados, por no mirar más de

acomplacerlos lisongeándolos, alabándoles mucho su determinación, ya sea buena o mala, y si alguno da su parecer en favor de la razón lo atribuyen a poca fidelidad, y con esto le descomponen.



CAPÍTULO XXXIII. Cómo los hombres doctos, siendo de buena intención, son muy convenientes cerca de los príncipes y por el contrario muy peligrosos si no la tienen.

No puedo dejar de culpar algunos príncipes poco entendidos cerca de los cuales suele haber muchas veces personas doctas, como es razón por ser tan necesarias y convenientes, como lo es al contrario cuando son ignorantes y de mala resolución, porque a cada cosa alegan alguna historia o exemplo. Y aunque ella en sí sea buena por su pasión o depravados entendimientos le suelen dar mal sentido, pero los que son prudentes y versados en historias (de que se sacan grandes desengaños) no serán tan fáciles de engañar, ni los que los aconsejan tendrán atrevimiento a decirles mentiras. Y creedme que Dios no quiere que los oficios y altas dignidades de los Reyes y príncipes sean gobernados de bárbaros y brutos. Y de los que loca y banamente dicen yo no soy letrado, allá lo vea y lo haga mi consejo que con él descargo mi conciencia, teniendo obligación a informarse de todo. Y con esto solo tratan de sus entretenimientos y gustos si ellos hubieran sido bien criados en sus mocedades, muy diferentes fueran estas respuestas y palabras y procuraran ser estimados por ellas y por sus virtudes. No digo yo que todos los príncipes se sirven de personas semejantes, pero la mayor parte de lo que he conocido les he visto a su lado gente de poca consideración para consejos en las ocasiones de necesidad en las cuales algunos príncipes prudentes se han sabido servir de hombres doctos, experimentados de buena intención sin mirar la costa que les podían tener. Y entre todos los príncipes que he conocido, el Rey, nuestro amo, sabía estimar y honrar los buenos y virtuosos y él era muy docto. Y así gustaba preguntar y

saber todas las cosas, y con su buen natural las alcanzaba todas aprovechándose de los libros los cua- [67r] -les no sirvieran de nada a no advertirse las representaciones que nos hacen de las cosas pasadas. Y así más se ve y aprende en dos o tres meses que lea en un libro de importancia que verían y sabrían veinte hombres que viviesen uno tras otro. De donde (concluyendo este pensamiento) infiero que no puede enviar Dios mayor plaga a un reino que darle un príncipe ignorante, pues es el origen de todos los males y de donde se siguen todas las miserias. Primeramente, nacen divisiones y guerras por poner su autoridad en manos de algún privado que debería mirar más por ella que por ninguna otra cosa del mundo. Y destas guerras y divisiones nace la hambre, muertes, destrozos, deshonras de doncellas, tibieca en la religión, pestilencias con otras muchas cosas que sería largo de contar. Mirad, pues, agora el daño tan conocido que nace al reino y a los vasallos de la mala crianza de sus príncipes y desgobernados por malos consejeros.

CAPÍTULO XXXV. Cómo los liejeses prendieron a su obispo y al Señor de Hinbercourt en la Villa de Tongre.

Ya habéis entendido como el ejército de Borgoña había llegado a Perona casi al mismo tiempo que el Rey, y aunque el duque [67v] había querido avisarles que no viniessen no fue a tiempo porque ya estaban en el camino cuando se trataba destas vistas, de cuya venida se engendraron algunas sospechas y se turbaron las cosas. Con todo eso, estos dos príncipes se convinieron en elegir y nombrar personas que lo más amigablemente que pusible fuese tratasen sus negocios. Y estando muy adelante, habiendo tres o cuatro días que se juntaban y conferían sobre ellos, vinieron nuevas de Lieja de alguna consideración las cuales os diré. Cuando el Rey vino a Perona no se acordó que había enviado dos embaxadores a Lieja a que solícitasen el pueblo contra el duque. Los cuales se habían dado tan buena diligencia que ya tenían una buena tropa de gente con la cual fueron de improviso a tomar la villa de Tongre, donde se hallaba su obispo y el Señor de Hinbercourt acompañados de dos mil hombres y más, y prendieron a los dos dichos matando algunos pocos de su gente. Los otros huyeron y dexaron lo començado como gente desbaratada. Los liejeses se acamparon cerca de Tongre y, en el camino, el Señor de Hinbercourt se concertó con un caballero llamado Guillermo de Vila, que en francés quiere decir salvaje, el cual le libró temiendo que aquel bárbaro pueblo no le matase, aunque no fue más de una corta dilación porque poco después le mataron. El pueblo estaba muy contento de la prisión que habían hecho de su obispo y estaban muy mal con algunos de los canónigos que habían preso en este día, y en la primera comida mataron cinco o seis. [68r] Entre los cuales había uno llamado el

Maestro Robert muy privado del obispo, a quien muchas veces vi armado de todas piezas çerca de su amo que así lo acostumbran los prelado en Alemania, y le mataron en presençia del obispo haçiéndole mil pedazos, los cuales se tiraban unos a otros con mucho escarnio.

Antes que hubiesen caminado siete o ocho leguas que tenían que andar, mataron çerca de diez y **seys** hombres entre canónigos y otra gente honrada, los más dellos criados del obispo. Estando en esto entendieron los tratos de paz, por lo cual soltaron algunos borgoñones y les fue forçoso publicar que esto no se haçía más que contra el obispo que llevaban preso a su çiudad. De los que se huían se espantaban todos por donde iban passando con lo cual vinieron las nuevas al duque. Y unos deçían que habían muerto a todos y otros al contrario porque nunca las nuevas vienen tan ajustadas, pero vinieron algunos que habían visto maltratar a los canónigos, y que también creían que el obispo y el Señor de Hinbercourt fuesen dellos y que a los demás los habían muerto, asegurando asímismo haber visto allí los embaxadores del Rey, y los nombraron. Todo esto le fue **referido** al duque, el cual lo creyó y reçibió un grande enojo, diçiendo que el Rey había venido allí para engañarle. Luego mandó çerrar las puertas de la villa y del castillo haçiendo correr la voz de que esto (escusa no muy aguda) se haçía por una cajuela que se había perdido con joyas y plata. El Rey, que se vio çerrado en el castillo y con guardia de archeros [68v] a la puerta, concibió mala sospecha y más viéndose aposentado junto a una gran torre adonde el Conde de Bermandohis hiço morir a un Rey de Françia su predeçesor. Entonçes yo servía (como habéis entendido) al Duque de Borgoña de gentilombre de la cámara y dormía en su aposento cuando yo quería (costumbre usada en aquella cassa). Cuando el duque vio las puertas cerradas mandó salir la gente de su aposento y dixo a algunos de nosotros que el Rey había venido allí **por** haçerle traiçión y que él había **procurado escusar** estas

vistas y se había hecho contra su voluntad. Y les contó lo que había sabido de Lieja y cómo el Rey había enviado embaxadores para haçerles romper el juramento de fidelidad y levantarse contra él. Y que habían muerto toda su gente, con lo cual mostraba gran sentimiento contra el Rey y le amenaçaba con rigurosas palabras. Y tengo por sin duda que si entonçes no hallara los que buscaba para tomar consejo y resolución en el casso presente, que hubiera hecho una demasía al Rey y que por lo menos le hubiera puesto en prisión en aquella gran torre. Cuando el duque dixo estas cosas no había conmigo más de dos ayudas de cámara, el uno llamado Carlos de Bisin, natural de Dijon, hombre honrrado y que tenía crédito con su amo. “Nosotros no exsageramos las cossas antes procuramos aplacarlas”. Luego dixo esto mismo a otros muchos con que corrió la voz por toda la villa y hasta el aposento del Rey que oyéndolo se alteró notablemente con algunas muestras de temor y todos [69r] generalmente viendo la grande apariençia del daño consideraban las traças y modos para apaçiguarla. Una enemistad començada entre grandes príncipes y los yerros que hiçieron ambos en no avisar a sus ministros que estaban fuera en sus negoçios y lo que de esto podía suçeder tan presto es grande inconsideraçión de los príncipes.

Cuando en fuerça son iguales el verse, si no es en su moçedad que es tiempo en que no se trata sino de gustos y entretenimientos, mas después que la envidia y ambiçión tiene parte en ellos, aunque no se tema peligro, que es casi impusible, han de excusar las vistas procurando componer sus diferencias por criados y ministros cuerdos bien intençionados como ya largamente dexo dicho arriba de que solo diré algunas experiençias que he visto y manejado en mi tiempo.

CAPÍTULO XXXVI. Cómo muchos Reyes y grandes príncipes han hecho juntas y vistas.

Pocos años después que coronaron a nuestro Rey, y antes de esta guerra llamada el Bien Público, se vieron el Rey de Castilla y el de Francia, que de los príncipes de la cristiandad eran los más confederados por ser de Rey a Rey y reino con reino, y obligados con grandes juramentos a la conservación dellos. A estas vistas [69v] vino el Rey de Castilla muy bien acompañado hasta Fuenterravia y el de Francia se hallaba en San Juan de Luz distante cuatro leguas, y cada uno estaba en los confines de su reino. Yo no me hallé allí pero el Rey me lo contó después y el Señor de Lao, y también en Castilla entendí algo, hallándose de Castilla el Maestre de Sanctiago y el Arçobispo de Toledo, que son los mayores señores en ella, y el conde de Ledesma, su privado con grande obstentación. Su guarda, que era de treçientos caballos, se había quedado en Granada para asegurar las cosas de aquella çiudad y reino. Verdad es que el Rey Henrique daba a pocos, pero a los que daba, daba mucho o se lo dejaba tomar a los que querían o podían tomarlo. Nuestro Rey iba también muy bien acompañado, como siempre habéis visto y tenía de costumbre; en particular, su guarda era muy buena y luçida. En esta junta y vistas se halló la Reina de Aragón por algunas diferencias que tenía con el Rey de Castilla por la çiudad de Estella y otros villages del Condado de Namur, y destas diferencias fue juez el Rey.

Por continuar mi intento y que las vistas de los grandes príncipes no son neçessarias, estos dos príncipes no tenían diferencia alguna, y se hubieron solamente a la orilla del río que divide los dos reinos çerca de un castillo llamado Heurteuisa. El Rey

de Castilla pasó de la parte de acá [70r] y no se estuvieron más del tiempo que les pareció el Gran Maestre de Santiago y al Arçobispo de Toledo, y por esto procuraba el Rey de Françia ganarles la voluntad, los cuales vinieron a verle a San Juan de Luz; y del trato quedó con ellos en mucha amistad y inteligençia. La mayor parte de la gente de los dos Reyes estaba en Bayona. Luego que se vieron se acuchillaron, no obstante la mucha amistad y aliança que había entre sus amos. El Conde de Ledesma pasó el río en un barco que tenía la vela de lienço tegido de oro y llevaba unos borçeguios muy guarneçidos de pedrería y vino a verse con nuestro Rey. Era muy rico porque después le vi Duque de Alburquerque con muchas tierras en Castilla. Assí haçían escarnio entre estas dos naçiones, porque el Rey de Castilla no era de buen rostro y sus vestidos y trajes parecían mal a los françeses que se burlaban dellos. Nuestro Rey se vestía muy corto y tan mal que no podía ser peor. Y algunas veces de paño muy basto y traía un mal sombrero y de diferente hechura que los otros y en él una imagen de plomo; los castellanos se reían del y deçían lo hacía de miserable. En efecto, se apartaron de esta junta muy picados, habiendo sido toda de escarnio, y nunca después estos Reyes tuvieron amistad. Y entre los criados del Rey de Castilla se levantaron muchas discusiones que duraron hasta su muerte y mucho después, y le he visto el más pobre Rey y más desamparado de sus criados que jamás vi. La Reina de Aragón se quejó del juicio que había hecho el Rey [70v] de Françia en favor de el de Castilla, y quedó con grande odio. Y lo mismo el Rey de Aragón, aunque se ayudaron dél en las guerras que tuvieron contra Barçelona, pero poco duró esta amistad porque tuvieron muy reñida guerra el Rey de Françia y de Aragón por espaçio de diez y seis años, y aún duran hasta agora.

Y siguiendo el intento **referiré** otros casos. El Duque Carlos de Borgoña por su mucha instançia se vio en el Emperador Federico que hoy vive y hiço muchos gastos

por mostrar grande ostentación y trataron muchas cosas en Treves, donde fueron estas vistas y entre otras el casamiento de sus hijos que después se hizo. Y habiendo estado algunos días juntos en estos negocios el emperador se fue sin despedirse con mucho menosprecio del duque, y de allí adelante jamás hubo buena amistad y correspondencia entre los dos ni sus criados. Los alemanes hacían burla de la pompa y manera de hablar del duque, atribuyéndolo a soberbia. Los borgoñones menospreciaban la poca gente que traía el Emperador y sus miserables vestidos, y tan adelante pasó esto que tuvieron guerra en Nus. Yo vi también a este Duque de Borgoña que se vio en San Pol, en Artuus, con el Rey Eduardo de Inglaterra, cuya hermana tenía por mujer y eran hermanos en la Orden de Jarretera. Dos días estuvieron y los criados del Rey estaban muy desavenidos. Las dos partes se quejaban al duque y de que hubiese dado oídos más a los unos que a los otros creció el rancor. Con todo eso ayudó al Rey a recobrar [71r] su reino y le dio gente dineros y navíos, porque se hallaba echado dél por el Conde Barruich. Y no obstante este servicio, con el cual recuperó su reino, jamás después tuvieron mucha amistad ni dijeron bien el uno del otro. También he visto al Conde de Palatino venir del Rin a ver al duque y estuvo muchos días en Bruselas muy festejado, honrado y regalado, aposentado con ricos muebles. La gente del Duque decían que los alemanes eran sucios y que echaban las botas sobre las camas que tenían muy ricas y que no eran tan compuestos como nosotros, y los estimaron menos que antes que los conociesen. Los alemanes de esta grandeza quedaron envidiosos y en efecto nunca después se amaron ni hicieron servicio el uno al otro. También vi venir al Duque de Borgoña, el Duque Segismundo de Austria, que le vendió el Condado de Ferret, que está cerca de el de Borgoña, por cien mil florines de oro, porque no se podía defender de los esguízaros; estos dos señores no se satisfacían el uno al otro, y después este Duque Sigismundo se apaciguó con los esguízaros, y le quitó al de Borgoña el de Ferrata sin



volverle su dinero de que se le siguieron infinitos males al Duque de Borgoña. En este tiempo vino el Conde de Barriuc, que también nunca después fue amigo del Duque de Borgoña ni el duque suyo. Yo me hallé presente a la junta que se hizo en Piqueni, cerca de Amiens, entre nuestro Rey y el Rey Eduardo de Inglaterra, y deste hablaré más a lo largo en su lugar, y cumplieron muy poco de las co- [71v] -sas que se prometieron y las disimularon y no hubo más guerra pero nunca tuvieron perfecta amistad.

Y, por conclusión, paréceme que los grandes príncipes nunca se deben ver si quieren ser amigos. Las ocasiones que causan los alborotos son estos: los criados no se pueden abstener de hablar de las cosas passadas, causa que los unos y los otros se enfadan, porque apenas puede ser menos de que la gente del acompañamiento del uno se muestre más luçida que la del otro dándose matracas y burlas que suelen sentir los escarneçidos más de los que ellas pesan. Y cuando dos naçiones son diferentes lo son sus lenguajes y vestidos, y lo que a los unos parece bien por el uso a los otros parece mal. De dos príncipes muchas veçes acontece que el uno es más dispuesto, de mejor talle y más agradable a la gente que el otro de que él se ufana y ensoberveçe y huelga de ser alabado, lo cual apenas se puede haçer sin sentimiento y menospreçio del otro. Y en los primeros días, después de las juntas y vistas se diçen estas cosas con prudencia y al odio, y después con poca advertencia se habla públicamente y con menospreçio, de forma que llega a los oídos de todos porque se usa muy poco el silencio, en espeçial en las cosas referidas, como yo he visto y experimentado en esta materia y a este propósito. [72r]

CAPÍTULO XXXVII. Cómo el Rey de Francia se halló muy espantado y aún apretado dentro de la Villa de Perona y entre sus enemigos.

Mucho me he divertido en la digresión que he hecho diciendo a los príncipes mi parecer por que reúsen las vistas unos con otros dexando de proseguir el estado en que el Rey de Francia se hallaba en Perona. Estuvieron, pues, las puertas cerradas y con la guardia que se les había puesto dos o tres días. En los cuales el Duque de Borgoña no vio ni visitó al Rey, ni entraban dentro del castillo sino muy pocos criados suyos, y estos por el postigo y con mucho recato no le estorbaron la comunicación con sus criados. Pero de los del duque muy pocos o ningunos entraban a hablarle aunque fuesen de los que con él tenían alguna amistad y privanza. El primer día hubo en la villa muchas alteraciones, murmuraciones y espanto. El segundo se mostró el duque **algo** más sosegado, y la mayor parte del día y de la noche la pasó en consejo. El Rey procuraba por medio de sus criados hablar a todos los que juzgaba le podían ser de algún provecho y no dexaba de dar algunas joyas y haçer algunos ofrecimientos. Dio orden que se repartiesen quince mil escudos, pero a qui- [72v] -en lo cometió se quedó con una buena parte, no cumpliendo con la obligación que tenía, lo cual supo después. El Rey de quien particularmente se reçetaba era de los que le habían antes servido y agora venían con la gente de Borgoña, que ya servían al Duque de Normandía, su hermano.

En el consejo sobre dicho hubo diversas opiniones, pareciendo a la mayor parte se le debía guardar seguridad al Rey pues consentía a la paz en la forma que estaba escrita. Otros querían que lisamente, sin muestra de çerimonia alguna, le detuviesen en

forma de preso. A otros les parecía que con diligencia hiçiesen venir al Duque de Normandía y que se hiçiese un pacto muy aventajado para los Prínçipes de França. Y parecía a los que proponían esto que si esto tenía efecto ençerrarían más al Rey y le pondrían guardias, y que siendo preso un tan gran prínçipe y hecha tan grande ofensa nunca o con mucha dificultad se le daría libertad. Y llegaron las cossas a tan fuerte estado que vi ya el mensajero con las espuelas calçadas para ir a dar aviso y llamar al Duque de Normandia que estaba en Bretaña, y no aguardaba más que las cartas del duque, pero al fin esto no pasó adelante. El Rey propuso y ofreçió de dar en rehenes al Duque de Borbón y al cardenal, su hermano, y al condestable, y a otros, con que [73r] después de concluida la paz pudiesen volver a Compiene. Y que luego haría que los liejeses reparasen el daño hecho o se declararía contra ellos. Los rehenes que el Rey propuso dieron a entender a lo menos en lo público que darían de buena gana aunque de secreto se dudó de tal intento, y por çierto tengo que si allí hubieran quedado no hubieran salido hasta hoy. La tercera noche no se desnudó el duque, solo se echó dos o tres veçes sobre la cama y se levantaba a pasear, costumbre ordinaria suya cuando no hallaba salida a las cossas a su gusto y satisfacción. Yo dormía esta noche en su aposento y me paseé con él algunas veçes. Por la mañana estaba con mayor enojo que nunca, haçiendo grandes amenazas y resuelto de executar grandes cosas. Con todo eso se redujo de manera que si el Rey juraba la paz y quería ir con él a Lieja para ayudarle a castigar los culpados, y entre ellos al Obispo de Lieja que era su pariente, él quedaría satisfecho. Y con esta resolución se fue al aposento del Rey a deçirle su intento. Y sin duda el Rey tuvo algún amigo que le advirtió y asiguro que no le vendría daño ninguno si venía en este intento, pero si haçía lo contrario se ponía en conoçido riesgo y peligro que ninguno [73v] **otro mayor le podía venir.**

Cuando el duque llegó delante del Rey le temblaba la voz (tan alterado y colérico estaba), hizo su cortesía, aunque el gesto y palabras eran ásperas, y preguntó al Rey si quería confirmar el tratado de la paz acordado y jurarle, el cual respondió que sí. Es verdad que no se había inovado ni alterado cossa alguna de lo que se había ordenado delante de París en cuanto al Duque de Borgoña. Y en cuanto al Duque de Normandía era mucho lo que se había mudado, porque entre otras cossas decía que renunciaba el Ducado de Normandía en trueco de Chanpaña Brie, y otras plaças cerca dellas. Y mas le preguntó si quería ir con él a Lieja para ayudarle a vengar la trayçión hecha por los liejeses por culpa suya y de su venida, trayéndole a la memoria el parentesco que el Rey tenía con el obispo de Lieja por ser de la Cassa de Borbón. A esto respondió que después de haber jurado la paz como desseaba, era muy contento de irle acompañando con poca o mucha gente como él quisiese. Estas palabras alegraron al duque y luego traxeron lo capitulado y sacaron de los cofres del Rey la verdadera cruz que se decía de victorias y juraron la paz, y al punto tocaron la campaña de la villa de que todos se alegra- [74r] -ron mucho. Algunas veçes ha gustado el Rey de honrarme diçiendo que yo había hecho mucho en este conçierto. Luego el duque escribió a Bretaña y envió un traslado de esta paz y conçierto por el cual constaba no apartarse de la aliança que con ellos tenía y que al Duque Carlos le había cabido buena parte respeto de lo tratado y conçertado en Bretaña, por el cual no le quedaba más de una pensión. Acabado y conluído lo sobre dicho se partieron el día siguiente el Rey y el duque la vuelta de Cambray, y de allí al país de Lieja. Era la entrada del invierno y el tiempo muy áspero y el Rey llevaba consigo los escoçeses de su guardia y pocos hombres de armas, aunque después los creçió hasta treçientos.

CAPÍTULO XXXVIII. Cómo el Duque de Borgoña puso en orden su ejército para ir contra los liejeses y de la batería que les hicieron.

El ejército del duque estaba dividido en dos partes. La una guiaba el Mariscal de Borgoña, con el cual había mucha gente del país de Haynout, Luçenburg, Naamur [74v] y de Lambure. La otra parte seguía al duque. Y cuando se acercaron a la ciudad de Lieja hicieron consejo en su presencia y pareció a algunos que sería bien despedir una parte del ejército supuesto que el año antes habían derribado algunas puertas de la ciudad y desmantelado algunos pedaços de la muralla. Y que de ninguna parte podían esperar socorro, y que también el Rey asistía allí en persona contra ellos, el cual proponía algunos partidos por los liejeses poco diferentes de los que el mismo duque les pudiera pedir. Los cuales partidos no le parecieron bien al duque y le ha sucedido bien porque fue la ocasión de perderlo todo, y las sospechas que tenía del Rey lo hizo considerarlo todo y elegir el más prudente partido, supuesto que no era cuerdo parecer él de los que le aconsejaban que despidiese parte del ejército por tener demasiadas fuerzas. Lo cual no merecía nombre de buen consejo sino de orgullo, soberbia y locura. Y muchas veces suelen ser deste parecer muchos capitanes para ser estimados por valientes, y quizá es falta de conocimiento, pero cuando los príncipes son prudentes y cuerdos no abrazan este parecer como menos sabio. Este punto entendía bien el Rey, nuestro amo, a quien Dios perdone, aunque era muy tarde en hacerse [75r] dueño y capaz de las cosas, mas lo que comprendía, reprehendía de tal manera que con dificultad erraba procurando siempre tener muchas fuerzas y ser superior a su enemigo. Así ordenaron que el Mariscal de Borgoña, con la parte del ejército que le seguía, se alojase dentro de la

ciudad, y si se lo impedían, entrase por fuerça si podía porque había gente que iba y venía para hacer los conçiertos y vnieron algunos a Namur adonde el día siguiente llegaron el Rey y el duque.

Este pueblo loco salió de la ciudad a encontrarse con nuestra gente y fácilmente fueron desbaratados, a lo menos un gran número. Los demás se retiraron y su obispo se vino huyendo a nosotros. Allí había un legado del Papa enviado para apaçiguar y conoçer de la diferençia entre el obispo y el pueblo, que había muchos años que estaba descomulgado por las causas y ofensas arriba dichas. El legado, exçediendo de su poder y comisión y con esperança de haçerse obispo de la ciudad, favoreçía la ciudad y le mandó tomar las armas y defenese y otros disparates semejantes. El cual viendo el peligroso estado en que se hallaba la ciudad salió por huirse y fue preso él y toda su gente, que serían hasta veinte y cinco personas en buenos caballos. Luego que lo supo [75v] el duque mandó avisar a todos los que le tenían preso que no le llevasen ante sí sin darle parte y que se aprovechasen dél como de un mercader, porque si públicamente venían en su compañía no podría detenerlo, antes se haría soltar por el respeto que se debía a un hombre de legado y a la Sede Apostólica. No lo supieron haçer, antes tuvieron pendençia entre sí sobre quién le tendría en su poder y públicamente, cuando el duque comía, le vinieron a hablar los que pretendían tener mayor parte en él y luego les mandó volver las joyas y haçienda que le habían quitado, haçiéndole mucho favor y honra.

Este gran número de gente que tenía la vanguardia, guiados por el Mariscal de Borgoña y el Señor de Hinbercourt, fueron derechos a la ciudad, creyendo entrar con façilidad. Y movidos de grande avariçia querían más saquearla que açetar las condiçiones y conçiertos que se les ofreçía, pareçiéndoles no tenían neçesidad de esperar al Rey, ni al duque, que quedaban siete o ocho leguas atrás. Y se adelantaron

tanto que llegaron a boca de noche a un arrabal y entraron enfrente de la puerta, la cual estaba guardada en algún reparo. Y sin poderse convenir en ningún concierto sobrevino la noche muy obscura sin haber hecho alojamiento, ni aún buscado lugar suficiente, por lo cual [76r] se hallaron en gran desorden y unos se paseaban y otros andaban buscando a sus amos y otros a sus camaradas, otros voçeando a sus capitanes. Uno que se decía Juan de Vileta y otros algunos capitanes de los liejeses considerando esta desorden y confusión se animaron y, aprovechándose de las ruinas de las murallas, hicieron una salida por los portillos. Y encontrando con los primeros dieron sobre ellos, haciéndoles huir por las viñas y monteçillos, siendo los más paxes y criados que estaban al cabo de los arrabales adonde passeaban gran número de caballos, donde mataron muchos y los demás huyeron siendo los muertos más de ochoçientos, entre los cuales había çien hombres de armas. Mirad lo que causa una confusión y desorden. Los soldados honrados desta vanguardia se apretaron juntos y casi todos eran hombres de armas y gente noble, los cuales fueron con sus banderas derecho a la puerta temiendo no saliesen por ella los enemigos. Había grandes lodos por causa de los contínuos aguaçeros y en ellos estaban los hombres de armas a pie y metidos hasta media pierna. Intentó la mayor parte del pueblo salir por la puerta con hachas y lumbres, pero los nuestros que se hallaron cerca dispararon cuatro buenas pieças de [76v] artillería con que se hallaban, encaminándolas a la calle mayor, con que mataron mucha gente. Esto fue causa de retirarse de los arrabales, cerrando sus puertas, aunque siempre duraba la pelea. Y los que salieron ganaron algunos carros y se retiraron, porque estaban çerca de la ciudad donde fueron rebatidos, aunque muy floxamente porque quedaron fuera algunos hasta las seis de la mañana. Todavía cuando se vieron con la luz de la mañana les obligaron a retirarse y fue herido Juan de Vileta que murió dos días después en la ciudad, y uno u dos compañeros suyos.

CAPÍTULO XXXIX. Cómo el Rey de Francia y el Duque de Borgoña llegaron a la ciudad de Lieja país fértil y abundante.

Aunque muchas veces las salidas y correrías de los cercados suelen ser de mucha importancia, otras veces, por no considerar bien el estado de las cosas, suelen ser de mucho peligro, porque a ellos les es de mucho daño perder alguna gente y a los de fuera no, por poderlo re- [77r] -mediar como gente que al fin está en campaña. Este progreso y terror llegó hasta el alojamiento del duque que estaba cuatro o cinco leguas de la ciudad. La primera nueva que tuvo fue que toda su gente era desbaratada, con todo eso se puso a caballo con toda su gente y mandó que no dijese nada al Rey. Y acercándose a la ciudad tuvo las nuevas verdaderas de que los muertos no eran tantos y que las cosas estaban en buen estado, sin que faltase hombre de consideración sino era un Caballero de Flandes llamado el Señor de Seguina. Fue avisado que los soldados honrados se hallaban en gran trabajo y aprieto, porque toda la noche la pasaron en pie metidos en el lodo casi pegados a la puerta. Con todo eso, de los que huyeron habían vuelto algunos, digo de los de a pie, pero estaban tan temerosos que no parecía pudiesen pelear y que procurasen abreviar el camino. Al fin les fue forzoso a los de la ciudad recogerse a defender cada uno su puesto. Fue avisado el duque enviase vitualla a toda diligencia porque no tenían un bocado que comer. El duque envió duçientos o treçientos hombres con toda aquella que los caballos podían ir por refrescarlos y animarlos y les envió los mantenimientos que pudo juntar. Dos días y una noche había que no comían ni bebían, sino era algunos que habían llevado algunas cortas provi- [77v] -siones, y el tiempo era tan áspero y contrario. Y por aquella parte, les era imposible entrar si el



duque no divertía los çercados por otra parte. Muchos había heridos y entre ellos el Príncipe de Orange, que me había olvidado que se había mostrado muy valeroso habiendo guardado con mucho valor y cuidado su puesto, y el Señor de Lao y Durfe se gobernaron muy bien. La noche preçedente se huyeron más de dos mil hombres y era ya casi de noche cuando dieron estas nuevas al duque. Y después de haber despachado las cossas sobre dichas fue donde estaba su guión a dar cuenta al Rey de todo el casso, el cual se holgó mucho porque si mostraba lo contrario le pudiera ser dañoso. Luego se açercaron al arrabal y vino mucha gente particular y hombres de armas con los archeros para poderle entrar y ganar. En él se alojó el Bastardo de Borgoña, el cual tenía honroso cargo cerca de la persona del duque, el Señor de Ravastain, el Conde de Rozi, hijo del Condestable, y muchos otros caballeros entraron sin dificultad hasta la puerta, la cual estaba derribada como la otra donde se alojaron. El duque se aposentó en medio dél, y el Rey se quedó aquella noche en una gran casería un cuarto de legua [78r] de la ciudad, y mucha gente con él en medio de la casería y del arrabal así de los nuestros como de los suyos.

La situación de la ciudad es en montes y valles país muy fértil y por medio pasa el río Musa. Será tan grande como Roán y entonces era muy poblada. De la puerta donde nosotros alojamos hasta en la que estaba nuestra vanguardia, era poca la distancia por de dentro de la ciudad; por de fuera había de tres leguas. Tantos eran los barrancos y tan malo el camino por ser en lo reçio del invierno. Las murallas estaban por el suelo y podían salir los çercados por donde querían. Solo había un parapeto sin foso por ser el suelo muy duro. Esta primera noche que el duque alojó en el arrabal, tuvieron algun alivio los de la vanguardia, por haberse dividido las fuerxas de los çercados en dos partes. Cerca de media noche tuvimos una grande arma y el duque salió luego a la calle. Y poco después el Rey y el condestable llegaron y hiçieron grande diligencia para poder

venir de su alojamiento que estaba algo lejos. Unos gritaban “¡Que salen por tal puerta!” y otros daban diferentes voces con algún temor. El tiempo era tan lobrego y obscuro que ocasionaba todos estos temores y confusiones. Y al duque de Borgoña no le faltaba ánimo y valor pero algunas veces no disponía las cosas como las [78v] ocasiones las pedían y la verdad es que en esta no estaba tan reparado como muchos deseaban por hallarse el Rey presente. El cual dio las órdenes y envió al condestable con la gente que tenía a cierto puesto por parecerle que por allí habían de salir. Y disponía las cosas con tan gran acuerdo y juicio que parecía que otras veces se había hallado en semejantes ocasiones. Al fin todo esto fue nada y el Rey y el duque se volvieron a sus posadas.

El día siguiente por la mañana **el Rey se vino a alojar al arrabal** en una casilla cerca del duque. Y con él estaba su guardia de escoceses y hombres de armas alojados en un pequeño lugar cerca de sí. El duque tenía alguna sospecha de que el Rey se entrase en la ciudad o que se huyese antes de tomarla o que le hiciese algún daño estando tan cerca. Había entre el alojamiento de los dos un granero en el cual metió treçientos hombres de armas y entre ellos toda la flor de su cassa. Los cuales rompieron las paredes por poder salir con más presteça y siguridad si fuese neçesario. Y estos estaban en perpetuo velar mirando la casa del Rey, que estaba junto a su cuartel, por si había alguna novedad. Esta fiesta duró ocho días al fin de los cuales fue la ciudad entrada en cuyo tiempo ninguno se desarmó a imitación del duque que estuvo siempre con [79r] las armas. La tarde antes de tomarla se había resuelto de darle el asalto. Y el día siguiente, por la mañana, que fue domingo a veinte y seis de octubre de mil quatroçientos sesenta y ocho, se tomó y dio señal a los de nuestra vanguardia que cuando oyesen disparar una pieça de artillería y dos grandes culebrinas luego sin aguardar otra señal diesen animosamente el asalto, porque el duque le daría por su parte a las ocho de la mañana. El duque se desarmó, que no lo había hecho, como he dicho, y

mandó desamar a su gente para descansar, particularmente a los que estaban en el granero. Luego que los de la villa supieron esta resolución se determinaron a haçer una sortida, saliendo por esta parte como lo habían hecho por la otra. Donde es de notar que un breve rato puede suçeder a un grande y poderoso príncipe, un grande y peligroso inconveniente por pocos enemigos. Y assí todas las impresas y faciones debrían ser miradas atentamente antes de ponerlas en ejecuçión. No tenían en la ciudad hombres prácticos en la miliçia si no era de la propia tierra. Faltaban los caballeros y los nobles porque los pocos que había dos o tres días antes fueron muertos y heridos. No tenían puertas murallas fossos, ni una sola pieça de artillería de consideraçión, ni había más gente que [79v] el común de la ciudad y hasta seteçientos o ochoçientos hombres de a pie de una pequeña sierra detrás de la ciudad llamada el país de Franchemont. Aunque siempre los de esta tierra han tenido en la guerra muy buen nombre, y viéndose desesperados de socorro y que el Rey estaba allí en persona se determinaron a haçer una grande salida aventurándolo como diçen, todo por **verse** tan del todo perdidos.

CAPÍTULO XXXX. Cómo los liejeses pusieron por obra la determinación de su salida y la fuerza con que embistieron sobre la gente del Duque de Borgoña, el cual juntamente con el Rey estuvieron en notable peligro.

Quedamos en el capítulo pasado que por la parte de la muralla que caía a las espaldas de la casa del Duque de Borgoña saldría la mejor gente, que eran seisçientos hombres del país de Franchemont llevando por guía el huésped de la cassa donde posaba el Duque de Borgoña. [80r] Y podían venir por una gruta sin ser sentidos ni descubiertos hasta çerca de la cassa de los príncipes como no hiçiesen ruido. Y aunque había algunas çentinelas en el camino, les pareçió las podían haber a las manos o matarlas o que llegarían tan presto como ellas. Y estaban tan çiertos, que las dos guías los llevaban a su cassa sin detenerse, que en eso no habría falta, que los podrían tomar tan de improviso, que antes que su gente se juntase los degollarían o prenderían, pues se hallaban çerca de donde retirarse. Y cuando todas estas traças faltasen, era mejor morir por ejecutar una impresa al pareçer tan importante, lo cual debían haçer mirando el punto en que estaban, pues al fin se hallaban del todo perdidos. Como se ha dicho, dexaron ordenado que todo el resto de la villa saliese por la puerta que correspondía a la calle grande del arrabal donde estábamos alojados, haçiendo grande estruendo y miedo. Pareçiéndoles que con esto se podrían romper o desbaratar los que allí estábamos alojados. Y a mi pareçer no iban fuera de propósito, ni de conseguir su desseo alcançando una importante vitoria, o por lo menos una gloriosa muerte. Y esto tuviera efecto si tuvieran mil hombres de gente particular [80v] y escogida que con esto habían emprehendido **una impresa** muy grande. Con todo eso, les faltó muy poco para

conseguir su desseo y salir con su intençión. Salieron al fin los seisçientos hombres como tenían conçertado por lo desmantelado de la muralla antes de las diez de la noche y mataron la mayor parte de las çentinelas. Y entre ellos tres caballeros de la cassa del Duque de Borgoña. Y si fueran derechos sin ser sentidos hasta donde tenían ordenado que lo podían haçer, sin dificultad ninguna hubieran muerto a estos dos príncipes en sus camas. Detrás de la cassa donde alojaba el Duque de Borgoña, estaba una tienda en la cual estaba alojado el Duque de Alençon, que es al presente, y Monseñor de Cran con él, y se detuvieron en ella dando picaços con que mataron algunos criados. Lo cual fue causa que dispertasen con algún alboroto y se armase alguna poca gente. Dejaron esta tienda y pasaron a los alojamientos del Rey y del Duque de Borgoña en la granja que tengo dicho, adonde el duque **había puesto** treçientos hombres de armas que **estaba** arrimada a los dichos alojamientos donde se entretuvieron dando golpes con las picas por los portillos y aberturas que estaban hechos para poder salir. Hallaron a todos estos caballeros que se habían desarmado (como he dicho arriba) no había [81r] dos horas por poderse refrescar para el asalto que habían de dar el día siguiente. Con todo eso algunos que se habían puesto sus coraças por el ruido que habían oído en la tienda del Duque de Alençon peleaban y resistían valerosamente en los portillos, y a la puerta, que fue la causa total y remedio de salvarse estos dos príncipes, porque con esa detençión tuvieron lugar de armarse y salir a la calle. Yo dormía en el aposento del Duque de Borgoña, que era bien pequeño, con otros dos gentiles hombres de su cámara, y arriba había solos doçe archeros que haçían la guardia, los cuales estaban jugando a los dados y el resto de la guardia estaba algo lejos haçia la puerta de la villa. En efecto, el huésped de la cassa llevó una tropa de los liejeses y embistió con mucha presteça en la cassa donde alojaba el duque que era suya, que a penas le podimos poner la coraça y çelada, y luego bajamos la escalera para salir a la calle y hallamos a nuestros archeros defendiendo la

puerta y ventanas contra los liejeses. Y había grande ruido y gritos en la calle: los unos diciendo *viva el Rey*, y los otros *viva Borgoña*, otros *viva el Rey y matad*. Y estuvimos por espacio de dos Paternostres antes que los archeros y noso- [81v] -tros pudiésemos salir a la calle no sabiendo en qué estado estaba el Rey ni de qué parte que nos causaba grande sospecha y reçelo. Luego que salimos a la calle con la luz de dos o tres hachas hallamos otras algunas y vimos gente que peleaba en contorno de la cassa, aunque duró poco la pelea, porque salía gente de todas partes y venía a la cassa del duque. El primer hombre de los liejeses que murió fue el huésped del duque, el cual no murió tan presto que yo no le pudiese oír hablar donde murieron cassi todos los que con él venían. También embistieron con la cassa del Rey y entró dentro su huésped que fue muerto por los escoçeses, los cuales lo hiçieron como buenos soldados, no se apartaron un punto de donde estaba su amo. Tiraron grande cantidad de flechas, con las cuales hirieron más borgoñones que liejeses, y los que salieron por la puerta hallaron que se había juntado gente en los cuerpos de guardia que los hiçieron retirar. Y si va a deçir la verdad no se mostraron estos tan espertos como los otros. Luego que se retiró esta gente se vinieron el Rey y el duque y se hablaron, y viendo mucha gente muerta se creyeron ser de los suyos, pero no fue ansí, porque aunque fueron muchos los heridos, fueron pocos los muertos. Y no hay que dudar que si ellos no se hubieran detenido en el alojamiento de que he hablado y otras partes [82r] que he dicho, y en particular en la granja donde les hiçieron rostro, y hubieran seguido a los dos huéspedes que eran sus guías, hubieran muerto al Rey y al Duque de Borgoña. Y pienso que rompido lo más del exército. Estos dos príncipes se retiraron a sus alojamientos admirados de la gallarda impresa y ensalçado ánimo de los liejeses, y luego se juntaron a consejo para tomar resolución. El día siguiente, en el asalto que estaba determinado darse, estaba el Rey en una notable sospecha. Y era la causa tener algun temor que si el duque no salía con su intento y

tomaba en este asalto la ciudad, sería daño conoçido para él. Y se imaginaba en grande peligro de que le prendiese o detuviese en forma de preso, porque el duque temía que si el Rey se le iba le haría guerra por otra parte. Aquí podréis ver el miserable estado de los príncipes que no son del todo muy amigos, que por ningún camino se fían los unos de los otros. Y aunque estos dos habían hecho paçes con juramentos y firmeças no había quince días, con todo eso vivían tan desconfiados uno de otro como habéis visto. [82v]

CAPÍTULO XXXXI. Cómo la ciudad de Lieja y ciudadanos della fueron acometidos, entrados y saqueados, y assí mismo las iglessias.

El Rey, por quitarse de los cuidados que tenía, una hora después que estuvo en su posada, después de la salida de que he hablado, hizo llamar algunos de los criados más allegados del duque que se habían hallado en los consejos y tratos de la paz, y les preguntó por la resolución e intento de su dueño. Los cuales le respondieron que era de dar el asalto el día siguiente a la ciudad en la forma que había sido resuelto. El Rey les puso algunas graves y prudentes dificultades, que fueron de mucha consideración a los criados del duque, que temían este asalto por el gran número de gente que había en la ciudad y también por el ánimo y gallardía con que los habían visto pelear no había dos horas. Y desseaban que se aguardaran algunos días por recibirlos con algunos pactos y con condiciones. Y con esto fueron a decir al duque lo que había tratado con el Rey significándole las dificultades y dudas que ponía (a que yo me hallé presente), temiendo no lo tomase a mal el ser ellos mensajeros de este parecer. A que el duque respondió que el Rey lo hacía por salvar los de la ciudad. Y tomó muy mal aquel parecer, diciendo que assí había de ser supuesto, que no tenían murallas ni defensas y que los reparos que habían hecho a las puertas estaban ya por tierra, con que estaba resuelto de darle asalto el día siguiente, como estaba determinado. Pero que si el Rey gustaba de irse a Namur hasta que se tomase la ciudad, que él se holgaría dello con que se aguardase allí hasta ver el fin de estas cosas y en lo que podían parar. Con esta respuesta no se holgó ninguno de los presentes, porque en la salida que habían hecho los de la ciudad les habían puesto algún temor. Y el Rey respondió a la determinación del



duque, no como se creía, antes con toda la modestia y prudencia que se podía imaginar. Y dixo que no quería ir a Namur sino hallarse el día siguiente con los demás. A mi parecer es que si él tratara de irse, se **pudiera** haber ido, pues tenía cien archeros de su guardia y caballeros de su cassa y cerca de allí treçientos hombres de armas. Y assí sin duda miró por su reputación y lo que en todo podía perder o que no le notasen de cobarde. Mientras venía el día se pusieron algunos a descansar y otros trataron de las cossas de su conçiençia, porque la impresa era muy dificultosa. En rompiendo el alba que se llegó la hora señalada para dar el sobredicho asalto, man- [83v] -dó el duque disparar una gruesa pieça de artillería y dos culebrinas, señal prevenida para dar el aviso a los de la vanguardia que estaban a la otra parte bien lejos de nosotros, supuesto que de la otra parte del lugar por de dentro de la ciudad no era mucha distancia. En oyendo la señal se pusieron a punto para el asalto y las trompetas del duque començaron a tocar, y las banderas arrimarse a las murallas con la gente que estaba señalada para seguillas. El Rey estaba en medio de la calle acompañado de los treçientos hombres de armas y la gente de su guardia y algunos señores y caballeros de su cassa. Llegado al punto de acometer no hallaron defensa alguna sino dos o tres hombres que estaban de posta, porque todos se habían ido a comer pensando que por ser domingo no se les daría el asalto y en todas las cassas hallamos **la mesa puesta**. De donde infiero lo poco que se debe estimar pueblo que no tiene cabeça que le gobierne y a quien tenga temor y respecto, aunque hay oçassiones en los que mandan que se deben temer. Ya estaban los liejeses antes del asalto desanimados, assí por la gente que habían perdido en las salidas que habían hecho y cabeças que en ellas habían muerto, como por el grande trabajo que habían tenido ocho días continuos, [84r] por serles forçoso asistir todos en sus puestos por estar la ciudad sitiada por todas partes como habéis visto. Ellos, a mi parecer, creían tener este día de descanso por ser domingo, pero sucedioles al contrario y, como he

dicho, no se halló ninguno a la defensa de la villa de la otra parte y menos de la de los borgoñones, que estaban por vanguardia nuestra con los demás que he nombrado entraron primero que nosotros. Murió poca gente porque todo el pueblo se había huido de la otra parte de la Puente de la Musa hacia las Ardenas y de la parte donde estábamos no murieron más que tres hombres y una muger. Y en todos pienso que no fueron duçientas personas, y toda la demás gente se huyó y escondió en las iglessias y cassas. El Rey caminaba despacio por ver que no había quien se resistiese. Todo el exército entró dentro por dos partes, que a mi parecer tendría cuarenta mil hombres. El duque, que estaba algo más dentro de la ciudad, volvió en busca del Rey y lo llevó hasta palacio. Y luego volvió el duque a la iglesia mayor de San Lomberto a donde la gente quería entrar por fuerça por prender y saquear los que estaban dentro, no obstante que él había dejado algunos caballeros de su cassa para guardia de esta iglesia, los cuales no los podían detener a que no derribasen las puertas. Y cuando volvió mató uno de los de su cassa y fue causa [84v] de que no entrasen a la iglesia, pero después prendieron a todos los hombres que estaban dentro y les tomaron sus haciendas. Otras muchas iglesias había en esta ciudad y oí decir al Señor de Himbercourt, que la conoçía, que se deçían en ella tantas missas como en Roma. La mayor parte dellas fueron saqueadas so color de prender los hombres que se habían acogido a ellas. Yo no entré en ninguna más que en la mayor y se veía por las señales lo que he referido arriba. Me dijeron algunos días después envió el Papa grandes excomuniones contra los que tenían algunas preseas y ornamentos de las iglesias y nunca vi que volviesen cossa alguna. El duque señaló comisarios por todos sus estados para executar este mandato del Papa, pero pienso que no sirvió de nada. Al fin fue tomada la ciudad y saqueada por espacio de mediodía y con esto el duque se volvió a palacio. El Rey había comido y mostraba grande alegría de la resolución del duque y toma de la ciudad. Y alababa mucho el valor y esfuerço del

duque solo a fin de que llegase a sus oídos, supuesto que su mayor desseo era verse fuera de su poder para volverse a su reino. Después de comer se vieron el Rey y el duque con grande regocijo y si le había alabado en ausencia lo hizo mucho más en presencia, de que el duque se holgaba notablemente.

Volvamos a tratar de la gente que se había huido de la ciudad para confirmar el [85r] pensamiento que propuse al principio de estas cosas. Donde dije las venturas que he visto pasar algunas gentes después de haber perdido alguna batalla y sido vencidas por algún príncipe o de otra persona de menor calidad. Esta miserable gente iba huyendo por el país de Ardena con sus mugeres y hijos, y un caballero que vivía en aquel país y que siempre había sido de parte de los liejeses hasta aquella última hora, atropelló y maltrató una gran parte dellos por adquerir la gracia del vencedor. Y escribió al Duque de Borgoña haciendo también el número de los muertos y presos, aunque eran muchos, que se engañó en no pequeña parte, que fue causa de componerse con el duque. Otros huyeron a Mesieres sobre la Musa, que es en el reino. Dos o tres **de sus** capitanes fueron presos, uno de los cuales se llamaba Madolet, y los llevaron al duque, que los mandó degollar. Y otra alguna gente murió de hambre frío y sueño. Cuatro o cinco días después de la toma de la ciudad, empezó el Rey a grangear los que tenía por sus amigos cerca del duque para poderse ir. Y habló al duque cuerdamente, diciéndole que si tenía más necesidad del que allí estaba que le ocupase, pero que si no era necesaria su persona, desseaba irse a París a hacer publicar estos conçiertos en la corte del Parlamento, por ser conforme a la costumbre de Francia que se publiquen allí todos los acuerdos y determinaciones, supuesto que de otra manera no son válidos, [85v] no obstante que el querer y parecer de los Reyes puede siempre mucho. Demás desto pidió al duque que el verano siguiente se pudiesen ver en Borgoña y holgarse **un mes juntos**.

CAPÍTULO XXXXII. Cómo el Rey de Francia se despidió del Duque de Borgoña al cual dejó en la ciudad de Lieja, y de las palabras que a la partida se dijeron.

Finalmente el duque hizo su concierto, aunque con alguna dificultad, queriendo que el tratado de la paz se volviese a leer delante del Rey, porque viese si había alguna duda en qué reparar, ofreciéndole dejar las cosas a su gusto, teniendo con él algunos cumplimientos y disculpas en haberlo traído allí. En particular pidió al Rey que en aquel tratado se pusiese un **artículo** en favor de Monsiur de Lao, Durfe y Ponçet de la Ribera, en el cual se declarase que sus tierras y estados se le volvían y restituían como las tenía antes de la guerra. El cual artículo disgustó al Rey, porque estos no eran de su parte y por esta razón no debían ser comprendidos en esta paz, respeto de que servían a Carlos su hermano y no a él. A lo cual respondió el Rey que [86r] era contento con que el duque concediese lo mismo a Mosiur de Nebers y de Croe, con lo cual quedó suspenso y le pareció la respuesta del Rey muy prudente porque tenía tanto aborrecimiento a estos caballeros que jamás había consentido en ello. A todos los otros puntos respondió el Rey que no había inovar sino ratificar y confirmarlo en la conformidad que se había tratado y jurado en Perona. Con lo cual se acomodaron estos negocios y el Rey se despidió del duque, el cual le acompañó media legua, y al volverse le hizo el Rey esta pregunta: “Si, por ventura, mi hermano que está en Bretaña no se contenta de la parte que yo le he dado por amor de vos, ¿qué queréis que haga?”. El duque le respondió luego sin pensar en ello: “Si no lo quisiere tomar procurad contentarle y acordaos entre los dos que yo me remito a esso”. De esta pregunta y respuesta resultaron después grandes cosas como adelante veréis.

Con esto se fue el Rey y le acompañaron Monsiurt de Cordes y de Murs Gran Baylio de Henaut hasta salir de los estados del duque. Él se quedó en la ciudad, que fue tratada con mucha crueldad, supuesto que no merecía más misericordia por los grandes excesos que había usado contra los vasallos del duque desde el tiempo de su abuelo, sin guardar ni cumplir ninguna promesa ni concierto de los que con ellos se hicieron. [86v]

Y este año fue la quinta vez que el duque había venido en persona y siempre había hecho paçes y conçiertos con ellos. Los cuales siempre habían rompido y habían estado excomulgados muchos años por las crueldades que habían cometido contra su obispo, siendo siempre inobedientes a los mandatos del Papa pertençientes a estas diferençias.

Luego que el Rey se partió, se resolvió el duque de ir con alguna poca gente a Franchemont, que es más adelante de Alieja, tierra montañosa y áspera y llena de bosques, de donde eran los mejores soldados que estos tuvieron y los que habían hecho las salidas que habéis oído. Y antes de partirse de la ciudad, fueron ahogados un gran número de presos que se habían escondido en las cassas cuando se tomó la ciudad.

Demás desto, se resolvió en haçer quemar la ciudad la cual en este tiempo era muy poblada, y para esso y para guardar las iglessias fueron señalados tres o cuatro mil infantes del país de Luçemburg, que eran sus veçinos y de un mesmo traje y lenguaje.

Primeramente se derribó una puente muy grande que estaba en la ribera del río Musa, después fue señalado otro número de gente para guardar las cassas de los canónigos y el contorno de la iglessia mayor, con intento de dejar lugar acomodado y dispuesto para celebrar los divinos ofiçios, y lo mis- [87r] -mo se guardó en las demás iglessias. Y hecho esto se partió el duque para Franchemont que es lugar donde dije. Y luego que salió fuera de la ciudad se començó a levantar muy grande fuego en las casas de la parte del río. Él se fue a alojar cuatro leguas de allí, donde se oía el ruido como si estuviéramos en la misma ciudad que no sé si era la causa el viento o estar a la ribera

del río. El día siguiente prosiguió el duque su camino y los que quedaron en la ciudad continuaron su destruyçión como les quedó ordenado, quedando reservadas todas las iglessias, eçcepto algunas, y más de treçientas cassas en que viviesen los eclesiásticos, lo cual fue causa de que tan presto se volviese a poblar porque con ellos se volvían muchos a causa de los grandes yelos y fríos que haçía. Fue forçoso que la mayor parte de la gente que acompañaba al duque fuese a pie al país de Franchemont, la cual tierra es poblada de aldeas abiertas y sin murallas. El duque se alojó por espacio de çinco o seis días en una aldea llamada Polenea en un valle muy pequeño. Su exército estaba dividido por poder con más presteça destruir el país y mandó quemar todas las cassas y romper todos los molinos de hierro que eran de gran provecho y comodidad para los moradores. Y luego se dieron a buscar la gente de las aldeas y la hallaron en aquellos bosques escondida con sus haçiendas de los cuales ma- [87v] -taron y prendieron muchos, y los hombres de armas ganaron en esta ocassión muchos dineros. Hubo cossas increíbles respeto del frío. A un caballero se le heló un pie de manera que quedó estropeado, y a un paje se le cayeron los dedos de las manos. Y vi una muger muerta juntamente con una criatura que había parido. Y por espaçio de tres días se partía el vino que se daba a los criados del duque con golpes de hachas, por estar helado dentro de las pipas, siendo neçessario haçerlas pedaços para poderlo repartir los cuales reçibía la gente en los sombreros y otros en çestos. Mucho pudiera deçir de las cossas que allí pasaron por la gran frialdad, pero la hambre y la descomodidad sobredicha nos hiço al cabo de ocho días salir de allí a gran priesa. El duque tomó el camino para Namur y de allí a Bravante donde fue muy bien reçibido. El Rey se fue a su reino luego que se apartó del duque, mostrando gran gusto en lo exterior donde estuvo sin haçer movimiento alguno contra el duque por el término que con él había usado en Perona y Lieja mostrando mucha prudencia siempre que se trataba de estos negoçios.

Después hubo grandes guerras entre ellos aunque no se comenzaron tan presto. La causa principal no fue por lo que arriba queda referido, aunque le debió de ayudar su parte. Y si el duque no hubiera seguido el parecer de su consejo (que fue ensanchar los límites de su estado), el Rey hubiera guardado la paz [88r] como si fuera hecha en París, no obstante que algunos con sus malos officios metieron discordia entre estos dos príncipes. El Señor Carlos de Francia, único hermano del Rey que poco ha era Duque de Normandía, fue informado del tratado hecho en Perona y de la parte que le tocaba. Envió luego a supplicar al Rey que se sirviese de cumplir lo concertado y darle lo que había prometido. El Rey le respondió acerca de estas materias en que hubo muchas demandas y respuestas. El Duque de Borgoña envió sus embajadores al dicho Señor Carlos rogándole no aceptase sino lo de Campaña y Bria, lo cual se le había prometido mostrándole por este camino el amor que le tenía, aunque le había dejado. Y el duque no quiso hacer lo mismo como había visto que había puesto al Duque de Bretaña en esta paz como su aliado. Demás desto le envió a decir cómo el puesto de Champaña y Bria era muy conveniente para entrambos y que si el Rey por ventura le quisiese inquietar podía tener socorro de Borgoña por ser confines de ambos los estados, lo cual era de algún provecho y calidad y que el Rey no tenía más que el homenaje y señorío. [88v]

CAPÍTULO XXXXIII. Cómo el Rey con sus modos sutiles hizo que su hermano tomase el Ducado de Guiena y dejase a Brie y Chanpañe de que pesó mucho al Duque de Borgoña.

El Señor Carlos, hermano del Rey, era hombre poco brioso y activo y en todo se dejaba gobernar por otros. Supuesto que era ya de veinte años con las cosas sobredichas se pasó el invierno el cual estaba ya adelante. Cuando el Rey se partió del Duque de Borgoña, hubo siempre gente que iban y venían para tratar de esta partición y conçiertos, porque el Rey de ningún modo quería dar a su hermano lo que le había ofreçido respeto de que él y el Duque de Borgoña no estuviesen tan veçinos. Trataba el Rey de dar a su hermano el Ducado de Guiena y la Rochela, que era casi toda la Aquitania, antes que Abrie y Chanpañe. El Señor Carlos temía de disgustar al duque y asímismo enojar al Rey, pues de otra manera su persona y bienes quedaban a mal partido. El Rey, que era más prudente para tratar estos negoçios que otro ningún príncipe de nuestros tiempos, viendo que perdía tiempo si no grangeaba a las personas por quien su [89r] hermano se gobernaba, començó a haçer grandes diligencias con Oddet de Rie, Señor de Lescut y después Conde de Cominges, el cual había naçiado y estaba cassado en el país de Guiena, rogándole procurase que su amo açetase este partido que era mayor y más provechoso que lo que él pretendía y que fuesen buenos amigos y viviesen como hermanos, que él y sus criados, espeçialmente el de Rie, no perderían nada, asigurándole que no habría falta en darle luego la posesión de este país. Y con esto persuadieron al Señor Carlos a que açetase el partido de Guiena con gran disgusto del Duque de Borgoña y de sus embaxadores, que se hallaban presentes.



CAPÍTULO XXXXIII. Cómo el Rey tomó luego ocasión de haçer la guerra al Duque de Borgoña por cobrar los lugares de Picardía.

La causa por que el Cardenal Balbe, Obispo de Auxiers, y el Obispo de Berdun fueron presos fue [89v] porque el cardenal escribía al Señor Carlos que no açeptase otra cossa que lo que el Duque de Borgoña había procurado en la paz hecha en Perona. La cual había sido confirmada con juramento, persuadiéndole lo que en este casso le parecía serle más conveniente, que todo era contra la voluntad e intentos del Rey. Y assí el Señor Carlos fue Duque de Guien el año 1469 y tomó la posesión del país con el gobierno de la Rochela, y el Rey y él se vieron y estuvieron juntos algún tiempo el año de 1470. Deseó el Rey vengarse del Duque de Borgoña pareçiéndole que era ya tiempo. Y secretamente trataba que las villas que estaban en la ribera de Soma, Amiens, San Quintín y Aveuila se revelasen al duque y que llamasen y metiesen dentro sus hombres de armas porque siempre los grandes señores (a lo menos los prudentes) buscan alguna color y apariençia para sus intentos. Y para que se conozcan los artifiçios que se usan en Françia, quiero referir en la forma que esto passó. Porque el Rey y el duque fueron engañados y se volvió a començar la guerra que duró por espaçio de treçe o catorçe años muy bien reñida. Verdad es que el Rey desseaba que estos lugares hiçiesen estos movimientos [90r] y tomó por ocasión que el duque estendía sus límites más de lo que le tocaba por el tratado de la paz. Y por esta causa iban embaxadores de una parte a otra, y passaban por estos lugares soliçitando las novedades que el Rey desseaba, en los cuales no había guarniçión. Por la paz universal que había entre el Duque de Borgoña y el de Bretaña, y con la buena amistad que tenía con el Duque de

Guiena, el Rey no quería romper la guerra por uno o dos de estos lugares sino porque usara alteraçiones y tumultos en los estados del Duque de Borgoña, lo cual le pareçió conseguiría por esos medios. Muchas personas, por dar gasto al Rey, se metían en estos negoçios façilitándolos y ofreçiéndole cada uno ser parte para que se revelase algún lugar. Y, aunque en parte se procuró y tuvo efecto, no salió çierto lo que había prometido, y si el Rey entendiera al prinçipio el poco efecto que esto había de tener no rompiera la paz ni començara la guerra, aunque del término y rigor que con él se había usado en Perona tenía causa bastante para estar sentido. Además que ya había hecho publicar la paz tres meses después que llegó a su Rey. No començó esta guerra con algún temor, aunque el desseo que tenía se la hiço continuar, aunque vía que el Conde de San Pol, Condestable de Francia, hombre muy prudente, y algunos [90v] criados de el Duque de Guiena y otros desseaban y aún procuraban artifiçiosamente que entre estos prinçipes hubiese antes guerra que paz por dos raçones. La primera porque temían que con la conservaçión de la paz los grandes y honrosos cargos que ejerçían no tenían la grande autoridad que en la guerra, porque el condestable tenía quatroçientos hombres de armas o quatroçientas lanças pagadas a la muestra sin que para él hubiese veedor, y más de treinta mil francos cada año, demás de los gajes de su ofiçio y los provechos del gobierno de muchos buenos lugares que tenía. La otra, en que persuadían al Rey que si no tenía guerra con sus veçinos le era fuerça tenerla con sus vasallos por ser de inclinaçión y ánimo inquieto, y por estas raçones procuraban que el Rey continuase la guerra. Con esto se ofreçió el condestable tomar a San Quintín siempre que se lo mandase, por tener sus lugares en contorno dél. Y también deçía que tenía grandes inteligençias en Flandes y en Brabante y que haría revelar muchos lugares del duque. Todos los prinçipes y gobernadores (especialmente el Duque de Guiena) se ofreçieron servir al Rey en esta guerra y traer a su devoçión quatroçientos o quinientos hombres de

los más principales que servían al duque, pero su fin y intento no era como [91r] mostraban al Rey ni como él lo entendía, sino muy al contrario, como adelante veréis.

CAPÍTULO XXXXV. Cómo el Rey envió un portero del consejo a la Villa de Gante a çitar al Duque de Borgoña.

Mostraba el Rey querer proçeder en esta guerra con grande justifiçación por lo cual mandó juntar los Estados en Turs en los meses de março y abril de 1468, lo que nunca había hecho (ni hiço después). A la cual junta y llamamiento no vinieron más de solas las personas que él señaló y que creía no le contradirían su gusto y determinaçión. Donde hiço referir las quejas que tenía del duque y las interpresas que trataba y haçía contra su corona. Y hiço venir al Conde de Heu, quejándose de que el duque le ocupaba a San Balleri y otras tierras que tenía dél a causa de Abevilla y del Condado de Pontiu no quiriéndole haçer justiçia. Lo cual haçía el duque porque un pequeño navío de guerra del lugar de Heu había tomado otro navío flamenco de mercaderías, de lo cual el Conde de Heu ofreçía satisfaçión, la cual no acetaba el duque antes le forçaba que le hiciese homenaje por [91v] todos y contra todos, cosa tan justa y que no se debía haçer por ser contra la autoridad del Rey. En estas cortes había mucha gente de rectitud y justiçia, tanto del Consejo como de los demás. Y deliberaron, conformándose con la intençión del Rey, que el duque fuese çitado y que pareçiese y se presentase en el Consejo de París. Bien sabía el Rey que el duque no había de venir en esto, antes respondería con mucha arrogancia o haría otra cossa contra la autoridad del Consejo con que tendría ocassión de haçerle guerra. El duque fue çitado por un portero del consejo en la villa de Gante, yendo de paso a missa, de que quedó admirado, y con muy gran disgusto mandó prender al portero y le mandó tener muchos días en la cárcel al cual después dio libertad.

Ya véis en la forma que se intentaron estas cossas para romper la guerra con el Duque de Borgoña, el cual luego que las entendió levantó mucha gente sin darles a entender para qué los quería. Con todo eso pasaban muestra cada mes y eran pagados de su sueldo. Al cabo de tres o cuatro meses le pesó de haber levantado esa gente y la despidió quedando con muy poco reçelo, porque el Rey le enviaba mensajeros de ordinario. Y con esto se fue a Holanda, y en sus fronteras no tenía gente pagada, en que no le sucedió bien porque había tratados en Amiens, [92r] Abeuilla y San Quintín para entregar aquellas plaças al Rey. Estando el Duque en Holanda fue avisado por el Duque Juan de Borbón que muy presto tendría la guerra en Borgoña y Picardía donde el Rey tenía grandes inteligencias. Y también en su cassa el duque se halló falto de gente por haber despedido la que poco antes había juntado, como diximos. Con estas nuevas quedó muy admirado y pasó luego la mar y fue a Artues y a Hesdin donde conçibió algunas sospechas assí de los señores como de los tratados que haçían en los lugares que habemos dicho, y no creyéndolo que en esta raçón se le deçía tardó mucho en aprestarse. Envió a Amiens a haçer traer dos caballeros de los que sospechaba andaban en estos tratos, los cuales dieron sus excusas con que los dejó. Luego le dejaron muchos criados de su cassa y se fueron a servir al Rey como el Bastardo de Balduin y otros que le pusieron en cuidado, creyendo serían muchos más los que estaban de este parecer por lo cual mandó que todos se aprestasen pero pocos lo hiçieron porque era entrado el invierno y había pocos días que había llegado de Holanda. [92v]

## CAPÍTULO XXXXVI. Cómo la villa de Amiens fue entregada del Rey.

Pocos días después que se le fueron los criados al duque, que era por el mes de diciembre del año 1470, entró el condestable en San Quintín y les tomó juramento por el Rey. Y entonces conoció el duque que iban mal sus cosas y no tenía consigo gente de consideración por haber enviado sus criados a juntar la que más pudiesen por sus estados. Con todo eso, con la poca que tenía y que pudo juntar se fue derecho a Dorlans con solamente cuatrocientos o quinientos caballos con intención de guardar que Amiens no se revelase, a donde estuvo cinco o seis días. Los de Amiens estaban a la mira viendo cerca el ejército del Rey aunque por entonces no les recibieron, porque una parte de la villa estaba por el duque. El cual envió a hacer su aposento en ella, y si hubiera tenido gente con que poder entrar no se hubiera perdido, pero no se atrevió a entrar con tan poca gente, aunque fue llamado de muchos del lugar. Cuando los que tenían la voz del Rey vieron que el duque reusaba entrar y mostraba hallarse con tan pocas fuerzas se determinaron a ejecutar su intento [92r]<sup>ii</sup> y dieron entrada al ejército del Rey, y lo mismo trataban de hacer los de Abevilla, pero el Señor de Cordes entró dentro en nombre del duque y se lo impidió. De Amiens a Dorlans no hay más de cinco leguas pequeñas por lo cual le fue forzoso al duque retirarse, siendo avisado que la gente del Rey había entrado en Amiens. Y con mucha diligencia y algún temor se retiró a Arras, pareciéndole se debía temer no sucediesen muchas cosas como estas por verse cercado de amigos y parientes del condestable. Y por otra parte mirando la ida del Bastardo de Balduin tenía gran recelo del Bastardo de Borgoña, su hermano. Con esto le vino gente poco a poco y al Rey le parecía que sus negocios los tenía en buen término y hacía

mucha confianza del condestable y de otros caballeros y en las inteligencias que en ellos  
deçían tener. Y esta esperanza le daba mucho ánimo a lo comenzado.

CAPÍTULO XXXXVII. Cómo el condestable procuraba que el Duque de Borgoña tuviese guerra siempre y la causa porque lo hacía.

Ya me parece que es tiempo de declarar la cau- [92v] -sa que movía al condestable, al Duque de Guiena y a otros principales vasallos suyos a procurar que estos dos príncipes viviesen encontrados y en perpetua guerra, que estaban con quietud en sus estados como arriba he dicho. Lo uno era por conservar la autoridad y cargos que tenían, como habéis entendido. Lo otro porque ocupado el Rey en estas cosas no atendiese a las suyas, aunque no era esta la ocasión más principal, sino el desear que el Duque de Guiena casase con hija heredera del Duque de Borgoña porque no tenía hijos. Y muchas veces le habían tratado este casamiento en que había mostrado buena intención y gana de hacerlo, mas nunca llegó a la conclusión, porque sobre el mismo caso tenía las mismas pláticas con otros príncipes. Mirad el rodeo tan extraño que tomaba esta gente para venir a este intento y constreñir al duque que diese su hija a la de Guiena. Porque luego que estas dos villas fueron tomadas y el Duque de Borgoña vuelto en Arras, adonde juntaba la más gente que podía, el Duque de Guiena le envió un hombre de secreto el cual le trujo en medio pliego de papel tres renglones escritos de su mano que contenían estas palabras: “Poned cuidado en tener contentos vuestros vasallos y no dudéis que halla- [93r] -réis amigos”. El Duque de Borgoña, que estaba con algún temor desde el principio de estas alteraciones, envió un hombre al condestable rogándole no lo hiciese tan mal ni le apresurase tanto la guerra que se le había movido sin declarársela. El condestable se holgó mucho con estas palabras y le pareció que ya tenía reducido al duque al estado que él deseaba, que era muy perplejo y dudoso en sus



negocios. Y le respondió que él veía sus cosas en gran peligro, y que no las hallaba salida ni remedio si no era casando su hija heredera con el Duque de Guiena, y que haciéndolo así sería socorrido de gran número de gente y le aseguraba al duque de su parte y a otros muchos señores, y que entonces le volvería a San Quintín y se pasaría a su parte. Pero que sin este casamiento no osaría hacer lo contrario, porque el Rey se hallaba muy pujante y sus cosas en grande estado, y tenía grandes inteligencias en sus estados y casa, con otras semejantes palabras para ponerle temor. No he conocido a ninguno que haya querido tener amedrentado y con sospechas a su amo u a otro algún príncipe de quien tenga dependencia tener buen fin en sus cosas, como entenderéis de este condestable. Porque aunque el Rey era entonces su amo, tenía mucha parte de sus tierras y hijos debajo de la mano [93v] del Duque de Borgoña. Pero siempre se gobernó de este modo quiriéndolos tener enemistados y con sospechas, de que le sucedió mal. Y aunque a todos los hombres les pesa de estar en sujeción y aborrecen aquel a quien tienen temor, los príncipes sienten esto con mayor extremo. Y nunca he conocido a ninguno que no haya tenido mortal aborrecimiento a aquellos que le han tenido o han querido tener alguna sujeción.

Después que el Duque de Borgoña vido la respuesta del condestable y que no podía adquirir su amistad y que era el principal movedor de esta guerra, concibió contra él entrañable odio y aborrecimiento que jamás se le quitó. Y principalmente porque con estas cosas quería obligarle a que casase su hija al fin. Con la gente que había recogido estaba algo más alentado. Y bien se vio por lo que le enviaron a decir el duque de Guiena y el condestable, que estaban ambos de concierto, porque las mismas palabras y temores envió después el Duque de Bretaña, y permitió que el Señor de Lescut llevase cien hombres de armas bretones en favor del Rey. Y así dieron a entender que esta guerra se hacía al duque para constreñirle que viniese en este casamiento y que

engañaban al Rey cuando le aconsejaban la prosi- [94r] -guiese para otros intentos y que las inteligencias que deçían tenían en los estados del duque era todo invención y mentira o poco menos. En todas estas ocasiones el condestable sirvió muy bien al Rey mostrando siempre mala voluntad al duque y no se engañaba que la misma le tenía el duque a él. Lo mismo hizo el Duque de Guiena acompañando y sirviendo al Rey con mucha gente, y el de Borgoña se vido en muy grandes peligros. Y si algún prinçipio hubiera venido en estos casamientos, el Duque de Guiena, el condestable y otros hubieran dexado al Rey passándose de su parte, aunque el Rey quedara flaco y sin fuerças, pero por mucho que hagan los hombres en estas materias las dispone Dios como es servido.

CAPÍTULO XXXXVIII. Cómo el Duque de Bogoña dio asalto a Pequeni y le tomó, y de allí partió contra Amiens.

Ya habéis entendido largamente la causa proque entre estos dos príncipes se moviese esta guerra y [94v] la çeguedad grande que hubo entre los dos, y cuan bien se les podía deçir en semejante caso que nadie puede saber cómo se gobiernan las dos partes del mundo ni cómo viven en ellas las cossas. Todas las cossas que he dicho en los capítulos pasados suçedieron en muy poco tiempo porque después de la toma de Amiens, en discurso de quinze días salió el duque en campaña y se puso çerca de Arras, de donde no se retiró. Antes de allí se fue haçia la ribera de Soma derecho a Pequeni adonde le vino un correo del Duque de Bretaña y le dijo de parte de su amo cómo el Rey le había declarado muchas cossas. Y, entre otras, las muchas inteligençias que tenía en muchos lugares, de los cuales le nombró a Amberes, Brujas y Bruselas. También daba aviso al duque cómo el Rey estaba resuelto de sitiarle en qualquiera villa que le hallase, aunque fuese en Gante. Y yo creo que el Duque de Bretaña enviaba estos avisos más por ayudar el intento de el de Guiena respeto que pudiese conseguir el desseado casamiento, más que por prevenir al duque de las cossas que más le importaban. Y assí pareçe que le entendió el pensamiento, pues tan poca estimación hiço del aviso. Antes le dio a entender lo mal que le había pareçido, respondiéndole al mesmo punto al mensagero [95r] de que su amo estaba mal informado y que algunos criados mal intençionados habían querido ponerle este temor a causa de que él no cumpliese con sus muchas obligaçiones, dándole socorro conforme sus alianças. Díxole asimismo que Gante y las demás villas en que el Rey deçía le había de sitiar eran muy grandes, muy

fuertes y le serían muy bien defendidas, pero que dijese a su amo la gente con que se había hallado y cuán diferentes estaban las cosas de como él las imaginaba. Y que antes tenía determinación para pasar el río Soma y pelear con el Rey en caso que le quisiese defender el passo. Y que pedía a su amo se quisiese mostrar de su parte, declarándose en su favor contra el Rey, pagándole la amistad que él le había hecho en las paces de Perona.

El día siguiente se acercó el Duque de Borgoña a un lugar muy fuerte sobre la ribera del río Soma llamado como arriba queda dicho, Pequeni, donde determinó hacer una puente sobre él para pasar. Y sucedió que en este lugar estaban alojados cuatrocientos o quinientos archeros buenos, y algunos nobles. Los cuales, viendo pasar al duque, salieron a escaramuzar en un camino estrecho y largo. Y los apretaron de [95v] forma que obligaron a los del duque a revolver tras ellos, haciéndolos retirar de tal modo que antes que pudiesen volverse a entrar mataron a muchos y les ganaron el arrabal. Después trujeron cuatro o cinco piezas de artillería, aunque la villa de esta parte era inespugnable, porque el río pasaba por entre el arrabal y la villa, con lo cual temieron los archeros (a causa de la puente que se hacía) de ser sitiados de la otra parte y así se fueron, desamparando el lugar. El castillo se detuvo en rendir dos o tres días más, al cabo de los cuales se fueron todos sin armas. Esta pequeña ympresa dio un poco de ánimo al Duque de Borgoña, el cual se alojó en contorno de Amiens y hizo dos o tres alojamientos, dando a entender que era dueño de la campaña por obligar al Rey que saliese a pelear con él. Al fin se puso tan cerca de la villa que su artillería pasaba por cima della, sobre la cual estuvo seis semanas. Había en ella mil y cuatrocientos hombres de armas del Rey y cuatro mil archeros, y el condestable y todas las cabeças principales del reino, como el gran maestro, el almirante, el mariscal, los senescales y otros muchos hombres nobles. El Rey estaba entre tanto en Beaubes adonde hizo una gran junta en la

cual se hallaron el Duque de Guie- [96r] -na, su hermano y el Duque Nicolás de Calabria, hijo mayor del Duque de Calabria y de Lorena, único heredero de la casa de Anjeu, y los nobles del reino que habían sido llamados por el Rey. Y no hay duda que todos deseaban que el Rey entendiese la pasión y malicia con que algunos procedían en estas cosas, supuesto que sin causa que fuese suficiente habían metido estos príncipes en estas turbaciones y guerras. Los que estaban en la villa de Amiens trataron de hacer una salida contra el duque y su ejército, en caso que el Rey les enviase la gente que tenía consigo en Beaubes. Advertido el Rey de esta ympresa o determinación, se la estorbó y de todo punto deshiço este yntento, porque aunque parecía había esperanza de buen suceso, se aventuraba mucho, particularmente los que salían de la villa, porque todos habían de salir por dos puertas, la una de las cuales estaba muy cerca del ejército del duque. Y en caso que los obligasen a retirarse, habiendo de ser a pie, se ponían a riesgo de perderse ellos y la villa. Entretanto envió al duque un paxe que se llamaba Simón de Quinchi (que después fue Baylío de Troya) el cual llevó una carta al [96v] Rey con seis renglones escritos de mano del duque dándole a entender, con todo buen respecto, que por gusto y pasión de cuatro criados le hubiese movido la guerra y entrado en sus estados, pero que creía era por estar mal ynformado que a estarlo bien de todo no lo hubiera hecho.

CAPÍTULO XXXIX. Cómo el Rey y el Duque de Borgoña hicieron tregua por un año de que pesó al condestable.

El ejército que el Rey envió a Borgoña desbarató los borgoñones que habían salido en campaña, tomando muchos prisioneros, no siendo grande el número de los muertos y la gente del duque quedó algo desbaratada. Tomaron algunas plazas por sitio con lo cual el duque estaba suspenso, aunque siempre hacía publicar a contrario en su ejército, diciendo a los suyos y dando a entender a todos que su ejército era superior y de más fuerzas. Cuando el Rey leyó la carta que el duque le **escribió** quedó muy contento vistas sus buenas razones, y también porque le cansaban las co- [97r] -sas tan largas de la guerra. Con esto respondió el Rey al duque y envió poderes a los que estaban en Amiens para tratar de treguas. Y habiéndolas conferido se concertaron al cabo de cuatro o cinco días de que se concertase, como en efecto se concertó por espacio de un año de que el condestable quedó muy disgustado. Porque sin duda, aunque muchos no adivinaban este pensamiento, él estaba muy mal con el duque y tuvieron muchas palabras y nunca más fueron amigos, como se ha visto por las cosas pasadas, aunque no dexaban de tratarse para las cosas que convenían a sus negocios. Y el duque lo hacía más en particular con esperanza de recuperar a San Quintín, el cual le ofrecía entregar el condestable cuando estaba receloso del Rey y le hacía ir tres y cuatro leguas con decir si lo había de entregar, y cuando llegaba la ocasión se arrepentía y hacía volver al duque. En que no le fue bien al condestable, porque por el sitio en que estaba y la mucha gente que le pagaba el Rey, los tenía a entrambos en continuo cuidado y sospecha, pero su ympresa era muy peligrosa porque los contrarios eran muy

poderosos, muy fuertes y prudentes. Luego que los exércitos fueron despedidos, se fue el Rey a Torená y los Duques de Borgoña y Guiena a sus tierras y se quedaron las cosas por algún tiempo en este estado. Y el de Borgoña juntó cortes para mostrarles el gran daño que les había venido por no tener gente pronta como el Rey para las ocasiones, y que por lo menos si hubieran tenido quinientos hombres juntos para guardar las fronteras nunca el Rey hubiera emprendido esta guerra y se hubieran conservado los tratados de la paz. Dioles asimesmo a entender cuán conveniente cosa era estar prevenidos de gente y les instaba mucho que le pagasen ochocientas lanças. Finalmente le dieron ciento y veinte mil ducados más, de más de lo que le habían dado. Y en este donativo no entró Borgoña, pero por muchas razones huían sus vasallos ponerse en esta sujección, viendo la que tenían en Françia con los hombres de armas. Y verdaderamente tenían razón, porque cuando tuvo quinientos o seisçientos hombres de armas quiso tener más, que fue causa que le naçiesen bríos para haçer la guerra contra sus veçinos. Y los ciento y veinte mil ducados los hiço subir hasta quinientos mil y aumentó su gente de armas en gran número con que padeçieron mucho sus vasallos. Y bien creo que la gente de armas de sueldo es bien [98r] empleada debajo de la mano de un Rey o príncipe prudente, pero cuando no lo es, o dexa hijos pequeños, la emplean en cosas que ni suele aprovechar al Rey ni a sus vasallos. Nunca çesaba la mala voluntad entre el Rey y el duque, antes pasaba muy adelante, y el de Guiena, estando en sus tierras, enviaba de ordinario mil recaudos al Duque de Borgoña çerca del casamiento de su hija, continuando siempre en esta demanda. A que el duque le respondía con palabras generales entretiniéndole como lo haçía con todos los demás que se la pedían. Y creo que no desseaba tener hijos della ni casarla, sino tenérsela en casa para entretener a todos los pretendientes con esperanças, para que le ayudasen en las ocasiones que los hubiese menester. Y eran tan altivos sus pensamientos y tan arduas sus ympresas, que

no tenía tiempo para acabarlas, por ser cosas casi ymposibles respeto de ser tan grande su corazón que la mitad de Europa le venía muy angosta y tan fervorosos sus bríos, que le sobraba ánimo para emprender las cosas más dificultosas. Y si como era fuerte para sufrir los trabajos y poderoso en gente y en dinero, tuviera la prudencia neçesaria para disponer astutamente sus negoçios, pienso hi- [98v] -çiera notables progresos, puniendo sus desseos execuçiones, porque aunque se tenga las primeras partes que deço referidas arriba si falta el buen gobierno y la prudencia, todo aprovecha poco para haçer efectos considerables. Pero como esta ha de venir de la mano de Dios y Dios lo reparte como es servido, no todos los príncipes pueden tener las partes neçesarias para gobernarse y gobernar una cosa. Solo digo que de las condiçiones del Rey y del duque se pudiera haçer un príncipe perfecto, porque el Rey era muy prudente y el duque muy animoso y esforçado.



CAPÍTULO L. Cómo el Duque de Inglaterra vino a tanta miseria y pobreza retirado en Flandes que pedía limosna por las cassas.

Tratando arriba destas materias, me olvidé de hablar del Rey Eduardo de Inglaterra, porque el Rey nuestro señor y el Duque de Borgoña vivieron muy poderosos muchos años. De los cuales no seguiré el orden de los historiadores ni diré tan justamente los tiempos en que sucedieron estas cosas ni traeré exemplos de las historias pasadas, porque con Vos, Señor, que nada ygnoráis, sería hablar latín en presencia de los frayles Françiscos. Y assí solo os diré con verdad y llaneça lo que he visto, entendido y sabido de los mismos príncipes de quien os voy hablando. Y supuesto que vos habéis vivido en el tiempo que han sucedido estas cosas y no será neçesario a mi parecer declararos las horas ni los tiempos. En otra parte he dicho las ocasiones que movieron al Duque de Borgoña a casarse con la hermana del Rey Eduardo y como era principalmente para haçer más fuerte su partido contra el Rey. Y pienso que él no lo hiçiera a haber esto de por medio, por el grande amor que tenía a la Cassa de Alencastro, de quien era muy çercano pariente por la parte de su madre, que era española y portuguesa, naçida de una hija del Duque de Alencastro. Y por la misma raçón que quería mucho a esta cassa, aborreçía la de Yort. En el tiempo pues que hiço este casamiento, la de Alencastro estaba de todo punto destruida, y de la otra ya no se hablaba, porque Eduardo era Rey paçifico y Duque de Yort. Y en el tiempo de las guerras y discor- [99v] -dias de estas dos cassas, hubo en Inglaterra siete o ocho grandes batallas en las cuales fueron muertos cruelmente setenta o ochenta príncipes y grandes señores de cassas reales. Y los que no murieron huyeron a la corte del duque, de los cuales he visto algunos señores moços,

cuyos padres murieron en Ynglaterra, a quienes el duque recogía y acariñaba como a sus parientes por la parte de Alencastro. Antes del casamiento a los cuales, yo vi en tan gran pobreza, antes que el duque los conociese, que los que pedían limosna por las puertas no eran más pobres. Entre los cuales vi a un duque yr a pie sin medias, siguiendo la Cassa de Borgoña, pidiendo limosna. Y era el más cercano de la Cassa de Alencastro y quien había cassado con hermana del Rey Eduardo. Y después de conocido por el duque se le dio una pequeña pensión con que pasaba la vida. Los de Sombreset y otros muchos estaban también en aquella corte los cuales todos murieron después en las batallas cuyos padres y parientes habían saqueado y destruydo el Reyno de Françia y poseído la mayor parte. Muchos años los que quedaron en Inglaterra se mataron unos a otros y como habréis entendido todos sus descendientes han acabado. Diçen que Dios no castiga con el rigor que solía en el tiempo de la ley escrita, como Vos ternéis más notiçia, [100r] y que sufre los malos príncipes y gente perversa. Bien creo yo que en los tiempos de la Ley de Graçia suspende con su gran misericordia el rigor de su justiçia de que hay en el mundo muy grandes exemplos. Pero bien podréis echar deber en el discurso de estas cossas lo que suçede a los malos y que usan de crueldad y tiranía que al fin nadie veo que queda sin castigo. Y aunque no sea tan a letra vista y en día determinado, ni en hora desseada por los tristes que padeçen los agravios y malos tratamientos.

Volviendo pues al Rey Eduardo de Inglaterra, digo que los que más valerosamente defendieron esta cassa contra la de Alencastro fueron el Conde de Bervic y el Duque de Sombreset. Y casi por lo que toca al Conde de Bervic y a su criança, se podrá deçir padre del Rey Eduardo con lo cual se hiço un gran señor, porque aunque de suyo era muy poderoso el Rey le dio muchos y grandes estados, assí de su corona como de bienes confiscados, y después le hiço Gobernador de Cales y le dio otros grandes

offiços. Y he oído que valían las rentas que tenía en estas cossas sin su patrimonio ochenta mil ducados. Este caballero se puso en competencia con el Rey un año antes que el Duque de Borgoña pusiese su exército sobre Amiens, al cual le fue de provecho esta discordia porque echaba [100v] deber la grande amistad que el Conde de Bervic tenía en Inglaterra a causa de que tenía sus tratos y ynteligencias con el Rey de Françia. Y al fin yo vi en este tiempo, o poco antes, tan poderoso al Conde de Bervic que disponía a su voluntad de la del Rey, tanto que hiço morir al Señor de Escales, padre de la Reyna, y dos hijos suyos, y el terçero estuvo en muy grande peligro, no obstante que el Rey los quería mucho. Y hiço assímismo degollar algunos caballeros de aquel Reyno, poniendo nuevos criados çerca de la persona del Rey que más parecían guardias, con lo cual tuvo algùn tiempo al Rey en esta sujeçión, teniendo a su amo por hombre de poca sustançia. El Duque de Borgoña estaba reçeloso y aún sentido de la forma en que veía el Rey y procuraba la traça que podría haber para libralle, y de poderse ver con él. Y tanto se procuró este medio, que el Rey salió de la sujeçión en que estaba y levantó gente con la cual deshiço alguna parte de la del Conde de Bervic, siendo muy venturoso en las batallas que dio, pues ganó nueve campales, hallándose siempre en ellas por su persona, y aún a pie. El conde se iba hallando cada día más flaco y sin gente. Y conoçiendo su grado, advirtió a sus amigos lo que debían haçer y se embarcó a su comodidad con el Du- [101r] -que de Clarença, su hermano, que seguía su parte, no obstante que era hermano del Rey Eduardo. Y llevaron sus mugeres y hijos y mucha gente que los siguió siguiendo su derrota para Cales, donde estaba su lugarteniente, llamado el Señor de Baucler, y muchos de sus familiares criados, los cuales en lugar de reçibirle le dispararon muchos cañoaços. Y estando dado fondo delante de Cales parió su hija, la Duquesa de Clarença, un hijo, y no quiso consentir el Señor de Baucler que le llevasen dos roscos de vino, gran rigor de un criado con un señor; supuesto que pensaba el conde

haber hecho a su propósito una muy grande elección de teniente en esta plaza, que es la mayor de Inglaterra y de los mejores gobiernos del mundo, a lo menos de Cristiandad. Porque mientras duraron estas diferencias yo estuve en ella muchas veces y me dijo el comisario de las tapas “[diles] que haría dar quinientos mil ducados de renta, porque de todo lo que estaba desotra parte de la mar toma los provechos y la mayor parte de la guarnición la pone él.”

El Rey de Inglaterra se holgó mucho de que el Señor de Beaucler no hubiese dejado entrar a su capitán y gobernador, y le ymbió orden para que la gobernase en propiedad, por ser caballero prudente de esperiencia y edad y de la Orden de la [101v] Jarretera. El Duque de Borgoña, que entonces estaba en San Homer, recibió mucho gusto de lo que había hecho este caballero y me ymbió a llevarle mil escudos de pnsión, rogando le continuase el amor que había mostrado al Rey de Inglaterra. Yo fui y le hallé muy resuelto de hacerlo. Y para demostración de mayor firmeca, hizo juramento en mis manos de obediencia y fidelidad al Rey de Inglaterra en el palacio de La Escala, por sí y por todos los que con él estaban y contra todos los enemigos del Rey. Lo mismo hicieron los que estaban con él y de guarnición en aquel lugar donde yo acudí por tiempo de dos meses, yendo y viniendo para entretenerle. El Duque de Borgoña se estaba en Bolonia, donde hizo una gruesa armada contra el Conde de Bervic, el cual había tomado **muchos navíos de vasallos del duque**. Cuando se partió de Cales, esta ympresa y ocassiones fue mucha parte para volvernoss a meter en las cossas de la guerra, porque su gente vendió la presa que tomaron de los navíos en Normandía, por lo cual el Duque de Borgoña prendió todos los mercaderes franceses que habían venido a la feria de Ambers. Y es muy justo saber todo género de maldades y engaños como de las cossas buenas, no para usar de las malas mal, sino para saberse guardar dellas. Quiéroos decir un [102r] engaño o astucia, o como la quisieren nombrar,

y assímismo quiero que sepan los engaños de los veçinos como se saben los nuestros, y que por todas las partes se usa de los bueno y de lo malo. Cuando el Conde de Bervic fue a Cales pensando entrar en él como en su prinçipal refugio, el Señor de Baucler le advirtió que si entraba sería su perdiçión, porque tenía toda Inglaterra y al Duque de Borgoña por capitales enemigos, y que la gente de la villa serían contra él y muchos de la guarniçión, como el Señor de Duras que era mariscal por el Rey, y otros que tenían gente en la villa. Que lo mejor para él sería retirarse a Françia y que de la plaça de Cales no tuviese cuydado, que él daría cuenta della a su tiempo. Y sirvió bien a su capitán en darle este consejo, pero no a su Rey, porque no se ha visto hombre más desleal después que el Rey le hiço gobernador en propiedad sin hacer caso de las honras que le hiço el Duque de Borgoña, ni del juramento hecho en favor del Rey, como adelante veréis.

[102v]

CAPÍTULO LI. Cómo el Duque de Borgoña hizo una gruesa armada y un grande ejército por tierra contra el Rey de Francia.

Con el parecer que le dio Baucler al Conde de Bervic, fue a desembarcar en Normandía, adonde fue bien recibido del Rey, el cual le dio una gran summa de dinero para el gasto de su gente. Y embió al Bastardo de Borbón, Almirante de Francia, bien acompañado para guardar estos caballeros, ingleses y sus navíos de la armada del Duque de Borgoña, que era muy poderosa y tanto que ninguno se atreviera a ponérsele, haciendo notable daño a los vasallos del Rey, así por mar como por tierra. Todo esto sucedió antes que el Rey tomase a Amiens y a Sant Quintín, como está dicho, habiendo sido tomadas estas dos plazas el año de 1470. La armada del Duque de Borgoña por mar era mucho mayor que las del Rey y del conde juntas, porque tomó en el puerto de La Ynclusa cantidad de navíos grandes de España, Génova y Portugal, y muchas urcas de Alemania. El Rey Eduardo no era hombre prudente, pero era muy hermoso y más que otro [103r] príncipe que yo haya visto en estos tiempos, y era muy valeroso. Y no le pesaba tanto de que el Conde de Bervic se hubiese desembarcado en Francia como a el Duque de Borgoña, el cual sabía muy bien los disignios que corrían en Inglaterra en favor del Conde de Bervic, de que el duque daba avisos al Rey de que él tenía muy poco temor. Lo cual era muy grande ymprudencia, pues lo es no temer al enemigo y no prevenirse contra los ardidés y estratagemas del contrario. El Rey de Francia armó todos los navíos que tenía y los que pudo juntar, sobre los cuales puso mucha gente de guerra. Había hecho el casamiento del Príncipe de Gales con la hija segunda del Conde de Bervic. Este príncipe era único hijo del Rey Henrrico de Inglaterra, que aún vivía preso

en la torre de Londres. Todo este aparato de guerra estaba aparejado para entrar en Inglaterra y fue extraño casamiento este, pues después de haber destruydo y arruynado en guerra al padre de este príncipe, le hicieron cassar con hija del conde y más querer entretener al Duque de Clarença, hermano del Rey y enemigo suyo, y debía temer que la Casa de Alencastro pudiese volver en sus antiguas fuerças.

Yo me hallaba en Cales en el tiempo que se apresta- [103v] -ban estas cossas entretiniendo al Señor de Baucler. Y hasta entonçes no había conoçido sus tratos y artifiçios, supuesto que había tres meses que andaba en ellos. Yo le pedí y aún le requerí que, pues sabía cómo pasaba el estado de las cossas, echase de la villa veinte o tReynta criados familiares del Conde de Bervic que allí estaban, que yo estaba muy seguro que la armada del Rey y del conde estaban apunto de salir de Normandía, donde se hallaban. Y que si prontamente desembarcaban en Inglaterra, habría por ventura mudança en Cales respeto de los criados del conde, a los cuales sería pusible no poder sujetar. Los roguete otra y otras muchas veçes muy encareçidamente los echase de allí. Hasta çierta ocassión que me llamó aparte y me dijo que bien los podría sujetar siempre que fuese necessario, pero que me quería deçir otra cosa para que la advirtiese al Duque de Borgoña. Y era que le aconsejaba que si quería ser amigo de Inglaterra procurase ser medianero en la paz y no tratar de las cossas de la guerra. Y esto deçía por la armada que estaba a punto contra el Señor de Bervic. Mas me dixo que fácilmente se podía apaçiguar, pues el mesmo día había passado una dama por Cales que yba a Françia, a la Duquesa de Clarença, ofreçiéndole [104r] la paz de parte del Rey Eduardo. Deçía la verdad en esto, pero como él engañaba a los demás, fue también engañado de esta dama, porque yba a tratar gravísimos negoçios que suçedieron muy en perjuiçio del Conde de Bervic y de sus sequaçes.

De estos secretos, artifiçios y engaños que han suçedido en estas partes de veinte años aca, de mí más que de otro pienso que podréis saber la verdad. El secreto de la dama era persuadir al Duque de Clarença que no fuese causa de la ruyna y perdiçión de su casa propia por engrandeçer la de Alencastro. Y que se acordase de los antiguos odios y enemistades que entre estas dos cassas había habido y que debía creer que pues el conde había casado su hija con el Prínçipe de Gales, procuraríá haçerle Rey de Inglaterra, al cual había hecho haçer homenaje. Tanto hiço esta señora, que ganó la voluntad del Duque de Clarença, de forma que prometió que luego que se hallase en Inglaterra tomaría la parte del Rey su hermano. Esta señora fue muy prudente en esta embajada y tuvo ocasión de verse con su señora, por cuya causa despachó más presto sus negoçios, y por muy sagaz que era el Señor de Baucler, le engañó esta señora, y fue causa que el Conde de Barruic y todos los de [104v] su parçialidad perdieron la vida. Y assí conviene que los hombres que viven desta forma vivan con mucho cuydado y muy en alerta, no dejándose engañar de persona alguna pues además de los daños grandes que suelen suçeder es poca estima y reputaçión.



CAPÍTULO LII. Cómo el Rey Eduardo tuvo tan grandes adversidades que le obligaron a huir y desamparar su Reyno.

En este estado estaba la armada del Señor de Bervic y la que el Rey había mandado a prestar para llevarle, y que estando a punto para hacerse a la vela, la del Duque de Borgoña estaba en un puerto enfrente dellas en orden para pelear. Pero Dios quiso disponer las cosas de manera que aquella noche vino una gran tormenta que obligó a la de Borgoña a que desbaratada corriese, yendo unos navíos a Escocia y otros a Holanda. Y pocas horas después abonanzó el tiempo para que el conde pasase sin peligro a Ynglaterra. El Duque de Borgoña había avisado al Rey Eduardo a qué puerto yba el conde y çerca dél tenía gente [105r] para avisarle y prevenirle de lo que le convenía, pero no se le daba cosa alguna. Antes gastaba el tiempo en caçar, sin traer consigo gente de consideración mas que al Arçobispo Yort y al Marqués de Montagudo, hermano del Conde de Bervic, los cuales habían hecho solemne juramento de servirle en todas las ocasiones, contra su hermano y contra todos los demás. Y el Rey estaba desto muy siguro y muy confiado dellos. Después que el conde hubo desembarcado, se juntó mucha gente y el Rey se halló muy afligido. Y luego que reconoció su estado comenzó a disponer sus cosas, pero era ya tarde. Embió a rogar al Duque de Borgoña que estuviese siempre con su armada a punto en la mar para estorbar la vuelta del Conde a Françia porque él estaba çierto de poderle echar de Inglaterra. Estas palabras fueron mal recibidas de los que las oyeron, juzgando por más fácil no haberle dejado entrar en Inglaterra, que venir con él a batalla cinco o seis días después de haberse desembarcado, respeto de hallarse tres solas leguas de donde el Rey estaba y muy fuerte y acampado, y

que tenía mucha más gente que el conde si ella fuera buena y con ánimo para darle la [105v] batalla. Estaba alojado en una villa fuerte, a lo menos sus cassas, donde no se podía entrar sino por una puente (como él mesmo me dixo) que le fue de gran provecho. La demás de su gente estaba alojada en otros villajes allí çerca. Estando comiendo, vinieron a gran priesa a avisar al Rey que el Marqués de Montagudo, hermano del conde, y algunos otros, se habían puesto a caballo y hecho gritar a toda la gente *¡Viva el Rey Enrrico!* Al prinçipio no lo creyó, pero luego despachó muchos mensajeros y se armó y puso gente para defender sus cassas. Hallábanse con él Monsiur de Hostingues, Camarero Mayor de Inglaterra, caballero muy prudente y el que más autoridad tenía çerca de su persona. Y aunque estaba casado con hermana del Conde de Bervic, servía con mucha lealtad a su amo. Y según dél entendí, tenía en el exército tres mil caballos. Había asímismo otro caballero llamado Monsiur de Scalles, hermano de la muger del Rey Eduardo, y otros muchos buenos caballeros y soldados, todos los cuales echaban muy bien deber. Cuán mal encaminados yban estas cossas, porque los mensajeros volvieron diçiendo que era verdad lo que al Rey habían avisado y que se juntaban para venirle a aco- [106r] -meter. Dios favoreçió tanto al Rey Eduardo en que se alojase çerca de la mar para poderse embarcar en unos navíos holandeses y en dos urcas en los cuales se metió a mucha priesa. Su camarero se detuvo un poco y dixo al que mandaba la gente, y a otros particulares del exército, que siguiesen la fortuna del enemigo, pero que les rogaba que guardasen la fee que debían al Rey y a él. Y con esto se embarcó con los demás que estaban a punto de partença.

Es costumbre en Inglaterra que los vençedores en las batallas no matan a nadie que se les rinde, particularmente, al pueblo porque conoçen que cada uno procura complaçer al vençedor y assí no ponen ninguno a rescate. El mismo Rey Eduardo me dijo que en todas las batallas que vençió se ponía a caballo defendiendo el pueblo,

gritando no le hiçiesen daño y que matasen los caballeros, de los cuales no se escapaba ninguno o muy pocos. Huyó en fin el Rey Eduardo el año 1470, en las dos urcas y un pequeñi navío suyo con setecientas u ochoçientas personas, sin otros vestidos que los de la guerra, sin un dinero y sin saber adonde yba. Estraño se le haçía a este pobre Rey (que assí se puede llamar) vi- [106v] -endo sus desdichas y el salir huyendo de su propio Reyno y tierra, perseguido de sus propios vasallos y criados. Había diez o doce años que se entretenía en cossas de plaçer y gusto más que ninguno otro príncipe de su tiempo, porque no trataba más que en festejar las damas, en que exçedió más de lo que fuera justo. Y assímismo se entretenía en cossas de la caça y en el regalo de su persona. Y cuando yba a este exerçicio haçía llevar muchos pavellones para las damas y otros mil regalos. En efecto, en esto había gastado mucho tiempo, y su persona era muy a propósito para ello más que ninguno otro hombre que yo haya visto, porque era moço galán, hermoso, tanto como cualquiera de su tiempo, digo en el que le vino esta adversidad, porque después engordó mucho. Veis aquí cómo entró en las adversidades deste mundo. Huyó, pues, derecho a Holanda, y en este tiempo los hostrelines eran enemigos de los ingleses y françeses y tenían muchos navíos de guerra en la mar y eran muy temidos de los ingleses y no sin causa, porque eran buenos soldados, y en aquel año les habían hecho mucho daño tomándoles muchos navíos. Descubriendo las dos urcas y navío en que el Rey yba, los [107r] començaron a dar caça con siete o ocho navíos y por estar algo apartado dellos ganó la costa de Holanda, y aún algo más abajo, pues llegó en Frisa, çerca de una pequeña villa llamada Alquemara, donde dieron fondo y por ser baja mar no pudieron entrar en el puerto. Açercándose lo más que pudieron al lugar los hostrelines vinieron también a dar fondo çerca del con yntençión de alcanzarlos con la marea. Un peligro jamás viene solo, ni un trabajo sin compañía. Y era cossa de admiración ver la fortuna deste Rey y sus grandes pensamientos tan trocados.

Y no solo el que pasaría estos naufragios, sino cualquier hombre cuerdo quedara muy espantado si le dijeran quinze días antes que el Conde de Bervic le había de echar del Reyno quedando señor dél y el yr corriendo fortuna tan miserable. Y assí siempre este Rey se burlaba del Duque de Borgoña, viéndole gastar su haçienda en guardar la mar, como si el ser señor della no ymporta mucho para serlo de la tierra. Y al fin no le quedó por consuelo de sus trabajos más de el lamentarse con mucha admiración, diçiendo “quién pensara que tal suçediera”. [107v]

CAPÍTULO LIII. Cómo un príncipe debe tener cerca de sí un consejero prudente y sabio de autoridad y que le tenga amor para desengañarle.

Mucho deben procurar los príncipes disponer las cosas del gobierno de sus estados, principalmente cuando les yncumbre por razón de su edad, para no llegar al punto en que dejamos al afligido Rey de Inglaterra con la frívola disculpa en la boca de *quién tal pensara*. Y buen exemplo es este para los príncipes que no temen a sus enemigos, pareciéndoles que es demostración de flaqueza y caso de deshonor el estar prevenidos para ocasiones semejantes. Los criados de los cuales procuran más sustentar su opinión complaciendo a sus dueños, pareciéndoles que por aquel camino grandean más su voluntad y son más estimados que cuando los desengañan, hablándoles con mucho valor. Yo no sé qué es lo que dicen en presencia suya, porque de los sabios y prudentes es tenido por locura muy grande supuesto que la mayor honrra, reputación y riqueza [108r] que puede tener un príncipe es tener junto a sí un hombre prudente y experimentado, a quien se le dé licencia por su valor y virtud para desengañar al señor con mucha libertad. Por ventura, Monsiur de la Grotura, gobernador entonces por el Duque de Borgoña en Holanda, estaría en el lugar donde el Rey Eduardo quería desembarcar. El cual, luego que fue avisado del peligro en que el Rey estaba por los hostrelines, acudió depriesa a las naves donde estaba el Rey y le revivió y sacó a tierra con mil y quinientos hombres. Venía allí el Duque de Cloçestre, su hermano, que después se hizo llamar el Rey Ricardo. El Rey no tenía dineros y dio una ropa de martas al dueño del navío, prometiéndole hacer merced con el tiempo. Tan pobre compañía no se vio jamás, pero el Señor de la Grotura lo hizo muy honrradamente, dándoles muchos

vestidos y haciéndoles la costa hasta La Haya, en Holanda, a donde los dejó. Y después avisó al Duque de Borgoña deste suceso, el cual quedó muy espantado de estas tristes nuevas que las sintió como si fueran de su propia muerte, respeto del trabajo grande en que se hallaba y ser su enemigo el Conde de Bervic y deberle en el Se- [108v] -ñorío de Inglaterra. El cual desembarcó en la isla, donde halló gran número de gente en su favor y el ejército que había dejado el Rey Eduardo que por miedo o por amor también se le había juntado, acrecentándose cada día con la gente que venía de nuevo. Y así llegó a Londres, de donde se retiraron muchos caballeros que eran de la devoción del Rey Eduardo. Lo mismo hizo la Reyna su muger, la cual parió un hijo en grande pobreza.

CAPÍTULO LIIII. Cómo el Conde de Bervic sacó de prisión al Rey Henrique de Inglaterra.

Luego, como hubo llegado el Conde de Bervic a la ciudad de Londres, se fue a la torre del castillo y sacó al Rey Henrique. El cual otras veces había dicho que el conde era un traydor y que había yncurrido en el crimen de lesa magestad, y agora el conde le publicó Rey y le llevó a su palacio, a Besmuntier, y le puso en su silla real a los ojos del Duque de Clarença que gustaba muy poco de este casso. Al punto ymbió a Cales quatroçientos caballos [109r] que corrieron toda la tierra de Boulenois, que fueron bien recibidos del Señor de Baucler, de quien arriba se ha hecho mençion, y se puede conoçer muy bien la mucha voluntad con que el conde de Bervic acudía a su amo. El día que al Duque de Borgoña le llegaron nuevas que el Rey Eduardo había arribado en el Holanda llegué yo de Cales y le hallé en Bolonia, y no sabía aún lo que pasaba, ni estado en que las cosas se hallaban. Las primeras nuevas que llegaron fueron de como el Rey era muerto, de que no mostró mucho sentimiento, porque tenía más inclinación a la Casa de Alencastro que a la de Dior. Y más, que tenía en su cassa a los Duques de Cloçestre y Sombreset, y otros muchos de la parçialidad del Rey Henrique, con que le pareció que podía acomodar más a su gusto sus cossas con esta casa. Pero tenía mucho reçelo del Conde de Bervic y no sabía cómo atraerle a su voluntad, porque se había retirado en sus estados con su hermana, con la cual estaba casado, y se habían hecho muy grandes hermanos y amigos, porque el Rey traía el Tusón y el Duque la Jarretera.

El duque me ymbió luego a Cales acompañado de los caballeros que eran desta nueva parçialidad del Rey Henrique, [109v] dándome orden de las cosas que había de

haçer y deçir conforme a las que corrían. Y me pidió encareçidamente que me fuese luego diçiéndome lo mucho que le convenía tener quien le acudiese en aquellas ocasiones. Yo fue hasta Tourneehan, un castillo çerca de Guines, y no me atreví a pasar adelante, porque hallé la tierra alborotada, y la gente que huía de los ingleses que estaban en campaña y corrían la tierra. Pero despaché a Cales al Señor de Baucler pidiéndole pasaporte, aunque solía yr sin él y ser muy bien reçibido por ser los ingleses muy cumplidos y de muy buen trato. Todo esto se me haçía muy bueno por no estar enseñado a ver tan notables mudanças del mundo. Y la misma noche avisé al duque con el temor que estaba de pasar adelante, con miedo de lo que me había de responder. El cual me ymbió una sortija que traba en su dedo para señal, mandándome que pasase adelante aunque me hubiesen de prender diçiendo que él me rescataría. El cual no dudaba poner un criado en peligro por ser servido de lo que había menester. Pero yo previne lo que podía suçeder con la seguridad que me ymbió el Señor de Baucler con sus cartas muy corteses en que me avisaba. Fue- [110r] -se como otras veçes solía, pasé por Guines y hallé al capitán fuera del castillo como acostumbraba, y me hiço mucha honrra y regalo así a mí como a los caballeros que venían conmigo. De allí fui a Cales sin encontrar con nadie, donde todos traían la librea del Conde de Bervic a la puerta de mi cassa y del aposento donde dormía. Hiçieron más de çien cruçes blancas y escribieron algunas coplas que en suma deçían que el Rey de Françia y el Conde de Bervic eran una misma cossa, que para mi fue una grande novedad. Escribí a Gravelines, que está çinco leguas de Cales, avisando que detuviesen los mercaderes yngleses y sus haçiendas por las correrías que habían hecho. El de Baucler me convidó a comer, el cual estaba muy acompañado y tenía una insignia de oro ençima del sombrero que era un bastón negro, y todos los demás tenían lo mismo y los que no la podía tener de oro la tenían de paño. En la comida me dijeron que luego que llegó el mensajero de



Inglaterra con la nueva, que en menos de un cuarto de hora habían todos puestos esta librea. Tanto fue acelerada esta mudança y para mí fue la vez primera que abrí los ojos para ver cuan poco firmes son las cossas de este mundo. El Señor de [110v] Baucler no me dixo sino palabras compuestas, escusando al conde su capitán y haçiendo memoria de los bienes que del había reçiido. Y los demás que con él estaban estuvieron muy discortes en sus palabras, porque los que yo pensaba que eran más afiçionados al Rey eran los que más le amenaçaban. Y pienso que algunos lo haçían por temor, aunque otros lo deçían muy de veras. Los que yo quise en algún tiempo echar de la ciudad por ser criados del conde tenían en esto mucho crédito y no habían entendido que yo hubiese hablado dellos al Señor de Baucler. Yo les decía en todas ocasiones que el Rey Eduardo era muerto y que yo estaba dello muy cierto (no obstante, que sabía lo contrario) y que cuando no lo fuera, que las aliancas que el Duque de Borgoña tenía con el Rey de Inglaterra eran tantas y tan firmes que no se debían alterar ni mudar por lo que había sucedido. Y que al que alçasen por Rey sería de gusto para el duque y sus vasallos, como se había hecho en las alteraçiones y mudanças pasadas. Y que por esto se solía poner en las paçes y alianças esta cláusula con el Rey y con el Reyno. Y por la firmeça de esta aliança estaban obligadas quatro ciudades, las más prinçipales de Inglaterra.

Los mer- [111r] -caderes querían que yo quedase preso, porque deçían que por mi orden y mandado les habían quitado en Gravelines sus haçiendas. Y nos conçertamos ellos y yo que pagasen o volviesen todo el ganado que tomaron, porque tenía hecho conçierto con la Cassa de Borgoña de poder apaçentar en algunas de sus dehesas y tomar el ganado por çierto preçio, y no le pagaron. Además que entre las alianças y conçiertos **hechos con el Rey de Ynglaterra, fue condición** que quedarían siempre firmes con que en lugar de Eduardo se nombrase Enrrique. Esto fue muy

agradable al Duque de Borgoña, porque el Conde de Bervic ymviaba a Cales cuatro mil yngleses para haçerle la guerra con muchas veras y no podían hallar modo de ablandarle. Con todo esto los mercaderes más ricos de Londres, que se hallaban muchos dellos en Cales por ser puerto donde se cargaban sus lanas (que es cossa yncrẽible la **gran** suma de dinero que desta mercadería sacan dos veçes al año), estaban esperando que viniesen los mercaderes de este trato que el mayor es en Flandes y en Holanda. Los cuales venidos ayudaron mucho a la composiçión de lo que se trataba y haçer que se detuviese la gente que el Conde de Bervic [111v] quería ymbiar. Lo cual todo vino muy a propósito al Duque de Borgoña, por ser en tiempo que el Rey había tomado a Amiens y a San Quintín. Y si el duque hubiera de mantener la guerra con los dos Reyes, fuera muy dificultoso. Y assí procuraba con estas traças ablandar al Conde de Bervic, diçiendo que no quería enemistad con el Rey Henrique por ser su deudo y el tan pariente de la Cassa de Alencastro con otras muchas palabras todas en orden a conseguir lo que desseaba.

El Rey Eduardo fue a San Pol, a donde estaba el duque, y le pidió con mucho encareçimiento le ayudase para poder volver a Inglaterra, asegurándole que tenía en el Reyno grandes ynteligencias y que por amor de Dios no le desamparase pues estaba casado con su hermana y eran hermanos de orden. Los Duques de Sombresret y el de Cloçestre procuraban lo contrario por la parçialidad del Rey Henrique. Y el duque no sabía a qué parte acostarse, temiéndose que podía errar en cuál de los dos partidos había de seguir, y más viendo que ya tenía la guerra començada tan a vista de sus ojos. Finalmente procuró contentar con buenas palabras y promesas al Duque de Sombresret y a los demás, lo cual viendo el Rey Eduardo que se hallaba presente, lo sentía [112r] mucho. Con todo eso no faltaban para él cumplidas y amorosas palabras, diçiéndole que le fingía aquello por no tener la guerra con los dos Reynos a un tiempo, porque si le

destruyan no le podría ayudar. Después, y viendo que más no podía detener al Rey Eduardo de pasar a Ynglaterra, por muchas razones no osaba del todo disgustarle. Fingía en público de no le querer ayudar echando bando que nadie le siguiese, pero en secreto le dio çinquenta mil florines de la cruz de San Andrés y le hiço aprestar cuatro gruesos navíos en el puerto de la Vera en Holanda, adonde reçiben a todos. Y le tomó a sueldo con mucho secreto catorçe navíos de hostrelines bien armados que prometieron servirle hasta pasar a Inglaterra. Y quinze días después (y este socorro según la saçón y el tiempo en que se hallaba el duque se podía juzgar por muy grande) partió el Rey Eduardo el año de 1471. Y así como el Duque de Borgoña yba a Amiens, contra el Rey le parecía que las cossas de Ynglaterra le suçederían bien pues tenía amigos de entrambas partes. Luego que llegó el Rey Eduardo a Ynglaterra fue socorrido de los que habían seguido su parçialidad y nombre y estaban retirados, en los cuales había treçientos o cua- [112v] -troçientos caballeros que le fueron al Rey de grande ymportancia por no traer él mucha gente.

CAPÍTULO LV. Cómo el Rey Eduardo volvió a Ynglaterra y fue recibido con grande alegría, a pesar del Conde de Bervic, y de la batalla que se dieron.

Luego que el Conde de Bervic, que se hallaba en Nort con mucha pujanca y grandeça, supo estas nuevas, se dio gran priesa para volver a Londres, pensando llegar primero, aunque le parecía que la ciudad estaría por él y a su devoçión. Pero sucedió al revés, porque el Rey Eduardo fue recibido el lunes santo con grande alegría de todos, contra la opinión de la mayor parte, por tenerle ya unos por muerto otros por perdido. Y si le hubieran çerrado las puertas, no tuviera remedio alguno, porque el Conde de Bervic no estaba más de una jornada de la ciudad. Y a lo que yo entendí tres cossas fueron causa que la ciudad se le entregase. La primera, la gente que se había retirado y [113r] el haber parido la Reyna un hijo. La segunda, las grandes deudas que debía en el lugar, porque los mercaderes a quien él más debía fueron mucha parte para que le recibiesen. La tercera, las mugeres principales y ricas çiudadanas con las cuales otras veçes tuvo grande amistad que redujeron a sus maridos y parientes. No se detuvo en la ciudad más de dos días. Y assí partió el Sábado Santo con la gente que pudo juntar y fue en busca del Conde de Bervic, con el cual se encontró el día siguiente por la mañana, que fue el de Pascua. Y como se descubrieron, el Duque de Clarença, hermano del Rey Eduardo, se pasó a su parte con doçe mil hombres, que causó grande espanto al Conde de Bervic, y al Rey mucho refuerço porque yba con poca gente. Ya pienso que ternéis notiçia del Duque de Clarença y del estado de sus cossas y por quién yban guiadas, no obstante el socorro que el duque dio al Rey fue la batalla muy reñida de ambas partes y todos peleaban a pie. La vanguardia del Rey estaba con grande peligro, de forma que la

batalla del conde llegó hasta cerca de las banderas y apretó al Rey, de manera que le obligó a pelear por su propia persona haciendo lo que debía [113v] a buen soldado tan bien como el que más de ambos exércitos. El Conde de Bervic no estaba acostumbrado andar a pie, aunque cuando había puesto su gente en orden se ponía a caballo, y así si las cosas iban en su favor, se hallaba en la batalla, y si mal, se retiraba temprano. Esta vez le forzó su hermano, el Marqués de Montagudo, (que era muy valiente caballero) a apearse y embiar los caballos. Y de tal forma sucedió en aquel día que murió el Conde de Bervic y Marqués su hermano y otros muchos caballeros. La rota fue muy grande porque el Rey venía con diferente determinación. Partió de Flandes con propósito de no impedir ni gritar que se salvase el pueblo, como otras veces solía, antes que se llegase la victoria con todo rigor y que muriesen todos los caballeros de la parte contraria por haber concebido grande odio a aquel pueblo de Inglaterra. Por el favor que habían dado al Conde de Bervic, y por otras razones y causas, de la parte del Rey Eduardo murieron mil y quinientos hombres y fue esta batalla muy reñida y sanguinolenta, como dicho es. Y el día mismo que se dio estaba el Duque de Borgoña enfrente de Amiens y tuvo carta de la duquesa su muger que el Rey no iba muy gustoso con él y [114r] que el socorro que le había dado había sido fingido y por mal camino y que faltó poco que no le dexasen. Y por decir la verdad, nunca de allí adelante fueron muy firmes las amistades entre estos dos príncipes, aunque con todo eso acudió siempre el Rey a sus negocios y el duque mandó publicar la nueva de su victoria. Olvidábaseme de decir cómo en esta batalla fue llevado el Rey Henrique a Londres, el cual era hombre inorante y casi insensato si no me engañaron los que le conocían. Al cual luego después de la batalla, el Duque de Clarence, hermano del Rey Eduardo, que después se llamó Rey Ricardo, le mató de su mano, o como otros dicen le hizo matar, con que acabó el pobre Rey Henrique.

CAPÍTULO LVI. Cómo el Rey Eduardo venció al príncipe de Gales aunque tenía mayor ejército que él.

El príncipe de Gales, de quien he hecho mención arriba, había desembarcado en Ynglaterra al ti- [114v] -enpo que se dio esta batalla. Y juntándose con él los Duques de Cloçestre y Sombreset, y otros muchos de su linage y los parçiales y amigos suyos, que en todos serían más de cuarenta mil personas, como de algunos dellos entendí después. Y si el Conde de Bervic los hubiera aguardado quedarán sin duda señores de todo el Reyno, pero el temor que tenía de el de Sombreset, de quien había hecho morir padre y hermano, y también de la Reyna Margarita, madre del nuevo príncipe, fue causa de que no los aguardase para dar la batalla. Mirad cuánto duran los enojos y parçialidades y quanto se deben temer y cuán grandes daños son los que traen tras de sí. Luego que el Rey Eduardo hubo vencido esta batalla, se fue açercando al príncipe, que quedó muerto en el campo con otros muchos señores y caballeros y gran número del ejército. Quedó preso el Duque de Sombreset, al cual el día siguiente le cortaron la cabeça. En solos onze días ganó el Conde de Bervic todo el Reyno de Ynglaterra, a los menos le trajo y redujo a su obediencia. Y el Rey Eduardo le sujetó y ganó en veinte días por medio de estas dos batallas tan victoriosas que ganó, [115r] de donde ynferiréis las mudanças del mundo y las cosas de la guerra cuáles son. El Rey Eduardo hizo degollar mucha gente del pueblo en diferentes lugares, y en particular en aquellos donde se habían hecho juntas contra él. De todos los pueblos del mundo pienso que es la gente de Ynglaterra más ynclinada a novedades y guerras después de las cuales quedó el Rey Eduardo

paçífico Señor de Ynglaterra hasta su muerte, aunque no sin ynquietudes de espíritu por sus grandes pensamientos.

Dexaré de hablar con lo dicho de las cossas de Ynglaterra hasta que vengan en otro lugar más a propósito, y hablaré de las cossas nuestras. Y assí digo que el Duque de Borgoña se partió de Amiens y el Rey de França se retiró de Tourena, y el Duque de Guiena, su hermano, se volvió a Guiena, el cual nunca dejaba de continuar el casamiento que pretendía con hija del Duque de Borgoña, como he dicho muchas veçes. Pero el duque mostraba dessearlo, aunque jamás tuvo yntençión de que se efetuase, procurando entretener al de Guiena como a otros príncipes que se la pedían, acordándose siempre del término que con él habían usado para obligarle a que lo hiçiese. El Conde de San Pol, Condestable de Fran- [115v] -çia, procuraba siempre ser terçero de este casamiento y, por otra parte, el Duque de Bretaña que se hiçiese por medio suyo, y el Rey de França procuraba que nunca tuviese efeto, aunque no era neçessario por dos raçones que ya he dicho antes. Ni el Duque de Borgoña quería tan poderoso yerno, antes procuraba haçer su negoçio cumpliendo con todos con la golosina deste casamiento. Y assí el trabajo del Rey era ynfrutuoso, porque no podía saber los pensamientos agenos, y no era de espantar que procurase estorbar este casamiento a su hermano, porque venía a haçerse muy poderoso. Pues juntos el de Bretaña y el de Borgoña estuvieran en muy grande peligro los estados del Rey y de sus hijos. Y en estas prácticas se gastaron muchas embaxadas assí públicas como secretas de una y otra parte.

CAPÍTULO LVII. Cómo se deben tratar los embajadores de los príncipes y mirar sus acciones y palabras.

No es cosa muy segura las muchas ydas y veni- [116r] -das de los embajadores, porque a las veces se tratan cosas no buenas, con todo eso es necesario ymbiarlos y recibirlos. Y los que leyeren **este artículo podrán** preguntar los remedios que para esto he visto, y los que hallo son que los que vienen de verdaderos amigos, de donde no hay causa de sospecha. Sería de parecer que se les hiciese mucho agasajo y conforme al sujeto del príncipe que le viesen a menudo, digo del que es prudente y sabio, porque no lo siendo es mejor que le vean pocas veces. Y cuando le hubieren de ver que esté bien vestido y que tenga considerado lo que hubiere de decir y no detenerse mucho. Porque la amistad de unos príncipes con otros es muy frágil de romper si los embajadores secretos o públicos vienen de parte de príncipes adonde el odio es tal como el que hay entre estos señores de quienes he hablado, los cuales he conocido y frecuentado. No hay mucha seguridad, según mi parecer. Débense tratar bien y recibirlos honrosamente como yuviéndolos a recibir, aposentandolos bien y **ponerles** personas confidentes y prudentes que los acompañen, que es cosa conveniente y segura, porque con esto se sabe los que van a verlos y se ympide que gente liviana y disgustada no les lleven nuevas, porque en ninguna casa están todos contentos. Y demás es necesario [116v] oyrlos luego y despacharlos, por ser muy malo tener los enemigos en casa. El festejarlos, agasajarlos y presentarlos es cosa conveniente. Y aunque estuviere la guerra empecada no se debe romper ni dejar de oyr los **tratados** de paz, porque no se sabe la hora que después se podrá hacer, pero entretenerlos a todos y **oyrlos haciendo**



**lo arriba** dicho. Y estar con cuydado de qué gente va a hablarlos, así de día como de noche, y los que vos ymbiáis. Y que sea todo con el mayor secreto que se pueda. Y por un embaxador que ellos me ymbiasen, les ynviaría yo dos, y aunque se enfadasen y dijesen que no les ymbiasen más, los ymbiaría cuando tuviese ocasión para ello, porque no **sabréys enviar** espía buena y segura, ni que pueda ver ni entender tanto, particularmente si son dos o tres no es pusible que dejen de entender algo. Entiéndese si estos tienen buen entendimiento, como deben tener los embaxadores. Y es de creer que un príncipe sabio y prudente procura siempre tener amigos en la parte contraria y guardarse della lo más que pueda, que en estas cossas no se haçe lo que se quisiera. Podríanme deçir que vuestro enemigo sería más orgulloso, de que no se me da nada, porque sabré más de sus nuevas y a la fin tendré yo el provecho y la honrra, y entendería todas las nuevas sin romper **ninguna** plática, y sabiendo las materias haría mis negoçios. Y unos no son tan entendidos [117r] como otros, ni tan experimentados, y en este caso los más prudentes son los que siempre ganan. Quiéroos deçir dos exemplos manifiestos: jamás se hiço tratado entre françeses y yngleses que la agudeza y habilidad de los françeses no sobrepuxase a los de los ingleses, los cuales tienen un dicho común que algunas veçes hablando con ellos me dijeron. Y es que en las batallas que han tenido con los françeses siempre, o por la mayor parte, han sido superiores, pero que en los tratados que han tenido con ellos han sido ynferiores y con perdido. Y verdaderamente a lo que siempre me ha pareçido he conoçido personas en este Reyno muy dignas de manejar grandes negoçios, espeçialmente los que se han criado debajo la diçiplina de nuestro Rey.

Confieso que he sido un poco largo en tratar destos embaxadores y del cuydado que se debe tener en mirar sus açiones. No ha podido ser menos, pero no es sin causa, por haber visto y hecho tantos engaños y maldades so color de embajadas que los quiero

callar. Tanto se trató de este cassamiento del Duque de Guiena y la hija del de Borgoña, que de palabra se mostró algún desseo y aún por cartas se dio alguna yntençión y señal, aunque lo memso se hiço con el Duque Ni- [117v] -colás de Calabria, de quien arriba queda hecha mençión. También con el Duque de Saboya, Philiberto último, y después con el Duque Maximiliano de Austria, Rey de Romanos y hoy día solo hijo del emperador Federico. Este estuvo más adelante, porque tuvo cartas de mano de la hija, por mandado de su padre, y a un diamante, y todas estas promesas se hiçieron **en menos de dos años**. Y estoy çierto que mientras él viviera a ninguno cumpliera su palabra, pero el Duque Maximiliano se valió de las cartas, como diré después. No hablo de estas cossas por no haçer agravio a nadie, sino solo [por deçir las que he visto passar y cuáles son las del mundo. Y entendiendo que gente ygnorante y de poco entendimiento no se pondrá a leer estos suçesos, sino solo príncipes y gente cortesana y discreta, para los cuales son estas advertençias, y las hallarán mirándolas con atençión.

Todas las veçes que se hablaría deste casamiento, había pláticas de ynterpresa contra el Rey. Estaban con el Duque de Borgoña, el Señor de Vrfe, Ponset de Ribera, y muchos otros de menos consideraçión que yban y venían por el Duque de Guiena, por el de Bretaña, el Abad de Begard, des- [118r] -pués Obispo de León, que le representaba como el Rey. Trataba atraer a los criados del Duque de Guiena, a unos por amor y a otros por fuerça, y que había hecho derribar un castillo del Señor de Estisac, su criado, y que otras muchas cossas se habían desecho. Y como el Rey, había **traído** algunos criados de su cassa con deçir que quería cobrar el Ducado de Guiena, como había hecho el de Normandía, después de habersele dado el Rey por parte, como habéis visto arriba. El Duque de Borgoña enviaba a menudo personas para tratar con el Rey destas materias, el cual respondía que el Duque de Guiena, su hermano, (por ensanchar sus límites) movía estas cossas y que él no trataba de tocar a la parte que perteneçía a su hermano.

Mirad, pues, estos negocios y las ambrollas deste Reyno cuán grandes han sido en los tiempos que sucedieron y la dificultad que hay en llevarlas a buen fin cuando están mal encaminadas. Porque aunque no sean al principio más que dos o tres príncipes, y de menos calidad, en poco espacio de tiempo todos se hallan mezclados en estos negocios, porque cuando las cosas comienzan piensan todos ver el fin, como lo veréis.

Continuando este discurso, en este tiempo el Duque de Guiena, o los suyos, y el Duque de Bretaña rogaron al de Borgoña que en [118v] nada se ayudase de los ingleses, que eran enemigos del Rey, pues todo lo que ellos hacían era por bien y utilidad del Reyno. Y que cuando él estuviese a punto, ellos eran poderosos y que tenían grandes ynteligencias con muchos capitantes. Y yo me hallé presente en çierta ocasión en que el Señor de Urfe dixo estas palabras al duque, pidiéndole que con diligencia sacase su ejército. Y el duque me llamó a una ventana y me dixo: “Mirad el Señor de Urfe que me da priesa para que saque el mayor ejército que pueda, y con él se hará gran provecho al Reyno. Paréceos que yo haré algún buen efecto con la compañía que yo llevaré.” Yo le respondí riendo que me parecía que no, y él me dixo estas palabras: “Quiero más el bien de Françia de lo que piensa el Señor de Urfe, que por un Rey que hay quisiera que fueran seis en el tiempo de que hablamos.”

El Rey Eduardo de Ynglaterra, que tenía por cierto que este casamiento se tratase de hecho y estaba engañado, procuraba con muchas veras deshacerle y romperle, diciendo que el Rey no tenía hijos y que si moría el Duque de Guiena sucedía en él la Corona. Y assí se hacía que toda Ynglaterra corría riesgo de ser destruida por los muchos estados que se juntaban a la Corona de Françia, y tomaba muy a pechos esta materia sin propósito, y lo mis- [119r] -mo hacía todo el consejo de Inglaterra. Y por muchas excusas que el Duque de Borgoña daba, no le creían los ingleses, y por más que le rogasen la gente de los Duques de Guiena y de Bretaña que no llamase ningún

extranjero, quiso que el Rey de Inglaterra hiçiese la guerra en alguna parte. Y quisiera de buena gana disimular que no lo sabía ni entraba en ello. Nunca por entonçes los ingleses hubieran hecho esto, antes ayudaran al Rey, si no temerían ver la Casa de França, tan poderosa por medio de este casamiento.

Bien veis, según lo arriba referido, cuan ocupados estaban estos señores con sus grandes pensamientos. Y que todos tenían de su parte muchos hombres prudentes que de lejos conoçían las cossas y echaban de ver que su vida era muy corta para poder ver la mitad dellas. Y muy bien se vio, porque todas en poco tiempo han acabado en este trabajo y miseria, tomando cada uno mucho gusto de la muerte de su compañero. Y suçediendo el caso como cossa desseada dexando a sus suçesores envueltos en inquietudes y guerras, salvo nuestro Rey que agora reina, el cual halló su reino en paz con todos los veçinos y vasallos. Y el Rey su padre le hiço más bien [119v] de lo que quería o entendía haçer por él, porque en mis tiempos nunca le vi sin guerra, sino poco antes de su muerte. En los que agora hablo, estaba el Duque de Guiena un poco indispueto y quebrado de salud. Los unos deçían que estaba en peligro de muerte y los otros que no era nada. Su gente daba priesa al Duque de Borgoña que saliese en campaña, porque el tiempo era a propósito y también el Rey había salido con exército y su gente sitiaba a Sant Juan de Angeli Oxaintes y a los çircunveçinos. Tanta priesa le dieron, que el duque salió a Arraz, adonde hiço su exército, y después passó haça Perona, Roye y Mondidier. Y el exército era muy fuerte y el más bien compuesto que nunca hiço, porque en él había mil y duçientas lanças de ordenança, que tenían tres archeros por cada hombre de armas, todo en buena orden y con buenos caballos, porque en cada compañía había diez hombres de armas, demás sin el lugarteniente. La nobleça de este país estaba toda bien aperçebida, porque estaban bien pagados y guiada por principales caballeros y escuderos y en este tiempo eran muy ricas aquellas tierras.

Cuando el duque estaba a punto para partir de Arraz le llegaron dos nuevas. La [120r] una fue que el Duque Nicolás de Calabria y de Lorena venía a verle por la pretensión que tenía de casarse con su hija, al cual el duque recibió muy bien dándole muy buenas esperanças. El día siguiente, que fue a 15 de Mayo de 1472, recibió cartas de Simón de Quinchi, que estaba por su embaxador cerca de la persona del Rey, en que decía que el Duque de Guiena era muerto y que el Rey había tomado una gran parte de sus tierras. Y luego vinieron mensajeros de diferentes partes hablando variamente desta muerte. El duque la sintió mucho, y persuadido de algunos que también estaban muy sentidos della, escribió cartas a muchos lugares haciendo culpado al Rey. Lo cual todo fue sin provecho, porque ninguno se movió, aunque pienso que si el de Guiena no hubiera muerto, tuviera mucho que hacer el Rey, porque los Bretones estaban a punto y tenían muchas inteligencias en el reino, más que nunca habían tenido, las cuales todas cessaron con esta muerte.

Con esta rabia salió el duque en campaña y tomó su camino hacia Nela en Bermandois. Y comenzó esta [120v] guerra con malos términos, más que nunca había hecho, y así en cualquiera parte que llegaba lo mandaba destruir y quemar. Todo su vanguardia fue a sitiar a Nela, lugar de poca importancia donde había un buen número de soldados, y el duque quedó tres leguas de allí, y mataron un Rey de armas que fue a requerirles que se rindiesen. El gobernador salió con seguridad pensando componer estos negocios y no pudo. Y como se volvió a entrar, porque había tregua entre tanto que volviesen los de dentro, estaban en los muros descubiertos sin que se les tirase. Con todo eso, mataron dos hombres por lo cual se rompió la tregua y mandó a Madama de Nela, que estaba dentro, que saliese con sus criados domésticos y sus bienes, lo cual hizo. Y luego la plaza fue asaltada y presa, y la mayor parte mataron, y los que tomaron prisioneros ahorcaron, salvo algunos que los hombres de armas, de piedad, dejaron

escapar, y a otros muchos cortaron las manos. Dame pena de contar estas crueldades pero yo me hallé allí y es fuerza decir lo que pasó. Bien es de creer que el duque estaba muy apasionado, pues hacía tantas crueldades o que tenía alguna gran causa para ello y daba dos. La una era la gran sospecha [121r] que tenía de la muerte del Duque de Guiena y la otra el disgusto de la pérdida de Amiens y San Quintín, de que arriba se ha hecho mençión. Estando juntando este exército, vinieron dos o tres veçes al duque el Señor de Cran y el Cañiller de Françia, llamado Miser Pierre de Oriola. Antes que saliera en campaña y suçediera la muerte del Duque de Guiena, y en secreto, se **trataba** entre ellos de concluir una firme paz. Y nunca se halló medio para ello, porque el duque quería que le volviesen estos dos lugares y el Rey no se los quería restituir. Agora ya el Rey venía en ello, viendo el peligro conoçido y teniendo algun temor de venir al fin que entenderéis las condiçiones de esta paz eran que él volvería al Duque a Amiens y a San Quintín con lo demás sobre que tenían la diferençia, dexándole a los Condes de Nebers y de San Pol, Condestable de Françia, y todas sus tierras para haçer dellas a su gusto, tomándolas como suyas si podía. Y el duque le dejaba assimismo los Duques de Guiena y de Bretaña con sus estados para que hiçierse lo que pudiese. Esta paz juró el Duque de Borgoña estando yo presente, y lo mismo el Señor de [121v] Cran y el cañiller en nombre del Rey, los cuales se fueron de con el duque, aconsejándole no deshiçiese su exército, antes prosiguiese la guerra, porque el Rey, su amo, con más presteça se inclinase a la paz y a darle las dos plaças arriba dichas. Llevaron consigo los dos embaxadores a Simón de Conchi para que viese jurar al Rey lo conçertado entre ellos y el duque. El Rey lo dilató algunos días en los cuales suçedió la dicha muerte, con que **volvió** a ymbiar al dicho Simón con muy tibias raçones sin querer jurar ni confirmar los tratados, de que el duque se tuvo por burlado y despreçiado, y lo tomó con muy grande

enojo. La gente del duque proseguía la guerra tanto por esta causa como por otras que habréis entendido. Hablaban muy mal del Rey y los del Rey hacían lo mismo del duque.

Podrá parecer, a los que andando el tiempo vieren esta relación, que entre estos dos príncipes no había fe o que yo no hablo dellos como debiera. Sabe Dios que no quisiera hablar mal del uno ni del otro, cuanto más de nuestro Rey, a quien tengo las obligaciones que todos saben. Pero por proseguir la relación que vos, Señor Arçobispo de Viena, me habéis pedido, es [122r] fuerça que diga parte de las cossas que sé y he visto y de la manera que han suçedido. Y quando uno mirara a los otros príncipes, hallara estos nobles grandes y notables, y el nuestro, que ha dejado su reino aumentado y en paz con todos sus enemigos. Ahora ved cuál de estos dos señores quería engañar a su compañero a fin de que si por el tiempo venidero esto cayese en manos de algún príncipe moço que tratase semejantes negoçios, tuviese mejor conoçimiento por haberlo visto, y se supiese guardar de que no le engañasen, que aunque los enemigos y los príncipes no son siempre semejantes, aunque las materias lo sean, es bien estar informados de cossas passadas por deçir la verdad. Yo creo ser çierto que estos dos príncipes iban con intençión de engañarse el uno al otro y que sus fines eran semejantes, como entenderéis al fin de este discurso. El Rey había tomado muchas plaças y tratando esta paz. Apretaba mucho a su hermano, y a este tiempo estaba ya con el Rey el Señor de Contay Patus Forcat y muchos otros que habían dejado al Duque de Guiena. Y el campo del Rey estaba sobre La Rochela y con la gente de dentro tenía inteligencias y [122v] los de la villa se entretenían, assí por la plática de paz como por la enfermedad que de presente tenía el duque. Y creo que la intençión del Rey era que si hubiera acabado la ynterpresa de allí y su hermano hubiera muerto, no jurara la paz; pero si los hallara fuertes, la jurara y ejecutáralo en ella capitulado, por quitarse de peligros. Y dispuso muy bien el tiempo haçiendo la diligencia pusible, y detuvo a Simón de Quinchi

ocho días como habéis entendido, en los cuales murió. El duque<sup>iii</sup> sabía bien que el Duque de Borgoña desseaba tomar la posesión de aquellas plazas, que no le osaría enojar con que se passaban sin sentir quinze o veinte días, como suçedió, y que entretanto él vería lo que mejor le estuviese.



CAPÍTULO LVIII. Cómo y de qué suerte el Duque de Borgoña quiso engañar al Rey, no obstante los conçiertos que entre ellos había.

Ya que habemos dicho qual era la intención del Rey, conviene que digamos la que el Duque de Borgoña tenía contra él. Y lo que el duque conçedía si la muerte de que ya se ha dicho no le estorbara. Simón de Quinchi [123r] tenía orden del duque, a instancia del Rey, de pasar en Bretaña después que se hubiese hallado al juramento del Rey sobre la paz tratada. Y reçibido las cartas con la confirmación de lo que los embaxadores del Rey habían hecho, y significar al Duque de Borgoña lo capitulado en los conçiertos; y assímismo estaban allí los embaxadores del Duque de Guiena para avisar a su amo que estaba en Burdeos, traçándolo así el Rey para causar mayor espanto a los Bretones de verse assí desanparados, de quien tenían la mayor esperança. En compañía del dicho Simón había un picador de la caballeriça del duque que se llamaba Enrique, natural de París, hombre sagaz y bien entendido, el qual tenía una carta de creencia para el Quinchi escrita de letra del duque pero con orden de no dársela hasta que se hubiese partido del Rey y llegado a Nantes, y dándosela deçirle que dijese al Duque de Bretaña que no temiese que desamparase al Duque de Guiena ni a él, antes los socorrería con vida y estado; y que lo que había hecho había sido por evitar la guerra y cobrar las dos Villas de Amiens y San Quintín que el Rey le había to- [123v] -mado en tiempo de paz y contra su palabra, y assímismo le dijese que el duque le ymbiaría embaxadores prinçipales al Rey luego que hubiese cobrado lo que pedía, que sería sin dificultad, pidiéndole y supplicándole tuviese por bien de dexar la guerra e ynterpresa que tenía contra los duques y que no quería passar por lo que había jurado, antes estaba

resuelto de no hacerlo como él lo había hecho en el tratado que se concertó delante de París, llamado el tratado de Conflans, ni el que juró en Perona que mucho tiempo después le había confirmado y que sabía muy bien que estas dos villas se las había tomado en tiempo de paz, por lo cual debía tener paciencia si él en la misma forma las recobraba.

Y en lo que tocaba al Conde de San Pol, Condestable de Francia, y al de Nibers que el Rey les había dexado declarado que no obstante que él estaba mal con ellos, y con razón, les perdonaba las injurias recibidas y les dexaba sin les querer hacer daño alguno, suplicando al Rey que hiciese lo mismo de estos dos duques que él le había dexado y tuviese por bien que todos viviesen en paz y seguridad en la forma que se había prometido [124r] y jurado en Conflans estando todos juntos y amonestándole, que no queriendo venir en esto ayudaría a sus aliados. Y cuando esto ymbió a decir estaba ya en campaña aunque todo sucedió diferentemente propuniendo el hombre y dispuniendo Dios porque la muerte que ataja todas las cosas y muda las resoluciones quiso que sucediesen otras cosas, como habréis oído y entenderéis adelante, por qué el Rey no entregó estas dos plazas y por la muerte de su hermano heredó el Ducado de Guiena que le tocaba.

CAPÍTULO LIX. Cómo el Duque de Borgoña se partió de Picardía y puso sitio a Beobes.

Volviendo a las cosas de la guerra de que hemos tratado arriba, y de la forma que fueron tratados muchos valientes y desdichados soldados que habían tomado en Nola yéndose de allí, el duque fue a alojarse en Roye adonde había mil y quinientos soldados y un buen número de hombres de armas caballeros, y nunca tuvo el [124v] duque tan buen ejército como entonces. El día siguiente, como llegó, comenzaron los soldados a tener miedo y se echaron por **las murallas**. Y otro día se compusieron, dexando los caballos y arneses salvo que los hombres de armas llevaron cada uno un cuártago. El duque dejó gente en la villa y quiso hacer arrasar los muros de Mondidier, pero viendo la afición que la gente de aquellos lugares le tenía, los hizo reparar y dejó gente de guarnición. Partiendo de allí pensaba ir en Normandía, pero pasando cerca de Beobes fue adelante el Señor de Cordes, que llevaba la vanguardia. Y en llegando tomaron los arrabales que están delante de las casas arzobispales, los cuales tomó un Borgoñón muy codicioso llamado Diego de Monmartín, que tenía cien lanzas y trecientos archeros de ordenanza del duque. El Señor de Cordes asaltó por otra parte, pero las escalas salieron cortas y pocas. Había dos cañones con que tiraron a la puerta dos tiros solos y hicieron una grande abertura. Y si hubiera habido con qué continuar, otros algunos entrara sin duda, pero como no había venido prevenido de lo necesario para este efecto, se hallaba muy falto. Al principio no había dentro más que los de la ciudad, fuera de Luyset de Ballini, [125r] capitán del lugar que tenía alguna poca gente de los nobles, los cuales eran pocos para defenderle, pero no quiso Dios que se perdiese

assí como se conoçió por grandes señales, porque los del Señor de Cordes pelearon mano a mano por la abertura que se había hecho en la puerta. Y con esto ynvio al Duque de Borgoña muchos mensajeros, avisándole que apresurase su venida con que la villa sería suya sin duda. Entretanto que vino, **de** los de dentro acordaron traer manojos ençendidos y los echaron por la abertura de la puerta a la cara de los que procuraban romperla. Y tantos trajeron que el fuego se ençendió en el portal y obligó a los que le **acometían** a retirarse hasta que se apagase. El duque llegó, que también creía tener la villa y en apagándose el fuego, que era muy grande porque todo el portal estaba ençendido. Y si el duque alojaba una parte de su exército haçia París la villa no podía escaparse de sus manos, pues nadie le pudiera entrar, pero Dios quiso que tuviese duda en esto, que no la había, la cual causó un pequeño arroyo que había de pasar. Y después que dentro hubo muchos soldados, lo quiso haçer cuando fuera poner en peligro todo el exército, y apenas le pudieron divertir de que no lo hiçiese, lo cual fue a 28 de Junio de 1472. [125v] Este fuego duró todo el día y a la tarde entraron solas seis lanças de ordenança, según he entendido, porque yo estaba con el Duque de Borgoña, pero no fueron visas por estar todos ocupados en alojarse y por no haber ninguno de aquella parte. Al amanecer començó a llevarse la artillería del duque y luego vimos entrar muchos, que por lo menos serían duçientos hombres de armas. Y creo que si no vinieran en tal saçón, tardara muy poco la villa en entregarse, pero con la cólera que estaba el Duque de Borgoña, como habréis entendido, la hubiera quemado. Si se tomara en aquella saçón fuera el daño muy grande y, a mi juiçio, fue preservada por particular milagro y no de otra manera. Después que entró esta gente no çesó el artillería del duque de tirar por más de quinze días y fue esta plaça también batida, como otra cualquiera, hasta llegar a darla el asalto. Pero porque en los fosos había agua, era menester haçer dos puentes. La una de la parte de la puerta quemada y de la otra parte

de dicha puerta se podía llegar sin peligro hasta los muros, salvo de una sola cañonera que della no se tiró por ser muy baja. [126r]

CAPÍTULO LX. Cómo el Duque de Borgoña levantó el sitio de Beobes y se fue a Roán.

Es cossa muy peligrosa y, a mi ver, especie de locura, querer asaltar lugar donde hay gente valerosa. Y mucha estaba, pues allí el condestable o alojado o çerca del lugar, según creo, y el Mariscal Joachin y el Mariscal de Loecac y el Señor de Crufol Guillermo de Belleu Mori de Croe Sallo cart Tiuinot de Binoles todos viejos, y por lo menos çien lancas de ordenança y mucha ynfantería, con otra mucha gente honrada que se hallaba con estos capitanes. Con todo eso el duque determinó de dar el asalto, aunque no hubo ninguno de su opinión. Y a la tarde, cuando se echó vestido sobre su cama de campo como tenía de costumbre, preguntó a algunos si harían bien los de dentro de esperar el asalto. Y le respondieron que sí, viendo el gran número de gente que tenían, que era bastante, a defenderle, aunque estuviera çercado de çarça tomolo en burla y dijo: “Pues no hallaréis vosotros un hombre allí mañana al amanecer.” El día siguiente se dio un muy buen asalto, pero ellos se defendieron mejor. Mucha gente pasó sobre este puente [126v] y el Señor de Despiçis, caballero borgoñón, hombre viejo, se ahogó. Persona de cuenta. De la otra parte hubo gente que subió hasta los muros, aunque volvieron todos, pelearon buen rato mano a mano y el asalto duró mucho. Estaban señalados otros soldados para dar el asalto después de los primero, pero viendo que trabajaban en vano los hiço el duque retirar. Los de dentro no salían por ver había mucha gente para esperarlos. En este asalto murieron çerca de ciento y veinte hombres, de los cuales el más señalado fue el Señor Despiris. Piensan algunos que fueron muchos más, y los heridos llegaron a mil. Los de dentro hiçieron a la noche una salida pero como eran

pocos y la mayor parte a caballo, aunque se metieron entre los cordeles de los pavellones, no hicieron cosa de provecho, antes perdieron dos o tres cavallos y solo hirieron a un soldado honrado llamado Diego de Orson, capitán de la artillería del duque, que pocos días después murió de aquella herida. Dentro de siete días después del asalto quiso el duque yrse a alojar hacia la puerta que iba a París y dividir su ejército en dos partes, pero a ninguno halló de su opinión a causa de la gente que había dentro. Y así lo que había de hacer al principio quiso hacer cuando no era tiempo, [127r] y viendo que no tenía remedio, se fue con buena ordenança. Temíase que los de dentro no hiciesen alguna furiosa salida y con ella algún daño en la retaguardia, pero no salieron. De allí tomó su camino a Normandía porque había prometido al Duque de Bretaña de llegar hasta Ruán. El cual también prometió de hallarse allí, pero mudó de propósito viendo que el Duque de Guiena era muerto, y así no salió de sus tierras. El Duque de Borgoña se puso delante de Heu, que se le rindió, y San Valeri, y mandó poner fuego en todas partes hasta Diepa. Tomó el castillo nuevo y le mandó quemar, y todo el país de Caux, con la mayor parte hasta las puertas de Roán. Y en persona llegó hasta delante de la dicha ciudad, y los que iban al forraje morían o quedaban prisioneros, por lo cual su ejército padecía mucha hambre. Por esto y por ser el invierno tan vecino, se retiró luego que el duque volvió las espaldas. Los del Rey tomaron a Heu y a San Valeri y prendieron siete o ocho de los contrarios para hacer la composición. [127v]

CAPÍTULO LXI. La forma en que se convinieron el Rey y el Duque de Bretaña y de los que trataron el Rey y el Duque de Borgoña contra el conde de San Pol.

En este tiempo venía yo al servicio del Rey, que fue el año de 1472, el cual también había recogido la mayor parte de los criados del Duque de Guiena. Su hermano estaba, pues, entonces en la puente desde adonde hacía la guerra al Duque de Bretaña. Y allí le vinieron embaxadores del dicho duque y de parte del Rey iban allá los suyos. Entre estos vino Phelipe Esars, criado del Señor de Lescut, y Guillermo de Sous Pambilla, criado de Duque de Guiena, y un caballero a los cuales culpaban en su muerte, y estuvieron presos muchos días en Bretaña. Poco duraron estas idas y venidas a Bretaña, porque al fin el Rey se resolvió de apaciguarse con este duque, y de dar tanto al señor de Lescut que le obligase a venir a su servicio y quitarle el enojo de que le procurase tanto mal. Y con esta instancia y lo para poco que era el duque fue causa que se hiciese lo que él desseaba. Y era de temer que un tan gran duque se [128r] dexase gobernar de tal hombre, pues si le tenía de su parte, habían los bretones de buscar la paz. Y a la verdad, el general del país no buscaba otra cosa, porque en este reino siempre hay algunos dellos bien quistos y honrados, los cuales sirvieron bien en el tiempo pasado, por lo cual halló que este tratado fue muy prudente. Aunque algunos decían mal dél, sin considerar lo que decían de la persona del Señor de Lescut, diciendo que no correría peligro de entregárselo entre las manos. Y lo estimaban por hombre importante y que nunca en las divisiones pasadas tuvo tratos ni inteligencias con los ingleses, ni consintió les fuesen entregadas las plaças de Normandía, que fue causa de todo el bien que le vino y que todo aquello solo en persona del Señor de Lescut se podía hallar.



Por todas estas razones, dixo al dicho de Suplambila que pusiese por escrito todo lo que su señor pedía, tanto para el duque como para él, y lo hizo y se le concedió todo. Las cosas que pidió fueron ochentamil francos de pensión para el duque, para su señor la mitad de Guiena, los dos gobiernos de Bannes y de Bordeloes, ser capitán de Blaya, los dos castillos de Bayona y Dax y de Sant Seber, y [128v] veinte y cuatro mil escudos de oro de contado, y la orden del Rey y el Condado de Cominxe. Todo lo cual se le concedió y cumplió, salvo la pensión del duque, de la cual no se pagó más que la mitad y duró dos años. Mas dio el Rey al dicho Suplembila seis mil escudos, este dinero de contado, así suyo como de su señor, pagado en cuatro años. Y el dicho **Suplembila** hubo mil y duçientos francos de pensión, el gobierno de Bayona, el bayliaje de Montargis y otros pequeños estados en Guiena. Felipe de efars fue baylío de Meaux, maestro de las aguas y bosques de Francia, y le dieron mil y duçientos francos de pensión y cuatro mil escudos, de todo lo cual goçaron hasta la muerte del Rey. También el Señor de Coraingé le fue siempre fiel criado.

Después que el Rey se concertó con el Duque de Bretaña, se fue hacia la Picardía. Acostumbraron siempre, el Rey y el Duque de Borgoña, en entrando el invierno, hacer treguas por seis meses, o por un año o más. Y así, continuando esta costumbre, la hicieron, y para concertarla de parte del duque vino el Canciller de Borgoña y algunos caballeros que le acompañaban. Allí mostraron [129r] la asentada paz que el Rey había hecho con el Duque de Bretaña, por la cual el dicho duque renunciaba la confederación que tenía con el de Borgoña. Y por esto no quería el Rey que le nombrasen los embajadores en el número de los confederados del Duque de Borgoña, lo cual no quisieron hacer diciendo que eso se quedase al albedrío del Duque de Bretaña, declarándose por el Rey o por el duque cuando llegase la ocasión. Y que otras veces **las había** dexado por cartas y no se habían apartado de la amistad, supuesto

que el Duque de Bretaña era príncipe que se dejaba gobernar por diferente parecer que el suyo, y que al fin volvía siempre a lo que más le convenía, como sucedió el año de 73.

Confiriendo estas cosas se mormuraba de ambas partes del conde de San Pol, a quien el Rey tenía grande odio y muchos de los que le asistían. Y el Duque de Borgoña estaba mal con él y con más justa causa, según yo entendí. Destos motivos mirados por todas partes, supuesto que él fue causa de la pérdida de Amiens y San Quintín, pareciéndole que él era el que sustentaba y aún fomentaba la guerra, porque en tiempo de treguas daba muy buenas palabras, pero en rompiendo la guerra era su enemigo capital, procurando obligar al Duque de Borgoña a que casase su hija con el de Guiena, como habréis arriba visto. También había otra queja: que, estando el duque sobre Amiens, el conde había hecho una correría en Henau y, entre otras cosas que hizo, quemó un castillo llamado Seure, que era de un caballero que se llamaba Baldovino de Launay. En el cual tiempo no se acostumbraba ni de una parte ni de otra de quemar lugares, de que tomó ocasión el duque de hacer otro tanto quemando algunos lugares. Y esta fue la causa de tratar la destrucción del condestable. Y de la parte del Rey se procuraba lo mismo por gente que se valían de los que eran enemigos del condestable que servían al duque y no tenían menos sospecha del condestable que del duque. Y todos los juzgaban por principal causa de la guerra, juzgando mal de las invenciones y tramas que había hecho de una y otra parte, procurando su destrucción. Y si alguno me preguntase si el Rey solo pudiera haber hecho esto, le responderé que no, porque tenía sus estados puestos entre el Rey y el duque. Tenía a San Quintín, en Bermandoes, lugar grande y fuerte, tenía asimismo a Hamy, a Bohain y otras muchas fuertes plazas, suyas todas [130r], cerca del dicho San Quintín, en las cuales podía meter gente siempre que quisiese y del país que más gustase. El Rey le daba

cuatroçientos hombres de armas bien pagados, de los cuales él mismo tomaba muestra en que podía grandear mucho dinero porque nunca tenía cumplido el número. Demás desto, tenía de plato ordinario cuarenta y cinco mil florines. Y de cada pipa que pasaba por los límites de estas tierras para ir a Flandes o a Henau, tomaba un escudo, y tenía muy gran estado suyo y muchas inteligencias en el Reino de Françia y en los estados del duque, donde era muy emparentado.

En todo este año que duró esta tregua, se entretuvo esta plática, y los del Rey se valían de un caballero llamado el Señor de Himbercourt (de quien se ha hablado arriba), el cual había muchos días que tenía odio al condestable y poco antes se había renovado, porque el condestable en una asamblea que se hiço en Roya, donde vino con **otros** caballeros por el Rey, y el Cañiller de Borgoña, el Señor de Himbercourt, y otros por el duque, hablando de sus materias el condestable, desmintió villanamente al dicho de Himbercour. A que no dio otra respuesta sino que él no [130v] reçibia aquella injuria por suya, sino por el Rey, debajo de cuya seguridad había venido por embaxador. Y también del duque su señor, cuya persona representaba, y a quien daría cuenta della. Esta afrenta y descomedimiento del condestable le costó después la vida y pérdida de sus bienes, como oiréis adelante. Y assí los que están en gran autoridad con los príncipes deben temer mucho **de no hacer ni** deçir tales afrentas a nadie, porque quanto son mas grandes y de más auctoridad, se sienten más las injurias que haçen. Y si se las haçe su amo o señor están desesperados de reçibir honra ni bien dél, fuera de que más se animan los hombres a servir y agradar por la esperança de los bienes que esperan que de las merçedes reçibidas.

Volviendo al propósito, siempre se encaminaban al Señor de Ymbercourt y al cañiller, porque assímismo había tenido parte de las palabras dichas en Roya y también por ser muy amigo del dicho de Himbercourt. Y tanto se confirió y trató en esta plática,

que se tuvo una junta en Bobines, que es çerca de Namur, para tratar della. Y por parte del Rey se hallaron el Señor de Corton, Gobernador de Lemosín, y Juan Helberge, que después fue Obispo de Ebrux. [131r] Y por el Duque de Borgoña, el Cañiller Ymbercourt, que fue el año de 74. El condestable fue avisado que esta junta era en su daño e hiço grande diligencia con estos dos príncipes, dándoles a entender a cada uno que él sabía **todos** estos intentos. Y pudo tanto esta voz, que puso en sospecha al Rey que el duque le quería engañar y llevar a su devoçión al condestable. Por lo qual ynvio el Rey con grande diligencia a sus embaxadores que estaban en Bobines, mandándoles no concluyesen cossa alguna contra el condestable por las raçones de que les avisaba, pero que alargasen la tregua según su instruçión por seis meses o por un año. Pero quando la orden llegó ya todo estaba concluido y entregados los papeles, cerrados y sellados desde la noche antes. Pero los embaxadores se trataban tan amigablemente que se volvieron los despachos. Los cuales contenían que el condestable (por las raçones expresadas) era declarado enemigo de crimen de entrambos a dos príncipes y prometían y juraban el uno al otro que el primero de los dos que le pudiese haber a las manos le haría morir dentro de ocho días o le entregaría a su compañero, para que dispusiese de su per- [131v] -sona y vida a su voluntad. Y a son de trompetas sería declarado enemigo de ambos príncipes y de sus parçiales, y assímismo lo serían todos los que le sirviesen y diesen ayuda y favor. Y prometía el Rey de dar al Duque a San Quintín con todos los muebles que se hallasen en sus estados y reino que fuesen suyos. Y entre otros le dio a Han y a Boayn, que son plaças muy fuertes. Y a un día señalado habían de tener el Rey y el duque su gente sobre Han y sitiar al condestable. Pero por las raçones que os he dicho se ronpió este tratado y se señaló el lugar y día adonde el condestable había de venir **para** hablar al Rey sobre seguro, porque temía el daño que podía venir a su persona.

Por lo que se había concludido en Bobines, el puesto fue a tres leguas de Noyon a la parte de la Fera, cerca de un pequeño río, y por la parte del condestable tenían puestas çentinelas en los altos y en un camino que había hecho una barrera. Adonde llegó primero el condestable con toda su gente de armas o poco menos, porque había treçientos caballeros armados que debajo de la ropilla traían sus armas. Con el Rey estaban hasta seteçientos hombres. Y entre estos, el Se- [132r] -ñor de Dampmartín, Mayordomo Mayor de Françia, el cual era enemigo capital del condestable. El Rey ymbió adelante a escusarse de haberle hecho aguardar y luego llegó y hablaron. Y éramos çinco de la parte del Rey los que estábamos allí. El condestable se escusó de haber venido con gente armada, diçiendo que lo había hecho por temor del Conde de Dampmartin. En fin, concluyeron que todo lo passado se olvidaría sin hablar dello más. El condestable pasó de la parte del Rey y el Conde de Dampmartin se hiçieron amigos y fue a dormir con el Rey a Noyon, y el día siguiente se volvió a San Quintín bien reconçiliado. Como él deçía, después de haber echado el Rey de ver lo que había hecho y lo que la gente mormuraba, le pareció haber hecho una gran demasía en haber ydo a hablar a un su criado y vasallo, y haber hallado una barrera delante dél. Y ver que viniese el condestable acompañado de gente de armas, vasallos suyos y pagados a su misma costa. Y si el odio hasta allí había sido grande, desde entonçes fue mayor. Y de parte del condestable, se mostró muy poco arrepentimiento, antes mucha vanidad y soberbia. Y considerando el Rey este negoçio, muy bien proçedió con mucha cordura porque creo que el condestable hu- [132v] -biera sido reçibido del Duque de Borgoña si le diera a San Quintín, no obstante cualquiera palabra que hubiera dado en contrario, mas el condestable, siendo un señor tan cuerdo, encaminó mal su negoçio, o Dios le quiso quitar el conocimiento de lo que había de haçer. Yendo de la manera dicha delante de su Rey y señor, cuya era toda aquella gente de armas que le acompañaba, y bien se le

echó de ver en su rostro, pues quedó algo espantado cuando se halló en persona con una barrera entre los dos. Y no estuvo mucho que no la hizo abrir y pasó de la parte del Rey y estuvo este día en mucho peligro.

CAPÍTULO LXII. Cómo los hombres que se hallan en gran autoridad con su príncipe no le han de dar ocasiones de temor como lo hacía el condestable.

Tengo por cierto que el condestable y algunos de sus privados atribuían a alabanza tener al Rey con temor, teniéndole por hombre medroso (como era verdad), pero esto era en tiempo de grande ocasión. Habíase desembarazado de las guerras que traía contra los señores [133r] de su reino por las grandes dádivas que había prometido en mucha cantidad, y entonces conocía que había herrado en muchas cosas. Y los más creían que miedo y temor le obligaban a hacerlas, pero muchos dellos se han engañado con esta imaginación en que tan solamente se fundaban, poniéndose a emprender semejantes locuras contra él. Como el Conde de Armiñac y otros algunos, a los cuales sucedió mal porque el Rey conocía bien el tiempo que debía temer o no. Yo me atrevo a darle esta alabanza y no sé si en otras partes lo he dicho. Y en caso que sí, merece bien que se diga dos veces, que nunca conocí hombre tan prudente en la adversidad.

Por continuar mi propósito del condestable, que por ventura desseaba que el Rey le metiese (a lo menos yo lo creo), porque yo no quisiera cargarle ni hablar en esta materia si no fuera por advertir a los que sirven a grandes príncipes que no todos entienden de una manera los negocios de este mundo. Y aconsejaría a mi amigo, si le tuviese, que trabaxase en que su señor le quisiese bien y no que le tuviese miedo. Porque nunca vi hombre de **grande** autoridad con su señor por miedo del temor que no acabase mal, y esto de voluntad y consen- [133v] -timiento del príncipe. Muchos destos se han visto en nuestros tiempos, o poco antes, en este reino, como el Señor de la Tremovilla y otros del reino de Inglaterra, como el conde de Bervic con todos los de su

parcialidad. En España y otras partes pudiera también nombrar algunos, pero los que viven podría ser supiesen mejor este artículo que no yo. Muchas veces sucede que este atrevimiento proceda de haber servido bien y que parece que lo que esto hacen son sus méritos, tales que se les puede sufrir algo, pero los príncipes son de contraria opinión, pareciéndoles que hay obligación de servirles bien. Y dicen verdad y no desean sino deshacerse y ver echados de sí a los que cada día les dan con esto en rostro. En este caso es necesario alegar a nuestro dueño en dos cosas. Que una vez me dijo, hablando de los que sirven bien, y me declaró la persona de quien él lo entendió, diciendo que el haber servido demasadamente bien algunas veces echa a perder los hombres y muy de ordinario los grandes servicios son recompensados con grande ingratitud. Pero que esto también puede acontecer por defecto de los que han hecho los tales servicios, que quie- [134r] -ren con demasiada arrogancia engrandecer su buena fortuna y aún usar mal della con sus dueños y compañeros, como del poco reconocimiento de los príncipes. Mas me dijo que es (a su parecer) gran dicha de un hombre que tiene officio en palacio cuando el príncipe a quien sirve le ha hecho algún beneficio por pequeño servicio, porque le queda más obligado lo que no sería si lo hubiera servido de tal manera que el príncipe le quedase obligadísimo. Y que naturalmente más quería a los que le son obligados que aquellos a quien le parece tiene mucha obligación. Y por esto en toda suerte de estados hay mucho en que reparar para vivir en este mundo, y Dios hace gran merced a los que les da buen entendimiento.



CAPÍTULO LXIII. Cómo el Duque de Jeldres cometió un muy façinoroso caso y inhumanidad contra su propio padre.

Esta vista del Rey y del condestable fue en el año de 1474. Y paréçeme que en este tiempo el Duque de Bor- [134v] -goña fue a tomar el país de Jeldres fundado en una querella que es digna de decirse por ver las obras y poder de Dios. Había un moço, Duque de Jeldres, llamado Aldof, que tenía por muger una de las hijas de Borbón, hermana del Señor de Borbón, padre del que hoy vive, y se había cassado con ella en esta Cassa de Borgoña, por lo cual tenía della (digo de la cassa) algunos favores. Este Duque de Jeldres había cometido un caso muy ynorme puniendo a su padre preso una noche cuando se quería yr acostar. Y le llevó çinco leguas de Alemania a pie y sin calças en tiempo fregidísimo, y le puso en lo fondo de una torre adonde no entraba claridad mas que por un pequeño agujero. Y allí le tuvo seis meses de donde se siguieron grandes guerras entre el Duque de Cleves, cuya hermana tenía por muger el preso. Y a este moço, Duque Adolf, el Duque de Borgoña muchas veçes le quiso componer pero no pudo. El Papa y el Emperador le pusieron las manos de veras. Y so graves penas mandaron al Duque de Borgoña que sacase al Duque de Arnoul de la prisión, como lo hiço, porque el duque moço no se atrevió a denegárselo, porque veía que muchos príncipes trataban desto y él temía el poder del duque. Yo los vi a entram- [135r] -bos en el aposento del Duque de Borgoña muchas veçes y en una grande junta donde pleyteaban su causa. Y vi assimismo al buen viejo desafiar a batalla a su hijo. El Duque de Borgoña desseaba mucho componerlos y favoreçía al moço, ofreçiéndole el título de Gobernador de Borgoña, el país de Jeldres con toda la renta se le quedaba,

salvo una pequeña villa que estaba cerca de Brabante llamada Grave, que había de quedar al padre con renta de tres mil florines y otros tantos de pensión, que todo le valdría seis mil florines, con el título de duque, como era justo. Con otros más sabios, fui yo nombrado para decir al duque moço este conçierto. El cual respondió que más quisiera haber echado a su padre de cabeça en un poço y después echarse él que venir en este conçierto. Y que había cuarenta y cuatro años que su padre era duque y que era tiempo que él lo fuese, pero que le dejaba tres mil florines cada año con condiçión que no le entrase jamás en su estado y otras muchas palabras mal habladas. Esto suçedió juntamente en tiempo que el Rey tomó a Amiens al Duque de Borgoña, el cual estaba con estos dos señores (de quien voy hablando) en Dor- [135v] -lans muy embaraçado. Y se partió luego dejando estas cosas y se retiró a Esdin. Y el duque moço se vistió en hábito de françés y con solo otro compañero se partió para su estado. Y pasando un puerto cerca de Namur pagó un florín por su pasaje, lo cual vio un clérigo. Y sospechando quién era y hablándole y mirándole a la cara le conoçió, y allí fue preso y llevado a Namur hasta la muerte del Duque de Borgoña, que los de Gante le soltaron y dessearon haçerle casar por fuerça con la que después ha sido duquesa. Y le llevaron consigo delante de Tornay donde fue muerto miserablemente y mal acompañado, vengando Dios las injurias que había hecho a su padre, el cual también murió antes que el Duque de Borgoña estando su hijo en prisión. Y dejó por heredero al Duque de Borgoña por la ingratitude del hijo, y con este título el Duque de Borgoña tomó el Ducado de Jeldres, adonde halló resistencia, pero estaba muy pujante y con treguas con el Rey. Y assí le tomó y le poseen hasta hoy sus suçesores, y lo harán el tiempo que Dios fuere servido. Y como he dicho al prinçipio, solo he referido este casso por mostrar que tales crueldades jamás quedan sin castigo.

El Duque de Borgoña había [136r] vuelto en sus estados con más soberbia por haber incorporado este ducado en el suyo. Y gustando de estas cosas de Alemania, por ser el emperador de corto espíritu y que por no gastar pasaba por todo. Y él solo, sin ayuda de los Señores de Alemania, no podía mucho, por lo cual el duque alargó la tregua con el Rey. Y pareció a algunos de sus criados que no debiera hacerlo ni dejar hacer más poderoso al duque, lo cual decían con buen celo aunque con falta de experiencia porque no entendían esta materia. Otros hubo más entendidos en estas cosas que ellos y que tenían mas práctica, por haber estado en aquellas partes, que aconsejaron al Rey viniese de buena gana en hacer esta tregua y que dejase al duque yr a romper la guerra en Alemania, pues son estados tan grandes y pujantes que a penas se puede creer. Diciendo que quando el duque hubiese tomado una plaza o acabado una guerra que empezaría otra, por ser hombre que no se contentaba con una ynterpresa. En lo cual es al contrario del Rey porque cuando estaba más embaraçado se embaraçaba más de nuevo. Y que no pudiera vengarse mejor dél que dejándole hacer, mos- [136v] -trando ayudarle un poco sin darle sospecha de que quisiese romper esta tregua, porque a la grandeça de Alemania y al poder que hay era ympusible que el de el duque no se consumiese y se perdiese de todo punto. Porque los príncipes del imperio, aunque el emperador fuese hombre de poco valor, pondrían la orden que conviniese. Y al fin al duque le suçedió assí en la diferençia de un Obispo de Colonia, adonde había dos pretendientes. Al benefiçio del postrer Conde Palatín emprendió de ponerle por fuerça en esta dignidad esperando sacar con esto algunas plaças. Puso el **sitio** a Nuz, çerca de Colonia, el año de 1474. Tenía tantas cosas en la ymaginación y tan grandes que acabó en ellas, porque quería en esta misma saçón hacer pasar al Rey Eduardo de Inglaterra. El cual tenía grande exército a punto en su ayuda y acabar esta ympresa, que era, si él tomaba a Nuz, guarneçerle bien y otra plaza o dos arriba de Colonia, con que la dicha

ciudad se ynclinaría a él y se yría río arriba del Rin hasta el Condado de Ferreta que él tenía entonçes. Y assí todo el río sería suyo hasta Holanda, adonde hay más fuertes villas y castillos que en ningún otro reino de la cristiandad si no es en Françia. [137r]

CAPÍTULO LXIII. Cómo el Duque de Borgoña fue con poderoso ejército a sitiar a Nuz y del poco efecto que hizo.

La tregua que tenía con el Rey se alargó por seis meses, de los cuales era pasada la mayor parte. Y el Rey solicitaba mucho de que se alargasen y que despacio hiciese la guerra en Alemania, la cual el duque no quería hacer por la promesa que había hecho a los ingleses. Bien pudiera dejar de hablar de esta guerra de Nuz por no ser del corriente de mi materia, supuesto que no me hallé allí, pero parece forcoso haber de hacer mençión della por las cossas que de allí dependen. Dentro de la ciudad de Nuz, que era muy fuerte, se metió uno llamado Bent Grande y muchos de sus parientes y amigos en número de mil y ochocientos hombres de a caballo, como he entendido de personas verdaderas y assí lo mostraron, y de infantería la que **era** menester. El dicho Bent Grant era hermano del obispo que había sido electo, que era la parte contraria del otro por quien el Duque de Borgoña hacía la guerra, y assí el duque sitió a Nuz el año de 1474. El cual tenía [137v] el más poderoso ejército que jamás había sacado en campaña, y en espeçial de la gente de a caballo, porque por algunas pretensiones que tenía en Italia había sacado mil hombres de armas italianos entre buenos y malos, cuya cabeça era un hombre llamado el Conde de Campobaqui, del Reino de Nápoles, parçial de la Cassa de Angeu, hombre de mala fee y peligrosísimo. También estaba en su compañía Jaques Galiot, un caballero de la ciudad de Nápoles, hombre muy honrado, y otros muchos que no refiero por la brevedad. Tenía también número de tres mil ingleses, buena gente, y de sus vasallos en gran número con buenas armas y caballos y de largo tiempo experimentados en las cossas de la guerra, y con esto muy fuerte

artillería. Y todo esto pronto para juntarse con los ingleses, cuando viniesen, los que les haçían toda diligencia en Inglaterra. Pero las cossas de allí son largas, porque el reino puede por sí haçer semejantes cossas sin juntar su consejo, que es como los tres estados, y es cossa muy justa y santa por los cuales los Reyes son muy poderosos y mejor servidos cuando haçen esto en tales materias, porque el fin dellas [138r] no puede ser tan breve.

Cuando los estados fueron juntos, declarando su yntención pidió subsidio a sus vasallos. El cual no se pone en Inglaterra si no es para pasar en Françia o yr en Escocia y para semejantes gastos, lo cual dan con mucha voluntad y liberalmente, en espeçial para pasar en Françia. Y esta es una estratagema que haçen los Reyes de Ynglaterra cuando quieren juntar dineros; deçir que quieren pasar en Françia o en Escoçia o juntar exércitos. Y del dinero que sacan para un año pagan tres meses y después deshaçen el exército y se vuelven a su cassa. Y este Rey Eduardo sabía bien de estas pláticas y usaba dellas a menudo. Este exército de Inglaterra tardó un año en aprestarse. Avisó al Duque de Borgoña y como vino al prinçipio del verano el duque fue hasta Nuz. Y pareçiéndole que en pocos días pondría su parte en posesión y que le podrían quedar algunas plaças, como Nuz y otras para llegar al fin que os he dicho. Tengo por cierto que fue obra de Dios que con piedad miró este reino porque teniendo el exército tan poderoso como tenía y ya exerçitado por muchos años de campear por este reino sin que ninguno le resistiese, si no era en guardar las ciudades, hubie- [138v] -era hecho grandes daños. Es verdad que esto proçedía del Rey, el cual no quería poner en peligro nada. Lo cual no haçía tanto por temor del duque como porque temía que perdiendo alguna batalla se le levantasen, dudando no ser bienquisto de sus vasallos, particularmente de los grandes. Y si yo me atreviese a hablar otras veçes, me ha dicho el Rey que conoçía bien sus vasallos y que si sus cossas iban mal, hallaría çierto lo que pensaba. Y assí cuando el

Duque de Borgoña entraba, él no hacía sino guarneçer bien las plaças que estaban a su frente, con que en poco tiempo el exército del duque se deshaçía del mismo sin que el Rey pusiese su reino en peligro, que era gobernarse con mucha prudencia. Con todo eso, hallándose el duque con el poder que os he dicho, si el exército del Rey de Inglaterra hubiese venido al principio del verano, como hubiera de haber hecho sin ninguna duda, no hiçiera el Duque de Borgoña el error que hiço en ponerse tan ostinadamente sobre Nuz. Y no hay duda que este reino hubiera padeçido grandes trabajos porque jamás Rey de Inglaterra passó con tan grande exército de una vez como este de que hablo, ni tan dispuesto a pelear. Y todos los [139r] grandes señores de Inglaterra, sin faltar ninguno, que **bien** serían hasta mil y quinientos hombres de armas que es mucho para ingleses, y todos en muy buen orden y acompañados, y catorçe mil archeros con arcos y flechas todos a caballo con muchos otros de a pie que venían sirviéndolos, y en todo el exército no había un paxe. Demás desto había de ymbiar el Rey de Inglaterra tres mil hombres para desembarcar en Bretaña y que se juntasen en el exército del duque. Yo vi dos cartas escritas de letra del Señor de Vrfe, Caballeriço Mayor de Françia, que entonçes servía al Duque de Bretaña. La una para el Rey de Inglaterra y la otra al Señor de Antiges, Camarero Mayor de Inglaterra, que entre otras palabras deçía que el Duque de Bretaña haría más en un mes con inteligencias que el exército de Inglaterra y el de el duque en seis con todo su poder. Y creo que deçía la verdad si las cossas hubieran passado adelante, pero Dios, que siempre ampara este reino, dispuso las cossas como diré después. Las cartas que he dicho fueron compradas por el Rey de un secretario de Inglaterra por sesenta marcos de plata. [139v]

CAPÍTULO LXV. Cómo el emperador y los alemanes socorrieron a los de la villa de Nuz contra el Duque de Borgoña.

Estaba, pues, como he dicho, el Duque de Borgoña embaraçado sobre la villa de Nuz, hallando el sitio más dificultoso de lo que pensaba. Los de Colonia, que estaban cuatro leguas más arriba sobre el Rin y pagaban cada mes çien mil florines de oro por el temor que tenían al duque, y ellos y las otras çiudades que estaban más arriba en la mesma ribera del Rin, habían puesto quinze o diez y seis mil hombres en campaña. Y se habían aloxado a la orilla del río, al opósito del duque, a la otra parte, con mucha artillería, procurando quitarle los bastimentos que le venían por agua el río arriba del país de Jeldres, y rompieron los barcos a cañaço. El emperador y príncipes electores del Imperio hicieron junta para tratar destas cossas y resolvieron de poner gente en campaña juntándose a día señalado. El Rey les había ymbiado a solicitar con muchos mensajeros, y ellos tambien le ymbiaron un canónigo de Colonia [140r], de la cassa del Duque de Babiera, junto con otro embaxador. Y trajeron al Rey relación del exército que el Emperador quería haçer en caso que el Rey de su parte le quisiese ayudar. Tuvieron los embaxadores buena respuesta ofreçiéndoles todo lo que pedían. Y demás desto prometió el Rey al emperador, como había hecho a los demás príncipes, que luego que tuviese su exército en campaña ymbiaría veinte mil hombres a juntarse con su exército a orden del Señor de Cran y de Salicard. Y assí este exército de Alemania fue muy copioso, por la potencia de los eclesiásticos y seglares, como por el gran número de gente que ynviaron las çiudades. Y assí entre otras particularidades, dijo que el Obispo de Munstre, que no es de los más poderosos, llevó seis mil hombres de a pie,



mil y cuatroçientos de a caballo, todos vestidos de verde, y mil y duçientos carros de munición y vituallas. Es verdad que su obispado está çerca de Nuz. El Emperador tardó siete meses en haçer su exército y al fin dellos se fue a alojar çerca de el Duque de Borgoña, media legua distante. Y según me han referido muchos de la parte del duque, el exército [140v] del Rey de Inglaterra y el de el Duque de Borgoña no eran más de la terçia parte en número, así en gente como en tiendas y pavellones del exército contrario. Demás de la gente del emperador había la que estaba de la otra parte del río, enfrente del duque, que inquietaba a su exército y ympedía el pasaje a las vituallas, como he dicho. Luego que el emperador estuvo junto a Nuz y los demás príncipes del imperio, ymbiaron al Rey un doctor que tenía con él de grande autoridad, que se llamaba Estevare, que después fue cardenal. El cual vino a solicitar al Rey y a pedirle cumpliese lo que había prometido. Que era ymbiar veinte mil hombres, porque de otra suerte los alemanes se conçertarían con el duque. El Rey les dio buenas esperanças y al mensajero cuatrocientos escudos, y embió en su compañía un mensajero al emperador, llamado Juan Tierselin, Señor de la Brosa, con todo lo cual el dicho dotor no volvió contento. Y durante este sitio se trataron muchas tramas y enredos, porque el Rey trabajaba por haçer paz con el Duque de Borgoña, o por lo menos alargar la tregua, todo a fin que el Rey de Inglaterra y su gente no viniesen por otra parte.

El Rey [141r] de Ynglaterra procuraba con **toda** ynstançia que el Duque de Borgoña dexase el sitio de Nuz y que le cumpliese la palabra para haçer la guerra en este reino, alegando que el buen tiempo se iba pasando. Para lo cual fue dos veçes el Señor de Escales, sobrino del condestable, muy gentil caballero, acompañado de otros a tratar y resolver estas materias. El Duque de Borgoña se estuvo en su opinión prosiguiendo el sitio, a quien parecía que Dios le había turbado el entendimiento, pues toda su vida había trabajado para haçer pasar los ingleses a Françia. Y cuando los tenia

a punto y todas las cosas bien dispuestas, así en Bretaña como en las demás partes, estaba tan obstinado en cossa no solo difficultosa, pero ympusible de ganar. Con el Emperador había un legado apostólico, el cual todos los días iba de una parte a otra procurando la composición y paz de estos príncipes. Estaba asimismo el Rey de Dinamarca alojado en una pequeña villa çerca de los dos exércitos. El cual por su parte solicitaba esta paz con mucho cuidado. Y assí el Duque de Borgoña pudiera haber escogido algún partido honroso para retirarse con reputaçión con el Rey de In- [141v] -glaterra. Él no lo supo haçer y se escusaba con los ingleses que su honra padeçería ultraje si levantase el sitio sin conseguir su desseo, con otras flacas escusas, supuesto que no eran los ingleses como los que habían reinado en tiempo de su padre, peleando en las antiguas guerras de Françia, porque estos eran todos nuevos, ignorantes de las cossas de la guerra de Françia, por lo cual el duque **proçedía no** cuerdamente si quería servirse dellos para **en** adelante, porque hubiera sido neçesario **haberle enseñado** poco a poco la diçiplina militar. Estando el duque en esta porfía, le sobrevino la guerra por dos o tres partes. La una fue que el Duque de Lorena, que estaba en amistad y paz con él, aunque es verdad que tenía algunos tratos con el Duque Nicolás de Calabria, le ymbió a publicar la guerra estando en el cerco de Nuz por el negro del Señor de Cran, el cual le quería ayudar por el serviçio del Rey, offreciéndole que sería un grande hombre. Salieron pues luego juntos en campaña y hiçieron grande daño en el Ducado de Luçemburgo, y arrasaron una placa llamada Pierefort que estaba dos leguas de Nançi, que era del Ducado de Luçemburgo. Y demás desto, entre el Rey y [142r] algunos de sus criados se hiço una aliança por tiempo de seis años con los esguíçaros y las villas arriba del Rin, como Basilea, Estramburg y otras que antes habían estado en enemistad; también se hiçieron paçes entre Sigismundo, Duque de Austria, y los esguíçaros. Con este fin que el duque cobrase el Estado de Ferreta, el cual había empeñado al Duque de

Borgoña por çien mil florines, quedando entre ellos cierta diferençia, porque los esguíçaros querían tener paso por quatro ciudades, Condado de Ferret, armados y desarmados, como gustasen. **Este punto** fue dejado al Rey para que lo juzgase, el qual lo hiço en favor de los esguíçaros.

CAPÍTULO LXVI. Cómo después de haber tomado a Troncoy y las villas de Mondidier, Roya y Corvie, las cuales fueron quemadas, el ejército del Rey marchó hacia Arraz.

Al punto que esto se resolvió, fue executado por que en una noche fue preso miser Pedro Arcanbans, gobernador del país de Ferreta, con ochocientos soldados que consigo tenía. A los cuales dieron luego libertad sin que pagasen nada, fuera del que le llevaron a Basilea, en donde le hicieron un proceso sobre ciertos excesos y violencias que había hecho en el país de Ferreta. Y a la postre le cortaron la cabeza. Y así todo este país quedó en poder del Duque Sigismundo de Austria y enpeçaron los esguíçaros la guerra en Borgoña. Y tomaron a Blasmont, que era del Mariscal de Borgoña, de la Cassa de Neuchatel, y sitiaron el castillo de Hericurt, que era de la misma cassa, adonde los borgoñones fueron para socorrerle y los rompieron. Y habiendo hecho los esguíçaros un gran daño en el país, se retiraron por esta vez. La tregua entre el Rey y el Duque de Borgoña se acabó, de que al Rey le pesó mucho, porque desseaba se alargase, mas fue a poner el sitio a un pequeño castillo llamado Troncoy en el principio del año de 75, en la primavera, y en pocas horas le tomaron por asalto.

El día siguiente el Rey me ymbió a hablar a los que estaban en Mondidier, los cuales se salieron con todo su bagaje y dejaron la placa. Otro día fue a hablar a los que estaban en Roya, en compañía del almirante Bastardo de Borbón. Y assimismo me dieron la plaça, porque ellos no esperaban ser soco- [143r] -ridos y no se hubieran rendido si el duque estuviera en el país. Con todo eso, contra nuestra palabra, estas dos

villas fueron quemadas. De allí se fue el Rey a poner el sitio a Corbie, que le aguardaron y acometieron los del Rey con muy buena resolución y tiró su artillería. Tres días estaban dentro el Señor de Contay y otros muchos que se rindieron y se fueron dos días después que se tomó; la villa la quemaron como a las otras. Entonçes el Rey determinó de retirar su exército, teniendo esperança de reducir al Duque de Borgoña a la tregua, vista la necessidad en que estaba. Pero una muger que yo conozco muy bien (y no la nombraré porque aún vive), escribió una carta al Rey que llevase su exército a Arraz y a la redonda, a la cual dio fee porque era muger prinçipal y de entendimiento. Yo no alabo lo que esta muger hiço, porque ella no tenía obligación natural al Rey, el cual ymbió al almirante, Bastardo de Borbón, acompañado de número de gente, los cuales quemaron muchos lugares, enpeçando desde Auebila hasta Arraz. Los de esta villa, que de mucho tiempo no habían tenido ninguna adversidad, estaban muy soberbios y apretaron a la gente [143v] de guerra que estaban dentro que saliese. El número no era suficiẽte para la gente del Rey y fueron de tal manera acometidos que hubo muchos muertos y presos. Todas las cabeças que eran el Señor Diego de San Pablo, hermano del condestable, el Sseñor de Contay y el de Carençi y otros, en los cuales se hallaron parientes çercanos de la dama que había sido causa desto, la cual también perdió mucho más. El Rey por amor della, de allí a poco tiempo, lo reparó todo.

CAPÍTULO LXVII. Cómo el emperador contó a los embajadores del Rey un exemplo de un oso muy gustoso.

En este tiempo había ymbiado el Rey al Emperador a Juan Terçelin, Señor de la Brose, para procurar que no se compusiese con el Duque de Borgoña y también para escusarse de no haber ymbiado la gente de guerra que había offreçido, asegurándole todavía que la ymbiaría. Los progresos y daños que haçían al Duque de Borgoña eran muy grandes, así en el país y [144r] términos de Borgoña como de Picardía. Demás le propuso el embaxador un nuevo partido, que era de que asegurándose el uno al otro y tomando el Emperador todos los estados que perteneçían al imperio, como era justo, los pudiese haçer declarar por confiscados. Y que el Rey tomase los que tenía de la Corona de Françia, como Flandes, Artois, Borgoña y otros muchos. Y aunque el Emperador había sido toda su vida un príncipe poco arriscado, era bien entendido y en el tiempo que había vivido había visto muchas cossas. Y estos discursos y tratados habían durado mucho entre nosotros, y estaba cansado de la guerra, aunque no le costaba nada, porque todos los Señores de Alemania servían a su costa, como es costumbre cuando es cossa que toca al Imperio.

El emperador respondió a los embaxadores del Rey con un cuento al parecer graçioso. Diçiendo que en una villa çerca de Alemania estaba un grande oso que haçía mucho mal, y que tres compañeros de aquella villa eran muy amigos de **frecuentar** las tabernas. Los cuales fueron a un taberneros que los diese de beber por una vez y de comer, que dentro de dos días le harían satisfecho de la paga porque [144v] pensaban matar el oso que daba pesadumbre aquel lugar, el pellejo del cual valía muy buen

dinero, demás de lo que la gente les daría por haberles librado de aquel daño. Y el tabernero, en fe de la promesa, les dio todo lo que le pidieron y, después de haber comido, se fueron al lugar donde solía andar el oso. Y así como se acercaron a la cueva, se les apareció más cerca de lo que ellos quisieran ni pensaban, de que recibieron temor y se pusieron en huida. El uno se subió en un árbol, el otro se fue a la villa y al tercero tomó el oso y le echó debajo de sí puniéndole el hocico cerca de la oreja. Este animal tiene propiedad que lo que coge debajo de sí, sea hombre o bestia, cuando no se menea lo deja pensando que es muerto. Y así el oso dejó a este pobre hombre sin haberle hecho mucho mal y se recogió a su cueva. Cuando él se vio libre se levantó y fue a la villa. Su compañero que estaba en el árbol se bajó y corrió tras dél dándole voces para que le aguardase y, oyéndolas, le aguardó. Y cuando estuvieron juntos, el que había estado en el árbol preguntó al otro que debajo juramento le dijese lo que el oso le había dicho a la oreja en el tiempo que le tuvo el hocico junto a ella. A que respondió: «Él me decía que no hiçiese jamás [145r] preçio ni ofreçimiento del pellejo del oso hasta que le tuviese muerto».

Y con esta fábula pagó el emperador al embaxador sin dalle otra respuesta mas que este consejo, con que le dio a entender diciendo: «Veni acá, ¿cómo queréis vos partir el pellejo del oso sin tenerle en vuestro poder? Hayamos a este hombre a las manos si podemos, que después será fácil partir el pellejo dividiendo sus estados en la forma que deçís».

CAPÍTULO LXVIII. Cómo el condestable comenzó a sospechar de la poca confianza que tenía así en el Rey como en el duque.

Ya habéis oído como el Señor Diego de San Pablo y otros fueron presos delante de Arraz, la cual prisión sintió mucho el condestable, porque el dicho Señor Diego le era buen hermano. Esta desgracia no le vino sola, porque en un mismo tiempo el Duque de Borgoña le prendió a su hijo el Conde de Rosi, que era Gobernador de Borgoña, y asimismo murió la muger del condestable, que era muy buena señora y hermana de la reina, por cuyo respeto tenía muchos favores y se le disimulaban y sobrellevaban muchas cosas. Y se iba entretiniendo la trama que estaba comenzada contra él (como habéis oído en la asamblea de Bovines sobre esta materia). Jamás estuvo después con sosiego el condestable, antes con sospecha de las dos partes y especialmente dudaba del Rey, pareciéndole que se había arrepentido de haber tratado lo que se firmó en Bovines. El Conde de Dampmartin y otros estaban con su gente de armas cerca de San Quintín, y el condestable los tenía como a enemigos no saliendo de San Quintín. Adonde puso cerca de treçientos hombres de a pie de sus tierras, porque no fiaba de todo punto de su gente de armas. Vivía con grande trabajo, porque el Rey le solicitaba con muchos mensajeros que saliese en campaña para servirle de la parte de Enau y que pusiese el sitio sobre Auennes, mientras que el señor Almirante y los demás pusieron fuego en Artues, como he dicho, lo cual hiço con gran miedo por el mucho que tenía allí. Estuvo pocos días procurando que se hiçiese buena guarda a su persona, después se retiró en sus plaças y dio aviso al Rey. Y **cuando** su mensajero **fue oído por mandado del Rey**, dixo que su amo se había partido por tener çertidumbre



que había dos hombres en su compañía con orden del Rey para matarle. Y dixo tantas señales aparentes que faltó poco para creerle y que se sospechó que el uno de los dos habría dicho al condestable parte de lo que debiera callar. No quiero nombrar a nadie ni hablar más adelante de esta materia.

El condestable ynviaba a menudo al campo del duque y yo bien creo que su yntención era persuadirle a que se retirase de aquella locura. Y cuando los mensajeros volvían, avisaba al Rey de lo que creía le daba gusto, y también la ocasión porque había ymbiado, que con esto pensaba entretener al Rey. Y algunas veçes le ymbiaba a deçir cómo las cossas del duque yban bien, por ponerle algún temor. Porque era tanto el que él tenía que no fuesen sobre él, que rogó al duque le ymbiase a su hermano Diego de San Pablo antes que le prendiesen, porque estaba sobre Nuz. Y también al Señor de Fienes, y otros sus parientes, para poderlos meter dentro de San Quintín con su gente, sin que trajesen la cruz de San Andrés. Y prometía al dicho duque detener a San Quintín en su nombre y de dársele después ha- [146v] -çiéndole escritura de cumplir todo lo dicho. Cuando se hallaron los dichos Señores Jaques y Fenes con sus parientes por dos veçes a una legua de San Quintín para entrar, se le había pasado el temor, y arrepintiéndose los volvía a ymbiar. Y esto lo hizo tres veçes. Tanto deseaba estar en amistad con los dos porque todos le tenían. Yo he sabido estas cosas de muchas partes, y en particular del señor Diego de San Pablo, que las contó al Rey en la forma que las he referido.

Cuando le llevaron preso, no estando presente más que yo, y le fue de mucha ymportançia el haber respondido tan libre y cuerdamente a las cossas que el Rey le preguntó. Y entre ellas cuánta gente había d'entrar en la ciudad. Y le respondió que la terçera vez había tres mil hombres. Preguntole asimismo que si lo hubiera hallado más fuerte se hubiera ynclinado más a su parte que a la del consestable. A lo cual le

respondió que las dos primeras vezes yba solo por alentar y dar ánimo a su hermano, pero que viendo la terçera vez que el condestable había engañado a su señor y a él, si él se hubiera hallado muy fuerte, quedara la plaça por su amo sin haber violencia al condestable ni a cosa que le fuera de perjuicio solo, que aunque se lo mandara nun- [147r] -ca hubiera salido de allí. A poco tiempo el Rey soltó de la prisión a este Diego y le dio gobierno de gente de guerra, haçiéndole otras algunas merçedes y sirviéndose dél hasta su muerte. De todo lo qual fue causa la verdad en que le halló.

Después que començé a contaros las cossas de Nuz he tratado de muchas materias que suçedieron en un mismo tiempo porque este sitio duró un año. Dos cossas apretaban mucho al Duque de Borgoña a dexar el sitio, que eran la guerra que le haçía el Rey en Picardía, donde le había quemado tres pequeños, pero lindos, lugares, y en una parte del llano del país de Artues y de Pontieu. Y la otra, la grande y buena armada que haçía el Rey de Inglaterra a su ynstançia, en que había trabajado toda su vida por haçerle pasar en Francia y jamás había podido conseguir su desseo hasta ahora. El Rey de Ynglaterra y todos los señores de su reino se sintieron mucho de que el Duque de Borgoña se detuviese tanto. Y fuera de los muchos ruegos que le haçía, le amenaçaban por otra parte por el gran gasto que tenían y la buena ocasión que se pasaba. El duque tenía mucha gloria, viendo que un tan grande exército como este de Alemania de [147v] tantos príncipes, pueblos, y comunidades, que ha sido el mayor que la memoria de los hombres se acuerda, no fuese poderoso para desalojarle del sitio que tenía. Lo qual le costaba muy caro, porque el que tiene provecho en la guerra ese podemos deçir que se lleva la honra. El legado de quien he hecho minción arriba andaba de una parte a otra procurando reduçirlos a buena amistad. Y finalmente hiço la paz entre el Emperador y el Duque de Borgoña, y esta plaça de Nuz se puso en sus manos para que della se hiçiese lo que la Sede Apostólica ordenase. Mirad el estado en que estaban las cosas del

duque y cuan apretado con las cossas de la guerra que le hacía el Rey, y de otra parte las amenazas de su amigo el Rey de Inglaterra, y en particular esta plaça de Nuz que dentro de quinçe días la podía tener a su devoçión por hambre, y aún en algunos menos, según me contó un capitán que estaba dentro, a quien el Rey reçibió después en su serviçio. Y por estas causas la dejó el Duque de Borgoña el año de 75.

[148r] CAPÍTULO LXIX. Cómo el Rey de Inglaterra pasó con mucho poder para socorrer al Duque de Borgoña contra el Rey de Francia.

Agora es fuerza hablar del Rey de Inglaterra. El cual fue con su armada a Dobra para pasar a Cales, la cual era la mayor que nunca pasó con Rey de Ynglaterra. Y la más gente que en ella venía era de a caballo, muy en orden y de la más luçida que jamás pasó en Francia, en la cual se hallaban todos los Señores de Inglaterra o faltaban bien pocos. Había mil y quinientos hombres de armas bien puestos, y la mayor parte con bardas muy ricamente adereçados al modo de acá. Y traían en su seguimiento muchos caballos que llegaban todos a quince mil archeros con arcos y flechas, todos a caballo, y mucha infantería, con mucha gente de serviçio para poner tiendas y pabellones (de que tenían grande cantidad) como para servir en la artillería y fortificaçiones del campo. En toda la armada no había solo un paje, y estaban en orden tres mil hombres para ymbiar en Bretaña. Y aunque es verdad que desto queda hecho mençion arriba, conviene haberlo dicho a este [148v] propósito. Si Dios no hubiera querido turbar el entendimiento del Duque de Borgoña y guardar a este reino, a quien ha hecho más particulares merçedes hasta ahora que a otro ninguno, es de creer que el duque no se hubiera entretenido tanto en el çerco de Nuz, viendo la buena ocassión que le ofreçía la venida del Rey de Inglaterra. Aunque es verdad que conocía claramente que no eran muy diestros en las guerras de Francia y que para mejor ayudarse dellos era neçessario haber dejado pasar algún tiempo para industrialarlos en las guerras de acá. Porque no hay gente más visoña al prinçipio que ellos son, pero en poco tiempo como son bien entendidos se haçen prácticos y valientes soldados. Pero él lo hiço todo al contrario,

porque entre otros daños les hiço perder la ocasión, porque él tenía su exército tan destruido, por haber perdido quatro mil hombres de sueldo en Nuz. Y entre ellos la mejor gente que tenía, que no osaba parecer delante de los yngleses. Así **veréis** que Dios le dejó y dio lugar a que él lo trocase todo al revés de lo que le convenía, y contra lo que sabía y entendía mejor que otro ninguno. El Rey Eduardo estaba en [149r] Dobla y para su pasaje le ymbió el Duque de Borgoña quinientos barcos de Irlanda y Çelanda, que son llanos y baxos, de bordos propios para embarcar caballos, que se llaman sertes. Y no obstante este gran número y lo que el Rey de Inglaterra previno, tardó tres semanas de passar de Dobla a Cales, que no hay más de siete leguas.

CAPÍTULO LXX. Cómo el Rey de Ynglaterra embió un Rey de armas con un cartel de desafío al de França y lo que le respondió.

Mirad con qué dificultad un Rey de Ynglaterra puede pasar en França, que si nuestro Rey entendiera también las cossas de la mar como las de la tierra, jamás el Rey Eduardo hubiera pasado, a lo menos en esta saçón, pero él no lo entendía ni los demás a quien él daba autoridad y mano en estas cossas. En cossas de guerra **entendía aún menos** el Rey de Ynglaterra, que tardó tres semanas en pasar un navío solo de Heu; tomó dos o tres de los barcos que pasaban. Antes que el [149v] Rey Eduardo se embarcase ni partiese de Dobra, envió un Rey de armas al Rey llamado Gartiere, el cual era natural de Normandía, que le llevó una carta de desafío en buen lenguaje y estilo. Y tengo por çierto que no fue inglés el que la escribió. Requería al Rey que le volviese el Reino de França, que le perteneçía, para que pudiese restituir la iglesia, los nobles y el pueblo a su antigua libertad y quitar las grandes cargas y trabajos que **tenían**. Y en caso que no lo hiçiese, le protestaba los daños que suçederían en la forma y manera que se **acostumbra** haçer en tales casos. El Rey leyó la carta solo y después se recogió en un camarín y hiço llamar al Rey de armas. Y le dixo que él sabía muy bien que el Rey de Inglaterra no haçía esto por su voluntad, antes estimulado assí por el Duque de Borgoña como por el común de Inglaterra. Y que bien podía venir pero que sin raçón ni fundamento. Y que el Duque de Borgoña se había retirado de Nuz como deshecho y falto de todas cossas. Que en quanto al condestable sabía que tenía Inteligençias con el Rey de Inglaterra por haberse casado con su sobrina, pero que le engañaría. Y le contó los beneficios y el bien que se había [150r] hecho, diçiendo que no quería sino **vivir con**

**estos** artifiçios y engaños entretiniendo a todos y haçiendo su provecho con otras raçones para persuadir al Rey de Inglaterra a componerse con él. Y dio al dicho Rey de armas treçientos escudos de su propia mano, ofreçiéndole mil si se hacía el conçierto. Y en **público** le hiço dar una pieça de terciopelo carmesí de treinta varas. El qual le respondió que procuraría la composiçión y que creía que su amo lo haría de buena gana, pero que no convenía hablar de esto hasta que hubiese pasado la mar y entonçes se ynviase un Rey de armas a pedir salvoconducto para ymbiar embaxadores al Rey. Y que se encaminase al Señor de Abart, o al de Escambi, y también a él para ayudar a encaminar al Rey de armas. Mientras el Rey le hablaba, había mucha gente en la sala que estaban atentos y con gran deseo de oír lo que el Rey deçía y el semblante que haría cuando saliese fuera. En acabando me llamó y dixo que entretuviese al Rey de armas hasta que le ynviase persona para llevarle, porque ninguno le hablase, y que se le diese una pieça de terciopelo de treinta varas. Y assí lo hiçe. Y el Rey se puso a hablar a muchos y [150v] a contar de estas cartas de desafío. Y llamó a siete o ocho a parte y se las hiço leer mostrando buen semblante y que no temía esto, porque estaba muy contento de lo que había entendido del Rey de armas.

CAPÍTULO LXXI. Cómo el Duque de Borgoña, después que se fue de Nuz, fue hacia Cales adonde desembarcaba el Rey de Inglaterra.

Sobre este pasaje es menester decir una palabra del condestable. El cual estaba en grande cuidado del engaño que había hecho al Duque de Borgoña en lo de San Quintín y del Rey no se fiaba, porque sus criados más allegados le habían dexado, como el Señor de Ganli y el de Moui, a los cuales el Rey había ya recibido. Aunque el de Movi todavía iba y venía al Rey y apretaba al condestable que fuese a él, ofreciéndole cierta recompensa que le pedía por el Condado de Guisa, como otras veces le había prometido. El condestable se contentaba de ir con que el Rey jurase sobre la cruz de San Lou de Angers de no hacerle ningún [151r] daño a su persona, ni permitir que nadie se le hiciese. Diciendo que bien lo podía hacer el Rey, pues otras veces había hecho lo mismo con el Señor de Lescut. A que respondió el Rey que jamás haría este juramento por hombre del mundo, pero que cualquiera otra cosa que el condestable le pidiese la haría. Bien podéis juzgar cuán trabajados de espíritu andaban entrambos, pues no pasaba un día que no fuese de la una a la otra parte sobre este juramento. Y quien bien considera verá cuán miserable es nuestra vida, pues buscamos cuidados para abreviarla diciendo y escribiendo tantas cosas contrarias de nuestros pensamientos. Y si estos dos de quien voy hablando estaban en gran cuidado, el Rey de Inglaterra y el Duque de Borgoña no se hallaban con menos de su parte. Fue casi todo en un tiempo. El pasaje del Rey de Inglaterra y llegada a Cales, y la partida del Duque de Borgoña de Nuz, el cual vino a grandes jornadas a buscar al Rey de Inglaterra con bien poca gente, habiendo ynviado su ejército con la disposición que habéis oído para saquear el país de



Barroes y Lorena, para que tomasen algún alivio y se sustentasen. Y también porque el Duque de Lorena le había enpeçado la guerra [151v] y desafiádole estando en Nuz. Y fue grande yerro y falta con las otras que había hecho a los ingleses. Los cuales pensaban hallarse a su llegada a lo menos con dos mil y quinientos hombres de armas y otro gran número de gente de a caballo y a pie, porque así se lo había offreçido el Duque de Borgoña para haçerlos venir. Y que había empeçado la guerra en Françia tres meses antes de su llegada para que hallasen al Rey más cansado y con menos poder, pero Dios proveyó a todo como habéis entendido. El Rey de Inglaterra partió de Cales y el duque en su compañía. Y pasaron por Bolonia y fueron a la Perona, donde el duque recibió mal los ingleses porque haçía guardar las puertas y no entraban sino en poco número. Alojáronse en el campo y bien lo podían haçer, porque venían muy prevenidos de lo que para esto era menester.

CAPÍTULO LXXII. Cómo el condestable ymbió cartas al Duque de Borgoña en su crehençia para con el Rey de Inglaterra.

Después que vinieron de Perona, el condestable [152r] ymbió al Duque de Borgoña un criado suyo llamado Luis de Santavilla para escusarse de que no le había dado a San Quintín. Diciendo que si lo hubiera hecho, que no le podía servir más en este reino, porque de todo punto perdía el crédito y comunicación de la gente. Pero que ahora que veía al Rey de Inglaterra tan çerca haría todo lo que el duque quisiese. Y para que desto más se asegurase le ynviaba una carta para el Rey de Inglaterra en su crehençia. Y mas le ynvió una forma en la cual le prometía de servirle y socorrer a todos sus amigos y aliados, así al Rey de Inglaterra como a otros en favor de todos y contra todos, sin exceptar ninguno. El duque dio al Rey de Inglaterra la carta y le dixo lo que a él le había escrito el condestable (y algo más). Porque aseguraba al Rey de Inglaterra que el condestable le metería dentro de San Quintín y en todas las otras plaças suyas. El Rey lo creyó luego, por estar casado con su sobrina, pareçiéndole que con el temor que tenía al Rey no osaría faltar en lo que prometía al Duque de Borgoña y a él. Y assí lo creyó también el duque. Pero los pensamientos del condestable ni el temor que tenía al Rey no le lle- [152v] -vaban en esto, antes bien le pareçía que todavía podría usar de las traças que acostumbraba para contentarlos y que les diría tan evidentes raçones, que tendrían paçiencia sin apretarle a declararse. El Rey Eduardo y su gente no tenían mucha plática de las negoçiaçiones de este reino. Y así proçedían con más simplicidad en ellas, con que no pudieron entender tan presto los engaños que acá se usaban y en otras partes, porque de su natural los ingleses que nunca han salido de Inglaterra. Son

muy coléricos como lo son todos los naturales de regiones frías. La nuestra, como veis, es situada entre los unos y los otros y çercada, es a saber, de Italia, España y Cataluña de la parte de Levante, y Inglaterra, y las partes de Holanda y Flandes de poniente. Y aún nos viene a llegar Alemania por la parte de Champaña. Y assí tenemos de región caliente y fría con que tenemos gente de dos complexiones, pero a mi parecer no hay región en todo el mundo mexor sitiada que la de França. El Rey de Inglaterra, que reçibió gran contento con estas cartas del condestable (aunque de antes podía tener alguna notiçia, pero no tanta), se partió de Perona con él el Duque de Borgoña, porque no tenía gente, porque todos habían ido a Barroes y a Lorena, [153r] como habéis oído. Y se açercaron a San Quintín y se adelantaron buen número de ingleses (y como oí decir) delante dellos.

Pocos días después de llegados, aguardaban que tañesen las campanas a su venida y saliesen con la cruz y el agua bendita a reçibirlos. Llegando çerca de la villa, los ingleses que digo se **adelantaron**. Enpeçó a tirar la artillería y salieron a escaramuçar gente de a pie y de a caballo. Y hubo dos o tres ingleses muertos, y algunos presos tuvieron un mal día de agua. Y con esto se volvieron a su exército muy mal contentos, murmurando del condestable y llamándole traidor. El día siguiente por la mañana el Duque de Borgoña se quiso despedir del Rey de Inglaterra, que era cosa bien estraña siendo él el que los había hecho passar quererse yr a su exército a Barroes, diçiendo que haría muchas cossas en su favor. Los ingleses, que son gente sospechosa y entonçes nuevos por acá, espantados de tal resolución, no venían bien en esta partida del duque, ni creían que no tuviese gente en su exército. El duque no sabía cómo componer el hecho del condestable. No obstante que les deçía que lo que había hecho sería por buen fin, estaban muy temerosos, por verse [153v] tan çercanos al invierno, por cuya causa se inclinaban más a la paz que a la guerra.

CAPÍTULO LXXIII. Cómo el Rey hizo vestir un criado ordinario con la cota de Rey de armas, y le ymbió al Rey de Inglaterra a su ejército, de quien tuvo buena respuesta.

Estando en estas cosas, y queriéndose ir el duque, prendieron los ingleses un criado de un caballero de la casa del Rey, llamado Diego de Grasa. Y llevándole al Rey de Inglaterra (que entonces se hallaba con el Duque de Borgoña), le interrogaron procurando saber si su venida tenía algún fundamento, y luego le pusieron en una tienda. El duque se despidió del Rey y se retiró en Brabante para ir a Maysons, adonde tenía parte de su gente. El Rey de Inglaterra mandó que se soltase este criado por ser el primer prisionero, y por parte del Señor de Habart y de el de Estrinlay le dieron un doblón, diciéndole que les encomendase a la bue- [154r] -na gracia del Rey si le podía hablar. El dicho criado vino con gran diligencia en busca del Rey, que se hallaba en Compiana, para decirle lo que había pasado. Y de su llegada tomó mala sospecha, creyendo que fuese espía, por estar **entonces Giliberto de Grasa**, (hermano del amo de el criado), en Bretaña, muy favorecido del duque. Tuviéronlo ençerrado aquella noche con buena guardia. Con todo eso, muchos le hablaron por orden del Rey y les parecía que hablaba con mucha seguridad y que el Rey le debía oír. El día siguiente por la mañana habló con el Rey y después de haberle oído le hizo desatar, aunque quedó con guardas. El Rey se fue a comer con grandes imaginaçiones, pensando si sería bien ynvíar un Rey de armas a los ingleses, y antes de sentarse me dixo çierta cossa acerca desto. Como vos sabéis, Monseñor de Viena, nuestro Rey hablaba familiarmente muchas veçes con los que le servían çerca su persona, como yo servía entonces y otros

después. Gustando de hablar al oído y viniéndole a la memoria lo que el Rey de armas de Inglaterra le había dicho, que fue que no dexase de ynvíar a su Rey después que hubiese pasado la [154v] mar, y que le encaminase a los arriba dichos Señores de Habart y de Stínlay. Luego que se asentó a la mesa y estuvo un poco ymaginativo cosa muy de notar para quien no le conoçiera que le juzgaran por loco, pero sus obras mostraban lo contrario y me dixo que nadie lo oyese, que me fuese a comer a mi aposento y que ynvíase a llamar un criado del Señor de Hales, hijo de Merichon de la Rochela, y que supiese dél si tendría ánimo para ir al exército del Rey de Inglaterra como Rey de armas. Yo hiçe luego lo que me mandó y quedé espantado cuando vi el criado, porque no me pareçía de talle ni traça para cosa que tanto era menester. Con todo tenía buen entendimiento, según lo conoçí después que le comuniqué y traté, y de apaçible discurso. El Rey no le había hablado más que una vez. Hincose de rodillas ante mi como el que pensaba estar ya muerto. Yo le aseguré lo mejor que pude y le prometí un officio en la Isla de Re y dineros. Y para que lo estuviese más le dije que esto lo pedían los ingleses. Híçele comer conmigo adonde no había más que los dos y un criado y poco a poco le instruí en lo que había de haçer. No tardó mucho que el Rey no me ym- [155r] -biase a llamar y le conté lo que había de este hombre, nombrándole otros más a propósito a mi pareçer, per no quiso otro. Y llamando a este, vino y el Rey le habló y aseguró su temor mas con una palabra que yo con todo lo que con él hiçe. No entró en el aposento más que el Señor de Villers, entonçes caballeriço mayor y ahora Baylio de Caen, y cuando pareçió al Rey que este hombre estaba en buena disposiçión, embió con el caballeriço mayor por una banderola de trompeta con las armas reales para haçerle una cotta de armas, porque el Rey no era amigo de tener Reyes de armas ni trompetas como la acostumbraban otros príncipes. Y assí el dicho caballeriço y uno de mis criados, le hiçieron la cotta lo mejor que les fue pusible. Y fue asímismo a tomar una

insinia de un Rey de armas que estaba con el almirante llamado Pleicamino. Y la pusieron a nuestro hombre y le trujeron con secreto los caballos y botas. Y dieron un portamanteo en que puso su cotta de armas y puesto a caballo se fue derecho al exército de los ingleses, bien instruido de lo que había de haçer. Adonde en llegando, vestida su cotta fue detenido y llevado ante el Rey. Y en su tienda. Adonde le pre- [155v] -guntaron con qué intento iba. Y respondió a hablar al Rey de parte de el de Françia y que traía orden de encaminarse a los Señores de Habart y de Stinlay. Lleváronle a una tienda donde le dieron bien de comer y, en acabando, el Rey de Inglaterra, que estaba haçiendo lo mismo cuando llegó, le llevaron a su presençia y le oyó. Su plática fue fundada en el desseo que su Rey tenía de muy atrás de tener muy grande amistad con él, y que los dos reinos viviesen en paz. Lo cual confirmaba bien el no haber movido guerra al Rey ni reino de Inglaterra después que era Rey de Françia. Escusándose si en otro tiempo había recogido al Señor de Bervic, diçiendo que esto había sido solo para contra el Duque de Borgoña, y no contra él. Añadiendo que el dicho duque no lo había llamado sino para haçer mejor conçierto con su Rey con ocasión de su venida. Y que si otros había que tenían mano en ella no era sino por amparar sus ofensas y mirar sus fines particulares, no mirando a como fuesen sus cossas del Rey de Inglaterra si como ellos hiçiesen su negoçio. También le representaba el estado del tiempo ser muy adelante y çercano al invierno, que bien sabía que tenía grande gasto y que había muchos en Ingla- [156r] -terra que deseaban mucho que hubiese guerras por acá, así nobles como mercaderes. Y cuando fuese que el Rey de Inglaterra quisiese venir a lo justo dando oídos a la paz, que el Rey se pondría por su parte a tanta raçón que él y su reino estaban contentos. Y para que mexor fuese informado de estas cossas, diese un pasaporte para çien caballos, que el Rey le ymbiaría embajadores que le enterarían bien de su desseo. O que si este medio no le contentaba y gustaba más, que esto fuese en

algún village a la mitad del camino de los dos exércitos. Y que allí se hallasen personas de las dos partes, que el Rey sería muy contento y embiaría de su parte el pasaporte neçesario.

El Rey de Inglaterra y una parte de aquellos príncipes que le servían tuvieron estos medios por buenos y açertados. Y fue dado pasaporte al Rey de armas, como lo pedía, y cuatro doblones. Y fue en su compañía otro Rey de armas para traer otro pasaporte del Rey como el que le había dado. Y el día siguiente, en un villaje çerca de Amiens, se juntaron los embaxadores. De la parte del Rey, estaban el Bastardo de Borbón, Almirante, el Señor de San Pedro y el Obispo de Heurreus, llamado Heberg. Y de la del [156v] Rey de Inglaterra, el Señor de Habart y otro llamado Chalangier y un letrado llamado Moston, que hoy es Chançiller de Inglaterra y Arçobispo de Cantuaria. Creo que a muchos podrá parecer que el Rey se humillaba demasiado, pero los prudentes podrán juzgar, por lo que he dicho antes, el gran peligro en que estaba este reino si Dios no hubiera puesto la mano y dispuesto a Nuestro Rey que eligiese tan prudente medio. Y al contrario, turbado el entendimiento al Duque de Borgoña, que hiço tantos errores, como habéis visto, en cossa que tanto había deseado y procurado. Entre nosotros teníamos entonçes muchas inteligencias secretas, de las cuales hubieran suçedido grandes daños en este reino, y presto, si esta paz no se hubiera hecho, assí de la parte de Bretaña como de otras. Y creo verdaderamente por las cossas que he visto en mi tiempo, que Dios tenía este reino en particular protección.

CAPÍTULO LXXIII. Cómo se trató de la paz entre el Rey y el de Inglaterra mediante la gran suma de dineros que el Rey ofreció a los ingleses. [157r]

Ya habéis visto cómo los embaxadores se hallaron juntos el día siguiente de la venida de nuestro Rey de armas, porque estábamos los unos de los otros no más que cuatro leguas. El cual quedó muy contento con el oficio que le dieron en la Isla de Re, donde era natural, y, con el dinero, muchos partidos fueron propuestos entre los embaxadores. Los ingleses pedían la Corona de Francia como tenían costumbre, o por lo menos a Normandía y Guiena, pero si acometieron bien con esta demanda, con la respuesta fueron bien defendidos. Y desta primera jornada y vista se adelantó mucho el tratado porque las dos partes lo deseaban. Los nuestros se volvieron y los otros se fueron a su ejército. El Rey oyó lo que pedían y la última conclusión en que quedaron aquel día que era setenta y dos mil escudos de contado y el casamiento del Rey Carlos que hoy es con la hija mayor del Rey Eduardo, la cual es hoy reina de Inglaterra. Y el Ducado de Guiena para su plato o çinquenta mil escudos cada un año dados en el castillo de Londres por nueve años. Y que al fin dellos debiese el Rey que hoy es y su muger goçar paçíficamente de la renta de Guiena, con que nuestro Rey quedaba [157v] libre de esta paga al Rey de Inglaterra. Algunos otros artículos de poca consideración había tocantes a mercaderes, de que no hago mençión. Debió de durar esta paz entre los dos reinos nueve años, en la cual estaban comprehendidos todos los aliados de una parte y de otra, y espaçificaba la parte del Rey de Inglaterra a los Duques de Borgoña y de Bretaña si quisiesen serlo. Ofreçía el Rey de Inglaterra, que era cossa bien estraña, de



nombrar algunos personajes que él decía eran traidores al Rey y a su corona, y mostrarlo por escrito.

El Rey estaba muy contento con lo que esta gente le dijo y tuvo consejo sobre esta materia en que yo me hallé presente. Algunos fueron de parecer que no era sino un engaño y ficción de los ingleses y que al Rey le parecía lo contrario alegando la **disposición** del tiempo y la sazón. Y que ellos no tenían ni una sola plaça que fuese suya. Y también por el mal trato que el Duque de Borgoña usó con ellos, el cual ya se había ido. Y tenía por cierto que el condestable no les daría ninguna plaça, porque cada hora embiaba el Rey allá para entretenerle y estorbar que no hiciese cossa en su daño. También el Rey conoçía al de [158r] Inglaterra, que era amigo de su comodidad y gustos. Al cual parecía que había hablado mejor en estas materias que ninguno de la junta, y que las entendía mejor. Concluyóse que con mucha diligencia buscasen aquel dinero y dio traça de la manera que se podía hallar, que era que cada uno prestase alguna cantidad para ayudar a que prontamente se juntase. Y el Rey concluyó que no había cosa en este mundo que no hiçiese por echar al de Inglaterra **fuera** de este reino, exçeto que de ninguna manera consentiría que tuviese tierras en él, lo cual antes de sufrirlo pondría las cossas en peligro. El condestable comenzó a conoçer sus tramas y temía de **haber** ofendido de todas maneras. Y siempre estaba con temor de aquel tratado que faltó poco para concluirse contra él en Bobines, a cuya causa inviaba a menudo al Rey. Y al mismo instante que habló, vino un caballero a él llamado Luis de Creuille, criado del Condestable, y un secretario suyo llamado Maestro Juan Richer, que entrambos aún viven. Y dijeron a lo que venían al Señor de Bouchage, y a mí primero que al Rey porque así lo quería el Señor de Contay, criado del Duque de Borgoña que poco antes fue preso en Arraz. Como habréis oído, iba y [158v] venía al Rey sobre su palabra, por el cual salió el Rey fiador de su rescate y prometió **buena** cantidad de

dineros si acomodaba la paz. Acaso vino al Rey el mismo día que llegaron los dos criados del condestable. El Rey hizo poner al dicho de Contay detrás de un tapiz que había en su aposento, y yo con él, a fin que entendiese y pudiese decir a su señor las palabras de que usaba el condestable y su gente. Y el Rey se vino a sentar sobre un banco junto al dicho tapiz para que mejor pudiésemos entender las palabras que decían Luis de Creuilla y su compañero. Que empezaron diciendo que su señor les había enviado al Duque de Borgoña para persuadirle a que dejase la amistad de los ingleses. Y que le hallaron con tanta cólera contra el Rey de Inglaterra, que faltó poco para que los dejase y aún para que los desvalijase cuando se volviesen. Y diciendo estas palabras por dar gusto al Rey, o por parecerle que en esto se le daba, el dicho Luis de Creuilla comenzó a remedar al Duque de Borgoña y dar con el pie en el suelo jurando a San Jorge y a llamar al Rey de Inglaterra, blanco, tuerto, hijo de un archero de su mismo nombre, con todas las befas que en [159r] este mundo se pueden decir de un hombre. El Rey se reía mucho diciéndole que hablase más alto porque tenía alguna sordez y que lo volviese a repetir, lo que no rehusó, antes con mucho gusto lo hizo. El Señor de Contay, que estaba conmigo, quedó el hombre más espantado del mundo. Y jamás se persuadiera a creer por mucho que se lo aseguraran que aquellos se atrevieran a hablar delante de un Rey. Palabras tan pesadas contra aquellos príncipes, la conclusión de los cuales era aconsejar al Rey que por huir los grandes peligros que veía se aparejaban contra su persona, hiciese una tregua, y que el condestable se obligaba a sustentarla. Y que por contentar a los ingleses les diese una o dos pequeñas villas para que inbernasen en ellas, que gente era que con facilidad los contentaría. Y aunque no señalaron qué villas fuesen a propósito para poderle dar bien, se conoció señalaban a Heus y a San Baleri, pareciéndole que por este camino les satisfaría la queixa que podían tener de no haberles querido dar las dos plaças. El Rey, que estaba contento del juego que había

hecho de haçer entender al Señor de Contay las palabras de que usaba el condestable y su modo de hablar, no les dió [159v] mala respuesta, solo les dixo: «Yo imbiaré a mi hermano y le haré sabidor de mi intento». Con que los despidió y dio liçençia para irse el uno dellos sin ser requerido. Juró en manos del Rey que si a su noticia llegase contra su real persona se lo revelaría. Pesó mucho al Rey de disimular y no haber respondido al consejo que le daban para que diera aquellas villas a los ingleses, pero sospechando que el condestable no lo hiçiese peor le pareçió estaba bien no haber hablado en ello. A lo menos de modo que ellos conoçiesen lo mal que lo tomaba, pero todavía en la manera que le pareçió conveniente lo dio a entender. El Señor de Contay y yo salimos de detrás del tapiz luego que aquellos se fueron, y hallamos al Rey riendo de **muy** buena gana. El dicho de Contay estaba tan impaciente de haber oído que tal suerte de gente se burlase de su señor, y de ver las cosas que el condestable tramaba contra él, que se le hacía largo el tiempo hasta ponerse a caballo para irlo a referir al Duque su Señor. Luego fue despachado y puso por escrito de su propia mano lo que había de deçir, y llevó una carta de crehençia escrita de mano del Rey y se fue. [160r]

CAPÍTULO LXXV. Cómo el Rey y el de Inglaterra, para concluir la paz entre ellos, determinaron hablarse, y lo hicieron en el lugar de Pequeni.

Ya habéis oído los tratados de paz que estaban comenzados entre estos Reyes y cómo se trataban muchas cosas juntas en un tiempo. Los que de parte del Rey se habían hallado con los ingleses hicieron su relación, como habéis entendido, y los del Rey de Inglaterra también. Cuando volvieron a él, concluyeron entrambas partes, después de muchas idas y venidas, que los dos Reyes se viesen, y que después de haberse visto y jurado el tratado, el Rey de Inglaterra, habiendo recibido los setenta y dos mil escudos, dejaría en rehenes al Señor de Habart y a su caballeriço mayor, Juan Seue, hasta que hubiese pasado el mar. Después ofrecieron seis mil escudos de pensión a los criados del Rey de Inglaterra, al Señor de Astingues y al Señor de Habart, Caballeriço Mayor Chalanguer y al de **Mongomeri**, dos mil escudos; y los cuatro mil restantes repartidos entre otros criados. Diéronles assí- [160v] -mismo mucho dinero de contado y piezas de plata labrada. El duque de Borgoña, oyendo estas nuevas, vino de Lucemburg, adonde entonces se hallaba, con mucha priessa adonde estaba el Rey de Inglaterra con solos diez y seis caballos, el cual se espantó de esta venida tan repentina. Llegado que hubo le preguntó que qué era lo que le traía tan a priessa. Conociendo que estaba enojado, el duque le respondió que le quería hablar. Y el Rey dijo que era contento que viese si quería en público o a solas. El duque, sin más responder, preguntó al Rey si la paz tratada con el de Francia estaba acabada. El Rey respondió que el tratado concluido era tregua por nueve años y que en ella estaban comprendidos él y el duque de Bretaña, y que le rogaba tuviese a bien de guardar y pasar por ella. El

Duque recibió enojo y, hablando en inglés (como quien también la sabía hablar), refirió algunas haçanas hechas por los Reyes de Inglaterra, sus antepasados en el Reino de Françia, y el trabajo que habían puesto a causa de haçer sus nombres inmortales y adquerir fama, desdorando mucho la tregua. Y advirtió que él no había hecho passar los ingleses por neçesidad [161r] que dellos tuviese, sino a fin que cobrasen lo que les perteneçía, y porque conoçiesen más claramente esta verdad. No entraría en la tregua con nuestro Rey hasta que pasasen tres meses que el de Inglaterra hubiese pasado la mar. Y, dicho esto, sin más aguardar, se volvió adonde había venido. El Rey de Inglaterra tomó muy mal estas raçones y, con él, los de su consejo. Otros que no estaban contentos con esta paz alabaron lo que el duque había dicho.

El Rey de Inglaterra, por concluir con esta paz, se partió de adonde estaba y fue a alojar media legua de Amiens. El Rey estaba a la puerta de adonde los veía venir, marchando de muy lejos venían con tan mala orden que daban claros indicios de lo poco que estaban exercitados en el arte militar. El Rey ymbió al de Inglaterra treçientos carros de vinos lo mejor que se pudo hallar. Los cuales pareçían en el camino un exército y tan grande como el de Inglaterra. Y por haber tregua, venían muchos ingleses a la villa, dando muestras de su poca cordura y respeto a su Rey. Fue gran número los que entraron y todos armados, pero si nuestro Rey tuviera mala fe jamás se le podía ofreçer ocaçión más fáçil para destruir este exér- [161v] -çito que la presente. Mas como su pensamiento y prinçipal intento no fue sino acariçiarlos y festejarlos, perpetuando con ellos una firme y larga paz, no ponía en su desseo otra cosa. Puso a la entrada de la puerta de la villa dos grandes mesas de cada parte, una llena de todas buenas viandas que inçitasen al apetito y abriesen al de beber. Para lo cual estaban prevenidos los mejores vinos que se hallaron, y de todas suertes, para que mejor fuesen servidos, de agua no se haçía ningún caso en estas mesas ni aún para refrescar las copas.

Hiço sentar en ellas çinco o seis hombres de casas honradas, muy gordos, para dar mejor gusto a los que tenían gana de beber, como el Señor de Cran, el Señor de Brubec, el Señor de Bremes, el Señor de Villers y otros. En llegando los Ingleses, a la puerta veían estas mesas adonde había gente que los tomaba por el freno y los traían a ellas tratándolos en este paso conforme al lugar, pero en buena manera y lo tomaban con mucho gusto. En la ciudad, en cualquier parte que se apeasen, les daban todo cuanto pedían y habían menester, sin que en manera ninguna por comida ni bebida ni cualquier otro género de cossa les pidiesen ni llevasen ningún interés, antes con [162r] mucho gusto los servían. Duró esto tres o cuatro días. Ya habéis oído como de esta tregua no gustaba el Duque de Borgoña, pero más disgusto daba al condestable, que se hallaba en estado que no tenía ninguna parte adonde volverse que no estuviese mal con él y conoçía sus muchos hierros. Por lo cual ymbió al Rey de Inglaterra su confesor con una carta de creença en que deçía que por amor de Dios no creyese las palabras y promesas del Rey. Mas que quisiese tomar a Heu y a San Baleri para alojar en ellos y pasar el ybierno. Porque antes que pasasen dos meses haría de manera que sería bien alojado sin darle otra seguridad, mas que grandes esperanças. Todo a fin que no tuviese ocasión de haçer paz poco honrosa por poco dinero. Le offreçió que le prestaría cincuenta mil escudos, haçiéndole otras muchas ofertas. Y al Rey le había hecho dar estas dos plaças sobre que se trataba, porque el condestable se lo había aconsejado que las diese a los ingleses. Y el Rey de Inglaterra, advertido de esto, respondió al condestable que su tregua era concluída y que no mudaría cosa alguna en aquella materia. Y que si hubiera hecho lo que le **había prometido**, nunca él hiciera esta paz, con que el condestable quedó de todo [162v] punto desesperado. Ya habéis entendido de la forma que eran tratados los ingleses en Amiens.

Una noche, pues, vino el Señor de Torçi a decir al Rey cómo era gran número de ingleses el que había dentro y que era cosa peligrosa. El Rey se enojó con él y así todos callaron. El día siguiente por la mañana, que lo era de los Inocentes, y en el cual el Rey no trataba de estas cosas, antes se enfadaba cuando le trataban dellas particularmente con los que le servían y sabían su condición. Con todo eso, aquella mañana, después de haberse levantado y reçado el offiçio, me vinieron a decir que había nueve mil ingleses dentro del lugar. Yo **me determiné de aventurarme** a decirselo, y con esto me entré en su camarín y le dije que, no obstante que era día de los Inocentes, convenía darle cuenta de lo que me habían dicho çerca del número grande de ingleses que había en el lugar y que todavía iban entrando algunos armados sin que nadie se lo estorbase. Por no disgustarlos, el Rey no lo tuvo a mal, mas antes dejó sus horas. Y me respondió que no era menester por aquel día gaurdar la ceremonia de los Inocentes, que me pusiese a caballo y procurase hablar al cabo de los ingleses para ver si los podía [163r] haçer retirar. Y que dijese a los capitanes que le viniesen a hablar que el Rey vendría luego a la puerta. Así lo hiçe y hablé con tres o cuatro capitanes ingleses que conoçía y les dije lo que tocaba a esto, pero por uno que ellos inviaban entraban veinte. El Rey ynvió tras mi al Señor de Guie, ahora Mariscal de Francia, al mismo propósito. Y entramos en una taberna adonde había dado de comer a çiento y onçe, y no eran aún las nueve de la mañana. La casa estaba llena y los unos cantaban y los otros dormían, y sin haçerles agravio estaban los más borrachos. Y quando assí los vi, me pareçió que no había peligro y lo embié a decir al Rey. El cual vino luego a la puerta bien acompañado, y con secreto hiço armar duientos o treçientos hombres en las posadas de sus capitanes, y algunos puso sobre la puerta por donde entraban. Y hiço traer su comida en casa del portero de aquella puerta y hiço sentar consigo a la mesa muchos caballeros ingleses. El Rey de Inglaterra fue avisado de aquel desorden, de que le pesó y avisó al Rey que

mandase no dejasen entrar a nadie. El cual le respondió que él no haría tal y que si otra cossa le pareciese al Rey de Inglaterra que **enviase** de sus archeros de la corona que [163v] guardasen la puerta y dejasen entrar a los que ellos quisiesen, y assí se hiço. Muchos ingleses salieron de la ciudad por mandado de su Rey. Y entonçes se advirtió que para poner remedio y fin a todas estas cosas, convenía señalar lugar a donde los dos Reyes se viesen y embiar gente que los reconoçiese. De parte de nuestro Rey fuimos el Señor de Bochage y yo, y por la del Rey de Inglaterra, el Señor de Habar y un caballero llamado Chalangier con un Rey de armas. Y después de haber oído, visto y reconoçido el río, determinamos que el lugar a propósito y seguro era Pequeni, tres leguas distante de Amiens, aunque estaba quemado por el Duque de Borgoña. Esta villa está en sitio bajo por donde pasa el río Soma. El cual no se puede vadear, y por la parte que venía el Rey estrecho y el país ancho y hermoso. De la otra parte, por donde había de venir el Rey inglés, es el país hermosíssimo salvo que por çerca del río había un camino largo, dos tiros de arco que por entrambas partes tenía pantanos y no yendo con mucho cuidado era el camino peligroso. Y, sin duda, como he dicho en otras partes, no son los ingleses tan astutos y sagaçes en haçer sus tratados y conçiertos como los françeses. Y por más que digan [164r] son muy groseros y negligentes en sus negoçios, pero es neçesario los que trataren con ellos ser sufridos y tener paçiençia, llevándolos al paso de su condiçión.

Después que se determinó el sitio y lugar donde se habían de ver los Reyes, se ordenó se hiçiese un puente muy capaz para pasar, para lo cual dimos los materiales y carpinteros, y en medio del puente se hiço una reja de madera como se haçen las jaulas de los leones, y del un madero al otro no había más distançia que para poder entrar cómodamente el braço. Por la parte de arriba estaba cubierto de tablas de forma que pudiesen estar diez o doçe personas de cada parte, sin mojarse. Y la reja tomaba todo el



puente para que no se pudiese pasar de la una parte a la otra. Y en el río no había más de una barquilla con dos barqueros para passar los que querían irse de una parte a otra. La causa que movió al Rey a que esta reja se hiçiese de manera que no se pudiese passar de una parte a otra y que por ventura pudiese servir en semejantes ocasiones en los tiempos venideros debió de ser la causa de esta forma y traça que en el tiempo del Rey Carlos Séptimo, siendo harto moço, fue muy perseguido de los ingleses.

Y el Rey Henrique quinto tenía sitiado a Roan, y aún le tenía muy a- [164v] -pretado, y la mayor parte de los de dentro eran vasallos o parçiales del Duque Juan de Borgoña, que entonces reinaba, entre el cual y el Duque de Orliens habían pasado grandes refriegas. Y todo el reino o la mayor parte estaba dividido por estos dos príncipes, de modo que las cosas del Rey se veían en mucho peligro. Siempre las parçialidades que se enjendran en la paz son dañosas y dificultosas de acabar por las diferencias de que hablo. Fue muerto un año antes el Duque de Orliens en París. El Duque Juan tenía grande exército, iba y venía con intención de quitar el sitio de Roan. Y para mejor conseguir su desseo y asegurarse del Rey, se habían convenido que el Rey y él se viesen en **Monterreu** Fautiona, a donde se hico una puente y una barra en medio que se çerraba de ambas partes, con que podían pasar de la una a la otra. Y assí se hallaron el Rey de una parte y el Duque **Joan de Borgoña** de la otra, acompañados de mucha gente de guerra, en particular el Duque **Juan**. Començaron a hablar y en la parte donde estaban no había con el duque más que tres o cuatro personas, y en el prinçipio de la plática el duque fue de tal manera persuadido, o que de su [165r] voluntad se quisiese humillar, que el Rey abrió la puerta por su parte, y lo mismo se hico de la otra, y assí pasó acompañado de aquellas tres personas, y luego fue muerto con los tres que pasaron con él, de que han resultado tantos daños como todos saben.

Lo dicho no es de mi historia, solo lo he referido porque me lo contó el Rey de la misma manera. Si disponiendo estas vistas que os he contado no hubiera habido ocasión de que el duque passara a la otra parte, no hubieran sucedido estas muertes ni los daños grandes que dellas naçieron. De lo qual fueron causa prinçipal algunos criados del dicho duque, al qual habían muerto, como os he referido, y estaban con autoridad con el Rey Carlos séptimo.

CAPÍTULO LXXVI. Cómo los dos Reyes llegaron a Pequeni por hallarse con gran número de gente en buena orden.

Hechas nuestras barreras, como habéis entendido, vinieron el día siguiente los dos Reyes. Las cuales vis- [165v] -tas fueron a los 29 de agosto de 1475. El Rey traía consigo çerca de ochoçientos hombres de armas y fue el primero que llegó. De la parte adonde estaba el Rey de Inglaterra se veía su exército en forma de batalla y, aunque no le podíamos descubrir todo, veíamos un gran número de gente de a caballo e infantería. Y assí la gente que teníamos de nuestra parte pareçía poca o nada, respeto de la mucha suya, porque no era la cuarta parte del exército del Rey. Estaba ordenado que solos doçe caballeros acompañasen a cada uno de los Reyes y estos fueron señalados de los más allegados y prinçipales. De nuestra parte (digo con nosotros) había cuatro hombres del Rey de Inglaterra para ver y entender nuestras determinaçiones, y otros tantos de los nuestros con ellos para el mismo propósito.

Como os he dicho, el Rey llegó el primero y tomó su lugar en la barrera con sus doçe caballeros, de los cuales era el uno el Duque Juan de Borbón, ya muerto, y el cardenal, su hermano. Y el Rey gustó que yo fuese vestido como él aquel día, porque casi siempre tenía de costumbre tener çerca de sí alguno que estuviese vestido [166r] como él. El Rey de Inglaterra vino derecho por el camino que os he dicho muy bien acompañado que pareçía muy bien ser Rey. Venían con él el Duque de Clarença, su hermano, el Conde de Nortobelande, y otros señores, como era su camarero mayor llamado el Señor de Astinges, su cançiller, y otros algunos. Y no había más de tres o cuatro de tela de oro como el Rey, el cual traía una gorra de terçiopelo **negro** con una

grande flor de lis de pedrería. Era el Rey muy hermoso y bien dispuesto, aunque ya començaba a engordar y yo le he visto otras veçes de mejor disposiçión, aunque no me acuerdo de haber visto hombre más hermoso que estaba cuando el Conde de Bervic le obligó a huir de Inglaterra. En açercándose a la barrera cossa de çinco pies, se quitó el sombrero y casi se arrodilló. El Rey le hiço también otra grande reverençia y empeçó a hablarle el Rey diçiendo: «Primo, seáis bienvenido que no hay hombre en este mundo a quien desease ver más que a vos. Loado sea Dios que ha sido servido nos hayamos aquí juntado con tan buena intençión». Y el Rey de Inglaterra respondiό a todo en buen françés. Entonçes començó a hablar el Canciller de Inglaterra, llamado el obispo de Isla por una profeçia que a [166v] los ingleses nunca les falta, la cual deçia que en este lugar de Pequeni se había de haçer una gande paz entre Françia e Inglaterra. Y después desto abrieron las escripturas de los conçiertos tratados que el Rey había hecho dar al de Inglaterra tocantes a la paz. Preguntó el dicho cançiller al Rey que si había mandado se hiçiesen assí y si estaban bien, a que le respondiό que sí y también las que le habían dado de parte del Rey de Inglaterra. Entonçes abrieron un misal y los dos Reyes pusieron las dos manos en él, y las otras dos sobre una cruz grande donde había Lignun Cruçis. Y ambos juraron de guardar lo que entre ellos habían prometido que era la tregua de nueve años cumplidos, comprehendiendo los aliados de una parte o de otra, y efectuando el casamiento de sus hijos, así como se había acordado en el tratado. Acabado esto, nuestro Rey, que hablaba muy bien, dixo al de Inglaterra, riéndose, que deseaba que viniese a París para festejarle con las damas y que le daría al Cardenal de Borbón por confesor, que le absolvería de buena gana de este pecado si alguno cometiese. El Rey de Inglaterra le oyó con gusto y hablaron en buena conversaçión porque sabía que el dicho [167r] cardenal era muy buen compañero. Después de haber estado un rato en esto, el Rey, mostrando más autoridad en esta junta, nos hiço apartar a

los que estábamos con él diciendo que quería hablar a solas con el Rey de Inglaterra cuyos caballeros también se apartaron sin aguardar que se lo dijese. Como los dos Reyes estuviesen un poco hablando, el Rey me llamó y preguntó al de Inglaterra si me conocía, y respondió que sí, señalando las partes adonde me había visto y que otras veces le había procurado servir en Cales cuando estaba con el Duque de Borgoña. **Y el Rey le preguntó si el Duque de Borgoña** entraría en la tregua habiendo respondido tan orgullosamente. Y le respondió que él se la ofrecería y que si no la quisiese aceptar que entre ellos se avendrían. Después el Rey entró en plática del Duque de Bretaña por cuya causa se había empeñado esta, y le preguntó lo mismo. El de Inglaterra le respondió que le rogaba no quisiese hacer la guerra al Duque de Bretaña pues en su necesidad lo había hallado tan buen amigo. El Rey calló y con buenas palabras llamó a los demás y se despidió del Rey de Inglaterra, y a todos los que venían con él [167v] les habló con corteses palabras. Y así entrambos en un mismo tiempo, o poco menos, se retiraron de la barrera y subieron a caballo. El Rey se fue a Amiens y el de Inglaterra a su campo, al cual **le** ynviaban de la cassa del Rey lo que había menester para su gasto ordinario, hasta las hachas y velas. A esta junta no se halló el Duque de Cloçesta, hermano del Rey de Inglaterra, ni otros que con él no tomaron a bien la tregua tratada, pero después vinieron **a** ella. Y el de Cloçestra vino de Amiens a ver al Rey al cual dio ricas dádivas como vaxilla de plata y caballos bien adereçados.

Cuando el Rey se fue de esta junta, me habló en el camino sobre dos puntos. Halló al Rey **de Inglaterra** con determinación y gusto de venir a París, de que el Rey no gustó mucho, diciendo el Rey es hermosísimo, parécenle bien las mugeres y podía hallar alguna tan acariçadora que le obligase a detenerse algún tiempo y aún a volver otras veces, como había sucedido a sus antecesores que habiendo entrado en París se habían entretenido demasiado tiempo, y lo mismo en Normandía. Y que la compañía de

este Rey no era buena de la mar acá, pero que de la otra parte del mar le que- [168r] -ría como a buen hermano, y le deseaba conservar por amigo. También se quejaba el Rey de que cuando le habló en las cossas del Duque de Bretaña, le halló algo obstinado, porque quisiera de muy buena gana que tuviera por bien se hiçiera la guerra en Bretaña. Y aún se lo significó por el Señor de Bocax y el de San Pedro, pero cuando el Rey de Inglaterra se vio apretado, dixo que si se hiçiese la guerra en Bretaña él pasaría otra vez por defendella, lo cual oído no se habló más desto. Cuando el Rey llegó a Amiens, al tiempo que quería çenar, llegaron tres o cuatro criados del Rey de Inglaterra, y çenaron con él; estos fueron los que ayudaron a tratar de esta paz. Y el Señor de Abart començó a decir al oído al Rey que si su magestad gustaba haría que el Rey su señor viniese hasta Amiens y, por ventura, hasta París, a entretenerse con él. El Rey, que no gustaba mucho deste ofreçimiento, hiço del divertido començándose a lavar para sentarse a çenar sin responderle a propósito. Pero volviose a mí y díjome al oído que le había sucedido lo que pensaba, que era este ofreçimiento y, después de haber çenado, hablaron sobre este negoçio. Pero con el [168v] mejor modo que se pudo se ynterrompió esta plática, escusándose el Rey por importarle, como él dixo, mucho para ir con toda diligencia contra el Duque de Borgoña, aunque estas cossas eran de importancia y que de entrambas partes se procuraban guiar con mucha prudencia. Con todo eso sucedieron cossas redículas que no son de olvidar y nadie se debe espantar por los grandes daños que los ingleses han hecho en este reino de que hay fresca noticia. Y el Rey de Francia debe procurar, aunque a costa de cualquier gasto, no tenerlos en su reino, y fuera de tratarlos amigablemente porque no le hagan guerra o le inquieten juntándose con sus enemigos.

CAPÍTULO LXXVII. Cómo se halló una paloma blanca sobre la tienda del Rey de Inglaterra en Pequeni, significadora de la paz que allí se hizo.

El día siguiente después de estas vistas, vino grande número de ingleses a Amiens. Y algunos [169r] nos dixeron que el spiritu santo había hecho aquella paz. Y lo que le obligaba a decirlo era que se había hallado una paloma blanca sobre la tienda del Rey de Inglaterra el día de las vistas, la cual por mucho ruido que se hizo en el campo ni se quiso quitar ni aún se espantó. Pero según la opinión de algunos había lloviznado y después salido buen sol y la paloma se puso sobre esta tienda, que era la más alta, para enjugarse. Esta razón me dixo un caballero gascón, criado del Rey de Inglaterra, llamado Luis de Bretelles, el cual estaba mal contento de esta paz. Y por conocerme de mucho tiempo me habló más claramente, diciéndome que nos burlaríamos mucho del Rey de Inglaterra. Yo le pregunté qué batallas había ganado y me respondió que nueve donde él se había hallado en persona. Preguntele que cuantas había perdido, respondiome que una, y era la que le habíamos hecho perder y que tenía por mayor deshonra volverse de aquella manera que la honra que había ganado en las nueve. Yo conté esto al Rey y me dixo que era menester tener cuidado con este, porque no inquietase la voluntad del Rey. Embiole a llamar para que comiese con él y ofreçiole honrosos partidos si quería quedarse en su servicio, y mandole dar mil ducados de contado, prometiéndole honraría a unos hermanos suyos que tenía en su servicio. Yo le dije algunas palabras al oído a fin que hiçiese buen ofiçio con el Rey de Inglaterra para que durase la amistad comenzada. No había cossa en el mundo de que el

Rey temiese más que de que se le cayese alguna palabra, por la cual pensasen los ingleses que hiçiese donaire o burla dellos.

Y acaso el día siguiente, después de esta junta, estando en su camarín donde no estábamos más de tres o cuatro caballeros, dixo una palabra de reír cerca de los vinos y presentes que había ymbiado al campo de los ingleses. Y mirando vio un mercader gascón que residía en Inglaterra, que había venido a pedirle al Rey una liçençia para sacar çierta cantidad de vino de Gascuña sin pagar derechos y era de interés al mercader si se la conçedía. Cuando el Rey le vio, quedó algo confuso de verle allí, y preguntole de qué lugar era en Guiena y si era mercader y [170r] casado en Inglaterra. Respondiole a todo que sí pero que su haçienda era de poco valor. El Rey le dio, primero que saliese de allí, un hombre que le acompañase a Burdeos. Y yo le hablé por mandado del Rey y se le dio muy buen ofiçio en el lugar donde naçió y se le conçedió la saca del vino que pedía, y más le hiço merçed de mil francos de contado para que trujese su muger de Inglaterra. El cual ymbió por ella con un hermano suyo sin que él fuese allá. Y desta forma condenó el Rey y aún pagó el descuido que había tenido en la palabra que dixo de los vinos y presentes.



CAPÍTULO LXXVIII. Cómo el Rey de Inglaterra ymbió al de Françia dos cartas de creença que le había ymbiado el condestable.

Este día de que voy hablando, que fue el siguiente después de nuestras vistas, embió el condestable un criado suyo llamado Rapina, a quien después el Rey hizo merced. Y era fiel criado de su [170v] amo, el cual **traxo** cartas a su magestad y quiso que el Señor de Luda y yo oyésemos lo que contenía. Y ya había venido el Señor de Contay de urdir la trama contra el condestable, de que arriba queda hecha mençión, y ya no sabía el condestable a qué santo arrimarse, hallándose falto de consejo y aún perdido. Las palabras que nos dixo Rapina eran muy humildes y, entre otras, que su señor sabía muy bien que habían dicho al Rey muchas cossas contra él, pero que bien había podido conoçer por experiençia que él había desseado açertar. Y por más asegurar al Rey de su deseo metieron práctica de reduçir al Duque de Borgoña que ayudase a desbaratar al Rey de Inglaterra y su gente si quería. Y bien se conoçía en su modo de hablar que estaba falto de toda esperançia. Nosotros le respondimos que teníamos bien compuestos nuestros negoçios con los ingleses y que no queríamos más guerra. Y el Señor de Luda, que se hallaba conmigo, se aventuró a preguntarle que a donde tenía su amo el dinero. Yo me espanté que se le soltase esta palabra por ser este buen criado, y que podía ser causa que conoçiese el condestable [172r]<sup>iv</sup> en el estado en que estaban sus cossas por haber visto el peligro en que se había visto no había un año. Pero he visto en mi vida poca gente aquí ni en otras partes que sepan evitar sus desdichas ni recurrir a sus peligros a tiempo. Porque a los unos les falta experiençia de casos semejantes y a otros parece que los ciegan sus culpas, y a otros no tener noticia de los casos suçedidos en los

vezinos reinos, que es grande falta en los hombres honrados porque haber experimentado las cosas enjendra nuevos bríos y aviva los entendimientos. Y a otros les suele acobardar el amor de la muger y hijos, el afición a la haçienda con que los hombres se suelen olvidar de lo que más les importa.

Cuando avisamos de esto al Rey, llamó a un secretario y no había más con él que el Señor de Abart, criado del Rey de Inglaterra, que no sabía nada de lo que se le tramaba al condestable. Estaba, assímismo, el Señor de Contay que venía de con el Duque de Borgoña, y nosotros dos que habíamos hablado al dicho Rapina. El Rey le notó una carta para el condestable, diciéndole lo que se había hecho el día antes de esta tregua y que estaba ocupado en muchos y grandes **negocios** para cuya expedición tenía neçe- [172v] -sidad de una cabeça como la suya. Y después se volvió hacia los ingleses y el Señor de Contay les dijo: «Yo no entiendo que tenga neçesidad del cuerpo, sino de la cabeça, y que el cuerpo se quedase allá». Esta carta se dio a Rapina con que fue muy contento, pareçiéndole que eran palabras de amistad las que el Rey le deçía que era que tenía neçesidad de tal cabeza, como la de su amo, sin entender el pensamiento del Rey y el sentido de aquellas palabras. El Rey de Inglaterra embió al Rey las dos **cartas** de crehençia que el condestable le había escrito y todo lo que le había ofreçido. Y assí podréis ver el miserable estado en que estaba puesto el condestable, entre estos tres tan grandes príncipes, donde cada uno dellos le procuraba la muerte.

CAPÍTULO LXXIX. Cómo el Rey de Inglaterra usó de una buena subtileza con sus vasallos antes que pasasen acá con su ejército.

El Rey de Inglaterra, después de haber recibido el dinero, se partió a grandes jornadas para Cales por- [173r] -que dudaba del odio del Duque de Borgoña y de los del país. Y a la verdad, cuando algunos de su gente se apartaban se quedaban entre las matas, muertos, y dexó sus rehenes como había ofrecido al Señor de Abart y a Juan Chesne, Caballero Mayor de Inglaterra, hasta que hubiese pasado la mar. Vos habéis oído al principio de esta materia de Inglaterra cómo este Rey no tomaba muy a pechos esta impresa, porque desde que estaba en Dobra, antes que se embarcase para pasar, entró con nosotros en plática. Y lo que le hacía pasar eran dos fines. El uno que todo su reino lo deseaba, como siempre lo han acostumbrado, y la priesa que le daba el Duque de Borgoña. El otro era para quedarse con una buena suma de dinero del que le habían dado entonces en Inglaterra para hacer esta jornada. Porque, como habéis oído, los Reyes de Inglaterra no ponen jamás pecho en el reino si no es con ocasión de la guerra contra Francia.

Otra agudeza había hecho el Rey de Inglaterra para contentar sus vasallos, que era haber llevado diez o doce hombres, así de Londres como de otras partes, muy gordos que eran los que procuraban se pasase y disponían el apresto de esta armada. El [173v] Rey les hacía alojar en buenas tiendas, aunque no era aquella la vida que acostumbraban. Y así luego se cansaron y pensaban que dentro de tres días se había de dar una batalla después de pasado el mar. Y el Rey les ayudaba poniéndoles más temor para que tuviesen por más buena la paz y que le ayudasen cuando volvieran a Inglaterra

a atajar la mormuración que **podría** haber causada de su vuelta. Porque nunca el Rey de Inglaterra, después del Rey Artus, trujo tan grandes señores de una vez acá. Y se volvió con tanta diligencia, como habéis oído, quedándose con mucho dinero del que había sacado del reino para la paga de su gente, y así consiguió lo que más deseaba. No tenía conplisión para el trabaxo de la guerra que sería neçesario para un Rey de Inglaterra que quisiese haçer conquista en Françia. Y en este tiempo el Rey había bien prevenido a las defensas, aunque por todo no supo bien prevenir a los enemigos que tenía, porque eran muchos. [174r]

CAPÍTULO LXXX. Cómo se resolvieron el Rey y el Duque de Borgoña de sitiar al condestable y prenderle estando retirado en el castillo de Han.

Otro gran desseo tenía el Rey de Inglaterra. Que era de concluir el casamiento del Rey Carlos Octavo, que hoy reina, con su hija. Y esto le hiço desimular muchas cossas en gran beneficio del Rey. Después que los ingleses se volvieron a Inglaterra, fuera de los que quedaron por rehenes que estaban con el Rey, se retiró haçia Laon en una pequeña villa, que es llamada Beebins, en los confines **de Henao** y a Habenes. En Henao se halló el cançiller con otros embaxadores y el Señor de Contar por el Duque de Borgoña. Esta vez desseaba el Rey conponerse con todos, porque el gran número de ingleses le había puesto algún temor, por haber visto en su tiempo en aquel reino hechos suyos, por lo cual procuraba quanto podía que no volviesen al Rey. Escribió el chançiller que ymbiase alguno de los suyos a la mitad del camino de Habenes, aunque algunos de quien había tomado parecer açerca desto no les pare- [174v] -çía bien. Con todo, él fue y llevó los rehenes de los ingleses consigo, que se hallaron presentes quando el Rey se vio con los embaxadores, los cuales vinieron muy bien acompañados de caballería y otra gente de guerra. Por entonçes no se trató de cossa ninguna con el Rey. Lleváronlos a comer. El uno destos ingleses, viendo esta gente se le engendró algún arrepentimiento de haber hecho la paz, y me dijo a una ventana que si ellos hubieran visto mucha **desta gente** con el Duque de Borgoña por ventura no hubieran hecho la paz. El Señor de Narbona, que hoy se llama de Fobez, oyó estas palabras y le respondió que por qué habían de dudar que el duque no tuviese gran número de gente semejante. Y que los habían ymbiado solo a refrescar. Y que ellos habían tenido gran desseo de

volverse. Y tanto que con seisçientas pipas de vino y una pinsión que el Rey les daba les había hecho volver muy presto en Inglaterra. El inglés se enojó y dixo que **salía** verdad lo que les habían dicho que luego se habían de burlar dellos. Dixo más: “el dinero que él da a los ingleses llamáis pensión, y es tributo, y por San Jorge que tanto podéis decir que nos volvamos”. Yo atajé estas palabras y lo eché a burla, pero el inglés no quedó contento y lo dixo al Rey, [175r] el cual se enojó mucho con el Señor de Narbona. No tuvo mucha plática con el cançiller y demás embaxadores por esta vez. Quedó conçertado que vendrían a Berbins y assí lo hiçieron acompañando al Rey.

Y quando llegaron los remitió Atanegui Ducatel y a Pedro de Arriole, Cançiller de Françia, para que con ellos tratase de cada parte. Se alegaba su raçón y procuraban sustentar su partido. Los nombrados por el Rey le vinieron a dar cuenta de lo que se hacía, diçiendo que los borgoñones eran soberbios en sus discursos pero que bien les habían respondido. De que el Rey se disgustó y **les** dixo que todas sus respuestas las habían dicho muchas veçes. Y que lo que se trataba no era para paz final, sino por tregua. Que no quería que usase de aquellas palabras que él mismo les quería hablar. Y hiço llamar al chançiller y demás embaxadores a su aposento, a donde no quedó con él mas que el almirante bastardo de Borbón, ya muerto, y el Señor de Boschage y yo. Concluyó la tregua por nueve años procurando cada uno mejorar su parte, pero los dichos embaxadores supplicaron al Rey que no se publicase, para que no viniese a menos el juramento que había hecho el [175v] duque de no entrar en la tregua hasta que el Rey de Inglaterra por algún tiempo estuviese fuera del reino, porque no le pareciese había entrado en la que él había hecho. El Rey de Inglaterra sintió mucho que el duque no hubiese querido entrar en la tregua. Y más quando fue avisado que el Rey trataba otra con él. Y embió a Tomas de Mongomeri, caballero muy su privado, al Rey a Berbines.

En tiempo que trataba de esta tregua de que hablo con los del Duque de Borgoña, el dicho Tomás requirió al Rey, de parte de el de Inglaterra, que no hiçiese otra tregua con el duque más de la que él había hecho. Rogándole que no le volviese a San Quintín y ofreciéndole al Rey que si quería continuar la guerra al duque que volvería a pasar por él y en su favor la primavera siguiente. Con que recompensase el daño que habría en la alcabala de las lanas en Cales, que no valdría nada, la cual vale cincuenta mil escudos. Y que así mismo pagase el Rey la mitad de su exército, que la otra él la pagaría. El Rey lo agradeció mucho al de Inglaterra y dio una vaxilla de plata al dicho Tomás. Y se escusó diçiendo que la tregua estaba ya acordada, pero que era la misma [176r] que los dos habían hecho y con el mismo término, sino que el duque quería escriptura aparte, escusando lo **mejor** que pudo este trato solo por contentar al embaxador. El cual se volvió y con él los que habían quedado por rehenes. El Rey se maravillaba de estos ofreçimientos que le haçía el de Inglaterra. A oír esto que el embaxador dijo al Rey no estuvo presente otro más que yo. **Pareciole** al Rey que fuera cosa muy peligrosa haçer volver al de Inglaterra, pues con poca ocasión se trabarían y habría disensiones entre los ingleses y françeses hallándose juntos. Y que con façilidad harían aliança de nuevo con los borgoñones, con los cuales era su deseo concluir la tregua concluída (que lo fue muy presto). Se volvió a hablar y mover la plática y tramas que se le estaban hurdiendo al condestable y, por abreviar, se determinó y asentó lo ya asentado y concluído en Bobines, de que arriba he hablado. Y se dieron las escrituras sobre este particular de la una parte a la otra, por las cuales se le ofreçió al Duque a San Quintín, Han y Bohain, y todo lo que el condestable tenía en los estados del duque con todos los muebles que se hallasen en cualquiera parte. Y tratada y concluida la [176v] forma de sitiarse en Han, adonde estaba, se convinieron que el que primero le pudiese prender había de haçer la justiçia dentro de ocho días o le entregaría a su compañero.

No se hizo este trato tan secreto que no se entendiese algo dél. Pues a muy poco tiempo la gente más principal que tenía el condestable le iba dejando, como el Señor de Genli y muchos amigos suyos. El condestable, que sabía como el Rey de Inglaterra había dado **sus** cartas y descubierto lo que dél sabía y que sus enemigos se habían hallado a hacer la tregua, empezó a tener gran temor y embió a suplicar al Duque de Borgoña que le quisiese dar seguro para irle a hablar en cosas que le **importaban** mucho. El duque al principio fingió no querérsela dar, pero después se la dio. Muchos pensamientos tuvo este hombre poderoso sobre adonde se iría, temiendo de lo que en Bobines se había firmado contra él. Una vez trató con algunos criados que tenía de Lorena de huirse en Alemania y llevar gran cantidad de dineros, porque el camino era muy seguro. Y comprar una plaza en el Rin y estarse allí hasta que se concertase con alguna de las dos partes. Otra vez determinaba estarse en su castillo de Han, que tanto le había [177r] costado, y le había hecho para salvarse en una necesidad como esta, habiéndole proveído de todas las cosas tanto como otro **ninguno** castillo que se conociese. Pero no halló gente a su gusto que se quedase con él, porque todos sus criados eran vasallos del uno o del otro de los príncipes sus enemigos. Su temor era tan grande, que no osó descubrirse a ellos, aunque creo que **hubiera** hallado buen número que no le hubieran dejado. Y no era tanto de temor para él ser sitiado de estos dos príncipes como lo fuera del uno porque le pareçiera cosa imposible que los dos exércitos estuviesen tan conformes como era menester. Su último acuerdo fue de ir al Duque de Borgoña con la seguridad que le había dado. Para lo cual no tomó más que quinze o veinte caballos y se fue a Mons, en Henart, adonde estaba el Señor de Meries, allí **baylio**, el mayor amigo que entonces tenía, adonde se detuvo aguardando nuevas del Duque de Borgoña que había empezado la guerra contra el Duque de Lorena, de quien había sido desafiado estando en el sitio de Nuz, de que recibió grande daño en su país de Lucemburg. [177v]



CAPÍTULO LXXXI. Cómo el Rey fue avisado de que el condestable se había retirado en Henalt, tierras del Duque de Borgoña, para procurar salvarse.

Luego que el Rey supo la ida del condestable, pensó remediarlo previniendo y procurando que no volviese en amistad con el Duque de Borgoña. Partió con diligencia hacia San Quintín, juntando hasta ochoçientos hombres de armas. Y con ellos fue, siendo bien informado de lo que había dentro. Como estuvo çerca de la villa, algunos vinieron a presentarse a él, el cual me mandó entrar dentro y haçer los cuarteles, como lo hiçe. Y entró la gente de armas y después el Rey, que fue bien reçibido de los de la villa. Algunos de los del condestable se retiraron a Henalt. El Rey propio avisó luego al Duque de Borgoña de la presa de San Quintín para **quitarle** la esperançça de recobrarlo de mano del condestable. Cuando el duque entendió estas nuevas embió al Señor de Meries, gran baylio de Henalt, que hiçiese guardar la Villa de Mons de manera que el condestable no pudiese salir, y a él le mandaron que no saliese [178r] del mesón donde estaba aposentado. El baylio no se atrevió a rehusarlo y así lo cumplió. Con todo eso, la guardia no era tan apretada como convenía para semejante preso que no pudiera huir si hubiera querido.

Qué diremos aquí de la fortuna, pues estando este hombre en los confines de estos dos príncipes enemigos, tiniendo plaça tan fuerte en sus manos y quatroçientos hombres de armas bien pagados, de los cuales era comisario y ponía los que le daba gusto de quien se había servido doçe años, siendo sabio y valeroso caballero y que había visto mucho, y había cobrado mucho dinero de contado. Bien es menester deçir que esta engañadora fortuna le miró con mala cara supuesto que la fortuna no es más que una

fiçión poética. Y assí hemos de deçir que Dios le había desamparado para que pagase las tramas y enredos que había y yo he dicho, sin otras muchas que no cuento. Y si fuese dado al hombre el juzgarlo, que no es lícito y, espeçialmente a mí, diría lo que podía verisímilmente haber sido causa de su perdiçión. Y era que siempre había procurado este hombre que durase la guerra entre el Rey y el Duque de Borgoña, porque iba fundada en esto su grande autoridad, [178v] interés, y estado. Y poco había menester para entretenerlos en estas diferençias porque naturalmente eran sus condiçiones contrarias. Muy ignorante fuera aquel que creyera que fortuna o acaecimiento semejante pudiera guiar un hombre tan sabio a ser tan aborreçido de estos dos príncipes en tiempo que jamás se convinieron en cosa ninguna si no fue en su perdiçión. Y no solo ellos, sino el Rey de Inglaterra, con haber sido casado con sobrina del condestable y querer en extremo a los parientes de su muger, y en particular a los de esta cassa de San Pol. Pareçe cossa çierta que él estaba dexado de la mano de Dios por haberse hecho enemigo de estos tres príncipes. Y assí no tenía un amigo que se atreviese a hospedarle por una noche. Ved lo que haçe la desdicha en un hombre, y qué bien le asentó la mano. De esta manera suçedió y suçederá a muchos, que después de largas y grandes prosperidades caen en grandes adversidades.

Después que el condestable fue detenido en Henalt por el Duque de Borgoña el Rey avisó al duque que se le remitiese o que cumpliese el conçierto entre los dos firmado. El duque dijo que assí lo haría. Y mandó que se lo llevasen a Perona, a tiempo que ya había [179r] tomado muchas plaças en Lorena y Borroes, y puesto sitio en Nançi, que se defendia muy bien. El Rey tenia mucha gente de armas en campaña que daba cuidado al duque, porque no se había declarado en la tregua que destruyese al Duque de Lorena que se había recogido al Rey. El Señor de Bochage, y otros embaxadores apretaban mucho al duque que cumpliese lo que había firmado. El cual

respondía siempre que así lo haría. Y con estas respuestas pasó el término de los ocho días en que debía entregar al condestable o haçer justicia dél. Viéndose tan apretado y temiendo que el Rey no le estorbase la interpresa de Lorena que deseaba mucho acabar, por tener el paso de Lucemburg a Borgoña, y que todos sus estados estuviesen juntos, porque teniendo este pequeño ducado venia desde Holanda hasta çerca de León por sus tierras. Por estas raçones escribió a su cañiller y al Señor de Hímbercourt, de quien arriba he hablado, entrambos enemigos del condestable, que fuesen a Perona. Y un día que él les señaló entregasen al condestable a las personas que el Rey ordenase, porque los dos arriba nombrados tenían toda su autoridad en su ausençia. Y [179v] mandó al dicho Remeries que le diese y entregase.

En este tiempo el Duque de Borgoña batía la villa en la cual había buena gente que la defendía bien. Y un capitán del duque llamado el Conde de Campobache, natural del reino de Nápoles y desterrado dél, el cual tenía correspondençia con el Duque de Lorena y ofreçía alargar este sitio haçiendo que hubiese falta de muchas cossas neçessarias para tomar la villa. Y bien lo podía haçer, porque entonçes era el de mayor autoridad en el exérçito y muy mal hombre para su amo, como diré después. Pero esto era un aperçebimiento de los males que después vinieron al Duque de Borgoña, el cual creo que pensaba tomar la villa antes que llegase el día de entregar al condestable, y después no haçerlo. Y puede ser lo contrario, que si el Rey le hubiese tenido le hubiera hecho más favor del que haçía al Duque de Lorena. Porque estaba enterado de las cossas y correspondencias que tenía el Conde de Campobache, en las cuales no se metía por no estar obligado a dexar de haçer daño al Duque de Lorena si no hubiera querido por otros respetos, porque tenía mucha gente en el país de Lorena con que lo podía haçer. [180r]

CAPÍTULO LXXXII. Cómo estando el condestable en Perona fue entregado a la gente del Rey por mandado del Duque de Borgoña y llevado a París.

El Duque de Borgoña no pudo tomar a Nançi antes de los ocho días que había señalado a su gente para entregar al condestable. Pasado el día que les había determinado executaron el mandato de su señor con mucha voluntad, por el **gran** odio que tenían al condestable, y le entregaron en la puerta de Perona en manos del bastardo de Borbón, Almirante de Françia, y del Señor de San Pedro, los cuales le llevaron a París. Algunos me dijeron que tres horas después vinieron mensajeros del duque a toda diligencia, mandando a su gente que no le entregasen hasta que acabase en Nançi, pero fue tarde. En París le començaron a haçer la causa y proçeso y el duque dio todas las firmas que tenía del condestable y todo lo que podía servir para el proçeso en daño suyo. El Rey apretaba mucho al consejo sobre este negoçio y tenía gente que solicitase la causa. Y assí visto que el Rey de Inglaterra también había dado sus cartas contra él, como arriba habéis oído, luego fue condenado [180v] a muerte y todos sus bienes fueron confiscados. Muy estraña fue esta diligencia, y no lo digo por escusar las faltas del condestable ni por cargar al Rey ni al duque porque a entrambos los tenía ofendidos, pero no pareció bien que el Duque de Borgoña, siendo tan **gran** príncipe y de casa tan nombrada y honrada, le diese un siguro para después prenderle y entregarle por temor y por avariçia, viendo que estaba çierto de su muerte. Después de este mal hecho que hiço, no tardó mucho en reçibir el castigo. Y assí se ve por las cosas que Dios ha hecho en este tiempo, y haçe cada día, no quiriendo que cossa mal hecha quede sin castigo. Y se conoçe con evidencia que las obras extraordinarias proçeden de su divina magestad,

siendo fuera de las de naturaleza. Y son los castigos repentinos, particularmente contra los que usan de violencias y crueldades, que comúnmente son personas de autoridad, como príncipes poderosos.

Muchos años había florecido esta Cassa de Borgoña, y de çiento a esta parte más que ninguna otra de la cristiandad, porque las otras mayores que ella habían tenido aflixiones y adversidades. Y en estas continuas prosperidades el primer grande de [181r] esta cassa fue Philipe Lardi, hermano de Carlos Quinto, Rey de Françia, que casó con la heredera de Flandes, condesa del dicho país de Hartoes, de Borgoña, de Nebers y Retel. El segundo fue Juan; el terçero, Filipe el Bueno, que juntó a su cassa los Ducados de Brabante, Luçemburgo, **Lamburg**, Holanda, Celandá, Enalt, y Namur. El **cuarto** fue el Duque Carlos, que después de la muerte de su padre se hallaba el más rico y temido de la cristiandad, y con más **muebles** y joyas, vaxillas, tapiçerías, libros y lienços que pudieran tener y hallarse en tres de las mejores casas de aquel tiempo. Dinero de contado no se halló con mucho que en otras cassas, entonces se hallaba más, era la racón de no tenerlo porque el Duque Filipe había mucho tiempo que no ponía ympuisiones. Con todo eso se halló con más de treçientos mil ducados y paz con sus veçinos que no era lo menos, aunque poco le duró. No quiero atribuirle a él la culpa de la guerra pues otros muchos tuvieron demasiada parte en ella. Sus vasallos, después de la muerte de su padre, le conçedieron un donativo de buena voluntad. Y sin que ello hiçiese mucha instançia, duró este donativo por tiempo de diez años. Cada país, de por sí, que [181v] según los tanteos de cuenta debía de montar cada año treçientos y çinquenta mil ducados, sin conprehender a Borgoña. En tiempo que entregó al condestable se hallaba con más de otros treçientos mil ducados destes mismos estados y tenía de contado otro tanto, y todos los muebles que recogió del condestable, si bien es verdad que no importaban ochenta mil escudos. Y assí esta ocasión fue muy pequeña

para caer en tan grande falta, la cual le fue bien castigada porque Dios le dio un enemigo de poca fuerza y menos experiencia y edad en todas sus cosas. Púsose en sospecha entre sus vasallos, y buenos criados, todos presagios del castigo que Dios le quería ymbiar mudándole su fortuna de bien en mal; su prosperidad, en adversidad. Su corazón no se ablandó jamás, ni abrió los ojos del entendimiento, hasta que se halló sin remedio. Y al fin de todas sus buenas fortunas pareçiale que todo lo que bien le suçedía venía por su virtud. Antes de morir fue el mayor señor que todos sus antecesores y más estimado por el mundo.

CAPÍTULO LXXXIII. Cómo el Conde de Campobache conspiró la traçión  
contra el Duque de Borgoña su señor. [182r]

Primero que el Duque de Borgoña entregara al condestable, comenzó a desconfiar mucho de sus vasallos y a haçer poco caso dellos, menospreçiándolos. Y así embió a llamar mil lanças de gente italiana de los cuales ya había tenido muchos en el sitio de Nuz. Y el dicho Conde de Campobache tenía dellos quatroçientos hombres de armas. Estaba este conde desterrado por causa de las guerras que la Casa de Anju había hecho en el Reino de Nápoles, adonde era criado. Por lo cual perdió sus tierras y siempre estuvo en Provença o en Lorena con el Rey Renato de Sicília o con el Duque Nicolás, hijo del Duque Juan de Calabria. Después de la muerte del cual, el Duque de Borgoña reçibió muchos de sus criados y, en particular, todos los italianos y, entre ellos, al Conde Jaques Galiot, muy valeroso, honrado y caballero leal, y muchos otros. El dicho Conde de Campobache, desde el tiempo que fue a haçer aquellas guerras en Italia, reçibió del Duque de Borgoña cuarenta mil escudos de emprestido para haçer su compañía. Pasando por León hiço amistad con un médico llamado Simón de Pavia, con el cual, tomando por instrumento, dio a entender [182v] al Rey que si le conçedía algunas cosas que le pidió, en volviendo le ofreçía darle en las manos al Duque de Borgoña. Lo mismo dixo al Señor de Sant Pre que por entonçes estaba por embajador del Rey en Piemonte. Después que volvió y fue su gente de armas alojada en el condado de Marla. Ofreçió de nuevo al Rey que luego que sería en campaña con su señor le mataría o llevaría preso, diçiéndole el cómo y la traça que para haçerlo tenía, que era que el duque tenía de costumbre ir muchas veçes alrededor de su campo sobre un

pequeño roçín, acompañado de poca guardia (y decía la verdad). En donde le sería muy fácil quitarle la vida o prenderlo. O que si esta traça no convenía ofrecía que en caso que el Rey y el duque se hallasen en campo de batalla, el uno frontero del otro, él se pasaría de su parte con toda su gente mediante algunas cossas y seguros que pedía. El Rey tomó muy mal, y menospreció mucho la maldad y trayción de este hombre. Y quiso mostrar al Duque de Borgoña su generosidad, haçiéndole saber todo esto por el Señor de Contay. Mas el duque no le dio crédito, pareçiéndole que el Rey lo haçía por otros fines, antes qui- [183r] -so desde entonces mucho más al conde. Veis cómo Dios le turbó el entendimiento, pues no hizo caso ni creyó las amonestaciones y avisos del Rey.

Al paso que este hombre de quien voy hablando era malo y desleal, era bueno y leal caballero Jaques Galeot. Que después de haber vivido muchos años, murió con mucha honrra, dexando muy buena fama habiendo el Duque de Borgoña conquistado todo el Ducado de Lorena y reçibido del Rey a San Quintín, Han y Boen con los muebles del condestable. Trataron de verse y que fuese sobre un río en una puente semejante a la que se hizo en Pequeni a las vistas del Rey Eduardo de Inglaterra. Y sobre esta materya yban y venían de una parte a otra, pero quería primero dexar reposar la parte de su exército que se hallaba más destruyda, tanto por el sitio de Nuz como por la guerra de Lorena. Y lo demás quería ymbiarlo en guarnición a algunos lugares del Condado de Romont, que estaban çerca de las villas de Verna y de Friburg, a las cuales quería haçer guerra, tanto porque ellas se la habían hecho estando sobre Nuz como porque habían ayudado a quitarle el Condado de Ferreta, como habéis oydo, y quitado al Conde [183v] de Ramont parte de su tierra. El Rey le solçitaba mucho para esta vista, y que dejase en paz a los pobres esguízaros y a su exército reposar. Los esguízaros, viéndole tan çerca dellos, le ymbiaron su embaxador, ofreciéndole de volver lo que habían tomado al dicho Conde de Romont, el cual de otra parte le solçitaba para



que viniese en persona a socorrerle. El duque dexó el consejo más prudente y mejor, conforme al parecer de todos, y a la sazón del tiempo y el estado en que se hallaba su exército, y determinó de yr a haçerles guerra. Entre el Rey y él se trató y conçertó de haçer escriptura que por lo que tocaba a Lorena no entrarían en diferencias.

CAPÍTULO LXXXIII. Cómo el Duque de Borgoña determinó de yr a hazer guerra a los esguízaros en la cual sucedió mal.

El duque partió de Lorena con su exército desbaratado y entró en Borgoña adonde los dichos embaxadores de las viejas ligas de Alemania, [184r] que llaman esguízaros, volvieron a él haciéndole mayores partidos que antes. Y demás de la restitución le ofreçían dejar todas las alianças que fuesen contra su voluntad, y en particular la del Rey, y de ser sus aliados y servirle con seis mil hombres armados con poca paga contra el Rey siempre que fuesen llamados. Nada quiso açetar el duque que ya le guiaba su desdicha. Los que llaman en esta parte nuevos aliados son las villas de Basilea y Estrasburg, y otras villas imperiales que estaban a orillas del río Rin. Las cuales antiguamente habían sido enemigas de los esguízaros y en favor del Duque de Austria, Sigismundo, del cual eran parçiales y confederados en tiempo que tenía guerra con ellos. Todas estas villas se juntaron con los mismos y hicieron aliança por diez años con este Duque Sigismundo. La cual se hizo por orden del Rey y a su ynstançia y costa, como en otros tiempos habéis visto. Y a la saçón que quitaron el Condado de Ferreta al Duque de Borgoña, y que en Brisart quitaron la villa a Pedro de Arcanbao, gobernador del dicho país por el duque, por el cual proçedieron todos estos males. Mucho debe considerar un príncipe el [gobi- [184v] -erno] que pone en un estado nuevamente ganado, porque en lugar de tratar los vasallos con blandura y con justiçia y haçerlo mejor con ellos que se haçía en el tiempo antes, este Pedro lo hizo todo al contrario, porque los trató con aspereça y cudicia de que a él y a su amo les resultó mucho mal, como suçederá a los buenos príncipes con tales gobernadores. Esta aliança de que voy

**hablando** y tenía el Rey resultó después en gran provecho suyo y más de lo que la mayor parte de la gente creya. Y pienso que esta fue una de las más prudentes cosas que hizo en su tiempo y de mayor daño para todos sus enemigos porque, destruydo el Duque de Borgoña, no quedó ninguno que tomando escarmiento en él osase después levantar la cabeça ni contradecir el gusto del Rey. Y esto se entienda de los que eran sus vasallos y debajo de su señorío y mando, porque los demás no se movían sino con el amparo del duque. Y assí habréis visto como esta aliança del Duque Sigismundo de Austria fue de gran provecho habiendo sido tanto tiempo enemigos, la cual no se hico con poco gasto ni con pocas ydas y venidas. [185r]

CAPÍTULO LXXXV. Cómo el Duque de Borgoña fue desbaratado de los esguízaros afrentosamente y con mucha pérdida.

Después que el Duque de Borgoña quitó la esperanza a los esguízaros de componerse con él, volvieron a aperçebir su gente para defenderse. Y él arrimó su ejército al país de Brux, en la Saboya, que los dichos esguízaros habían tomado al Conde de Romont, como se ha dicho, y tomó otras cuatro plaças que eran del Señor de Chiatiaguion, que los esguízaros tenían y las defendían mal. Y de allí partió para poner sitio sobre otra plaça que se decía Granson, la cual era ansímismo del dicho Chiate Aguion, donde había ochoçientos hombres recogidos por los esguízaros que por estar a sus confines la querían defender bien. El duque tenía grande ejército, porque de la Lombardia le venía gente a todas horas, y de los vasallos de la Cassa de Saboya, quiriendo más servirse de los estrangeros que de sus propios vasallos. De los cuales podía sacar buena gente, pero la muerte del condestable, le obligaba a [185v] tener desconfianza dellos junto con otras ymaginaciones. La artillería que tenía era mucha y buena, y él estaba en el ejército con grande pompa y obstentación para que le viesen los embajadores que venían de Italia y Alemania, estando asímismo en mucho ornato y aparato de joyas y vaxillas, teniendo mucha soberbia y altivez en su cabeça y, en particular, del Ducado de Milán, en el cual creya tener muchas correspondencias. Después de puesto el sitio a esta plaça de Granson y batídola algunos días, se rindieron los de dentro a su discreción, a los cuales mandó quitar la vida. Los esguízaros se habían juntado, no en tan grande número como he oýdo decir a algunos dellos, porque de sus lugares no se puede sacar tanta gente como piensan algunos. Y entonces menos

que agora, porque después de aquel tiempo la mayor parte ha dejado la labrança por seguir la guerra, y de sus aliados tenían pocos por la priesa que tenían de socorrer la plaça y quando salieron en campaña supieron la muerte de su gente. El Duque de Borgoña, contra el parecer de las personas a quien pidió consejo, se resolvió de yrlos a buscar a la entrada de las montañas a donde esta- [186r] -ban, aunque era con ventaja dellos y la tenía el duque adonde estaba para aguardarlos por estar cerrado de la una parte con la artillería y de la otra con el lago sin que el enemigo tuviese por donde poderle ofender. Embió çien archeros a guardar çierto paso en la montaña y él se puso en camino y los encontró estando el duque y la mayor parte de su gente en el llano. Los primeros procuraban volverse. Y la gente ordinaria que estaba detrás pensando que estos **huían** hiçieron lo mismo poniéndose en huyda. Y poco a poco se comenzó a retirar el exército haçia el campo haçiendo algunos muy bien su deber. Finalmente, quando llegaron a sus cuarteles, no osaron defenderse, antes dieron a huir y los alemanes se los ganaron, y la artillería con todas las tiendas, pabellones del duque y de su gente, de que había gran número y otra mucha haçienda, porque nada se salvó mas que las personas. Donde asímismo se perdieron las grandes joyas del duque sin que faltasen mas que siete hombres de armas, huyendo él mismo con todo su exército, donde se puede deçir con verdad que [perdió] este día honrra y haçienda con [186v] más prosperidad que el Rey de Françia, que si fue preso peleó valerosamente en la batalla de Potiers. He aquí el primer golpe de fortuna contraria que el duque tuvo en toda su vida porque de todas las otras ympresas había salido con honrra y provecho. Este daño le suçedió por menospreçiar los consejos y seguir solo a su parecer. Y fue tanto el que reçibió su cassa, que en el estado que aún hoy está se puede conoçer, y aún puede ser que en mucho tiempo no alçe la cabeça. Cuatro suertes de gente se le descubrieron por enemigos y de los que el día antes contemporiçaban con él y se fingían sus amigos.

La ocasión porque comenzó esta guerra fue por un carro de pellejos de carnero que el Señor de Romont tomó a un esguíçaro pasando por sus tierras. Si Dios no hubiera dejado de su mano al duque es cosa çierta que por tan pequeña ocasión no se hubiera puesto en peligro, vistos los ofreçimientos que le habían hecho, procurándole desviar de esta guerra. Que con ellos en manera ninguna yba a ganar ningún provecho porque su país era muy estéril y pobre, y que ellos no tenían ningunos buenos prisioneros. Y que tuviese por muy cierto que las espuelas y frenos de los [187r] caballos de su exército valían mucho más que sus territorios si los tomaban por guerra.

Volviendo a la batalla, el Rey fue avisado luego de lo que había sucedido porque tenía muchas espías y mensajeros por aquel país, la mayor parte despachados por mi mano. Holgose mucho y le pesó al mismo respeto por la poca gente que había perdido. El duque estábase por esta causa en León, porque allí podía con más façilidad y presteça ser avisado de todo y dar orden a las cosas que este hombre yntentaba. El Rey era prudente, temía mucho que por la fuerça no juntase estos esguíçaros. Con el de la Cassa de Saboya disponía como de la suya. El Duque de Milán era su aliado, el Rey Renato de Siçilia le quería dar su Reyno, y si las cosas hubieran sucedido bien, tenía a su obediencia estados del mar de Poniente hasta el de Levante. Y no hubieran los de nuestro Reyno osado acometerle si no es por mas si él hubiera podido tener a Saboya, Provença y Lorena. Tenía el Rey mensajeros y embaxadores de todas partes, muy a menudo la Duquesa de Saboya era su hermana y muy afiçionada al Duque de Borgoña. El Rey Renato [187v] de Siçilia era su tío. A los embaxadores o ya con mucha dificultad y de todo le daba parte al duque. El Rey ymbió a estos confederados de Alemania su embajada con muy grande dificultad por la mucha guardia que había por los caminos, que para pasar por ellos era neçesario caminar como pobres o peregrinos o gente semejante, los cuales le respondieron al Rey muy soberbiamente diçiendo: «Deçid

al Rey que si no se declara nos conpondremos y nos declararemos contra él». El Rey temía que lo hiciesen así, aunque por otra parte pensaba que fuese nueva de los mensajeros que ymbiaba por el país.

Ahora es menester la **consideración**, en como se trocó la suerte del duque después de la pérdida de esta batalla, de lo cual fue la causa principal el poco fruto que sacó por su culpa, de los buenos consejos que se le dieron, y cuan al contrario le sucedía a nuestro Rey pues todas sus cosas las guiaba con consejo y prudencia. Sirva esto de exemplo a los príncipes mozos que, ynadvertidamente y con poco acuerdo, y guiados por solo su parecer, emprenden ympresas sin mirarles el principio y fin que pueden tener. Suele suce- [188r] -der de ordinario que el no admitir el consejo les venga de lo poco que semejantes casos han experimentado, y de aquí viene el despreciarlo.

Primeramente el duque ymbió al Rey al Señor de Contay con humildes y amigables palabras que era contra su costumbre y naturaleza. Mirad cómo en una hora el tiempo se muda rogándole quisiese guardar lealmente su tregua, y escusándose de no haberse hallado a las vistas que se habían de tener en **Auxerre**. Y assigurando de hallarse muy en breve allí o en la parte donde el Rey quisiese. A que el Rey mostró buen semblante, asigurándole de todo lo que pedía por parecerle que aún no convenía haçer lo contrario, conociendo la lealtad de los vasallos del duque, y que siempre que le conviniese tendría ocasión de haçerlo. Y por querer primero ver el fin de este suceso y no dar ocasión a ninguna de las dos partes a haçer conçierto ninguno. Pero no obstante el buen semblante que el Rey hiço al de Contay, haçían burla por la villa, cantando coplas públicamente en alabança del vençedor y vituperio del vençido por haber sido locamente. Cuando el Duque Galeazo [188v] de Milán, que entonces vivía, supo esta pérdida y mal suceso se alegró mucho, no obstante la aliança que tenía con el duque, pues la hiço solo por verlo con tanta mano en Ytalia. Ymbió luego al Rey un hombre de

poca apariençia, ciudadano de Milán, y vino dirigido a mí a traerme cartas del duque. Yo avisé al Rey de su venida y me mandó le oyese, porque no estaba muy bien con el Duque de Milán por haber dexado su amistad por tomar la del Duque de Borgoña, aunque su muger era hermana de la Reyna. La embaxada de la cual era que su amo era avisado que el Rey y el Duque de Borgoña se habían de ver y haçer una gran paz y aliança, de que le resultaría gran disgusto, dando raçones porque el Rey no lo debía haçer, aunque ellas yban mal fundadas y eran de poca sustançia. Pero deçía al fin de su discurso que si el Rey se quería obligar de no haçer paz ni tregua con el Duque de Borgoña que él le daría çien mil escudos de contado. Cuando el Rey oyó la sustançia de lo que este traya a cargo, le hiço venir a su presençia, adonde no había más que yo, y le dijo en pocas palabras: «He aquí el Señor de Argentón que me diçe tal cosa, pero deçid [189r] a vuestro amo que yo no quiero su dinero, porque tengo de renta en un año tres veçes más que él, y que de la paz y de la guerra haré a mi gusto, y que si él se arrepiente de haber dejado mi aliança por tomar la del Duque de Borgoña, que soy contento que volvamos como estábamos». El embaxador se lo agradeçió al Rey y le dio muchas graçias por ello, pareçiéndole que no era Rey cudiçioso. Suplicole tuviese por bien de mandar que aquellas alianças se publicasen en la forma que habían sido, que él tenía poder para obligar a su amo a guardarlas. El Rey se lo conçedió y después de comer se publicaron, y luego despachó un embaxador a Milán adonde también se hiço lo mismo con grande solemnidad. Veis aquí otro golpe adverso y un grande hombre mudado y que solo tres semanas antes había ymbiado una solemne embaxada al Duque de Borgoña para hacer aliança con él.



CAPÍTULO LXXXVI. Cómo el Rey Renato de Siçilia se vio con el Rey en León y lo que trataron. [189v]

El Rey Renato de Siçilia trataba de haçer al Duque de Borgoña su heredero y dexalle la Provença. Y para yr a tomar posesión del dicho país había ydo el Señor de Jautaguion, que se hallaba entonçes en Piamonte y otros, por el Duque de Borgoña a haçer gente. Y para ello tenía veinte mil escudos. Luego que tuvieron nuevas de la rota del duque se vinieron y apenas se pudieron salvar que no fuesen presos. Y el Señor de Bresa, que se halló en ella, tomó el dinero. La Duquesa de Saboya, luego que **supo las** nuevas de lo sucedido al duque, lo avisó al Rey Renato de Siçilia disminuyendo la pérdida y confortándole. Los mensajeros, que eran provençales, fueron presos, por donde se descubrió este tratado del Rey de Siçilia con el Duque de Borgoña. El Rey ymbió gente de guerra a los confines de Provença y embaxadores al Rey de Siçilia, pidiéndole fuesen amigos y asegurándole de su voluntad, que si no por fuerça haría lo que por bien le estoviese. Tanto fue persuadido el Rey de Siçilia, que vino a ver al Rey a León, el cual le hiço mucha honrra y agasajo. Yo me hallé presente a sus primeras vistas y palabras. Y Juan Cosa, Senescal [190r] de Provença, hombre honrrado y de casa prinçipal en el Reyno de Nápoles, dixo al Rey: «Señor, no os espantéis si el Rey mi señor y vuestro tío han ofreçido al Duque de Borgoña haçerle su heredero, porque por sus criados y por mí ha sido así aconsejado viendo que vos soys hijo de su hermana y le habéis hecho tan grandes agravios que le habéis tomado los castillos de Bar y de Angers y tratado mal en todos sus negoçios. Nosotros habemos querido tratar desto con el duque para que vos tuviédes las nuevas y os diese gana de haçer lo que es raçón, y

conocer que el Rey mi señor es vuestro tío, pero nunca tuvimos yntento de llevar esta plática hasta el fin». El Rey recibió muy bien esto y Juan [Cosa] dixo verdad y era el que guiaba esta plática. Y de allí a pocos días se conpusieron las diferencias y el Rey de Siçilia recibió dineros y todos sus criados. Y fue festejado y regalado en todas las cosas a que se conoció ser ynclinado. Y quedaron muy amigos sin que se tratase más del Duque de Borgoña, el cual fue dexado del Rey Renato y desamparado de todas partes. Veis aquí otro golpe de esta adversidad.

La Duquesa de Sa- [190v] -boya, que había mucho tiempo que era contra el Rey su hermano, embió un mensajero secreto al Señor de Montain. El cual vino encaminado a mí para tratar de reconçiliarse con el Rey, alegando las causas y raçones que había tenido para apartarse de sus obligaciones y hermandad, refiriendo las cosas en que le temía. Con todo eso, era muy prudente y verdadera hermana del Rey, nuestro amo, y no acabó del todo de apartarse de la amistad del duque. Y parecía quería contemporizar con él y de la parte del Rey entablar nueva amistad por lo que pudiera suçeder al duque. Y el Rey mostró gusto en oyrle y le mandó dar buena respuesta por mi orden, pidiendo a su hermana viniese a verle con que se volvió el mensajero.

CAPÍTULO LXXXVII. Cómo los esguízaros mostraron ygnorançia en el valor de las joyas que ganaron en Grason al Duque de Borgoña. [191r]

Por todas partes en Alemania se començó a declarar la gente contra el Duque de Borgoña. Y muchas ciudades ymperiales, como Norenberga, Francfort y muchas otras, se confederaron contra el duque. Tanto que parecía que se ganaba indulgençia plenaria en haçerle daño. Los despojos de su exército enriqueçieron aquellos pobres esguízaros que al principio no conoçían las riqueças que tenían entre las manos, habiendo en esto redículas ygnorançias. Pues uno de los mejores y más ricos pabellones del mundo se partió en muchas pieças. Y hubo quien vendió cantidad de platos y escudillas de plata, cada pieça por un real, pensando que fuese peltre su grande diamante, que era uno de los mayores de la cristiandad del cual pendía una gruesa perla que en el saco le tocó a un esguízaró. Y habiéndole visto le tornó a poner en su caxa y le echó debajo de un carro. Y después le volvió a tomar y le dio a un clérigo por un florín, el cual le ymbió a sus señores que le dieron tres francos. Ganaron asímismo tres perlas, que se llamaban las tres hermanas, y un gran balaje, llamado la çesta, y otra que se deçía la Bola de Flan- [191v] -des, que eran las mayores y más ricas piedras que se hubiesen visto, sin otras muchas riqueças que después vinieron a conoçer por el dinero en que las vendieron. Porque las victorias y la estimación en que el Rey les puso desde entonçes y el bien que les ha hecho han sido causa que hayan recoxido mucho dinero. Cada embaxador que dellos venía al Rey al principio le haçía grandes donativos en dineros y en vaxilla, con que les contentaba de no haberse declarado en su favor. Y los ymbiaba con las bolsas llenas y vestidos de seda, ofreçiéndoles pensiones que siempre les pagó bien. Pero

después de haber visto el suceso de la segunda batalla, les prometió cuarenta mil florines todos los años. Los veynete mil para las villas y los otros veinte mil para los particulares que tenían el gobierno dellas. Y no es encareçimiento deçir que después de la primera batalla de Granson hasta la muerte del Rey han reçibido las dichas y particulares un millón, y las cuatro villas, que son Luçerna, Berna, Frebulg y Curit, con sus cantones que son las montañas, pienso que cuatro con Suiça, que no es más que un villaje. Yo [192r] he visto a uno mal vestido siendo embajador, con otros deçir también su parecer como los demás, Abis y Ondrebal se diçen los otros cantones.

Volviendo a tratar del Duque de Borgoña, recogía gente de todas partes y en tres semanas juntó gran número. El día de la batalla se quedó en Losana, ciudad en Saboya, adonde Vos, Señor Obispo de Viena, le consolastes y aconsejastes de una grande enfermedad que tuvo de dolor y melancolía de la deshonorra que reçibió en esta batalla. Y a la verdad, creo que después nunca tuvo tan claro entendimiento como antes della de este gran número de gente que junto. Hablo por relación del Señor Príncipe de Taranto, que lo contó al Rey en mi presençia. El cual príncipe vino al duque un año antes muy bien acompañado, con esperança de casarse con su única hija y heredera. Y parecía muy bien hijo del Rey, así por la persona como por el traje y acompañamiento, porque el Rey de Nápoles, su padre, le acudía muy bien. Con todo eso, el duque disimulaba esta plática y entretenía entonçes a la Duquesa de Saboya por su hijo y lo mismo hacía con otros. El dicho Príncipe de Ta- [192v] -ranto, llamado Don Federico de Aragón, se disgustó por la dilación y también los que le aconsejaban. Y embió al Rey un ofiçial bien práctico y entendido que le suplicó diese salvoconduto al dicho príncipe para pasar por su Reyno y volver al Rey su padre, que lo había ymbiado a llamar. El Rey se lo otorgó de buena gana, pareçiéndole que con esta división perdería mucho crédito y nombre el Duque de Borgoña. Pero antes que el mensajero se volviese, estaban ya

juntos todos los de la Liga de Alemania y alojados cerca del Duque de Borgoña, de quien se despidió el dicho príncipe la noche antes de la batalla, cumpliendo con la orden que tenían de su padre. Porque en la primera se había hallado combatiendo valerosamente y tan bien, dicen algunos (Señor Arçobispo de Viena), que se valió de vuestro consejo. Y yo se lo oy decir y aún verificar cuando vino a ver al Rey y al Duque de Asculi, llamado el Conde Julio, y a **muchos otros**. Y que de la primera y segunda batalla Vos escribistes a Italia diciendo lo que había de suçeder mucho antes que se diese, como he dicho. Antes de la partida del príncipe, estaban alojados los aliados cerca del duque. Los [193r] cuales venían para pelear y desalojarle de una pequeña villa cerca de Berna, llamada Morat, que era del Señor de Romont. Los dichos, según se entendió por los que hallaron allí, debían de ser hasta treinta mil ynfantes escoxidos y bien armados, onçe mil picas, diez mil alabardas, diez mil bocas de fuego y cuatro mil caballos. Los de la liga y alianças aún no estaban todos juntos. Y assí no se hallaron en la batalla más de los que he dicho y eran suficientes. El Duque de Lorena vino con poca gente, porque el de Borgoña tenía todos sus estados, a cuya causa se enfadaban con él en la corte. Aunque pienso que no llegó a su notiçia. Pero un gran príncipe, cuando ha perdido todo lo que tiene, suele cansar aquellos a quien pide favor y ayuda. El Rey le había socorrido, con algún poco de dinero, y le hiço acompañar con buen número de gente de armas por medio del país de Lorena, los cuales le pusieron en Alemania y después se volvieron. El dicho Duque de Lorena no solo perdió estos sus payses de Lorena, el Condado de Baudemont y la mayor parte de Barroes, pero lo demás lo tenía el Rey y assí no le quedó nada. Y lo que [193v] peor era, que todos sus vasallos servían al Duque de Borgoña de muy buena gana hasta los criados de su cassa. Por lo cual parecía que sus cossas no tenían remedio. Con todo eso, como Dios siempre queda por juez para determinar las cosas cuando es su gusto, libró en esto su esperança.

CAPÍTULO LXXXVIII. Cómo el ejército del Duque de Borgoña fue desbaratado delante de Morat y de su huyda.

Después que el Duque de Lorena pasó en Alemania, como he dicho, y después de haber caminado algunos días, llegó adonde estaban sus aliados pocas horas antes de dar la batalla y con poca gente. Y este viaje le fue de mucha honrra y provecho, porque si no llegara tan presto, no fuera bien recibido. En el punto que llegó marchaban los escuadrones de la una y otra parte. Porque los dichos aliados se habían alojado tres días había cerca del Duque de Borgoña en un lugar fuerte. El cual [194r] con poca resistencia fue desbaratado y puesto en huyda. Y no le sucedió como en la batalla antecedente, en la cual no perdió más de siete hombres de armas, porque no tenían los esguícaros gente de a caballo. Pero en esta de agora, que fue cerca de Morat, de la parte de los aliados había cuatro mil hombres buenos de a caballo que fueron siguiendo el alcance muy lejos. Y la ynfanteria llegó a la del duque, que era mucha porque sin sus vasallos y algunos ingleses que tenía en gran número, le vino mucha gente del país de Piemonte, y otros vasallos del Duque de Milán. Y me dijo el dicho Príncipe de Taranto cuando llegó al Rey, que nunca había visto tan grande ejército. El cual contó y hizo contar, pasando una puente. Y halló que eran veinte y tres mil hombres de sueldo, sin los que seguían el ejército y que servían para artillería. A mí este número me pareció muchísimo, aunque muchos hablan de millares y hacen los ejércitos más grandes de lo que son hablando ligeramente. El Señor de Contay que llegó al Rey luego le confesó, después de la batalla, en mi presencia, que en ella murieron ocho mil hombres de la parte del duque y que [194v] tomaban sueldo suyo y otra mucha gente. Y creo, por lo

que he podido entender, que bien había diez y ocho mil hombres en todos, que era fácil de creer, tanto por el gran número de gente a caballo que tenía, que eran en compañía de muchos Señores de Alemania, como por los que estaban en el sitio de Morat. El duque huyó hasta en Borgoña muy afligido y desconsolado, como era justo. Y paró en un lugar llamado la Ribera adonde juntaba toda la gente que podía. Los alemanes le siguieron no mas que aquella tarde y después se retiraron sin seguirle más.

CAPÍTULO LXXXIX. Cómo la Duquesa de Saboya fue llevada al Duque de Borgoña y después con gran maña se fue con el Rey a Plesis de la Torre.

Este açidente y golpe de fortuna desesperó mucho al duque, pareçiéndole que todos sus amigos le dejaban por las señales que había visto en la primera pérdida de [195r] que voy tratando de Granson, de la cual hasta la de que voy hablando no pasaron más de tres semanas. Y por estas sospechas, con el parecer de algunos, hiço llevar por fuerça a Borgoña a la Duquesa de Saboya y a uno de sus hijos, que hoy es Duque de Saboya. El mayor se escapó, que no pudo ser traydo con el favor de algunos de sus criados, porque los que hiçieron esta violençia la hiçieron con temor. Y assí les fue forçoso haçerla a priesa. Lo que le obligó a haçer esto al duque fue el temor que tenía de que la duquesa no se retirase con el Rey su hermano, diçiendo que por dar socorro a esta Cassa de Saboya le aconteçió todo este mal. El duque la hiço llevar al castillo de Robres, cerca de **Dijon**, adonde tenía alguna guardia, aunque poca. Pero no obstante la visitaba quien quería y, entre otros, la veía algunas veçes el Señor de Jautaguion y el Marqués de Rotelin, que hoy viven. Para con los cuales el duque había tratado casamiento con las dos hijas de la dicha duquesa. Aunque aquellos casamientos, por entonçes, no tuvieron efecto, pero fueron hechos después. Su hijo mayor, llamado Philiberto, entonçes Duque de Saboya, fue llevado a Chamberi por los que le salvaron, adonde se halló el Obispo de Ginebra, que era [195v] de la Casa de Saboya, hombre bien yntençionado, sano y de buen consejo, gobernado por un comendador de Rodas. El Rey trató con el dicho obispo y comendador açerca de que le entregasen en sus manos al dicho Duque de Saboya con tan buen estilo y maña que se lo entregaron. Y más aún su



hermano más pequeño, llamado el Protonotario, con el castillo de Chamberi y el de Momillan, y le hizo guardar otro castillo a donde estaban las joyas de la duquesa. En el instante que la duquesa se vio en Robres acompañada de todas sus damas y muchos criados, y consideró al Duque de Borgoña muy ocupado en recoger gente, y que los **que** la guardaban no tenían el temor que solían tener a su amo, determinó de ymbiar al Rey, su hermano, suplicándole la sacase de allí. Lo cual hacía con mucho reçelo, porque el odio que había habido entre ella y su hermana había sido muy grande. Por lo cual temía de ponerse en sus manos, pero oprimida de la neçesidad en que se hallaba, le hacía fuerça resuelta de haçer lo referido. Embió al Rey un caballero Piamontes llamado Riberol, que era su mayordomo, el cual vino encaminado a mí. Y después de haber- [196r] -me dicho su yntento y a lo que era venido, di cuenta al Rey de todo. Y el Rey le oyó y dio por respuesta diçiendo que en tal neçesidad no había de desamparar a su hermana, no obstante las diferençias pasadas. Y que si ella quería fiarse del que ymbiaría al gobernador, que entonçes era de Champaña, llamado Carlos de Amboysa Señor de Chaumont. El dicho Riberol se despidió del Rey y volvió de toda diligencia a su señora, que fue muy contenta con tal nueva. Y para asegurarse más ymbió luego otro hombre (en habiendo oydo al primero) con quien ymbió a pedir al Rey que la asegurase que la dejaría yr en Saboya, y que le volvería el duque su hijo, con su hermano pequeño y las plaças. Y que la ayudaría a sustentarse en su autoridad en Saboya. Y que de su parte ella era contenta de renunçiar todas las alianças y confederarse con él. El Rey le otorgó todo lo que pedía y luego ymbió un hombre al dicho Señor de Chaumonte para que fuese a sacarla (lo que hizo muy bien). Fue con buen número de gente hasta Robres, sin haçer daño al país, y sacando a la duquesa y todos sus criados y gente, la llevó al más çercano lugar del Rey. Cuando el Rey despachó el postrer mensa- [196v] -jero a la dicha señora ya había partido de León, adonde habían estado por tiempo de seis meses

por estorbar con prudencia las empresas del Duque de Borgoña sin romper la tregua. Pero quien conociera bien la condición del duque, echara de ver, como el Rey le hacía más fuerte guerra dejándolos seguir sus apetitos y soliciéndole de secreto enemigos. Que no sé si declaradamente lo fuera contra él, porque si el duque hubiera visto que el Rey se declaraba por su enemigo se retirara de su empresa y fuera posible que mucho de lo que le sucedió no le viniera.

CAPÍTULO LXXXX. Cómo el Rey se partió de León y vino a Turs por recibir a su hermana la Duquesa de Saboya.

El Rey partió de León y, continuando su camino, llegó al río Loyra, en Ruana, adonde se embarcó y vino a **Turs** a tiempo que su hermana estaba libre, de que tuvo mucho contento. Y mandó que con diligencia viniese adonde estaba ordenado el gasto que había de hacer en el camino. Cuando la duquesa se acercó donde el Rey es- [197r] - taba, sabido por el Rey, la embió mucha gente al encuentro. Y él mismo salió a recibirla a la puerta del Plesis del Parco, mostrándola buena cara, dándole la bienvenida la dijo: «Madama de Borgoña, seáis bienvenida». Ella bien conoció del modo de decirlo que hacía burla, y respondió con mucha prudencia, que era muy buena francesa y prompta de obedecerle en lo que gustase mandarla. El Rey la llevó a su aposento y mandó que fuese bien tratada, si bien es verdad que tenía gran deseo de ymbiarla luego a su tierra. Ella era prudentísima y le entendía muy bien sus juegos, por lo cual lo tenía mayor de partirse. Tuve yo orden **del Rey de** lo que se había de hacer en esta materia. Lo primero, buscar dineros para su gasto y paños de seda para darla, y que se hiciesen escrituras en que se declarase del modo que se había de vivir de allí adelante. El Rey procuraba apartarla del casamiento de que he hablado de sus dos hijas, pero ella se escusaba con que ellas estaban determinadas a hacerlo y, a la verdad, no eran malos estos casamientos. Cuando el Rey supo su determinada voluntad vino en ello y, después que la duquesa estuvo en el lugar de Plesís siete o ocho días, el Rey y ella juraron de ser buenos amigos por toda su vida, de que se hicieron escrituras de una parte y de otra, con lo cual tomó [197v] licencia del Rey para partirse. El Rey la hizo acompañar hasta

dexarla en su cassa y la hiço volver a sus hijos sus plaças y joyas, y todo lo que le perteneçía. Entrambos se holgaron de apartarse el uno del otro quedando desde entonçes buenos hermanos hasta la muerte.

Por llevar adelante y continuar mi propósito, volveré a hablar del Duque de Borgoña. El cual después de la huyda de la batalla de Morat, se había retirado a los confines de Borgoña, en un lugar llamado La Ribera, la cual batalla fue en el años de 1476. En este lugar se detuvo más de seis semanas con ánimo de juntar más gente, aunque a la verdad hacía muy poca estando como arrinconado, dando a entender que todo lo que hacía era más por tema que por otro ynterés (como lo entenderéis). Lo que sintió la pérdida de Granson fue tanto que le turbó el entendimiento, de que le sobrevino una grande enfermedad. Su cólera era mucha y mucho el calor natural que tenía. Y tanto que no bebía vino entre día, y por las mañanas bebía agua de çebada y comía acucar rosado para refrescar la melancolía. Mudó tanto su complisión que le fue neçesario beber vino sin agua para confortarle, y para que más lo estoviese le ponían ventosas a la parte del coraçón. Y desto Vos, Señor Arçobispo [198r] de Viena, sabéis más que yo, pues os hallastes presente a esta enfermedad y le hiçistes cortar la barba, lo que rehusaba por la mucha melancolía que tenía. Las pasiones de estos açidentes son tales que no permiten que se les apliquen remedios propios. Y particularmente a los príncipes, que son orgullosos. Porque en este caso, y en semejantes, el primero y prinçipal refugio es volverse a Dios y pensar en lo que le ha ofendido y, humillándose, reconoçer sus culpas y pecados. Porque Dios es quien determina todas las causas, sin que en ninguna pueda ser engañado, después de lo cual hecho es gran consuelo hablar con algún amigo si tenéis ocassión y libremente quejaros y **darle** parte de vuestros trabajos sin que ningunos respectos sean parte a dejar de declararle vuestras passiones. Porque los males y trabajos comunicados son menores y alivian el coraçón del que los

tiene. Y los espíritus vuelven en su virtud, descansando con un amigo o divirtiéndose con otro exerciçio. Porque es fuerça que pasiones en sujeto de un hombre se pasen con mucho sentimiento si en público o en secreto no se procura divertir el ánimo. Todo lo hiço al revés el duque, pues no queriendo tomar ningún camino destes, se le siguió el congojarse y estar solitario. El qual era de tan [198v] mala condiçion y tan áspero para sus criados, que ninguno osaba adelantarse a darle **algún** consuelo o consejo. Antes le dejaban **en todo seguir** su gusto, temiendo que si en algo le hubieran contradicho les suçediera mal.

En estas seis semanas que se detuvo en Ribera con la poca gente que he dicho, que no hay que espantar fuese poca, después de haber perdido dos tan grandes batallas como queda dicho, le remaneçieron muchos enemigos nuevamente. Y los vasallos rotos y deshechos comencaron a mormurar y no estimar a su señor, como es costumbre después de grandes adversidades, como otras veçes he dicho. Muchas plaças le tomaron en Lorena, como Baudemont, Spinal y otras. Y por todas partes se prevenían para ir a haçerle daño. Y los más ruynes eran los más atrevidos en estas ocasiones. El Duque de Lorena juntó alguna gente y se fue a alojar sobre Hançi, tomando las más de las plaças pequeñas que estaban çircumbeçinas. El Duque de Borgoña tenía a Puente, a Mason, cuatro leguas de Nanzi. De los que estaban situados dentro había uno de la Casa de Croe, llamado el Señor de Beres, caballero honrrado, y muy buenos soldados, entre los cuales un inglés llamado Cohin, hombre muy valiente, aunque de [199r] humilde calidad. Al qual y a otros llevé yo de guarniçion de Guines al serviçio del duque. El dicho Cohin tenía en la plaça treçientos yngleses a su orden. Y aunque no los apretaban con baterías y assaltos, no les ynviaba el duque socorro ninguno. Y en verdad que haçían mal en no socorrerlos, supuesto que donde estaba no era muy lejos del país de Lorena. Y que tenía más neçesidad de defender lo que poseía que de yr contra los

esguícaros para vengarse del daño que le habían hecho. Todo lo cual le procedía de no tomar consejo y seguirse por solo su parecer. Lo que mostró en la grande obstinación que tuvo en no querer socorrer esta plaça, por mucha diligencia que se hizo en solicitarle para que la socorriese.

Estúvose en el dicho lugar de La Ribiera seis semanas sin propósito. Y si hubiera hecho lo que procuraban los que le daban consejo con facilidad, hubiera socorrido la plaça, porque el Duque de Lorena tenía poca gente y, conservando el país de Lorena, tenía paso para yr de Lucemburg a Borgoña. Por lo cual si siguiera a la razón como otras veces hacía, hubiera hecho más diligencia. Entretanto que los çercados aguardaban socorro, les mataron de un cañonaço al [199v] al dicho Cohin, que fue de gran pérdida para el Duque de Borgoña, porque a las veçes la persona de un solo hombre es causa de evitar a su señor muchos ynconvenientes, aunque no sea de grande naçimiento mientras tiene valor y entendimiento. Y en este particular sea conoçido la grande prudencia de nuestro Rey, porque jamás príncipe temió más perder su gente que él.

CAPÍTULO LXXXXXI. Cómo la villa de Nançi se rindió al Duque de Lorena, y de la trayción del Conde de Campobache contra el Duque de Borgoña, su señor.

Luego que fue muerto el dicho Cohin, los ingleses a quienes mandaba empeçaron a mormurar y a perder la esperança de ser socorridos, no conoçiendo la poca gente que el Duque de Lorena tenía y el gran poder de el de Borgoña para juntarla. Pero por el mucho tiempo que los ingleses no se vieron en guerra fuera de su Rey no entendían bien la manera de sustentar los sitios. [200r] Por lo cual quisieron tratar de conçierto y dijeron al dicho Señor de Bures, que era gobernador de la villa, que si no venía en que se concertasen que ellos lo harían sin él. El cual, aunque era buen caballero, tenía poco valor. Y assí, con rogativas y persuasiones, les pedía que no lo hiçiesen. Y creo que si hubiera hablado con más esfuerço que le hubiera suçedido mejor si ya no es que Dios assí lo tuviese dispuesto. Porque si las sustentara tres días solos en ellos tuviera socorro. Pero, por no alargarme, condeçendió con los yngleses y rindió la plaça al Duque de Lorena, salvo las personas y bienes.

Dos días después de haberse rendido, llegó el duque muy çerca, muy bien acompañado, como era neçesario, porque le había venido alguna gente de la parte de Lucemburg y de otras partes de sus estados, encontráronse los dos duques. Pero no se hiço cosa de ymportançia porque el de Lorena no tenía fuerças bastantes. El Duque de Borgoña volvió a su obstinación y de nuevo puso sitio a Nanzi. Mas muy mejor le hubiera sido no ser tan pertinaz en quedarse. Pero Dios encamina estas voluntades extrahordinarias de los príncipes cuando los quiere castigar, mudándoles su fortuna. Si el duque hubiera querido [200v] tomar el consejo que le daban y guarneçer bien los

lugares pequeños de alrededor, en pocos días hubiera cobrado su plaza. Porque estaba mal proveyda de bastimentos y había demasiada gente para poderse entretener con necesidad, y podía refrescar y reformar su ejército. Pero hizo esto al revés, en tanto que estaba entretenido en este desdichado sitio, que lo fue mucho para él y para sus vasallos y otros muchos a quien no tocaba la querrela en nada. Comenzaron muchos de los suyos a murmurar, diciendo como le salían tantos enemigos por todas partes. Y que lo que más les admiraba era que fuera uno dellos el conde Nicolás de Campobache, del Reyno de Nápoles, de adonde estaba desterrado por causa de las guerras que este Reyno tuvo con la Casa de Anju. A quien el Duque de Borgoña había recibido y hecho mucho bien después de la muerte del Duque Nicolás de Calabria y a otros de sus criados. Este conde, como he dicho en otras partes, era muy pobre de muebles y heredades. Y el Duque de Borgoña, luego que le recibió, le dio cuarenta mil escudos de empréstito, a fin que fuese a hacer en Italia cuatrocientos hombres que pagaba de su mano.

Y para pagarle bien estas mercedes al duque su señor. Luego comenzó a tratar en su fantasía el modo de matarlo, y lo con- [201r] -tinuó hasta el punto de que hablo en donde hizo más fuerza a su intento malo, por verlo declinado y dejado de la fortuna. Y para mejor llegar al efecto deste pensamiento comenzó a tratar y platicar con el Duque de Lorena y con algunos capitanes y criados del Rey que estaban en Champaña, vecinos del ejército del duque. Al de Lorena prometía hacer de manera que el sitio no hiciese ningún efecto, porque haría que faltasen los bastimentos y cosas necesarias para él y para su batería. Todo lo cual podía muy bien hacer, porque en esto tenía el cargo principal y la autoridad del Duque de Borgoña. A los de la parte del Rey les hablaba más claro, porque su menor oferta era matar o prender a su señor. Y les pedía que les pagase los cuatrocientos hombres que he dicho tiene a su orden, y veinte mil escudos de contado y un condado bueno. Mientras que tramaba estas cosas, vinieron algunos



caballeros del Duque de Lorena para entrar en la plaza. De los cuales **algunos entraron y otros fueron presos. Uno de los cuales** fue uno un caballero de Provença llamado Çifron, que era el que trataba todas las tramas del dicho Campobache con el Duque de Lorena. El Duque de Borgoña mandó que ahorcasen luego al dicho Çifron, diçiendo [201v] que después que un príncipe ha puesto el sitio a una plaza y hecho tirar la artillería, si algunos vienen a entrar o a socorrerla contra él, son dignos de la muerte por leyes de la guerra. Lo cual con todo esto no se acostumbra en nuestras guerras, que son más crueles que las de Italia y España, adonde se suele haçer. Quiso no obstante el duque que este caballero muriese. El cual cuando vido que a su mal no había remedio y que le querían llevar a la muerte, embió arrogar al duque que fuese servido de oyrle que le diría cosa que tocaba a su persona. Algunos caballeros a quienes dixo estas palabras vinieron a referírselas al duque, y acaso el Conde Campobache se halló presente cuando llegaron. O que sabiendo que el dicho Çifron estaba preso, quiso hallarse sospechando que no dijese dél lo que sabía açerca de la trayçión, assí de la una parte como de la otra, por habérselo comunicado todo, esto era lo mismo que el caballero Çifron quería deçir al duque. El cual respondió que bien entendía que lo que pretendía con hablarle era para salvar la vida y que lo que él le quería deçir se lo dijese a ellos. El conde, dueño de esta trayçión, animó mucho el yntento del duque. Allí no se halló en esta ocasión mas que el duque y un secretario que escribía, porque tenía todo el cargo [202r] de este exército. El preso respondió que no lo diría a otra persona que a la del duque, el cual de nuevo mandó que le llevasen ahorcar, lo cual se hiço. Llevándole por el camino, pidió el dicho Çifron a muchos que suplicasen a su señor por él, adviertiéndole que le revelaría cosa que por todo su estado no quisiera dejar de saberla. Muchos que le conoçían le tenían lástima, y vinieron a hablar al duque y a suplicarle se sirviese de oyrle. Pero el malvado del conde estaba a la puerta del aposento del duque y no dejaba entrar a nadie,

rehusando a estos la puerta, diciendo: «Mi señor quiere que este se ahorque». Luego, además desto, solícitaba el juez con muchos recaudos para que apresurase esta muerte. Finalmente el dicho Çifron fue ahorcado con gran daño del Duque de Borgoña, que harto mejor le hubiera estado no ser tan cruel con este hombre y haber con piedad oydo lo que tanto le ymportaba y le quiso decir tantas veces. Y pudiera ser que si le oyera que fuera aún vivo y su cassa entera y aumentada, atento a las cosas que después han sucedido en este Reyno. Pero es de creer que así lo tenía Dios ordenado después del feo caso que el duque usó con el Conde de San Pol, Condestable de Françia, como ya habéis entendido arriba, en haberle prendido sobre su siguro y entregádole [202v] al Rey para haçerle morir. Y más las escrituras y cartas que tenía del condestable para que sirviesen en su proçeso.

Pero lo que más me admira es que, puesto caso que el duque tuviera, como a la verdad tenía, justa ocasión de tener odio al condestable hasta la muerte y de procurársela por muchas raçones que fuera largo en referirlas, no pudiera hallar ninguna que satisfaçiera al haber faltado a su palabra y salvoconducto que dio al condestable para debajo del prenderlo y venderlo. No tanto por San Quintín y plaças y muebles suyos, quanto de miedo de perder a Nançi que tenía sitiada la primera vez. Y después de muchas dilaciones dio al condestable, temiendo que el exérçito del Rey, que estaba en Champaña, no le estorbase su empresa. Y también porque el Rey con sus embaxadores le amenaçaba si no cumplía el conçierto que estaba tratado entre los dos. Que el primero que le hubiese a las manos dentro de ocho días hiçiese justiçia o lo entregase al otro. Y el duque había dejado pasar el término y este solo temor y avariçia de Nançi le hiço entregar al dicho condestable, como habéis oydo. Y en el propio lugar de Nanzi, que había cometido esta justiçia y hecho morir al dicho Çifron sin haber querido oyrle, como hombre que tenía çerrados los oydos y turbado el entendimiento, fue [203r]

vendido y se le hizo trayción por aquel de quien más confianza hacía. O por ventura fue justo pago del mal hecho que hizo con el condestable, por codicia de la dicha villa de Nanzi, pero este juicio le pertenece a Dios. Solo digo, porque mi propósito sea mejor entendido y que se conozca, cuánto un príncipe debe huir de hacer hechos villanos y desleales por mucho que sea persuadido y aconsejado. Porque muchas veces sucede que los que le aconsejan son lisonjeros, y más lo hacen por complacerlo y congraciarse ellos. O por no contradecirle, que por otra razón. A quienes después de sucedido la mala fortuna les pesa mucho temiendo el castigo justo que les puede venir, así de Dios como del mundo. Y tales consejeros valdría más que estuviesen muy lejos del príncipe que cerca su persona. Muchas veces Dios guarda en este mundo algunos hombres para que sean instrumento del castigo de otros. Así se puede creer tuviese guardado a este Conde de Campobache para que lo fuese para castigar al duque por el caso que usó con el condestable. Y en el propio lugar y de la misma manera, y aún con más crueldad. Porque fue traydos contra quien le había recogido y amparado en tiempo de su ma- [203v] -yor necesidad, y siendo viejo pobre y sin ningún arrimo. Y le daba de sueldo cien mil ducados con los cuales pagaba su gente de armas de su mano, y otras grandes comodidades que le hacía. Cuando **empeçó** esta trama se yba a Italia con cuarenta mil ducados de contado que, como habéis oydo, le había prestado el duque para levantar su gente. Comunica su pensamiento en dos partes. La una a un médico que después vino en León, llamado Simón de Pavia, y a otro de Saboya, de quien en otras ocasiones he hablado.

A la vuelta de Italia fue alojada su gente en ciertas plaças del Condado de Marla, que es en Lanoes. Y allí volvió a su plática, ofreciéndole de dar todas las plaças que tenía. O que si el Rey se hallaba en batalla **contra** el duque, su amo, estaría advertida cierta señal entre él y el Rey. La cual hecha se volvería contra el duque y de la parte del

Rey con toda su gente. Este segundo partido no contentó al Rey, mas ofreçía que la primera vez que el duque alojase en campaña le prendería o mataría cuando fuese visitando el campo. Y a deçir la verdad, este terçer yntento le saliera muy bien. Porque el duque tenía una costumbre: que luego que llegaba [204r] adonde había de alojar el exército, se quitaba todas las armas, quedando solo con el petto, y se ponía en una haquilla con ocho o diez archeros que yban a pie con él sin otra guardia y algunas veçes dos o tres caballeros de su cámara. Y desta manera daba vuelta alrededor del campo por de fuera, para ver si estaba bien çerrado. Por lo cual el conde sin ninguna dificultad hubiera executado su mal yntento con solos diez caballos. Después de haber visto el Rey la continua porfía que haçía este hombre para haçer esta trayción a su amo y que era en tiempo de tregua, no acababa de entender qué fin llevaba. Y así determinó mostrar al duque la generosidad de su pecho y le ymbió al Señor de Contay que le refiriese, por entonçes, los tratados de este conde. Y yo estoy siguro que el dicho Contay cumplió fielmente con lo que su amo le había mandado, pero el duque lo tomó al revés, diçiendo que si esto fuera de verdad, que el Rey no le hubiera avisado. Y esto fue mucho antes que viniera a Nançi. Yo creo que el duque en manera ninguna dijo nada de lo que habían dicho al conde, porque jamás mudó de parecer. [204v]

CAPÍTULO LXXXXII. Cómo el Rey de Portugal pasó a Francia a pedir socorro al Rey contra el de Castilla.

Bien será que volvamos a nuestra materia principal y a este sitio que el duque tenía sobre Nanzi. Que era en el rigor del ynvierno, con poca gente mal armada y peor pagada, y muchos enfermos y muchos de los mejores conjurados contra el duque. Como habéis oydo, todos murmuraban de sus obras menospreciándolas, cosa muy ordinaria en tiempo de adversidades. Pero ninguno hablaba de su persona ni estado, sino el mal conde de Campobache, porque en sus vasallos nunca se halló ningún género de deslealtad. Estando este pobre aparejo de guerra, el duque de Lorena trató con los viejos aliados, que antes he nombrado, de juntar gente para pelear contra el Duque de Borgoña que estaba sobre Nançi. Todas las villas çircumveçinas se dieron de buena gana al de Lorena por estarle afiçionadas, a quien solo le faltaban dineros. El Rey de Francia le animó con los embaxadores que había ym- [205r] -biado a los esguíçaros. Y le dio asimismo cuarenta mil francos para ayuda a pagar los alemanes. Y el Señor de Cran, su lugarteniente en Champaña, estaba alojado en Barroes con setecientas o ochoçientas lanças, acompañado con buenos archeros y capitanes. Y tanto hiço el Duque de Lorena con el favor y dineros del Rey, que sacó gran número de alemanes, tanto de ynfantería como de a caballo. Porque además de los que pagó, ellos llevaron otros muchos a su costa. Además había con él otros muchos caballeros deste Reyno. Junto con el exército del Rey, estaba alojado en Barroes, como he dicho, sin haçer ningún movimiento ni guerra. Mas solo se estaba a la mira esperando quién saldría con la victoria. El Duque de Lorena vino a alojarse con los dichos alemanes a San Nicolás, çerca de Nançi.

El Rey de Portugal había nueve meses que estaba en este Reyno con el qual el Rey se había aliado contra el Rey de España que hoy vive. Y el de Portugal había venido con esperanças que el Rey le había de dar grande exército para haçer guerra en Castilla por la parte de Vizcaya o Navarra, porque tenía muchas plaças en Castilla a la frontera de Portugal. Y otras tenía veçinas a nosotros, como el castillo de Burgos y otros. [205v] Y creo que si el Rey le hubiera ayudado, como en algún tiempo tuvo voluntad, que el de Portugal hubiera salido con su yntento. Pero esta voluntad se le quitó y tuvo entretenido al Rey de Portugal un año y más en esta esperança.

CAPÍTULO LXXXIII. Cómo el Rey de Portugal se partió de Francia en hábito disfrazado con solas dos personas en su compañía con presupuesto de yr a Roma y entrarse en religión.

En el tiempo que el Rey de Portugal se detenía en Francia, yban de mal en peor sus negocios con el de Castilla, porque cuando se partió de Portugal casi todos los señores del Reyno le favoreçían y ayudaban. Pero viéndole ausente tanto tiempo, poco a poco mudaron de propósito y se conçertaron con el Rey Don Fernando y Reyna Doña Ysabel, que entonçes Reynaban. El Rey daba por escusa al de Portugal que no le daba ayuda, por tener tan veçina la guerra del Duque de Lorena. A [206r] quien le había prometido con el de Borgoña, fingiendo tener temor, de que si el Duque de Borgoña se le defendía y vençía al de Lorena, después no le viniese a acometer y haçer guerra. Este pobre Rey de Portugal que era bueno y justo, se puso a ymaginar que sería bien yrse al Duque de Borgoña, que era su primo hermano, a apaçiguar las diferencias que había entre el Rey y él, a fin que el Rey le pudiese ayudar, porque tenía a deshonrra **de** volverse a Portugal sin haber efectuado cosa ninguna, habiéndose movido ligeramente y contra la opinión de muchos de su Consejo, y así se puso en camino en el rigor del invierno. Y fue al Duque de Borgoña, su primo a Nanzi, a quien dio cuenta de lo que el Rey le había dicho. Pareçiéndole que por este camino se haría el conçierto, pero halló mucha dificultad para poderlos conçertar, por estar en todo muy diferentes. Por lo cual, no se detuvo más de dos días. Al fin de ellos, pidió liçençia al duque para volverse a París, de donde había salido. El duque le rogó que se detuviese algún tiempo más y que fuese a Puente, a Manson, que es çerca de Nanzi, para guardar aquel paso, porque ya el

duque sabía cómo el ejército [206v] de los alemanes estaba alojado en San Nicolás. El Rey se excusó, diciendo que no estaba acompañado de la manera que convenía para tal efecto y se volvió a París. Adonde estuvo mucho tiempo al fin del cual el **de Portugal** comenzó a sospechar que el **Rey** le quería hacer prender y entregar al Rey de Castilla, su enemigo. Por lo cual se disfrazó con otros dos en su compañía determinado de yrse a Roma y entrarse en religión. Y caminando con este hábito fue preso por un hombre llamado Robinet el Buvy, que era de Normandía. El Rey nuestro señor recibió mucho disgusto y tuvo este caso por vergonzoso. Hícole armar muchos navíos de la costa de Normandía y dellos dio el cargo a Jorge Liguier para llevarlo a Portugal, lo que se hizo sin dilación.

La ocasión que el de Portugal tenía para hacer guerra al de Castilla era por su sobrina, hija de su hermana, muger que fue del Rey Henrrico de Castilla, postrer muerto. La cual sobrina era donçella dama muy hermosa y entonces estaba en Portugal por casar. A la cual la Reyna Ysabel, hermana del Rey Henrrico, echaba de la sucesión de Castilla, diciendo que la madre [207r] la había concebido en adulterio. Muchos eran de esta opinión, diciendo que el Rey Henrrico no podía engendrar, por alguna razón que es bien se calle. Como quiere que esto hubiese pasado y no obstante que la dicha hija hubiese nacido debajo del manto del matrimonio. Con todo eso, la Corona de Castilla se quedó a la Reyna Ysabel y a su marido, el Rey de Aragón y de Sicilia, que entonces Reynaban. Procuraba el Rey de Portugal de hacer el casamiento de la dicha dama con nuestro Rey Carlos, Octavo deste nombre, que en esta sazón Reynaba. Y esta era la causa porque el Rey de Portugal había venido en Francia, lo cual le fue de grandísimo daño y disgusto, porque poco después de haber vuelto a Portugal se murió. Por lo cual, como he dicho al principio de esta historia, debe un príncipe mirar muy bien qué embajadores envía a tierras estrañas. Porque si los que vinieron a hacer la alianza del



Rey de Portugal en Françia, a la qual me hallé presente y fui uno de los diputados por el Rey, fueran prudentes, miraran bien las cosas de acá primero que aconsejar a su señor esta venida que le fue de tanto daño. [207v]

CAPÍTULO LXXXIII. Cómo el Duque de Lorena se partió de San Nicolás con su ejército para acometer al de Borgoña.

Bien me hubiera pasado sin hacer este discurso si no fuera por mostrar que no sin extrema necesidad debe un príncipe ponerse debajo del amparo del otro y mucho menos yr en persona a buscar su socorro. Pero, volviendo a mi principal materia, el Rey de Portugal no había caminado un día después que se partió del Duque de Borgoña, cuando el Duque de Lorena y los alemanes que estaban en su compañía se desalojaron de San Nicolás para yr a cometer al Duque de Borgoña. En este mismo día vino a encontrarlos el Conde de Campobache para acabar su ympresa y se **puso** de su parte con çiento y setenta hombres de armas. Tenía este mal hombre tan ynfiçionado el coracón, que tenía en él un grande pesar, porque no lo había hecho aún mucho peor con su Señor. Los de dentro de Nançi estaban advertidos de los tratados del dicho conde que los animaba a sustentar el sitio. Demás desto, entró un hombre a la villa arrojándose en el fosso para asegurarlos del socorro [208r] porque de otra manera estaban ya en puntos de rendirse. Y si no fuera por el engaño deste conde, no se hubieran sustentado hasta entonces, pero Dios quiso acabar este misterio. El Duque de Borgoña, siendo advertido desta venida, tuvo algún poco de consejo, cosa que no acostumbraba hacer, usando comúnmente de solo su parecer. Y fue opinión de muchos que se retirase a puente a Mansont y dejase su gente en las plaças que tenía alrededor de Nançi, diciendo que luego que los alemanes hubiesen puesto bastimentos en Nanzi se yrían, con que faltaría el dinero al Duque de Lorena, el cual en mucho tiempo no juntaría tanta gente. Y que el bastimento no podía ser tanto que antes que pasase la mitad del ynvierno no quedasen

tan apretados como estaban entonces. Y que, entretanto, el duque podía juntar gente porque, según entendí de personas que tenían alguna certeza desto, que no tenía en su campo cuatro mil hombres, de los cuales no había más que mil y doscientos en estado de pelear. Dineros tenía muchos, porque en el castillo de Luxemburgo, que estaba cerca de allí, había cuatrocientos y cincuenta mil escudos y hubiera recogido mucha gente. Pero Dios no quiso concederle esta gracia de recibir tan buen parecer, ni que conociese tantos enemigos alojados de todas [208v] partes alrededor dél. Y así escogía siempre el peor partido, determinando, según el parecer de hombres insensatos, de esperar la fortuna, no obstante los avisos que tenía del gran número de alemanes que estaban con el Duque de Lorena. Y también del ejército del Rey alojado muy cerca de allí y determinado a dar la batalla con este pequeño número de gente amedrentada.

En llegando el Conde de Campobache al Duque de Lorena, los alemanes le **enviaron** a decir que se retirase porque ellos no querían ningún traidor en su compañía, y así se retiró a conde castillo y pasaje cerca de allí, a quien fortificó con carros y otras cosas lo mejor que le fue posible; con esperanzas que huyendo el Duque de Borgoña y su gente algunos caerían en aquella parte, como ello sucedió. Este no era el principal tratado que tuvo el dicho conde con el Duque de Lorena, con quien habló poco al tiempo de su partida. Y con ellos concluyó que viendo que no pudiese poner la mano sobre el Duque de Borgoña se pasaría de la otra parte al tiempo de la batalla. Y no quería volverse antes a fin de dar mayor espanto a todo el campo del dicho duque. Pero bien aseguraba que si se huía, que no escaparía vivo, porque en trece o catorce personas que estarían puestas parte dellas para empezar la [209r] huída, luego que verían marchar los alemanes, y los otros que tendrían puestos los ojos en el duque para que si huía matarle huyendo, en lo cual no habría duda ni falta alguna. Yo he conocido dos o tres de los que quedaron para matar al Duque de Borgoña. Después de haber concluido

estas grandes trayçiones, se retiró dentro del campo. Y viendo venir los alemanes que no le quisieron en su compañía, se volvió contra su señor, y como queda dicho se fue a este castillo de conde. Los alemanes marcharon y con ellos había gran número de gente de a caballo de los de acá que los dexaron yr. Muchos se pusieron çerca del lugar por ver si el duque sería roto para tomar algún prisionero o haçer otra presa. Mirad en qué estado se puso este pobre Duque de Borgoña por falta de no haber querido creer ni tomar los buenos consejos que se le daban.

CAPÍTULO LXXXXV. Cómo el Duque de Borgoña fue roto y desbaratado por el Duque de Lorena junto a Nanzi.

[209v] Después que los dos exércitos se acometieron, el de el Duque de Borgoña, fue roto porque era poca la gente y mal aperçebida, y fueron puestos en huida. De los cuales muchos se salvaron, otros murieron y otros quedaron presos. Y entre otros, murió en esta batalla el Duque de Borgoña. No quiero deçir de qué manera porque **no** me hallé presente, pero según lo que me dijeron los que le vieron caer en tierra, que por estar presos no lo pudieron socorrer ni ver el fin de su muerte, que llegó donde lo vieron caer un gran tropel de gente, y que allí murió, y que le desnudaron sin çonocerle. Fue esta batalla a çinco de enero del año de 1476, víspera de los Reyes.

Yo vi después en Milán un sello de una sortija que muchas veçes se le había visto colgado en el jubón, que era de **ágata**, en que estaban cortadas sus armas el cual se vendió allí **por** dos escudos. Quien se lo quitó fue un mal ayuda de cámara. Yo le he visto muchas veçes vestir y desnudar con mucha grandeza y, a esta postrera hora, le vi falto de todo y acabado él y su cassa en el mismo lugar adonde había por avariçia dado al condestable poco tiempo antes. Dios le perdone sus pecados. Yo lo conoçí **grande** príncipe y estimado tanto como cualquier otro de la cristiandad, o por ventura más y procurada su amistad de sus veçinos. [210r] No halló otra ocasión que él pudiese poner en desgraçia con Dios, sino el querer atribuir a sola su virtud todos los buenos sucesos que en su vida tuvo sin acordarse de Dios, de adonde le venían, y, a la verdad, en él ocurrían buenas partes y virtuosas. Y en raçón de grande casa y bien gobernada, ningún príncipe de su tiempo le aventajó. Sus merçedes no fueron grandes, porque yba con mira

de haçer partiçipantes de ellas a muchos, y que todos tuviesen parte. Era mucha su afixión en dar audiencia a sus criados y vassallos. En el tiempo que yo le serví, no le conoçí cruel, pero fuelo poco antes de su muerte, que fue señal de su poca vida. Era muy obstentativo en vestidos y demás cossas. Con demasía a los embaxadores y gente estrangera honrraba mucho y regalaba y festejaba en su misma cassa. Deseaba adquirir grande gloria, que era lo que le metía en guerras dificultosas, más que otros yntentos, quiriendo ymitar a aquellos pasados príncipes de quienes hay tantas historias escritas. Era valiente como otro de su tiempo, pero la muerte dio fin a todos sus pensamientos, pues le suçedió todo en su daño y deshonor, cossa que los que viven siempre la adquieren.

Yo no sabría deçir contra quién nuestro señor se **mostró** mas yndinado o con el que murió luego [210v] y en su exército, sin estar penando mucho, o con sus vasallos, que nunca después aca han tenido bien ni descanso sino continua guerra. Contra la cual no eran bastantes a poder de resistencia, ni a la que tenían unos contra otros, por ser muy cruel y mortal y ha sido más pessada de llevar. Porque los que los defendían eran gentes estrangeras y poco antes habían sido sus enemigos, porque eran todos alemanes. En efeto, después de su muerte no han tenido de todos los cuales ayudaban quien les favoreçiese con voluntad, como ha pareçido por sus obras. Porque ellos tenían el entendimiento turbado, como le tuvo su señor poco antes que muriese. Porque todo buen consejo lo había, dejado siguiendo tan solamente el que les podía haçer y estar en camino de perderse o, por lo menos, en mucha ocassión dello.

CAPÍTULO LXXXVI. Cómo a la Cassa del Cuque de Borgoña, por ciento y veinte años, todas las cossas le suçedieron con mucha felicidad, hasta el tiempo del Duque Carlos.

[211r] Yo soy de la opinión que una persona que yo conoçí que da Dios los príncipes algunas veçes para castigo de los vasallos, disponiendo los ánimos dellos según que los quiere levantar o abatir. Así suçedió a esta Cassa de Borgoña, porque después de mucha felicidad y riqueças, y tres grandes prudentes y valerosos príncipes, antecedentes de el desdichado Duque Carlos, que habían Reynado ciento y veinte años o más, gobernando con prudencia y virtud, les dio este duque, que continuamente les tuvo en grandes guerras gastos y trabajos. Y cassi siempre en tiempo de ynvierno, en que mucha gente rica fueron muertos y destruydos en prisiones. En estas guerras los malos suçesos comencaron en Nuz y se continuaron en tres o cuatro batallas hasta su muerte. De manera que en este tiempo estaban consumadas las fuerças de sus estados y muertos, destruydos y presos todos los que pudieran y supieran defender el estado y la honrra de su casa. Y así como he dicho, parece que esta pérdida ha sido yqual al tiempo que han estado en felicidad, porque yo la he visto grande, rica y estimada, y lo mismo puedo decir en sus vasallos. Y creo que he andado la mayor parte de Europa, y no visto ningún estado, no solo yqual, pero mayor, que fuese tan abundante en riquezas, muebles y edifiçios. Y también en todo [211v] género de manificencias, como son gastos, regalos y fiestas, como lo vi y experimenté en el tiempo que allí estuve. Y si pareçiere a alguno que no será esto assí, prinçipalmente en el tiempo que yo digo, y que los engrandezco, mas otros que estuvieron allí dirán por ventura que ando corto. Ahora ha querido Dios

derribar, de un golpe, tan grande y sumptuoso edificio de esta poderosa cassa que ha sustentado y criado tanta gente virtuosa y de valor; que ha sido tan estimada, assí de los veçinos como de los que estaban lejos por tantas victorias y glorias adqueridas, tanto como otra alguna de las çercanas a su tiempo. Habiéndole durado esta buena fortuna con el favor de Dios por el tiempo dicho, en el qual todos los príncipes vecinos estaban oprimidos y trabajados como Françia, Ynglaterra y España. Y todos, una vez y otra, le han venido a pedir su amistad, como lo habéis visto. Por experiençia del Rey nuestro amo, que en su moçedad, viviendo el Rey Carlos Séptimo, su padre, se vino a retirar seis años en tiempo del duque Filipe, que amigablemente lo reçibió y hospedó. Pues de Ynglaterra yo he visto los dos hermanos del Rey Eduardo, el Duque de Clarenza y el de Cloçestre, que después se hiço llamar Rey Ricardo, y de la otra parçialidad del Rey Henrrico, que era de [212r] la Casa de Alencastro, adonde también vi todos los de esta casa, o faltaban pocos. De todas partes he visto estimada esta Cassa de Borgoña y después toda acabada de un golpe, assí los príncipes como los vasallos, más que otro ninguno. Todos estos suçesos estaban dispuestos por la voluntad de Dios antes que naçiésemos y disporná otros de nuevo después de nuestros días. Porque las prosperidades o adversidades de los príncipes y de sus vasallos pende de la voluntad de Dios.



CAPÍTULO LXXXVII. Cómo el Rey, durante el sitio de Nanci, ordenó las postas en este Reyno, que nunca antes las había habido.

Continuando mi materia, digo que el Rey, habiendo ordenado las postas en este Reyno, que nunca antes las había habido, fue avisado de la rota del Duque de Borgoña, estando aguardando por momentos la verdadera relación del suceso, teniendo avisos antes de Lorena y los alemanes de todas las demás cosas, habiendo mucha gente que estaba con cuydado [212v] para avisarle de la verdadera resolución de todo. Y assí procuraba cada uno ser el primero a traerle nuevas porque siempre les daba alguna cossa y gustaba de hablar de los sucesos de esta jornada. Y deçía que daría cualquiera cosa al que le trajese algunas nuevas. El Señor de Bocaje y yo, estando juntos, tuvimos la primera nueva de la batalla de Morat y entrambos se la dimos al Rey, el cual nos dio a cada uno duçientos marcos de plata. El Señor de Lude, que dormía fuera de Plesis, supo el primero la llegada del correo que trajo las nuevas y cartas de esta batalla de Nanzi. Y se las pidió y no ossó rehusar de dárselas, por la privança que tenía con el Rey. Y con ellas fue muy de mañana, que apenas era de día, a llamar a la puerta más cercana de la posada del Rey. Y le abrieron y dio las cartas que escribía el Señor de Cran y otros, pero ninguno escribía de çierto que fuese muerto el duque. Y solo deçían algunos que le habían visto salir huyendo de la batalla y que se había salvado. El Rey al prinçipio se holgó tanto con estas nuevas que no sabía qué semblante haçer. Por una parte dudaba, pareçiéndole que si los alemanes le habían preso, conçertarían su rescate por dineros y que con façilidad el duque lo podía dar. Y por otra, si se había escapado y estaba [213r] del todo su exército destruydo no se determinaría si tomaría o no los estados de

Borgoña, que con facilidad a su parecer los podía tomar por haber muerto en estas tres batallas. Casi toda la gente de consideración, todos, dieron señales de grande contento. Y parecía a los que miraban las cosas con cuidado que había muchas que se esforçaban a mostrarle, porque deseaban que las cosas del duque sucediesen de otra manera. La causa debía de ser porque temían que si el Rey se hallaba sin enemigos, no quisiese mudar muchas cosas, principalmente de gobiernos y oficios, porque había entre ellos personas que en las guerras del Bien Público y en las del Duque de Guiena, su hermano, habían sido contra él. Después de haber hablado en esta materia un poco, oyó missa y comió en su aposento, haciendo que comiesen los que allí estaban, de los cuales era uno el cançiller y algunos del consejo. En el discurso de la comida se habló de estas cosas, y otros y yo miramos con el gusto que comían. Aunque uno dellos, no sé si de disgusto o alegría, como casi nada y no sería de vergüenza, porque ninguno había que no hubiese comido muchas veces con el Rey. En levantándose de la mesa se apartó y hizo merced d' algunos de los lugares que tenía el Duque de Borgoña en caso que fuese cierta su muerte. Y despachó al Bastardo de Borbón, Almirante de Francia, y a mí, dándonos poderes neçessa- [213v] -rios para recibir en su servicio todos los que quisiesen venir. Y nos mandó partir luego y nos dio orden que abriésemos todas las cartas que encontrásemos en el camino. Y nos ynformásemos de todos los correos y mensajeros, para que fuésemos advertidos si el duque era muerto o vivo. Partimos con toda diligencia, no obstante que hacía el tiempo más áspero y frío que se puede creer. Y no hubimos andado media jornada, cuando encontramos un correo y hicimos que nos diese las cartas. Y vimos cómo habían hallado al duque muerto en el campo entre la demás gente. Y particularmente lo aseguraban un paje y un médico llamado López, portugués de nación, que escribía al Señor de Cran que el duque su amo era muerto, el cual luego lo avisó al Rey.

CAPÍTULO LXXXVIII. Cómo el Rey, después de la muerte del Duque de Borgoña, ymbió a toda diligencia a los de Auebilla, Arras y otras villas para reducirlos a su obediencia.

[214r] Habiendo entendido todas estas cosas, caminamos hasta los arrabales de Abeuilla y fuimos los primeros de quien los de aquellos lugares y los de el Duque de Borgoña supieron esta nueva. Hallamos que el Señor de **Torsi** había entrado la villa, a quien de mucho tiempo antes le tenían grande amor la gente de guerra y los que habían sido oficiales del duque. Que trataban con nosotros por medio de un mensajero que habíamos ynviado y con la esperanza que tenían de lo que les habíamos prometido. Despidieron cuatroçientas lanças que tenían para su defensa. Y assí, luego que el pueblo los vio fuera, abrieron las puertas al Señor de Torçi, que fue de grande daño a los capitanes y oficiales de aquella villa, que eran siete u ocho a quien habíamos prometido dineros y algunas pnsiones, conforme a la ynstitución y poderes que trayamos del Rey. Y no se les dio dinero alguno por no haber ellos rendido las plaças. La villa de Abeuilla era uno de los lugares que había dado el Rey Carlos Séptimo en las paçes que se hiçieron en Arras. Los cuales habían de volver a la corona faltando heredero barón, por lo cual no hay que espantarse que tan fácilmente le rindiesen al Rey. De allí partimos a Dorlans, de donde ymbiamos a decir a Arraz, cabeça de Hartues y antiguo patrimonio de los Condes de Flandes, luga- [214v] -res que los heredaban así barones como hembras, que se rindiese. El Señor de Rabastín y el Señor de Cordes, que se hallaban allí, determinaron venirnos a hablar al monte de San Cloy, abadía cerca de Arras, y con ellos alguna gente de la villa. Pareçió que yo, y algunos conmigo, fuésemos, porque

estábamos en duda que no acudiesen a la voluntad del Rey, y por esto se quedó el almirante. Cuando llegué, vinieron luego los dichos Señores de Rabastín y Cordes y mucha gente principal, y con ellos algunos de la villa. Y por parte della su pensionario que hablaba en su nombre, Juan de la Baquería, primer presidente del consejo. Allí pedimos, en nombre del Rey, que nos abriesen y recibiesen dentro diciendo que aquella villa era del Rey y el país por vía de confiscación, y que no haciéndolo estaban en conocido peligro de ser rendidos por fuerza, supuesta la muerte de su señor, y que todo el país estaba sin gente para defenderla a causa de la que había muerto en las tres batallas. Los dichos señores nos dieron respuesta por el dicho Juan de la Baquería, diciendo que este **Condado** de Hartues tocaba a la Duquesa de Borgoña, hija del Duque Carlos, y le venía por lignia recta, porque la Condesa Margarita era Condesa de Flandes, de Hartues, de Borgoña, de Nevers y de Retel. La cual casó con el Duque [215r] Filipo, hijo del Rey Juan y hermano del Rey Carlos Quinto. Y que rogaban al Rey se sirviese de guardar la tregua que había entre él y el Duque Carlos. Nuestro discurso no fue largo, porque ya esperábamos esta respuesta, pero la principal ocasión para que yo fui a los dichos lugares fue por hablar algunas personas particulares que estaban allí y procurar traerlos a la devoción del Rey, y no fue en balde porque habló a algunos que después fueron fieles criados del Rey. Con esto me volví a donde estaba el amirante y le dije lo que pasaba y allí tuvimos nuevas cómo venía el Rey. El cual luego que nosotros partimos se puso en camino y hizo escribir muchas cartas, así en su nombre como de sus criados, para juntar gente con que pensaba hacer la guerra y reducir a su obediencia todos aquellos estados.

CAPÍTULO LXXXVIII. Cómo el Rey mediante la muerte del Duque de Borgoña quedó superior a todos sus enemigos.

Fue grandísimo el contento que tuvo el Rey de verse [215v] superior a todos los que odiaba, y principalmente a sus enemigos, de los unos se había **vengado**, como **del** Condestable de Francia, del Duque de Nemors y de muchos otros. El Duque de Guena, su hermano, de quien tuvo la sucesión, era **muerto**. Toda su Casa de Anju era acabada, como el Rey Renato de Sicilia, los Duques Juan y Nicolás de Calabria, y después su primo dellos, el Conde de Humena y el Conde de Provença, el Conde de Arminay. Le mataron en Lestora, de los cuales todos tuvo el Rey la sucesión y muebles. Pero cuanto más esta Casa de Borgoña era mayor y más poderosa que las otras, y que en el tiempo pasado había tenido grandes guerras con el Rey Carlos Séptimo, su padre, que duró treinta y dos años con ayuda de los ingleses; y que tenía sus estados puestos en los confines y los vasallos gente a propósito para hacer la guerra a él y al Reyno, tanto le fue de mayor gusto su perdición que la de todos los otros juntos. Pareçíale que ya en su vida no hallaría quien procurase contradecir su voluntad, assí dentro su Reyno como fuera dél. En los circunveçinos tenía paz con los yngleses, como habéis entendido, y procuraba con todo su poder que se continuase con todo, siendo libre de cualquier género de temor. Dios no le permitió que tomase esta empresa tan grande por el cabo que era menester y, aunque Dios mostrase, y [216r] después haya mostrado, que con mucho rigor quería castigar esta Casa de Borgoña, tanto en la persona de su señor como en la de sus vasallos, y de otros que allí tenían sus bienes, con todo eso parece que por esta vez el Rey Nuestro Señor no encaminó las cosas por donde era conveniente

para hacerse señor de estos estados y juntarlos a su corona, o por vía de derecho o por casamiento, porque a la verdad no lo podía hacer de otra manera y por otro título que de verdadera y buena amistad. Por donde lo hiciera fácilmente atento al gran desconsuelo, pobreza y necesidad en que se hallaban aquellos estados con que hubiera bien reforçado su Reyno y enriquecido con larga paz. Con la cual le podía sustentar y aliviar de muchas maneras, en espeçial del modo de pasar de la gente de armas que continuamente, en el tienpo passado y en el presente, van del un cabo al otro del Reyno, y muchas veçes sin neçesidad.

En vida del Duque de Borgoña me dixo el Rey que si el duque viniese a morir lo que pensaba hacer era, y hablaba con fundamento, que procuraría hacer el casamiento de su hijo, que después Reynó, con la hija del duque, que después fue Duquesa de Austria. Y que si ella no se contentase por ser el Delfín de mucha menor edad, que procuraría que se casase con algún caballero principal de su Reyno por tener a ella y a sus vasallos en amistad, y recuperar sin pleytos lo que pretendía ser [216v] suyo. En aquel propóstio estaba aún ocho días antes de la muerte del duque. Y siendo también fundado en razón se comenzó a mudar el día mismo que entendió la muerte del duque, y al punto que nos despachó al señor almirante y a mí. Con todo, habló muy poco deste negoçio, pero a algunos prometió tierras y estados cuando el Rey se halló en el camino. En nuestro seguimiento le vinieron nuevas de mucho gusto. De todas partes fuéronle entregados los castillos de Han y Behain, los de San Quintín se entregaron ellos mismos y hicieron entrar dentro al Señor de Mobi, que era su vezino. El Rey estaba muy siguro de la Villa de Perona, que la gobernaba Guillermo Briche, y tenía esperanças de nosotros, y de otros algunos, que el Señor de Cordes se volvería a su serviçio. Embió a Gante a su barbero, llamado Maestre Oliver, natural de una villa cerca de la de Gante, y

otros muchos en diversas partes teniendo de todos grande esperanza, pero muchos le sirvieron más de palabras que de obras.

Capítulo ciento. Cómo el Rey se acercó a la villa de Perona y embió a Maestre Oliver a los de Gante, para probar si les podía reducir a su servicio.

[217r] Cuando el Rey llegó cerca de Perona, yo vine a encontrarle, y Guillermo Bique, con otros algunos, a darle la obediencia de la villa de Perona, de que el Rey fue contentísimo. Detúvose **en ella un día** y yo comí con él, porque tenía gusto y aún costumbre que siempre comiesen en su mesa a lo menos siete o ocho caballeros, y algunas veces más. Después de haber comido se retiró aparte, discontento de lo poco que el señor almirante y yo habíamos hecho. Dixo que había imbiado a Gante a su barbero Oliver, que reduciría aquella villa a su servicio, y a Robinet Dodenfort San Homer, porque allí tenía amigos, los cuales eran personas que tomarían las llaves de la villa y pornían su gente dentro, y lo mismo harían otros que él había ymbiado en otras grandes villas.

Y para probarme lo poco que habíamos hecho, hacía disputar conmigo sobre este propósito al Señor de Lude y a otros. Y supuesto que yo rehusaba de arguir y replicar contra su gusto, le dije al fin que dudaba que Maestre Oliver y los demás que había ymbiado redujesen estas ciudades a su gusto y obediencia con tanta facilidad. Moviome entre otras cosas a decir estas palabras al Rey: verle mudado de voluntad, fiado en las grandes esperanças que cobró con los principios de esta buena fortuna, pareciéndole que se le había de rendir todo y siendo aconsejado de algunos, y él [217v] inclinado, a destruyr y aniquilar esta Cassa de Borgoña de todo punto y partir los estados della. Entre muchos nombraba las personas a quien entendía dar los Condados de Namur y de Henalt, que son çercanos a sus tierras, y los otros mayores estados, como Brabante y



Holanda, procurar que cayesen en manos de algunos Señores de Alemania que fuesen sus amigos, porque le ayudasen a executar su voluntad. Mostró gusto en decirme todas estas cosas, porque otras veces le había yo dicho, y aún aconsejado, que siguiese el otro camino de que arriba se ha hecho mençión. Y quería que yo entendiese las razones y causas porque no lo hacía, y que este camino era el más útil para su Reyno, que había padecido mucho por causa de esta Cassa de Borgoña y de los grandes estados que poseya.

En quanto al mundo y a sus cosas descubría mucha apariençia en lo que el Rey decía, pero en quanto a la buena reputaçión y conçiencia, me parecia lo contrario. Mas su entendimiento era tan grande, que ni yo ni otros de los que allí estábamos podíamos entender el fondo de sus yntentos, ni al fin con que guiaba estos negoçios como él mismo. Porque sin duda era uno de los más agudos hombres que Reynaban en su tiempo, pero en las grandes materias y cosas de mayor ymportançia dispone Dios los coracones de los Reyes y grandes príncipes como quien al [218r] fin los tiene en sus manos para guiarlos según las obras que quieren hacer. Porque si Dios quisiera que nuestro Rey continuara el propósito que él mesmo tenía antes de la muerte del Duque de Borgoña, sin duda se escusaran las guerras que hubo después. Y que de presente hay. Pero nuestras obras, así de una parte como de otra, no mereçían aquella paz y quietud. Y de ahí procede el error que hizo nuestro Rey y no de su buen entendimiento.

Yo digo estas cosas tan claras y espaçificadas por mostrar que al prinçipio, y quando se quiere emprender una grande obra, se ha de tomar con larga consulta resoluçión, para poder elegir el mejor medio y, en particular, poniendo los desseos en las manos de Dios, suplicándole lo guie de su mano por el mejor camino, supuesto que todo el bien y buenos suçesos vienen del çielo. Lo cual quando no lo tuviéramos por doctrina sagrada lo pudiéramos conoçer por la experiencia. No es mi yntento decir mal de mi

Reyno, ni dar a entender que haya errado en esta materia, porque algunos que por ventura conoçían y entendían más que yo eran de su parecer, aunque es verdad que desta manera nunca se hiço junta ni consulta. Las historias no escriben sino alabando a los de quien hablan, dexando muchas cossas por no saber la verdad dellas. Mi determinación es de no hablar cossa que no sea verdad y que no haya visto o entendido de personas de crédito sin mirar a alabancas. Y fácil es de creer que no hay príncipe, por sabio que sea, que no hierre algunas veçes. Y más si tiene larga vida, [218v] pues los mayores consejeros que ha habido han errado en mucho, como se ha visto y se ve cada día.

Después que el Rey se detuvo en aquel village çerca de Perona, se determinó de haçer la entrada el día siguiente, habiéndose dado aquella villa, como he dicho. Cuando **quiso** partir me llamó y me ymbió a Poytu en las fronteras de Bretaña. Y me dijo al oydo que si la empresa de Maestre **Oliver** se erraba y el Señor de Cordes no se volvía de su parte, haría quemar el país de Artues y una parte a la ribera del río Lis, que se llamaba La Leboa. Y que luego después se volvería a Turena. Yo le encomendé a algunos que se habían pasado a su serviçio por mi medio, a los cuales había prometido pensiones y mercedes. Quiso que le diese los nombres por escrito y les cumplió lo que yo les había ofreçido. Y assí me fui al ponerme a caballo el Señor de Lude, que en algunas cossas era açepto al Rey y procuraba su provecho, por el cual no se le daba nada de engañar a unos y a otros, siendo también él fácil de creer y engañado a menudo. Habíase criado con el Rey en la moçedad, por lo cual sabía muy bien seguir su humor por ser hombre de gusto. Me dijo estas raçones como por burla, pero muy agudos: «Vos os vais en tiempo en el cual o nunca habéis de haçer vuestro negoçio, atento las grandes cossas que vienen agora a manos del Rey con que puede engrandeçer a los que quiere bien. Y en quanto a mí, yo aguardo a ser Gobernador de Flandes, a donde pienso

haçerme todo de oro». Y en diçiéndolo, se rió mucho, [219r] pero yo, que no tenía gana de reír, le respondí que estaría muy contento de que le suçediese assí y que tenía esperanças que yo no sería olvidado. Un caballero de Henalt había llegado a buscarme no **había más** de media hora, y me traya cartas de muchos otros a quien yo había escrito rogándoles se redujesen al serviçio del Rey. Este caballero y yo éramos parientes, y porque vive aún no le quiero nombrar. De los que he dicho me traían cartas, me refirió brevemente cómo entregarían las prinçipales villas y plaças de Henalt, y antes de partirme, lo dije al Rey. Y luego le ymbió a llamar y me dixo dél y de otros que no era gente que le convenía. El uno no le agradaba por una cossa y el otro por otra. Y le pareçía que su oferta no era çierta y que las tendrá bien presto sin que ellos ynterviniesen. Conque me fui y hiço que el Señor de Lude hablase a este caballero. El cual quedó muy espantado y se fue muy presto sin tratar mucho desto porque el Rey y el de Lude no se hubieran jamás entendido. Habiendo venido para ayudarse y enriquecerse, preguntole a las primeras palabras qué cosa le darían las villas si él haçía este negoçio. Pero yo creo que el no estimar el Rey lo que ofreçía este caballero proçedió de Dios, porque después yo le vi de manera que le hubiera estimado mucho si le pudiera conseguir. Y por ventura nuestro señor no le quería de todo punto cumplir su desseo por las raçones ya dichas, o que no quería usurpase este país de Henalt que reconoçe al [219v] ymperio, así porque no tenía justo título para poderlo haçer, como por las antiguas alianças y confederaçiones que hay entre los emperadores y los Reyes de Françia. Y bien mostró el Rey tenerlo entendido porque tenía a Cambray, Quesno y Boysi en Henalt, y restituyó este Boysi y puso a Cambray neutral, la cual villa es ymperial. Y aunque yo no me hallaba allí, era ynformado cómo pasaban las cossas. Y bien fácilmente lo podéis creer por el conoçimiento y criança que tenía en una parte y otra. Y después lo he sabido de palabra de los que lo trataban de entrambas partes.

CAPÍTULO CI. Cómo Maestre Oliver, barbero del Rey, no negoció bien con los de la villa de Gante, por lo cual se partió y fue a Tornay.

Maestre Oliver, como habéis oydo, fue a Gante con cartas de creencia a la Duquesa de Borgoña, hija del Duque Carlos. Y llevando comisión de decirle en secreto algunas cosas, a fin de que tuviese por bien de ponerse en las manos del Rey. Este no era su principal cargo, porque bien conocía la dificultad [220r] que tendría de poder hablarla a solas. Y que puesto que la hablara no la **podiera** persuadir a lo que pretendía, pero su yntención era de haçer **alguna** grande mudança en la villa de Gante, conociendo que en todos tiempos era ynclinada a esto y que en el Reynado del Duque Filippo y Carlos la habían tenido con temor, quitándole algunos privilegios de guerra que tuvieron del Duque Filippo cuando con él se concertaron. También les quitó el Duque Carlos un privilegio tocante a la ynstrucción de sus leyes por una ofensa que le hicieron estando en la dicha villa el primer día que hizo su entrada como duque. **Desto** he hablado antes por cuya causa no lo prosigo. Todas estas razones dieron ánimo al dicho Maestro Oliver de proseguir su negocio. Habló con algunos que creya le oyrían con gusto y le ayudarían a executar lo que deseaba, ofreciéndoles que el Rey les volvería los privilegios que habían perdido y otras cosas. Pero no habló desta materia en público en la cassa de la villa, porque primero quería ver lo que podía negociar con esta prinçesa, de la cual ya había entendido algunas razones çerca de su yntención. Después que el dicho Maestre Oliver estuvo algunos días en Gante, le mandaron que presentase la comisión que traía, el cual vino en presencia de la prinçesa y estaba vestido mejor de lo que le tocaba. Dio sus cartas de crehença a la prinçesa, que estaba en una silla, con el

[220v] Duque de Cleves a su lado y el Obispo de Lieja, con otros muchos caballeros principales y otra gente en gran número. Ella leyó las cartas y mandaron al dicho Maestre Oliver que declarase lo que traía a cargo. El cual respondió que tenía orden de hablarle en secreto, a que le respondieron que no era costumbre y en especial a esta princesa que era donçella. Porfió diçiendo que no lo diría a otro sino a ella, a que le replicaron que se lo harían deçir por fuerça, de que tuvo miedo. Y creo que cuando vino a dar la carta de creença no había pensado lo que había de deçir porque verdaderamente esto no era su prinçipal cargo, como habéis oydo, y assí fue por entonces sin deçir otra cosa. Algunos del consejo se burlaron dél tanto por causa de su bajo ofiçio, como de sus términos y manera de hablar. Y en espeçial porque era natural de un pequeño villaje cerca de la dicha villa, los cuales le hiçieron algunas burlas de risa. Luego se huyó de allí porque **fue advertido que** si no lo haçía, **correría** riesgo de que le echasen en el río, como se lo advirtieron y creo que lo hiçieran. Él se haçía llamar Conde de Meulanc, que es una pequeña villa çerca de París, de la cual era capitán. Saliendo de Gante se huyó a Tornay, que es lugar neutral en aquella provinçia, y muy afiçionado al Rey porque era suyo y le pagaba seis mil francos de París cada [221r] año. Por lo demás vivía en toda libertad y allí son admitidos todo género de gente y es villa hermosa y fuerte, como bien lo saben los de por allí. Los eclesiásticos y burgueses de la villa tienen todos sus bienes y rentas en Henalt y en Flandes, porque es comarcana de estos dos paýses. Y por esta causa acostumbraban siempre dar para las viejas guerras del Rey Carlos Séptimo y del Duque Filipo de Borgoña diez mil francos cada año al duque, y lo mismo he visto dar al Duque Carlos. En el tiempo que entró allí el dicho Maestro Oliver no pagaban cosa alguna de que estaban contentos.

CAPÍTULO CII. Cómo los flamencos fueron desbaratados delante de Tornay, en donde murió el Duque de Geldres que había tratado tan mal a su padre.

Aunque el cargo que tenía Maestre Oliver era muy grande, por él no fue tan calumniado como lo fue para los que se le dieron. Al fin salió, tal como era razón, pero dio muestras de valor y de entendimiento en lo que hizo. Porque conociendo que la dicha villa de Tornay no [221v] podía ser más cercana de los dos países que he dicho, y muy cómoda para poderles hacer daño mediante que pudiese poner dentro la gente de armas que el Rey tenía allí cerca. A lo cual los de la villa de ninguna manera le hubieran consentido, porque nunca se mostraron del un partido ni del otro, sino neutrales entre los dos príncipes por las razones dichas. Maestre Oliver avisó secretamente al Señor de Movi, cuyo hijo era baylío desta villa, aunque no vivía en ella, que viniese con su compañía que tenía en San Quintín, y la demás gente de armas que estaban por aquellas tierras. El cual vino a la puerta a la hora que lo nombró y señaló, a donde halló al dicho Oliver, acompañado de treynta o cuarenta hombres. Y tuvo ánimo de hacer abrir la barrera, parte por amor y parte por fuerza, y hizo entrar la gente de armas, de que el pueblo fue muy contento, pero no los gobernadores, de los cuales ymbió siete o ocho a París que en vida del Rey nunca han salido de allí. Después de esta gente de armas, entraron **otras** que hicieron gran daño a los países de las dos provincias, quemando muchos buenos villajes y posesiones, más en daño de los moradores de Tornay que de otros, por las razones ya dichas. Y tanto hicieron que los flamencos vinieron y sacaron de prisión al Duque de Geldres, que le había puesto en ella el Duque Carlos para hazerle su caudillo. Y llegaron sobre la dicha [222r] villa de Tornay, adonde se detuvieron

poco, porque se volvieron huyendo con grande desorden, perdiendo mucha gente. Y entre otros murió el Duque de Geldres, que se puso a la retaguardia para ayudar a sustentar el ympitu, pero fue mal socorrido y murió, de donde procedió esta honrra al Rey por el dicho Maestre Oliver y gran daño a sus enemigos. Otro más prudente y más prinçipal que él bien hubiera errado en guiar este negocio. Harto he hablado de la comisión que dio este prudente Rey a este hombre ynútil para tratar tan grande materia, y bien pareçe que en esto le turbó Dios el entendimiento. Porque, como he dicho, si no hubiera creýdo que el fin de este negoçio fuera demasiado fáçil y hubiera dexado un poco de la pasión y vengança que tenía contra esta Cassa de Borgoña, sin duda tuviera hoy debajo de su albedrío a este estado y señorío.

CAPÍTULO CIII. Cómo la ciudad de Arras fue puesta en la obediencia del Rey por medio del Señor de Cordes llamado Phelippe Crevacor.

Después que el Rey entró en Perona, la cual le fue entre- [222v] -gada por Guillermo Biche, hombre de humilde estado, natural de Molins en Nibernoës, a quien el Duque de Borgoña había puesto en autoridad y enriquecido haciéndole gobernador desta plaza, porque su cassa, llamada Cleri, era cerca de allí, la cual el dicho Biche adquirió, y en ella hizo un fuerte y rico castillo. El Rey recibió en este lugar algunos embajadores de la Princesa de Borgoña, los cuales eran los más principales y poderosos que la podían ayudar. Y no parecía muy acertado el venir todos juntos en tal ocasión, pero sus desdichas eran tan grandes y tanto su temor que no sabían qué decir ni qué hacer. Entre estos vino su chanciller llamado Guillermo Hugonet, hombre muy principal y sabio y que tuvo gran crédito con el Duque Carlos, del cual recibió muchas honrras y favores. Vino también el Señor de Ynuercurt, del cual se ha hecho larga mençion en esta historia, y no me acuerdo haber visto caballero más prudente ni más bien entendido para guiar graves y grandes negoçios. Estaban assí allí mismo el Señor de la Vera, gran Señor en Celandá, y el Señor de Creptura, y muchos otros, así seglares como eclesiásticos, en nombre de muchas buenas villas. Primero que nuestro Rey los oyese, así en general como en particular hizo muchas diligencias para ganar la voluntad de cada uno dellos, los cuales le respondieron con **palabras** humildes y cobardes, [223r] como personas que estaban con temor. Con todo eso, los que tenían sus tierras en lugar donde tenían esperanza que el Rey no pasaría, no quisieron obligársele en cosa ninguna sino con condición que hiciese el casamiento de su hijo el Delfín con la princesa. El



cañiller y el Señor de Himbercurt, que se habían criado con autoridad y grandeça, y que deseaban no venir a menos, y tenían sus bienes en los confines de los estados del Rey, el uno **en** el Ducado de Borgoña y el otro en picardía como Amiens, no dexaron de asentir a lo que el Rey les ofreçía mostrando quererle seguir mediante el matrimonio. El cual haciéndose de todo punto los tenía en su serviçio y, aunque este era el camino mejor para el Rey, con todo eso no le daba gusto, y aún quedó desabrido desta respuesta, porque desde luego no quedaban en su serviçio por disimulo, porque quería servirse dellos en lo que pudiese. A este tiempo tenía buenas correspondencias con el Señor de Cordes, que era el prinçipal de los que tenían a su cargo a Arras, y de quien fue aconsejado que solicitase a los de la ciudad para que el San de Cordes se la entregase. Porque entonçes había murallas o fosos entre la villa y la ciudad y puertas que cerraban contra ella, aunque agora es al contrario porque la ciudad cierra contra la villa. Después de muchas pláticas habidas en los embajadores y de haber- [223v] -les dicho que esto era lo mejor y que más fácilmente se haría la paz si ellos de su voluntad diesen la obediencia, consintieron en ello y en particular el dicho cañiller y el Señor de Himbercurt. Y dieron cartas de crehençia al Señor de Cordes con el consentimiento para que entregase la ciudad de Arras, lo cual el dicho hiço de buena gana.

Luego, pues, que el Rey entró, mandó haçer bastiones de tierra contra la puerta y otros lugares cerca de la villa. Y por este conçierto el Señor de Cordes salió della y hico salir con él su gente de guerra, y **cada uno se fue adonde le dio gusto** y tomó el partido que le pareció. El Señor de Cordes, tiniéndose por desobligado del serviçio que debía a su señora por el consentimiento de los dichos embaxadores, se determinó de jurar fidelidad al Rey y de venirle a servir, considerando que el nombre de Cordes y sus armas estaban de la parte de acá de la ribera del rio Soma, çerca de Beobes, porque su nombre propio era Felipe de Creuacor. Y que también sus tierras, que la Casa de

Borgoña tenía ocupadas a la orilla del rio Soma en vida de los Duques Filipe y Carlos, volvían sin dificultad al Rey por las condiciones del tratado de Arras, mediante las cuales fueron dadas al Duque Filipe para él y sus herederos barones solamente, y el Duque Carlos no dejó más que esta hija, por lo cual el dicho Felipe Creuacor [224r] forcosamente venía a ser vasallo del Rey. Y assí no le podía venir mal de volverse a su serviçio, prinçipalmente restituyéndole lo que tenía suyo si no es que de nuevo hubiese jurado fidelidad a la dicha señora dél. Se ha hablado y hablará de muchas maneras por lo cual yo me remito a la verdad. Bien sé que se crió y fue puesto en este grande estado que tenía por el Duque Carlos, y que su madre crió a la prinçesa, y que él era gobernador de Picardía, Senescal de Ponties, Capitán de Contray, Gobernador de Perona, **Mondidier** y Roya, Capitán de Bolonia y de Hedin por el Duque Carlos cuando murió y, de presente, las tenía por el Rey en la forma y manera que se las dio.

### CAPITULO CIIII. Cómo Hedin y Bolonia se redujeron a la obediencia del Rey.

Después que el Rey acabó de reducir a su obediencia a la ciudad de Arras, como está dicho, se partió y fue a poner el sitio sobre Hedin, y llevó al Señor de Cordes que había tenido la plaza no había más que tres días, en la cual estaba aún su gente. Quedaba muestras de quererla sustentar por la princesa diçi- [224v] -endo que le habían jurado fidelidad, por lo cual tiró la artillería **algunos días**, a los cuales habló el dicho Cordes que a la verdad los de afuera y los de dentro se entendían, y assí la dicha plaza se rindió al Rey. El cual se fue a sitiar a Bolonia, adonde se hizo lo mismo, que solo se sustentaron un día más. Con todo eso, este artificio era muy peligroso si hubiera gente en el país. Y el Rey, que después me lo contó, lo entendió muy bien, porque en Bolonia había gente que conoçieron estas tramas y procuraban yntroducirle soldados si los pudieran hallar a tiempo y defenderla de veras. Entretanto que el Rey se detuvo sobre Bolonia, que fue poco tiempo, como cinco o seis días, los de Arras se **tuvieron** por engañados, viéndose cerrados de una parte y de otra adonde había mucha gente de armas y gran número de artillería. Procuraban buscar gente para guarnecer su villa, sobre lo cual escribieron a los lugares veçinos, como a la Ysla y **Douay**. En este lugar de **Douay** había una poca de gente de a caballo y, entre otros, el Señor de Borgi y otros que no me acuerdo. Y eran de los que habían vuelto de la batalla de Nanzi y se determinaron de venir a meterse en esta villa de Arraz, y en ella juntaron los que pudieron, que serían hasta treçientos caballos, entre buenos y malos, y seisçientos ynfantes. Los de Douay, que en este tiempo estaban aún con brio, los apretaron a que partiesen a mediodía aunque no [225r] quisiesen, que fue para ellos una gran locura, y

assí les sucedió mal, porque el camino de allí a Arras es llano y no hay más de çinco leguas, por lo cual si hubieran aguardado a la noche salieran con su yntento así como lo pensaron, luego que se pusieron en camino los que habían quedado en la ciudad, como el Señor de Lude, Juan de Fou.

La gente del mariscal de Loec fueron avisados de su venida y resolvieron más presto yrlos a acometer, aventurándolo todo que dexarlos entrar en la villa por parecerles que si entraban no podrían defender la ciudad. Lo que emprendían estos era muy peligroso, pero lo executaron con mucho valor y bien, desbaratando esta gente que había salido de Douay, los cuales fueron casi todos muertos o presos y, entre ellos, el Señor de Bergi. El Rey llegó el día siguiente y se holgó mucho de este suceso, y se hiço entregar todos los presos y morir muchos de los ynfantes pensando espantar la mucha gente que en aquellas tierras había. Y al Señor de Bergi hiço el Rey guardar con mucho cuydado por no haber querido **jurarle** fidelidad, lo cual al fin hubo de haçer, aconsejado de su madre. Después de haber estado un año en prisión, el Rey le restituyó todos sus lugares y los sobre que tenía pretensión. Y le dio más de diez mil libras de renta con otros estados. Los que se escaparon desta rota, que fueron pocos, entraron en [225v] la villa, a la cual el Rey hiço plantar la artillería, que era mucha y buena, y batirla. La batería fue muy grande con que todos se atemorizaron. Y por tener poca gente de guerra dentro, el Señor de Cordes tenía en ella buenas ynteligencias, y también porque habiéndose la ciudad rendido al Rey, la villa no se podía sustentar, por lo cual hiçieron una composición cuando se vinieron a rendir, la cual se les guardó mal, de que tuvo parte de la culpa el Señor de Lude. Hiçieron morir muchos ciudadanos y otra mucha gente honrrada, presente el dicho Lude y Maestro Guillermo de **Cerisay** de que tuvieron gran provecho. Porque el Señor de Lude me dixo en este tiempo que él había ganado veinte mil escudos de los fardos de Martas. Los de la villa hiçieron un enprestido al Rey

de sesenta mil **escudos**, que para ellos fue demasiado. Con todo, yo creo que después se los volvieron porque los de Cambray también prestaron cuarenta mil escudos que les fueron vueltos. Y así pienso que lo mismo hicieron de estos otros.

CAPÍTULO CV. Cómo los de Gante hicieron morir muchos de sus consejeros en sabiendo la muerte del Duque de Borgoña.

[226r] En este tiempo del sitio de Arras, la Duquesa de Borgoña estaba en Gante entre las manos de esta gente desenfrenada, de que se le siguió daño a ella y provecho al Rey, porque es muy ordinario perder uno para que otro gane. Cuando ellos supieron la muerte del duque, les pareció que estaban libres de aquella sujeción y tomaron a todos los que gobernaban, que eran veinte y seis, y a todos los hicieron morir tomando para ello color que habían el día antes hecho cortar la cabeza a un hombre y, no obstante que lo merecía, ellos decían que no tenían ningún poder por haber espirado, el cual les había dado el duque con su muerte. Cuando les dio el gobierno, también hicieron morir mucha gente honrada que habían sido aficionados al duque. En los cuales había algunos que en mi tiempo, yo presente, habían ayudado a apartar la voluntad del duque que no destruyese gran parte de la dicha villa como lo quiso hacer. Y obligaron a la dicha princesa a confirmarles sus antiguos privilegios que se los habían quitado por la paz de Gante hecha por el Duque Filippo y otros por el Duque Carlos. Los cuales privilegios no les servían sino de diferencias con su príncipe, el cual aman y desean muchos antes que venga a heredar más. Después que es señor, están mal con él, como hicieron con esta señora a quien habían servido y guardado con mucho cuydado hasta que murió su padre. Y es fácil de conocer [226v] que si al tiempo que murió el duque no hubieran hecho esta alteración y hubieran procurado guardar el país, pudieran luego haber ymbiado gente en Arras, y también a Perona, pero entonces no atendían a más que aquel movimiento.

Con todo eso, estando el Rey en Arras, le vinieron embaxadores, de parte de los tres estados, de los paýses de la prinçesa por haber en Gante algunos diputados dellos, pero por tener ellos en sus manos a la prinçesa hacían lo que querían. El Rey los oyó y, entre otras cosas, le dijeron que las que le habían propuesto que eran encaminadas a la paz proçedían de la voluntad de la dicha señora. La cual en todas cosas se guiaba por el parecer de los tres estados y requerían al Rey alçase la mano de la guerra que haçía en Borgoña y en Artues, y que se señalase día en el cual amigablemente se pudiesen conçertar y que, entre tanto, suspendiese las armas. El Rey se hallaba con mejoras en estas materias y pensaban que suçediesen más a su gusto de lo que suçedieron, porque se hallaba muy ynformado de la gente de guerra que había muerto en todas partes, y muchos ya habían dejado el serviçio de la prinçesa. Y, en particular, el Señor de Cordes, de quien haçía mucho caso y no sin causa, porque en mucho tiempo no hubiera hecho por fuerça lo que hico en poco con su ynteligencia. Y assí no estimó en mucho lo que estos embaxadores le significaban. Y también estaba enterado y entendía que si esta gente de [227r] Gante se hallara con poder turbaría su compañía y no sabrían disponer lo que conviniese para hacer la guerra, porque ningún hombre de experiencia de los que habían tenido autoridad y mano con los príncipes passados era llamado para estas cosas, mas antes le perseguían y corría peligro de que le matasen. Y, en particular, estaban mal con los borgoñones por la grande autoridad que habían tenido en tiempos pasados, y más conoçía el Rey. El cual en tales cosas tenía mejor conoçimiento que ninguno de su Reyno lo que los ganteses haçían en todo tiempo con sus señores, desseándoles ver trabajados mientras ellos no lo sintiesen en su país, con que pensó si estaban en términos de dividirse lo ayudaría porque los con quien tenía que tratar era gente popular y ruda.

En particular en estos discursos y traças sabía el Rey ayudarse y disponerlos haciendo lo que podía para vencer y llevar al cabo lo que emprendía. El cual reparó en lo que estos embaxadores le **dijeron** de que su señora no se resolvía en nada sin el parecer de los tres estados. Y les dijo que estaban muy engañados de su voluntad della y de la de algunos particulares, porque estaba cierto que la prinçesa quería guiar sus cosas por algunos que no deseaban la paz, y que ellos se hallarían sin mano ni voto. De que los embaxadores se turbaron y, como no acostumbrados a tratar tan grandes materias, respon- [227v] -dieron presto que ellos estaban muy çiertos de lo que deçía y que si fuese neçesario mostrarían su yntención. A que se les respondió que si el Rey quería, les podía mostrar cartas escritas de tal mano que fáçilmente le darían crédito, las cuales contenían que la dicha señora no quería guiar sus cosas mas que por cuatro personas, a que replicaron otra vez que ellos estaban çiertos de lo contrario. Entonçes el Rey les hiço mostrar unas cartas que el Cañçiller de Borgoña y el Señor de Himbercurt habían traydo la otra vez que estuvieron en Perona. Las cuales eran escritas parte de letra de la prinçesa y parte de la Duquesa de Borgoña, viuda muger del Duque Carlos y hermana del Rey Eduardo de Inglaterra, y de letra del Señor Rabastain, hermano del Duque de Cleues y çercano pariente de la dicha prinçesa. Y assí era escrita esta carta de tres manos, aunque no era más que en nombre de la prinçesa, pero se había escrito assí porque el Rey le diese más crédito. Lo contenido en la carta era en creençia del cañçiller y Himbercurt. Y más declaraba la dicha prinçesa que era su yntención que todos sus negoçios **los** tratarían cuatro personas, que eran la dicha viuda su madrastra, el Señor de Rabastai y el Cañçiller, Himbercurt. Y que suplicaba al Rey que lo quisiese tratar con ella fuese por mano de los dichos encaminándose a [228r] ellos sin comunicarlo con otros.



CAPITULO CVI. Cómo los de Gante buscaron ocasión para hacer morir al Cançiller de Borgoña y al Señor de Himbercurt que eran personas tan ynsignes.

Cuando los de Gante y los otros diputados que con ellos estaban vieron esta carta de la prinçesa, quedaron suspensos y muy disgustados, a que ayudó lo que trataban con ellos. Finalmente la carta les fue entregada sin darles otra respuesta que fuese de sustançia, cossa que a ellos se les daba muy poco, porque sus pensamientos tenían encaminados a nuevas cosas. A divisiones y a haçer libro nuevo sin considerar el fin que de ahí se les podía seguir, solo atendiendo a lo presente. Sentían mucho la pérdida de Arras, pero como fuese gente criada en negocios de poca ymportançia, antes bien en oficios mecanicos y bajos en la villa, no hallaban el fondo a este. Partiéronse tomando su camino derecho a Gante, adonde hallaron la prinçesa, con la cual estaba el Duque de Cleues, hombre ya viejo. Su pariente çercano de parte de su madre habíase criado en la Casa de Borgoña y [228v] en ella tuvo siempre seis mil florines del Rin de pinsió. De manera que, no obstante el parentesco, asistía muchas veçes como criado. El Obispo de Lieja y otros muchos grandes caballeros y personas de cuenta estaban allí también haçiendo compañía a la dicha señora y, por sus negoçios particulares. Porque el obispo había venido a procurar se quitasen de su país y dioçesi tReynta mil florines o, çerca dellos, que pagaban al Duque Carlos por conçierto hecho entre él y ellos después de las guerras que tuvieron de que antes he hablado causadas por la defensa y negoçios del dicho obispo. Por lo cual no debiera tomar tan a pecho esto, antes les debía desear que fuesen pobres, porque no tenía en su país jurisdicción temporal tino muy poca, además de la espiritual, en comparación de la grandeça y riqueza del país. El dicho obispo era

hermano de estos Duques de Borbón, Juan y Pedro, que entonces tenían aquellos estados. Era hombre de alegre vida y amigo de entretenimientos y holgaduras, sin mirar a lo que le estaba bien ni mal. Retirose a vivir en su compañía Guillermo de la Marcha, gentilombre y valeroso, pero muy cruel y mal acondicionado. El cual siempre fue su enemigo y de la Cassa de Borgoña y, en favor de los liejeses. La prinçesa, a contemplación del dicho obispo y a pedimiento del dicho Guillermo, le dio para el camino quinçe mil [229r] florines del Rin en agradecimiento, de los cuales dentro de muy poco tiempo se volvió contra ella y contra su señor el obispo. Él había emprendido de hacer obispo un hijo suyo por fuerça con el favor que del Rey esperaba tener. Después rompió y desbarató en batalla al dicho obispo y le mató de su propia mano, y le hiço echar en un rio a donde estuvo tres días. El Duque de Cleves estaba allí con esperanças de haçer el casamiento de su hijo mayor con la prinçesa, que le parecía cosa fatible por muchas raçones. Y creo que se hiçiera si el hijo fuera persona de condiçion agradable a ella y a sus criados, porque era **desta** propia cassa y della tenía su estado y se había criado en ella, de adonde por ventura le vino el daño por tenerlo tan conoçido y visto.

Volviendo a mi propósito, estos diputados llegaron a Gante y el consejo se juntó estando la prinçesa sentada en su silla con sus criados alrededor para oyr la relación que traían. La cual comencaron a decir tocando prinçipalmente al punto de lo que querían haçer, diçiendo como en otras cosas habían dicho al Rey que la prinçesa estaba de todo punto determinada de gobernarse por el consejo de los tres estados. A que el Rey les respondió que él estaba muy çierto de lo contrario. A lo cual ellos habían replicado, y el Rey les ofreçió mostrarles carta de la prinçesa, la cual al instante, turbada y en cólera dixo que no podía ser, pensando estar segura que la dicha carta no se habría visto. El que hablaba, que era [229v] el pinsionario de Gante y de Bruselas, oydo lo que la

princesa había dicho, sacó la carta del pecho a vista de todos y se la dio. Mostró bien este ser mal hombre y de poca honrra, en ser causa que esta princesa quedase tan avergonçada con quien no se debía usar un acto tan villano, porque si en algo había errado no le convenía el castigo en público. No hay que preguntar si ella se quedó con muchos colores de vergüença en el rostro, pues a todos había dicho lo contrario. La duquesa viuda y el Señor de Rabastain, el cançiller y el Señor de Himbercourt estaban presentes. El Duque de Cleves y otros a quien él había dado a entender su pensamiento, se encoloriçaron mucho, comenzado desde entonçes en ellos divisiones y se declararon contra la princesa. El Duque de Cleves tuvo siempre esperanças hasta entonçes que el Señor de Himbercourt le ayudaría en este casamiento y viendo esta carta se tuvo por engañado, y le fue después enemigo el Obispo de Lieja. No le querían bien por las cosas pasadas en Lieja, adonde el dicho Himbercourt había sido gobernador. También le quería mal Guillermo **de la Marcha**, que estaba con el obispo, el Conde de San Pol, hijo del Condestable de Françia, de quien queda hecha bastante mençion arriba, también le odiaba y el cançiller, porque en Perona entregaron a su padre en manos del Rey, como muy largamente habéis en- [230r] -tendido. Los de Gante les tenían mala voluntad sin raçon ninguna, pues dellos no habían reçibido ninguna ofensa. Solo procedía de ynuidia de la grande autoridad en que los había visto y, a la verdad, ellos eran de tanto valor como otros cualesquier caballeros que en aquel tiempo se hallasen en aquellos estados, ni en los del Rey, y tan fieles, buenos y leales criados para su señor como todos. Finalmente, la mañana siguiente de la noche en que se mostró la carta los dichos cançiller y Himbercourt fueron presos por los de Gante, no obstante que dello fueron muchas veçes advertidos pero no supieron huir su mala fortuna, como aconçe a otros muchos. Bien creo que sus enemigos que he nombrado ayudaron mucho en esta prisión. Con ellos fue preso también Guillermo de Cluni, Obispo de Terobona, que después

murió Obispo de Potiers, y todos juntos fueron encarcelados. Los ganteses les hicieron proceso, cossa muy fuera de costumbre, por vengarse dellos, y señalaron personas suyas para haçerles los ynterrogatorios y, entre otros, a uno de los de la Marcha, enemigo mortal del dicho Humbercurt.

CAPÍTULO CVII. Cómo los de Gante hicieron cortar la cabeza al Canciller de Borgoña y al Señor de [230v] Himbercurt contra la voluntad de la Condesa de Flandes, su princessa.

Llegadas, pues, las personas señaladas para hacer la ynterrogación al cançiller y Himbercurt, lo primero que les preguntaron fue que por qué habían hecho entregar la ciudad de Arras al Rey por el Señor de Cordes. Bien es verdad que ellos no repararon ni hicieron mucha instancia en este punto, siendo el mayor cargo que les podían hacer, porque su demasiada pasión les cegaba el entendimiento, no dándoles lugar a mirar mucho en ello. Y también porque a ellos no se les daba mucho que su príncipe estuviese pobre y abatido por la pérdida de la ciudad ni por otras ocasiones. Era tanta la ceguedad que tenían que, sin mirar lo que deste caso podía resultar adelante, se precipitaban al efecto. Dél conocióse bien claro la pasión que llevaban pues, dexando lo más substancial y lo que más cargaba a los apasionados, solo echaron mano de dos cosas. La una, sobre algunas dádivas que deçían habían reçibido en especial las cargaban diçiendo que en çierto pleyto que los de Gante tuvieron con un particular había dado el cançiller sentencia en favor de los ganteses. Por lo cual había reçibido can- [231r] -tidad de dineros dando parte al Himbercurt y que, por esta raçón, habían usado mal de la justiçia y la habían vendido. A este cargo de cohechos respondieron con gran justificación, diçiendo que si la sentencia se había dado en favor de los ganteses era por la mucha y clara justicia que tenían. Y que si los ganteses, después de ganado el pleyto y dada la sentençia, habían querido presentarles aquel dinero, que ellos en manera ninguna, ni antes ni después de sentençiado el pleyto, lo habían pedido. Y que si era

verdad que lo habían recibido, que cierto era a cualquier juez, después de sentenciado el pleyto, recibir cualquier presente.

El segundo punto en que repararon fue con decir que los ganteses estaban quejosos y agraviados, porque durante el tiempo que habían sido lugartenientes del Duque Carlos, en muchos casos que se habían ofrecido, habían ydo contra sus privilegios. Y que según uno, que entre los demás había, que decía que cualquier persona que fuese contra los privilegios y que según uno que entre los demás había que decía que cualquier persona que fuese contra los privilegios debiese morir, ellos **habían** incurrido en pena de muerte. En este cargo bien claro estaba el poco fundamento que llevaban, pues no siendo naturales del país, ni sujetos a guardar aquellos fueros, no podían contravenir a ellos, como, en efecto, en ningún tiempo fueron contra ninguno de sus privilegios. Porque si el duque o su padre les habían quitado algunos, se había hecho por concierto con ellos después de muchas guerras y divisiones y que, supuesto que ellos no habían ydo contra ninguno de los privilegios vivos y que estuvieron en pie en su tiempo, que fueron mayores de los que para su provecho fueron menester, no debían ser culpados. No obstante tan suficientes y buenas disculpas como las que estos dos tan insignes barones dieron a estos dos cargos porque del principal que he hablado al principio de este capítulo no hacían mención, los cónsules los condenaron a muerte en las casas de la villa en presencia **dellos** mismos, so color de que habían rompido sus privilegios y recibido dineros después de haber dado sentencia en el pleyto ya dicho.

Estos dos señores, oyendo esta cruel sentencia, quedaron, y con mucha razón, muy espantados y sin hallar remedio por ningún camino por estar en **manos** de sus mortales enemigos. Con todo, apelaron para el Rey y a su Parlamento con esperanzas de que por lo menos por aquí alargaban más su vida y que en el ýnterin sus amigos podrían

favorecerlos para salvar la vida. Antes de la sentençia les dieron tormento sin orden de justiçia y su causa no duró más de seis días, no obstante la apelación. Luego que los hubieron sentenciado les [232r] dieron de término tan solamente tres horas para confesarse y ponerse en orden sus cosas. Las cuales pasadas, los sacaron de la prisión y llevaron a la plaça adonde estaba hecho un cadahalso para ejecutar la sentençia. La prinçesa, que después fue Duquesa de Austria, sabiendo esta sentençia, fue a la cassa de la villa a pedirles y rogarles por estos dos, pero no hiço nada. De allí se fue a la plaça adonde se había juntado todo el pueblo armado y vio a los dos sentençiados sobre el cadahalso. Ella estaba vestida de luto y no tenía en la cabeça más que un lienço blanco, que era hábito humilde y llano que los debía mover a piedad. Y allí rogó al pueblo con lágrimas en los ojos y toda descabellada que tuviesen piedad de aquellos dos criados suyos y que tuviesen por bien devolvérselos. Gran parte del pueblo querían que se hiciese lo que pedía y que no muriesen, otros querían lo contrario, y abajaron las picas los unos contra los otros. Pero los que querían que muriese se hallaron más fuertes y daban voces a los que estaban sobre el cadahalso para que los despachasen, y assí les fueron cortadas las cabeças. La pobre prinçesa se volvió en el estado que habéis oýdo. Estaba en su casa muy lastimada y desconsolada por ser estos dos de quien ella más se fiaba. Después que los de Gante ejecutaron este caso, apartaron del serviçio de la prinçesa al Señor de Rabastain y a la señora, viuda muger que fue del Duque Carlos, [232v] porque habían firmado en la carta que el dicho cançiller y Ymbercourt llevaron y dieron al Rey, como habéis entendido.

Tomando de todo punto la autoridad y **señorío** sobre esta pobre prinçesa, que así se podía llamar, no solo por la pérdida que había tenido en aquellos tiempos de tantas y tan grandes villas, que era muy grande por estar en manos tan poderosas como las del Rey, de las cuales no había esperanças de poderlas cobrar si no era por vía de amistad o

de algún concierto. Y también por hallarse en manos de los más antiguos enemigos y perseguidores de su casa en las acciones públicas. De los cuales ha habido más ignorancia que malicia por tener por oficiales hombres bajos y de rudo entendimiento en las materias del gobierno, sin saberlas disponer como convenía. Su malicia no consistía mas que en dos cosas. La una, que por todos caminos deseaban enflaquecer y traer a menos a su príncipe. La otra, que cuando se hallan en estado que han hecho algún error o gran daño y se ve en flacos y vecinos a algún gran castigo, no hay gente que con más traças y mejor sepa buscar modo, composición y asiento por donde salgan de aquella alixión, ya con medios y actos humildes, ya con dádivas y presentes, acudiendo a las personas que lo pueden remediar.

Entretanto que el Rey se enseñoreaba de las villas y plaças arriba dichas en Picardía, su ejército estaba en Borgoña, [233r] del cual era cabeça, en quanto a la apariencia, el Príncipe de Oranje, que entonces vivía, vasallo del Condado de Borgoña, que poco antes había dexado la amistad del Duque Carlos, segunda vez de este se servía el Rey por ser gran señor y muy enparentado y bienquisto, así en el ducado como en el Condado de Borgoña. El que con efecto era general y gobernaba era el Señor de Cran, de quien se fiaba el Rey por ser caballero sabio y fiel, aunque en trato propio muy abaro. El cual luego que llegó çerca de Borgoña embió delante al Príncipe de Oranje y otros para requerir a los de Dijon que se rindiesen a la obediencia del Rey. Y lo negoció tan bien que no solo Dijón, pero todo el ducado y parte del condado, se entregaron al Rey, y solo Ausona y algunos otros castillos estuvieron por la princesa. Al de Oranje le ofrecieron grandes estados y más de darle todas las plaças que estaban con el Condado de Borgoña de la sucesión del Príncipe de Oranje, su abuelo, sobre que tenía pleytos con los Señores de Chameznón. Los cuales decía que eran favorecidos del duque, porque el pleyto se había visto delante dél muchas veces con gran solemnida, estando el duque



acompañado de muchos jueces, y dio una sentençia contra el dicho príncipe conforme él decía, por cuya causa **dexó** el serviçio del duque y se pasó al de el [233v] Rey. No obstante **la promesa**, cuando el dicho Señor de Cran se halló poseedor de las cossas dichas y en sus manos las mexores placas que debía tener, el príncipe de esta herençia no se las quiso entregar por muchos requerimientos que le hiçieron, y aunque el Rey se lo escribió muchas veçes. El qual conocía que el de Cran usaba mal término con el príncipe pero temía de disgustarle, por tener todo el gobierno del país. Y no pensaba que el dicho príncipe tuviese pensamiento y traca para revelar el país de Borgoña como lo hiço, o por lo menos una gran parte, pero por agora dexaré este propósito hasta que dél trate en otra ocasión.

Después que los de Gante se apoderaron del gobierno de la prinçesa y hecho morir los que habéis oydo, y haber echado del serviçio de la prinçessa los que les pareció, empeçaron en todas partes **a quitar y poner** gente de su gusto. Y en particular destruyeron y saquearon a los que mejor habían servido esta Cassa de Borgoña yndiferentemente, sin atender a los que en algo les podían haber deservido. Entre muchos tomaron enemistad con los borgoñones, desterrándolos a todos y procurando que cayesen en manos del Rey y fuesen sus vasallos. Como lo hacía el mismo Rey, solicitándolos con buenas palabras, dádivas y promesas, y también por fuerça, por tener tan grande exército en el país. Por continuar sus [234r] novedades, los de Gante, y por tener todas las cossas a su gusto, sacaron de la prisión al Duque de Geldres, que en ella estaba mucho tiempo había por el Duque Carlos, por las raçones y causas que habéis entendido. Y le hiçieron general de un exército que entre ellos juntaron, es a saber, los de Brujas, Gante y Hipre. Y le ymbiaron a poner fuego en los arrabales de Tornay, que fue de muy poco serviçio para sus pretensiones. Y mejor les estuviera haber ymbiado duçientos hombres o diez mil francos para entretener los que estaban dentro de Arras

cuando el Rey les puso el sitio, que hubiesen llegado a tiempo, que diez de estos exércitos que eran de quince mil hombres muy pagados. Porque este exército no podía haçer más fruto que quemar algún pequeño número de cassas en parte donde no se le daba nada al Rey, porque no sacaba dellas pecho ni alcabalas, pero su entendimiento no discurría tan adelante ni yo tanpoco entiendo cómo Dios preservó tanto tiempo aquella villa, en la cual se habían hecho tantas maldades. Prinçipalmente siendo de tan poca utilidad al país, al bien público y a su príncipe. Porque no es como Brujas, la cual es lugar de gran comerçio y trato adonde concurren de muchas naçiones y sin duda se despachan en ellas muchas más mercaderías que en ninguna de las ciudades de Europa, y fuera grandísimo daño si la destruyeran. Y a la verdad me parece que [234v] Dios no cría ninguna cossa en este mundo, así criaturas racionales como ynrracionales, a quien no haya dado su contrario para tenerlos humildes y sujetos. Y assí esta villa de Gante está bien situada en la parte donde está, porque no hay lugar en toda la cristiandad más dado a todo género de gustos, pompas y regalos a que el hombre es ynclinado que allí no se hallen, supuesto que hay muchos **buenos** cristianos, y el culto divino se çelebra con grande veneraçión. Y no es sola esta Cassa de Borgoña a quien dio Dios tan fuerte contrario, porque el Reyno de Françia ha dado por opósito a los ingleses y a estos los escoceses y al Reyno de España, al de Portugal. Y no digo el de Granada, porque aquel es enemigo de la fee, aunque hasta agora no han ynquietado mucho a Castilla. A los Prínçipes de Italia, de quien la mayor parte poseen sus estados sin título, si no es que se lo ha dado el çielo, de que no podemos adivinar, el dominio de los cuales es muy cruel y violento sobre sus vasallos, prinçipalmente en la cobrança de sus rentas, a quien ha dado Dios por contrario a las repúblicas que están en Italia como Veneçia, Florençia y Génoua y, en otro tiempo, Bolonia, Sena, Luca y otras. Las cuales son encontradas con los señores y ellos con ellas, y cada uno está con cuydado de que su veçino ni crezca en

rentas ni se aumente en vasallos [235r]. Y por particularizar a la Cassa de Aragón, la de Anju por contraria y a los Vizcondes de Milán, la de Orliens. Y aunque los de fuera no son muy fuertes y poderosos, de sus mismos vasallos temen algunas veçes a los veneçianos los príncipes de Italia, como he dicho. Y más los florentines y a estos los de Sena, sus veçinos, y los ginoveses y a estos ginoveses su mal gobierno y su falta de fee los unos contra los otros ayudando sus parçialidades y bandos como Fregosa, Adornia y Aria y otros, y esto es cossa tan clara que a todos es manifiesta.

CAPÍTULO CVIII. Cómo los esguízaros han crecido en poco tiempo en gran número.

En todo tiempo fueron contrarias en Alemania la Cassa de Austria y la de Baviera. Y, de la mesma forma, los de Baviera entre ellos, unos con otros; la de Austria, en particular con los esguízaros. Y fue el principio de su división un village llamado Suiza que no tenía setecientos hombres, de [235v] donde los esguízaros derriban su nombre. Los cuales han multiplicado tanto que dos de las más grandes villas que tenía la Casa de Austria son suyas, que son Surich y Friburg. Y han ganado grandes batallas en las cuales han muerto Duques de Austria. Muchas otras parcialidades hay en Alemania, como los de Cleves y de Geldres, contra el Duque de Juliers; los ostrelines, que están más al norte, contra el Rey de Dinamarca. Y hablando en general de Alemania, hay tantas plaças fuertes y gente tan ynclinada a mal haçer, hurtar y saquear, que con poca ocasión usan de estas cossas. Pues un honmbre que no terná más que un criado ynquieta una gran çiudad y un señor, y para poderlo haçer con más libertad tienen un castillo donde se recojen con veinte o tReynta hombres de a caballo, de donde salen a haçer robos y correrías. Estos tales no son castigados de los Prínçipes de Alemania, porque dellos se sirven cuando los han menester. Pero cuando las ciudades los pueden prender los castigan severamente. Y alguna vez, para poderlo haçer, han sitiado y puesto por tierra estos castillos. Por lo cual tienen de ordinario pagada gente de guerra y me pareçe que estos prínçipes y ciudades de Alemania viven, como he dicho, encontrados los unos con los otros.

Solo he [236r] querido hablar de Europa porque de las demás partes, como **de Asia y África**, no me he ynformado tan largamente, pero he oýdo deçir que entre ellos hay guerras y divisiones como entre nosotros, y aún más bárbaras. Porque he oydo deçir en esta materia que se venden unos a otros a los cristianos, lo cual he sabido de algunos portugueses que han tenido y tienen muchos esclavos, de lo cual no tenemos que reprehender a los **serracinos**, pues hay partes en la cristiandad que haçen otro tanto, aunque es verdad que son vasallos del turco como en alguna parte de la Greçia. Por **lo** cual parece neçesario, en todo género de estados y personas, este contrapeso y emulaci3n para tener la rienda a los que, sin respeto ni ocasi3n, quieren oprimir a otros.

Yo hablo como hombre que no ha estudiado y assí no quiero tener opini3n más de la que se debe seguir, pero me parece que esto conviene que esté dispuesto assí, prinçipalmente por la poca prudenciã de muchos prinçipes y tambi3n por la malicia de algunos que tienen entendimiento suficiẽte y harta experiẽcia pero usan mal de lo uno y de lo otro. Porque un prinçipe o hombre de cualquier estado que sea que tiene poder y autoridad adonde vive sobre otros, si es persona docta y que haya visto entendida y haya leydo lo hará mejor, o **peor porque** los malos se haçen peores con el mucho saber, y los buenos se haçen mejores. Todavía es de creer que el [236v] saber más presto mejora al hombre que le empeora, y cuando no haya más que la vergüençã de conoçer su mal para quitarle de haçer cosa mala a lo menos será causa de que no haga tanto mal, y si es bueno hará cuanto pueda por no haçer agravio a nadie. Yo he visto y experimentado en muchos grandes personajes, los cuales el saber los ha apartado de malas intenci3nes. Y esto tambi3n viene del temor del castigo de Dios, del cual tienen mayor notiçia que los inorantes que no han visto ni leydo. Y así digo que los que tienen entendimiento rudo y son poco prudentes por falta de no haber sido bien doctrinados y que su natural por ventura no les inclina a ello, no tienen notiçia hasta donde se entiende el poder y señorío

que Dios les ha dado sobre sus vasallos, porque no lo han leído ni lo han entendido de los que lo **saben**. Y si algunos hay que lo entiendan, no osan decírselo por miedo que tienen de disgustarlos. Y si quieren hacer alguna demostración, no habrá quien los ayude. Y el menor mal que les puede acontecer será ser tenidos por locos y por ventura lo que dijeren será ynterpretado contra ellos mismos. De manera que se puede concluir que el discurso natural, ni nuestro entendimiento, ni el temor de Dios, ni el amor del próximo no nos quitan de hacer violencia los unos contra los otros, ni de tener la hacienda agena, ni de quitársela por todos los caminos posibles, y si los grandes tienen villas y castillos de sus parientes o vecinos, por ninguna de estas razones quieren rendirlos. Y cuando alguna vez toman algún color y fundan sus razones, porque los tienen, todos sus amigos y criados ayudan con las suyas a que aquello es muy justo, teniendo mira a solo hacerse bienquistos con los señores. De los flacos y humildes no hablo, porque, aunque tengan divisiones, tienen superior que se las allanen, haciendo justicia al que la tendrá buena y la defenderá largo tiempo, y esto en caso que la voluntad, debajo cuyo dominio vive, o el juez ante quien pasa la causa no le es contraria. Y así es verisímil que Dios casi es forçado y yrritado de mostrar muchas señales y castigarnos con muchos géneros de **aflicciones** por nuestra pertinacia y malicia. La de los príncipes es mucho más peligrosa y que ha de causarles más temor, porque Dios reparte el bien o mal de los señores de manera que si un príncipe que es poderoso, y tiene gran número de gente armada por auctoridad de la cual saca muchos dineros a su voluntad para pagarlos y para gastar en todas cosas de su gusto y sin provecho de la república, y que no quiera alçar la mano dellas sino estarse muy de asiento a este tal príncipe, ninguna persona tiene atrevimiento de yrle a la mano ni reprehenderlo porque saben que no han de sacar de ahí sino su yndignación.

De adonde se [237v] le sigue estar sin remedio si Dios no le pone Dios no habla **ya** a los hombres, pero tiene prophetas por cuya boca los previene y avisa del daño en que van a caer, porque la fee es tan ancha y estendida y escrita con grandes letras y tan ynteligibles a todos los que las quieren saber y entender, que no puede haber ninguno que no pueda por ygnorancia escusarse, a lo menos de los que han vivido mucho tiempo y tenido buen natural. Según esto, de ninguna manera podrán escaparse los hombres poderosos y que tienen sus señoríos, de manera y con fin de sacar por fuerça todos sus gustos y sustentar sus estados en su obediencia, y tener sus vasallos en gran sujección, siendo el mismo mandato que ponen con pena de la vida castigando unos debajo de sombra de justicia. Otros miren, ministros de esta profesión muy prompts a complacerlos, los cuales el peccado venial hacen mortal. Y si no hallan causa ni ynstancia para castigo no les falta modo para disimular y entretener las partes, llevándolos para oírlos de un día para otro sin querer recibir los testigos, para que con este detenimiento no se gasten las haciendas de los que ellos quieren, y dar lugar a que si alguno se querrela de aquellos. Y si este camino no es seguro y bueno para conseguir su yntento, no les falta otros más prompts, diciendo ser aquello necesario para dar exemplo, haciendo el caso de la [238r] gravedad que quieren y como les parece. Contra otros que son sus feudatarios y son algo poderosos proceden por vía de fuerça diciéndoles: «tu desobedeçes y haces contra el respeto que nos debes por lo cual yncurren en nuestra yndignación». Por donde las quitan sus bienes con violencias y ya que no puedan por lo menos no queda por **falta de** hacer diligencias. Destos hacen vivir con perpetua tribulación y desasosiego a los que lo son veçinos. Si son poderosos y de **valor** los dejan en paz, pero si es menos fuerte, le ponen de manera que no sabe donde guarecerse. Diranle que ha sustentado sus enemigos y querrán que les **sustente** sus soldados en sus tierras o buscarán otras querellas. De donde tomarán ocasión de

destruyrle o sustentarán su veçino ayudándole con gente. Pues en lo que toca a sus vasallos, echarán los que han servido bien a sus **antecessores** por tener criados nuevos, diciendo que viven demasiado embrollarán no perdonando ningún estado la gente eclesiástica.

Sobre lo que toca a sus benefiçios, para sacar, por lo menos, alguna recompensa para enriquecer a algunos que pueda ser le hayan servido en cosas deshonestas y ynfames, que estos suelen medrar con más fuerça. A los nobles los acosan con continuos gastos, so color de guerras tomadas a su voluntad, sin consejo ni parecer de sus estados, ni de los que debrían llamar antes de darles prin- [238v] -cipio, que son a los que han empleado sus personas y bienes, porque debrían ser avisados para dar su parecer açerca de haçer o no la guerra a sus pueblos. A todos, o a la mayor parte, los pelan de manera que los dejan desnudos. Y después que han cobrado los pechos y ympuisiones más exçesivos, de lo que conviene no dan orden sobre el modo con que han de vivir los soldados que continuamente están en el país sin pagar cosa ninguna, haçiendo además otros daños y exçesos infinitos, así como cada uno sabe. Porque no se contentan del sustento que les dan, antes bien maltratándolos, puniendo las manos en ellos, forçándolos a que fuera de su cassa vayan a buscar comida. Y si el hombre en cuya casa están los soldados tiene muger o hija hermosa andará muy cuerdo en guardarla. Todos los cuales daños se repararían pagándolo cada dos meses a lo más largo y no tendrían achaque de haçer tantos ynsultos y daños tan grandes so color que no les pagan, pues en efetto se saca el dinero para haçerlo. Esto digo por nuestro Reyno, que es el más oprimido y afligido que ninguno otro, ni que ninguna señoría que yo conozca, a lo cual no sabría poner remedio si no es un Rey sabio. Los otros, por ser veçinos, tienen otra aflixción y castigo. Y assí, por continuar mi propósito, no hay Rey ni señor sobre la tierra que tenga [239r] poder fuera de su patrimonio para poner



ynpusición de un maravedí sobre sus vasallos sin permisión y consentimiento de los que lo han de pagar si no es por tiranía o violencia. Podrase responder que hay tiempos en que no se puede esperar la Junta y que la cosa sería muy larga para empear la guerra, pero para emprenderla no es menester yr tan apriesa pues no falta tiempo. Y así digo que los Reyes y príncipes son más fuertes cuando la emprehenden con el parecer de sus vasallos, y son más **temidos** de sus enemigos. Y cuando se viene a la defensa se ve venir una multitud de gente, espeçialmente cuando es de estrangeros y, en este caso, no deben los vasallos quejarse ni reusar cosa ninguna. Y no podría venir caso tan súbito que no dé lugar a llamar personas de ymportançia, ciencia y experiençia. La guerra no se debe hacer sin causa, ni haçerla con pasión, ni entretenerla sin propósito por sacar dineros de sus vasallos. Yo bien sé que es menester dineros para defender las fronteras y guardar el çircuyto, aunque no haya guerra, por no ser coxido de repente, pero todo se debe haçer con moderación. Y a todas estas cossas sirve el buen entendimiento del sabio príncipe, porque si es bueno, conoçe quién es Dios y quién es el mundo en lo que debe y puede hacer y dejar. Porque sigún me parece entre todas las cossas del mundo y lugares que en él hay, el día [239v] que tengo notiçia adonde las cosas públicas son mejor gobernadas y con mejor violencia sobre el pueblo y menos edificios arruynados y asolados por la guerra es Ynglaterra, adonde la mayor parte y suerte cae sobre los que hacen la guerra.

CAPÍTULO CVIII. Cómo el Rey de Francia es mejor servido y socorrido de sus vasallos que **ningún** otro príncipe.

Nuestro Rey es el señor del mundo que tiene menos causa de decir «yo tengo autoridad sobre mis vasallos para ponerles pechos», siendo verdad que él ni otro ninguno la tiene. Y los que la parece que la tienen y quieren a sus príncipes a su parecer hacerlos con esto más poderosos, adviertan que no les hacen ningún servicio, antes son causa de que sean odiados y que todos huyan de estar debajo de su dominio y señorío, y que los mismos de su Reyno procuren yrse dél. Pero pregunto cuánto más engrandecido quedaría un príncipe con decir o que los que quieren engrandecer le dixesen «yo tengo mis vasallos tan buenos y leales que no me rehusan cosa de las que les pido, y [240r] soy más temido, obedecido y **servido** dellos que otro ningún príncipe de la tierra y que con más paciencia llevan los trabajos y que menos se acuerdan de los daños pasados». Paréceme que esto le sería de mucha más alabanza y es así. Y no decir «yo tomo lo que quiero y tengo autoridad para ello, y conviene que la sustente el Rey Carlos Quinto». No decía esto, pero lo oí decir a algunos de sus criados que les parecía le hacían gran servicio en ello pero, según lo dicho arriba, antes le ofendían. Y bien claro se conoce que los tales lo dicen más por mostrarse de la voluntad del príncipe y deseoso de darles gusto, que por seguir la razón y a la verdad, ni saben lo que hacen ni lo que dicen.

Y por haber experimentado la bondad que en este punto tienen los franceses, diré lo que pasó en la junta de las cortes que hicieron en Turs después de la muerte de nuestro buen amo el Rey Luis Onçeno, a quien Dios perdone, que fue el año de 1483. Entónces pudiera parecer que esta junta era dañosa, y algunos de baja condición y

entendimiento deçían, y dijeron después de acabada la junta, que es crimen de lesa magestad hablar de juntas y cortes, pues solo sirven de desminuyr la autoridad del Rey, siendo estos tales los que cometen el crimen contra Dios, el Rey y la república. Pero estas palabras son para los que estan en autoridad y privança sin haberlo mereçido, y que [240v] no son a propósito para ocupar semejantes lugares, sino para hablar siempre al oýdo cossas de poca sustançia. Por lo cual temen mucho hallarse en grandes juntas por no ser conoçidos o que sus obras sean vituperadas y no se estimen. En el tiempo que digo, todos tenían al Reyno por muy perdido y pobre, assí los grandes como los medianos y pequeños, por haber llevado veinte años, o más, grandes y extrahordinarios pechos, que nunca lo fueron tanto porque llegaba a tres millones de francos. Y esto cada año, porque nunca el Rey Carlos Séptimo llevó más de un millón y ochocientos mil francos. Y el Rey Luis, su hijo, llevaba antes que mueriese cuatro millones y seteçientos mil francos, sin la artillería y otras cossas semejantes. Y çierto que era compasión deber y saber la pobreça del pueblo. Pero una cosa buena tenía nuestro amo: que no ponía nada en tesoro, que todo lo tomaba y todo lo gastaba. Porque hiço grandes edifiçios y fortificó otros muchos en fronteras y en otras plaças y villas de su Reyno, más que todos los Reyes sus antecesores. Y dio mucho a la yglesia, que en algunas cossas fuera mejor haber dado menos, porque lo quitaba a los pobres y menesterosos por darlo a los que no tenían neçesidad. Pero al fin ninguno en este mundo puede ajustarse tanto que dé medida perfecta en todo. [241r]

CAPÍTULO CX. Cómo al Rey Carlos octavo le fueron dados y señalados doce caballeros muy particulares para su consejo.

En este Reyno, tan flaco y oprimido de tantas maneras, después de la muerte de nuestro Rey, hubo división del pueblo con el que después Reynaba. Los príncipes y vasallos se pusieron en arma contra su Rey moço y quisieron haçer otro, y quitarle la autoridad y enfrenar que como Rey no pudiese usar della. Y cómo podían haçer esto çierto no sé, aunque muchos se han alabado diçiendo que sí. Con todo, hiçieron al revés de lo que digo, porque todos vinieron a él, assí los príncipes y señores, como los de las ciudades y villas, reconoçiéndole por Rey y jurándole homenaje las rodillas por el suelo, dando lo que pedían. Por memoriales hiçieron consejo, en el qual nombraron doce personas o consejeros con el parecer de los cuales fuese gobernado, y que de esta manera mandase, no obstante que no tenía más que treçe años. En esta junta y cortes hiçieron algunas peticiones en la presençia del Rey y de su consejo con grande humildad por el bien del Reyno, remitiendo para siempre todo a la voluntad del Rey y de su consejo. Otorgáronle lo que pidió [241v] y lo que se les mostró por escrito que era neçesario para el serviçio del Rey sin contradçeir a nada, que fue suma de dos millones y quinientos mil francos cada año, que era mucho para el estado en que estaban. Empero suplicaron las dichas cortes que al cabo de dos años se hiçiese otra junta y que si el Rey no tenía harto dinero que le darían quanto quisiese. Y que si había guerras o alguno le quisiese ofender, pondrían sus vidas y haçiendas sin rehusar nada de lo que fuere neçesario. ¿Pareços que tuviera raçón este Rey de deçir a quien con tanta voluntad ofreçían sus vasallos de servirlo con vida y hacienda, ofreçiéndolo todo con tanto gusto

a su servicio, que tenía voluntad, digo autoridad, de imponerles pechos desordenados y ilícitos? No por cierto. No obstante, que como queda dicho, ningún príncipe lo puede hacer sin el consentimiento de sus vasallos que lo ande pagar si no es con tiranía y quedando excomulgado. Pero hay muchos que la falta de entendimiento no les da lugar a conocer lo que deben hacer en semejantes casos. Y también hay vasallos tan desleales y con tan poco amor a su señor que no solo no se socorren en la necesidad, pero le dejan en ella negándole la obediencia. Y aún revelándose contra él, menospreciándolo y contraviniendo al juramento de fidelidad que tienen hecho. [242r]

CAPÍTULO CXI. Cómo la mayor falta, digo la mayor parte de los males que padecemos proceden por falta de fe.

Cuando los Reyes y príncipes son nuevos y recién entrados en la gobernación, se puede hablar dellos, de sus gobernadores de las ciudades y villas superiores, y que tienen autoridad y dominio sobre otras. Los mayores daños proceden de los más poderosos, porque los flacos y que poco pueden nunca buscan sino paciencia. Aquí comprendo tanto a los hombres como a las mugeres que en algunas partes tienen autoridad o dominio. Sea procedida de los maridos o porque tengan administración de sus negocios, o que sus señoríos lo hereden ellas. Y si quisiese hablar de los medianos estados y pequeños de este mundo sería muy largo este discurso, y así me bastará hablar de los grandes porque en ellos se conoce el poder y la justicia de Dios. Porque por muchos malos sucesos y desgracias que acontezcan a un pobre y humilde hombre no se hace caso ni son conocidas. Porque si es en la honrra, lo atribuyen a que por ser pobre le perdieron el respeto. Si en la hacienda que por falta de poderla sustentar. Si en la persona por el poco cuidado que con él se tuvo. De manera que de don- [242v] -de diere la desgracia del pobre nadie habla della, ni la quiere oír. Pero si algo desto sucede a un príncipe o a una gran ciudad o estado que alteraciones tan grandes que causa, no se habla de otra cosa. Todo es encogimiento de hombros sin saber determinar su principio ni fin. Por lo cual es menester decir, porque el poder de Dios es mayor, y se muestra mayor contra los príncipes y los grandes, que contra los humildes y pequeños, contra los pobres llano es de entender. Porque a estos nunca falta quien los castigue cuando lo han merecido. Y muchas veces son castigados sin causa, ya sea por dar exemplo a otros o

por quitarles su hacienda o, por ventura, por falta del juez. Otras veces porque son culpados y es bien que se haga justicia. Pero de grandes príncipes y princesas y de sus grandes gobernadores de los consejeros de las ciudades y villas desordenadas y que son cabeza, y de las desobedientes a su señor y de sus gobernaciones y regimientos, ¿quién se ynformara de sus vicios? y hecha la ynformación, ¿quien la llevará al juez? ¿quien será el juez que conocerá della y quien dará el castigo? Digo de los malos, que de los buenos hay muy pocos. ¿Y cuáles son las causas porque estos y otros hacen los exçesos de que he hablado, y otros que por brevedad he callado sin tener consideración al poder de Dios y de su justicia? A que me responde que la principal [243r] causa es la falta de fee. De que se siguen todos los males y daños que suceden en el mundo. Y en especial los males que tienen la mayor parte de los que se quejan de ser agraviados y hollados de otros más poderosos. Porque el hombre humilde y pobre que tiene buena y verdadera fee y cree firmemente que las penas del ynfierno son tales como ellas son, y que también cree haber tomado de lo ageno contra razón, y que su abuelo o padre o él lo han poseído, ora sean dineros muchos rayçes, estados, villas o lugares, procura ajustar su conciencia y con aquella verdadera fee y temor de Dios que tiene no tiene sosiego hasta que satisfaze andando siempre con agonias. Diciendo cómo me ha de perdonar Dios si no vuelvo la hacienda que poseo que no es mía. Pues si este temor de Dios Reynase en el pecho de un príncipe o princesa, fácil es de creer que en manera ninguna agraviarían a nadie, ni se tendrían contra justicia y razón la hacienda de sus vasallos o veçinos. Ni harían morir ninguna persona que no fuese mereciéndolo, ni aún tenerla presa. Ni quitarían a unos para dar a otros y enriquecerlos, que es uno de los más crueles casos que pueden hacer. Procurarían, por haçes ssus y lícitos gustos, quitar la honrra a sus vasallos y criados soliciéndoles sus mugeres, ni harían otras cosas semejantes. Cierto es que no, ni [243v] se debe creer que teniendo temor de Dios y fee

firme y guardando lo que la yglesia manda, y sabiendo la brevedad de la vida y dudando la hora de aquella, y conoçiendo las penas eternas que por el peccado se siguen, y la poca remission o nada que aguarda el que en ellas cae, no harían tantos agravios como haçen. Por lo qual se puede concludyr diçiendo que todos los males que suçeden, o la mayor parte dellos, vienen de la poca fee.

Aquí viene bien, y nos puede servir de exemplo, lo que suçede a un Rey o príncipe que está puesto en prision y con temor de reçibir la muerte. Pues no se le pedirá cosa tan cara y dificultosa que no ofrezca con mucha llaneça por su libertad. Dando lo que es suyo y lo que es ageno y de sus vasallos, o que posee que no es suyo. Como suçedió al Rey Juan de Françia, que fue preso por el Príncipe de Gales en la batalla de Potiers, que pagó tres millones de francos y dio toda la Aquitania, a lo menos lo que él tenia della, y muchas otras ciudades, villas y plaças, que es como la terçia parte de su Reyno. De donde vino a tanta pobreça, que por mucho tiempo en su Reyno corrió moneda de cuero con un pequeño clavo de plata. A este estado vino. Y todo lo que queda dicho dio este Rey a su hijo Carlos el Sabio por ponerse en libertad. Y se engañaron, porque quando no hubiera dado ningún rescate, los yngleses no le hiçieran morir. Pero el mayor [244r] mal fuera ponerlo en prision. Y puesto caso que lo hiçieran morir, no fuera por eso la pena que reçibiera, ni se podía comparar al humo de las más mínimas del ynfierno. Luego porque dio todo lo dicho destruyendo sus hijos y vasallos, sino que creya lo que tenía presente y sabía que de otra manera no le habían de soltar. Pero por ventura encometiendo el caso por el qual le suçedió este castigo y a sus hijos y vasallos, no tenía firme fee ni conoçida la ofensa que cometía contra Dios y sus mandamientos. Pero está el mundo de manera que con suçeder tan evidentes cosas que sirven de exemplo, no hay príncipe ni otra persona de cualquier estado que tenga hacienda agena, que quiera por temor ni amor de Dios, ni por huir las penas del



ynfierno, volverla a su dueño por librar su alma que tanto costó a Dios. Y el Rey Juan dio por solo librar su cuerpo y sacarle de prisión lo suyo y lo ageno.

He preguntado en un artículo antecedente quien hará ynformación de los grandes y quien la llevará al juez y quien será el juez que castigará al culpado. A que respondo que la ynformación será el llanto y el clamor del pueblo a quien huellan y oprimen en tantas maneras, sin tenerle compasión ni piadad. Las dolorosas lamentaciones de las viudas y huérfanos, de las cuales por ventura habrán hecho morir los maridos y padres. Por cuyas muertes han padeçido y padeçen los que quedaron y, ge- [244v] -neralmente, los que habrán perseguido, tanto en sus personas, como en sus haciendas. Esta será la ynformación, ¿quién la presentará sus llantos y ruegos y piadosas lágrimas? A quien se presentará será a Dios juez, recto y verdadero. Y que por ventura no aguardará a executar el castigo para la otra vida, antes bien podrá ser que en este y en el otro sean castigados. Por lo cual es menester que se entienda que tendrán el castigo por no haber querido creer cosa ninguna, ni tener firme fee y verdadero conoçimiento de la ley de Dios y observançia de sus mandamientos. Por lo cual se puede deçir que Dios es forçado a ynviarnos castigos. Y que entienda el mundo y conozca claramente que los castigos ymbia Dios por las ofensas que cada hora cometemos contra su Divina Magestad, quiriendo mostrarnos su poder y justiçia. Y que otro ninguno que Dios tiene poder contra los príncipes de la tierra. Y hay algunos tan obstinados que por grandes castigos que Dios los haya ymbiado, no tratan de enmendarse ni corregir su vida. Y se hallan en tan mal estado a la postre como estaban al prinçipio. Pero ningún castigo viene a príncipe o a los que gobiernan sus estados o a un Reyno o república que la salida no sea muy grande y muy dañosa a los vasallos veçinos y moradores.

No se entienda que hablo de las desgraçias particulares. Como caer de un caballo, recibir un [245r] gran golpe, ser afrentado, caer en un rio o otras assí, aunque, a

la verdad, les habían de servir de exemplo las desgracias pequeñas para temer las grandes. Los castigos ymbia Dios cuando ya está tan ofendido que casi forçado alça la mano mostrando el poder de su Divina Justiçia. A unos castiga quitándoles el juicio, plaga harto lastimosa para aquellos a quien alcança. A otros con otros géneros de castigos. A los príncipes turbándoles el entendimiento para que huyan los consejos y, en su lugar, ponga otros ynprudentes sin raçón y violentos, y que solo traten de seguirle sus apetitos y que tratando de haçer impusiçión de un maravedí ellos digan que es poco y que sea de dos. Y que si él se enoja contra una persona, ellos le condenen a muerte, haçiendo en todas las demás cosas lo mismo y ynçitándolo a que se haga temer y se muestre fiero y arguloso. Todo lo cual haçen con esperanças que por este camino han de ser temidos, como si el autoridad fuese herençia suya. Los que habrá echado de su consejo, que por largos años le habrán servido y adquerido amistades en sus tierras, quedan mal contentos por ocasión de los nuevos que han suçedido en el gobierno. Y por ventura, cuando los quisieren apretar tanto que fuesen forçados a defenderse o a huirse algun príncipe vecino y que pueda ser que sea enemigo [245v] y tenga mala voluntad al que los ha echado, suçede que por divisiones de los de aquel país entran los forasteros a gobernarle. Hay plaga y persecuçión tan grande como la guerra entre amigos y conoçidos. Y por el contrario odio tan horrible de enemigos estrangeros como cuando los de dentro se defienden fáçilmente y que no tienen ynteligencias ni arrimo con los enemigos del Reyno. ¿Creéis vos que un príncipe poco sabio y acompañado de ynprudentes vea venir esta mala fortuna de lejos que haya división entre los suyos, ni que piense que esto le puede ofender ni que proçeda de Dios? Él se halla no con peor comida, ni cama, ni menos caballos, ni vestidos, ni menos acompañado y servido, porque saca la gente de pobreça y les reparte los despojos y estados de los que ha echado, y dando también de su haçienda acreçienta su fama. Pero cuando más seguro

pensará que esta, vendrá el castigo de Dios sobre él y le naçerá un enemigo que, por ventura, jamás dél se había temido. Entonçes le naçerán diversos pensamientos y sospechas de los que habrá ofendido y tendrá temor de muchas personas, y que nunca tuvieron ánimo de haçerle mal en Dios. No hallará refugio que le hallará ayrado por sus muchas ofensas; cuando mucho prevendrá sus fuerças para la defensa. El exemplo tenemos en las manos suçedido en **nuestro tiempo**, [246r] y a la puerta de nuestra casa, en el rey de Ynglaterra Eduardo Cuarto, muerto poco a cabeça de la Casa de Yort. Este no destruyó la línea de Alencastro, debajo de la cual su padre y él habían vivido largo tiempo y hecho homenaje al Rey Henrrico Séptimo de Inglaterra, de esta misma línea, el cual después tuvo preso el Rey Eduardo en el castillo de Londres, ciudad principal de Ynglaterra. Y finalmente le hiçieron morir.

..

CAPÍTULO CXII. Cómo los Reyes de Ynglaterra, por causa de las divisiones que han tenido con los príncipes sus vasallos, han caydo en grandes calamidades.

No habemos visto al Conde de Bervic, cabeça y príncipal gobernador de todas las acciones del Rey Eduardo, el cual ha hecho morir todos sus amigos y, en espeçial, los Duques de Sombreset. Y finalmente quedar enemigo del mismo Rey Eduardo, su señor, casar su hija con el Príncipe de Gales, hijo del Rey Henrrico, y querer ensalçar esta lignea de Alencastro. Pasar con él a Ynglaterra, ser roto en batalla y muertos sus hermanos y parientes con él y muchos Señores de Ynglaterra que, [246v] ya en tiempos pasados, hiçieron morir sus enemigos, los hijos de los cuales después se vengaban quando el tiempo les era favorable, haçiendo morir a los otros. De creer es que tal plaga y castigo no viene sino por la Divina Justiçia. Pero, como he dicho en otra parte, el Reyno de Ynglaterra tiene esta graçia particular más que los otros Reynos: que el país ni el pueblo no son destruydos, ni los edifiçios quemados, ni arruynados. Porque la mala fortuna cae sobre la gente de guerra y, en espeçial, sobre los nobles, contra los cuales tienen demasiado odio. Y assí en este mundo no se haçe cosa buena. Después que el Rey Eduardo alcançó lo que quiso en los negoçios de su Reyno y del nuestro, teniendo dél cinquenta mil escudos al año, que se los pagaban en su castillo de Londres y que tenía tantas riqueças que no podía desear más, se murió y esto de melancolía del matrimonio de nuestro Rey con la Prinçesa Margarita, hija del Duque de Austria. Porque luego que se supo estas nuevas, cayó malo y conoçía que era engañado del casamiento de su hija, que hacía llamar la Delfina. Y también se le rompió la pinsión que tomaba de nosotros, a que él llamaba ‘tributo’, pero no era lo uno ni lo otro, como he

declarado antes. El Rey Eduardo dejó de su muger dos hermosos hijos, el uno llamado el Príncipe de Gales, y el otro el Duque de Yort, [247r] y dos hijas del Duque de Cloçestre, su hermano, que tomó el gobierno de su sobrino, el Príncipe de Gales, que podía ser de edad de diez años. Le hiço homenaje como a su Rey y le llevó a Londres, fingiendo quererle coronar. Y esto por sacar al otro de la franqueza de Londres, adonde estaba con su madre, que tenía alguna sospecha. Finalmente, por medio de un Obispo de Bas que había sido otras veçes consejero del Rey Eduardo, y después decompuesto y preso en una cárçel, que por dineros que dio al Rey tuvo libertad, le fue manifestado a este Duque de Cloçestre que el dicho Eduardo había sido muy enamorado de una dama ynglesa. Con la cual prometió casarse si se acostaba con él y haçía su gusto, lo cual consintió. Y dixo más el obispo: que él los había desposado en secreto sin hallarse más que los tres. Era hombre cortesano y no lo descubrió antes, mas ayudó a que la dama callase, quedándose esta cosa en este estado. El Rey Eduardo después se casó con la hija de un caballero ynglés llamado el Señor de Ribiers, muger viuda que tenía dos hijos, hiço este casamiento también por amores.

En el tiempo de que hablo, el Obispo de Bas descubrió este secreto al Duque de Clocestre, lo cual le ayudó mucho a poner en execuçión su mal deseo. Porque hiço morir los dos sobrinos haçiéndose llamar el Rey Ricardo. Las [247v] dos hijas hiço declarar por bastardas en público consejo y les hiço quitar las insignias reales, que son los armiños. Y morir todos los buenos criados de su hermano muerto, a lo menos los que pudo coger a sus manos. Esta crueldad no pasó muy adelante, porque estando en el mayor fausto y grandeça, que nunca tuvo de çien años antes ningún Rey de Ynglaterra, y habiendo hecho morir al Duque de Boquingan y teniendo un grande exército aperçebido le levantó Dios un enemigo con muy poco poder, que era el Conde de Richemont, preso en Bretaña, hoy Rey de Ynglaterra de la línea de Alencastro. Aunque

no era el más çercano a la corona por mucho que se diga, a lo menos a lo que yo entiendo. El qual otras veçes, poco antes que saliese deste Reyno me contó que después de su edad de çinco años, estuvo guardado y escondido como fugitivo en prisión. Este conde estuvo quinze años o poco menos preso en Bretaña por el Duque Francisco, primer muerto en cuyas manos vino por tempestad de la mar pensando huirse en Françia, y el Conde Penebroc, su tío, con él. En el qual tiempo yo me hallaba en la corte del dicho duque, quando los prendieron. El duque los trató amigablemente aunque eran presos. Y a la muerte del Rey Eduardo, el dicho Duque Francisco le dio buena cantidad de gente y navíos. Y con la ynteligencia del Duque [248r] de Boquingan, que murió por esta ocasión, le ymbió que pasase en Ynglaterra. Tuvo gran tormenta y viento contrario, por lo qual volvió a Diepa y de allí se fue por tierra a Bretaña. En donde, quando llegó, dudó de enfadar al duque por los gastos, porque tenía consigo quinientos yngleses y temía que el dicho duque no se concertase con el Rey Ricardo, contra él lo qual parece que se praticaba a cuya causa. Él y su gente se pasaron en Françia sin despedirse del duque.

CAPÍTULO CXIII. Cómo el Conde de Ruhemont fue alçado por Rey de Ynglaterra con el favor del Rey Carlos Octavo, y el Ricardo fue muerto.

Poco tiempo después, se le pagaron tres o cuatro mil hombres solo para el pasaje. Y el Rey que hoy vive le dio a él y a los que estaban en su compañía muy buena cantidad de dineros y algunas piezas de artillería, que la desembarcó en Gales en un navío de Normandía. Este Rey Ricardo marchó hacia donde estaba el Señor de Estinlaty, [248v] caballero ynglés, marido de la madre del Conde de Ruumont. Le trujo veinte y seis mil hombres y se dio la batalla en donde mataron al Rey Ricardo. Y al dicho Conde de Ruumont coronaron Rey de Ynglaterra en el mismo campo. Y, con la corona de Ricardo, **diríays** que esto es fortuna, es cierto juicio de Dios. Y aún para conocerlo mejor, luego que hizo **aquel cruel homicidio, murió su muger. Algunos dicen que la hizo** morir y no tenía más que un solo hijo, el cual también murió luego. Este propósito de que hablo declararé mejor adelante, en donde hablaré de la muerte del Rey Eduardo, porque era **aún** vivo en el tiempo de que se habla en este capítulo. Pero lo he hecho para continuar mi propósito de la justicia de Dios. Asimismo he visto en poco tiempo mudar la Corona de España después de la muerte del Rey Don Henrrico, postrer muerto. El cual estaba cassado con una hermana del postrer Rey de Portugal, poco ha muerto. En **la** cual tuvo una hija muy hermosa. Con todo no sucedió en la corona porque fue privada della so color de adulterio cometido por su madre. Lo cual no pasó sin ruydos y grandes guerras, porque el Rey de Portugal quiso defender su sobrina con otros muchos señores del Reyno. Con todo, casó **con** hijo del Rey Don Juan de Aragón

con ella y poseyó el Reyno. Y assí este [249r] juiçio y distribuçión se hiço en el çielo adonde se haçen otros muchos.

Vos habéis visto de poco tiempo acá el Rey de Escoçia y su hijo de edad de treçe a catorçe años en batalla, el uno contra el otro. Adonde el hijo vençió y murió el padre en la batalla. El cual había hecho morir a su hermano y se le acumulaban otras muchas cossas, como la muerte de su hermana, y otras. Habéis visto también el Ducado de Geldres y oýdo la yngratitud del duque, postrer muerto, contra su padre. Muchos y semejantes accidentes podéis oýr que fáçilmente deben ser conoçidos por castigos. Y todos los males si empieçan por relaciones y luego por divisiones, de las cuales toman prinçipio las guerras, de donde se siguen mortalidad y hambre. Todos los cuales males proçeden por falta de fee. De manera que es menester conoçer, vista la maliçia de los hombres y en espeçial de los grandes que no se conoçen a sí mismos y que no creen que haya un Dios, que es necesario que cada uno de los príncipes y señores tenga su contrario para tenerle con temor y humildad, porque de otra manera ninguno podía vivir debajo de su señorío ni çerca de su persona.

Tiempo es ya que vuelva a mi prinçipal yntento y a continuar el propósito de esta historia hecha a pedimento vuestro, Señor Arçobispo de Viena. Después que este Duque de **Geldres** llegó delante de Tornay y [249v] hiço quemar hasta a los arrabales. Dentro había quatroçientos hombres de armas que salieron sobre ellos. Y luego esta gente popular se puso a huir. El Duque de Geldres, que era muy valiente, volvió para procurar que se retirasen sin desorden. Acompañáronle mal y echándole en el suelo le mataron con mucha parte de su gente. A esta arremetida se halló muy poca gente del Rey. El exérçito de los flamencos se retiró con esta pérdida. La Prinçesa de Borgoña y los que la seguían, según diçen, se holgaron mucho de este suçeso, porque deçían por çierto que los ganteses estaban resueltos de haçerla casar por fuerça con el dicho Duque



de Geldres. Cosa que la princesa de su voluntad nunca hiciera por muchas razones que ya **arriba** quedan advertidas.

.....

Los que leyeren esta historia en el tiempo venidero y entendieren las cosas y negocios de este Reyno, y de los a él vecinos, mejor que yo podrán preguntar que cómo después de la muerte del Duque Carlos de Borgoña hasta ahora, que ha pasado casi un año, no he hecho mención de los yngleses y de cómo sufrían que el Rey se apoderase de las villas tan cercanas a ellos, como Arras, Bolonia y Din, y otros castillos. Y que estuviesen alojados sus soldados a la vista de San Homer muchos días. La causa era que el entendimiento y prudencia de nuestro Rey excedía a la del Rey Eduardo de Ynglaterra que [250r] entonces Reynaba. No obstante que el Rey Eduardo era príncipe valeroso y que había ganado en Ynglaterra nueve batallas, en las cuales siempre había peleado a pie, que era cosa de mucho valor y merecedora de alabanza. Pero fueron en diferentes tiempos en los cuales no tenía necesidad de trabajar mucho con el espíritu, porque en acabándose la batalla quedaba señor hasta otra. Porque en levantándose alguna discordia en Ynglaterra dentro de diez días, a lo más largo, el uno o el otro quedaba superior. Nuestras cosas acá pasan muy diferentemente, pues además del consejo y gobierno de la guerra es necesario que nuestro Rey cuide de muchas partes de su Reyno y de los vecinos. En particular atendía, entre todas las otras cosas, en contentar al Rey de Ynglaterra, entretiniéndole con embaxadores, buenas palabras y presentes. A fin que no se entremetiese en nuestras cosas. Porque nuestro Rey sabía bien que siempre los yngleses, así nobles como plebeyos, y así esclesiásticos como de otro cualquier estado de gente, son inclinados a hacer guerra a este Reyno. Así, so color de sus pretensiones que tienen a él como por esperanza de ganarlo, por haber, por permisión de Nuestro Señor, sus antecesores vencido muchas batallas en este Reyno y haber teni- [250v] -do mucho tiempo posesión en Normandía y Guiena, y poseydolo

treçientos y cincuenta años hasta el tiempo que le volvió a ganar el Rey Carlos Séptimo la primera vez que los yngleses ganaron. Lo que digo, como queda dicho en otra parte, llevaron grandes riqueças y despojos a Ynglaterra. Así de Prínçipes y Señores de França que fueron presos, como de las villas y plaças que tomaron en este Reyno, por lo cual tenían confiança de haçer lo mismo, pero con gran dificultad en tiempo del Rey, nuestro amo, que ha suceder en él lo referido. Nunca los yngleses hiçieran tan buena suerte, ni el Reyno de França se hubiera visto en punto de perderse, llegando a tanto que peleaban a pie toda la nobleça dél, como se hiço en Aguincur. Y puesto caso que hubiera llegado a este estado si gobernara más cuerdamente, como habéis podido colegir por la maña con que procuró despachar presto al Rey Eduardo. De donde nuestro Rey sacaba que le convenía entretenerse con el de Ynglaterra y grangear las voluntades de los que les servían cerca de su persona. De los cuales tenía conoçido que se ynclinaban a la paz y a tomar sus dádivas. Por lo cual pagaba puntualmente los cincuenta mil escudos de pinsión que ynviaba cada un año a Londres, a que ellos llamaban tributo, [251r] y a sus criados pagaba diez y seis mil. Es a saber, al cançiller, al contador mayor que ahora es cançiller, al camarero mayor, Señor de Astingues, hombres muy entendidos y virtuosos y que tenían mucha mano con su señor. Y no sin causa, porque le habían bien servido a Tomas de Mongoueri, al Señor de Habart, que después fue Duque de Mola, que le hiço el mal Rey Ricardo al caballero mayor, llamado Cheui Tercero, Chalanguier, y al marqués, hijo de la Reyna de Ynglaterra, nacido del primer matrimonio. Y también daba presentes a todos los que venían a su corte, aunque viniesen a cosas de disgusto. Y los despachaba con buenas palabras y con presentes, con que volvían muy contentos. Aunque algunos conoçían que lo haçía por ganar voluntades y haçer su negoçio en esta guerra empeçada, disimulaban por el provecho que se les seguía.

CAPÍTULO CXIII. Cómo el Rey procuraba con su prudencia entretener los criados de Inglaterra con dádivas que les daba.

A todos los nombrados en el capítulo antecedente, [251v] además de las pensiones que les daba, le había hecho y hacía muy grandes presentes. Y estoy cierto que el Señor de Habart, en menos de dos años le dio, además de las pensiones en dinero y en vajilla, veinte y cuatro mil ducados. Y al camarero mayor, Señor de Astingues, le dio de una vez mil marcos de plata en vajilla. Y de todos estos se hallaron en París en la Contaduría Mayor las cartas de pago. Excepto del dicho Señor de Astingues, que tenía tanta mano con el Rey, y su oficio era tan grande, que se hizo de rogar para querer ser pensionario. De que yo fui causa, porque cuando yo servía al Duque de Borgoña le hice tomar su amistad. El cual le daba mil escudos al año de pensión. Y esto dije al Rey que quiso que yo fuese medianero, para que también le procurase traer a su servicio y devoción. Porque en otros tiempos y en los de el Duque Carlos fue siempre enemigo del Rey, y aún después, ayudando a la Princesa de Borgoña. Y no quedó por su parte el procurar que en un tiempo Inglaterra no le ayudase para hacer la guerra contra el Rey de Francia. Esta amistad empecé a entablar por cartas. Y el Rey le dio dos mil escudos de pensión, que era doblada de lo que el duque le daba. Y embió el Rey a que le hablase a Pedro Cleret, su mayordomo. Y le encargó mucho que toma- [252r] -se su carta de pago, porque en el tiempo venidero se viese cómo el Camarero Mayor, Chançiller, Almirante y Caballero Mayor, y otros muchos, habían sido pensionarios del Rey de Francia. El dicho Cleret era hombre sagaz y tuvo en Londres comunicación secreta con el dicho Camarero Mayor en su aposento a solas. Y después de haberle dicho lo que

convenía de parte del Rey, le dio los dos mil escudos en oro, porque en otra especie no daba el Rey ninguna cantidad a los extranjeros. Cuando el Antiguus hubo recibido el dinero, le suplicó el Cleret que para su descargo le firmase una carta de pago, a lo cual puso mucha dificultad. Visto por el Cleret, le rogó que quisiera le diese una carta de dos renglones para el Rey en que le dijese cómo los había recibido, porque no pensase que se había quedado con ellos por ser el dicho señor sospechoso. Y viendo el Camarero Mayor que pedía cosa justa le respondió: «Señor Mayordomo, lo que pedís es muy justo, pero esta dádiva viene de la liberalidad del Rey, vuestro señor, y no a mi ynstançia. Si queréis que lo tome, lo pondréis aquí en mi manga y no tendréis otro reçibo porque no quiero que por mí digan que el Camarero Mayor de Ynglaterra ha sido pensionario del Rey de Françia, ni que mis reçibos se hallen en sus contadurías. El dicho **Cleret** calló y dejó su dinero, y vino a dar cuenta al Rey, que se enojó mucho porque no [252v] trujo la carta de pago. Pero alabó y estimó mucho al dicho Camarero Mayor, más que a todos los otros criados del Rey de Ynglaterra. Después de este tiempo, fue siempre pagado el dicho Camarero Mayor sin dar carta de pago.

CAPÍTULO CXV. Cómo al Rey Eduardo de Ynglaterra soliciaban sus vasallos que pasase en Françia para ayudar a la Princesa de Borgoña.

De la manera que habéis oýdo vivía nuestro Rey con estos ingleses. La Princesa de Borgoña ynviaba a soliciitar y rogar muy a menudo al Rey de Ynglaterra para que quisiese ayudarla. El de Ynglaterra daba cuenta al de Françia y le apretaba por la paz, o a lo menos por tregua. Porque los de Ynglaterra que se hallaban en su consejo y, en particular, en su junta de las Cortes, en las cuales había muchas personas que venían de lejos y que no tenían pnsión como los otros. Y estos y el común del pueblo querían que el Rey ayudase con veras a la prinçesa, diçiendo que el Rey de Françia les engañaba y que no efectuaría el casamiento como se podía ver. Porque [253r] en el tratado hecho en Pequeni entre los dos Reyes había jurado y prometido que en un año ymbiaría a tomar la hija del Rey de Ynglaterra, a quien había hecho llamar la Delfina. Y que ya se había pasado mucho tiempo, y que por mucha ynstançia que sus vasallos le hiçiesen no lo quería haçer por muchas raçones. Era el Rey de Ynglaterra hombre pesado y que mucho amaba sus gustos, y no pudiera sufrir los trabajos de la guerra de estas partes, viéndose también rodeado de grandes adversidades. De otra parte la cudiçia de los cincuenta mil escudos pagados cada año en su castillo de Londres le enterneçían el coraçón. Y también cuando sus embaxadores venían se les haçía todo buen tratamiento y se les daban tan buenas dádivas, que partían muy contentos y jamás se les respondía por yr ganando tiempo, pero se les deçía que en pocos días el Rey ynviaba al de Ynglaterra personas tan **fidedignas** y de tanta calidad que bastantemente les asigurarían de las cosas que dudaban, y esto sería en tanta manera que quedasen satisfechos.

CAPÍTULO CXVI. Cómo el Rey Eduardo de Ynglaterra y su muger deseaban mucho casar su hija con el Delfín de Françia, que fue Rey Carlos Octavo. [253v]

Usaba nuestro Rey con el de Ynglaterra tan buenos ardidés para entretenerlo, que quando había despedido sus embaxadores, como habéis entendido, con respuesta que presto ymbiaría quien resolviese lo que le habían venido a pedir dentro de un mes, y otras vezes que en tal caso no era término corto, ymviaba personas que no tuviesen notiçia de la embaxada, a fin de que no supiesen responder a la proposiçión della por donde por entonçes no se consiguiese el efecto. Y desta manera los que eran ymviados de Ynglaterra a Françia procuraban dar tam buena respuesta al de Ynglaterra que le entretenían de tal suerte que no se movía. Y por otra parte, el deseo que él y su muger tenían de casar su hija con el Delfín de Françia le obligaban a disimular los que de parte de su consejo defendían ser en gran perjuicio de su Reyno. Y temía que se rompiese este casamiento por la burla que dello se haçía ya en Ynglaterra y, en especial, los que deseaban que hubiese diferençias. Por dar un poco de luz a esta materia, el Rey nuestro señor nunca tuvo voluntad ni propósito de concluir este casamiento, porque la edad de los dos que habían de contraer el matrimonio no era ygual, siendo la hija del Rey de Ynglaterra, que después fue Reyna, de mucha más edad que el Delfín de Françia, que hoy es nuestro Rey. Con estas y otras cautelas y en- [254r] –tretenimientos, se pasaban un mes y dos de tiempo y al enemigo la saçón de poder haçer armada ni ofenderle. Porque sin género de duda si el ynglés no tuviera esperançia de concluir este casamiento, no hubiera sufrido que el de Françia tomase plaças tan çercanas y en su Reyno, antes bien procurara estorbarlo y se hubiera declarado de la parte de la Duquesa de Borgoña.

Y assí el Rey, que temía poner las cosas en duda y aventura, no hubiera enflaqueçido y destruydo tanto como arruynó y destruyó la Casa de Borgoña. No digo esto más de por dar a entender prinçipalmente cómo las cosas de este mundo van guiadas y para que se valgan desto y les sirva de exemplo, y para que sirva a sí mismo a los que entre las manos tienen negoçios tan árduos. Y que los que leyeren este libro tomen de sus avisos y si su entendimiento fuere tan agudo que no necesite dellos sirva para más abundamiento.

Verdad es que si la prinçesa quisiera dar oýdos al casamiento del Señor de Rivieres, hermano de la Reyna de Ynglaterra, le hubiera socorrido con buen número de gente. Pero era un casamiento muy desigual por ser él un conde pobre y ella la más rica heredera de sus tiempos. Muchos tratados pasaron entre este nuestro Rey y el de Ynglaterra. Y entre otros le ofreçía el Rey que si quería juntarse con él y venir en persona a una parte de los estados de la dicha Prinçessa de Borgoña y tomar [254v] su parte consintiría que él tomase el país de Flandes y que le tuviese sin haçer homenaje, y también el País de Bravante, y le ofreçía tomar a su costa las cuatro grandes villas de este país y entregárselas. Y más pagarle diez mil yngleses por cuatro meses, para que con más façilidad pudiese juntar el exército y que le prestaría mucha artillería, gente y pertrechos para llevarla y poderse servir de ella, con que el Rey de Ynglaterra fuese a conquistar a Flandes entretanto que el de Françia los divertía por otra parte. El de Ynglaterra respondió que estas ciudades de Flandes eran muy grandes y fuertes y el país no acomodado a podelle guardar cuando le hubiese **tomado**. Y assimismo el de Bravante, de más de no apetecer mucho esta guerra los yngleses, por el comerçio y trato que tenían con los flamencos. Pero pues el Rey gustaba de haçerle parte de aquella conquista, que fuese dándole algunas de las plaças que había tomado en Picardía, como Bolonia y otras. Lo cual haçiéndose, declararí por él y ynviaría gente a su serviçio

pagándola así. Como he dicho, yban y venían con estas pláticas para yr ganando todo el tiempo que fuese pusible, en el cual se desminuyan las fuerças de la dicha prinçesa. Porque de la poca gente que le había quedado después de la muerte de su padre, muchos se habían pasado a la parte del Rey. Y en particular, [255r] después que lo hiço el Señor de Cordes, pues consigo llevó muchos otros. Lo haçían por neçesidad, por estar cerca de las villas o dentro de las que ya estaban por el Rey. Y también por goçar de las merçedes que el Rey les haçía. Porque ningún otro príncipe las hiço tan grandes a sus criados como él. Demás de aumentarse cada día las discordias y parçialidades entre estas grandes villas y, en particular, en Gante, de quien **dudaba, como habéys oydo.**

A la Prinçesa de Borgoña la hablaron sobre muchos casamientos, diçiéndole que le convenía tener marido para que defendiese lo que le quedaba o haçerlo con el Delfín para que todo le quedase en paz. Algunos deseaban mucho este casamiento, y ella en particular, antes que el Rey diese las cartas que le habían llevado el Señor de Himbercurt y canceller. Otros deçían que el Delfín era muy moço, que no tenía más de nueve años, y porque se casaba también con la de Ynglaterra, procurando que se hiçiese con el hijo del Duque de Cleues. Otros deseaban el de el hijo del Emperador Maximiliano, que fue Rey de Romanos. La princesa estaba mal con el Rey después de la entrega de las dichas cartas, por haber sido causa de la muerte de aquellos dos caballeros y de la desautoridad que reçibió cuando públicamente se las dieron delante de tanta gente, como habéys oydo. Lo que dio brio a los ganteses para echar [255v] digo tantos criados y apartar la madrastra y al Señor de Rabastain, y puesto sus criados con tanto miedo que aún una carta no osaban reçibir sin primero mostrarla, ni tanpoco hablar a su señora. También se yba escluyendo poco a poco el Obispo de Lieja, que era hijo de la Casa de Borbón, el cual deseaba haçer el casamiento del delfín que fuera muy a propósito y de honrra para la prinçesa, sino por la poca edad que tenía. Con todo, la



yntençión del obispo no era esta, y assí se retiró a Lieja y cada uno dejó esta plática porque fuera muy difiçil de concluir este caso de entrambas partes, y creo que los que se pusieran de por medio no salieran con su honrra, y así callaron todos.

Sobre esto hubo consejo en que se halló Madama **Heliun**, primera dama de la dicha prinçesa que, conforme me han referido, dixo que le era conveniente un hombre y no un muchacho. Diçiendo que ya su señora estaba en edad de tener fruto de bendiçión, que era de lo que mayor necesidad tenían sus estados. A esta opinión se arrimaron algunos. Otros despreciaban esta dama y la tenían por grosera en haber hablado tan descubiertamente. Otros la alababan, diçiendo que ella no habló allí sino de casamiento y de lo que convenía al país. No se trató, por entonçes, de otra cosa que de la elección de este hombre, y creo verdaderamente que si el Rey quisiera que [256r] se casara con el Señor de Angulema que ella viniera en ello, tanto deseaba estar aliada a la Cassa de França. Pero Dios lo dispuso de otra manera haçiendo otro casamiento y, por ventura, aún no sabemos la causa sino es que se ynfiere por lo pasado que de este casamiento que se hiço han salido muchas y grandes guerras, tanto en aquel país como en este. Porque si se hubiera casado con el dicho Señor de Angulema, el país de Flandes y de Bravante ni hubieran tenido tan grandes persecuciones. El Duque de Cleues se hallaba en Gante con la prinçesa, el cual buscaba allí amigos para procurar de concluir el casamiento de su hijo con ella, la cual no se ynclinaba a haçerlo por no contentarle las condiçiones del moço, ni a los que la servían. Y assí algunos empeçaron a tratar el casamiento del hijo del Emperador, Rey de Romanos, de quien ya se había tratado. Entre el Emperador y el Duque Carlos, y entre los dos, estaba la cosa ya conçertada; el emperador tenía una carta escrita de mano de la prinçesa de orden de su padre y una sortija con un diamante. La carta contenía cómo siguiendo la voluntad de su padre

prometía al Duque de Austria, hijo del emperador, de concluir el casamiento ya tratado en la manera y conforme al gusto de su señor y padre. [256v]

CAPÍTULO CXVII. Cómo el matrimonio fue concluydo entre el Duque Maximiliano y la Princesa de Borgoña, contra la voluntad del Duque de Cleues.

El Emperador ymbió sus embajadores a la princesa, que estaba en Gante, a los cuales en llegando a Bruselas se les escribió que aguardasen allí que querían ymbiarlos a reçibir. Después de los cuales el Duque de Cleves, que no se holgaba con su venida, procuraba que se volviesen con poco gusto. Pero los dichos embaxadores, que tenían ynteligencias en Casa de la Princesa. Y, en particular, con la Duquesa de Borgoña, viuda, la cual estaba entonçes, como habéis oydo, apartada de la princessa por causa de aquellas cartas, les avisó, según me han dicho, que no obstante lo que les escribió pasasen adelante. Y también les advirtió de lo que en Gante habían de haçer. Y, cómo la princesa estaba bien dispuesta a haçer lo que venían a tratar, y muchos de los que estaban çerca de su persona. Este consejo siguieron los embajadores y vinieron derechos a Gante, no obstante lo que se les había avisado, de que al Duque de Cleves pesó mucho, aunque del todo no sabía el yntento verdadero [257r] de estas señoras.

Resolviose el consejo que después que hubiesen dicho su embajada, que la princesa les diría que fuesen muy bienvenidos y que tomaría parecer de su consejo açerca de lo que le habían dicho, y después respondería y que no dijese otra cosa, y así les dijo la princesa que lo haría. Los embaxadores dieron sus cartas cuando se lo mandaron y hiçieron su embajada, que era cómo este casamiento estaba resuelto entre el Emperador y el duque, su padre con su consentimiento y voluntad, como parecía por carta escrita de su mano. La cual mostraron con el diamante que deçían se había ymbiado y dado por señal del casamiento, rogándole con ynstançia los dichos

embajadores de parte de su amo quisiese efectuar el casamiento siguiendo la voluntad y promesa de su padre. Y, por obligarla a que declarase **delante** de los que allí estaban, le preguntaron si había escrito la dicha carta o no, y si quería cumplir con lo prometido. A estas preguntas respondió, sin tomar parecer de nadie, la princesa, que ella había escrito aquella carta de voluntad y mandato de su padre y embiado el diamante de que ella tenía un traslado. Los embaxadores la dieron muchas graçias y volvieron muy contentos a su casa. El Duque de Cleves quedó muy disgustado de esta respuesta, que era contraria a lo que habían determinado en el consejo y dixo a la princesa que había hablado mal. A que le respondió que no podía haçerlo de otra [257v] manera, porque era cosa prometida y no era bien deçir lo contrario. Lo cual visto y que allí había muchos de su parecer de la princesa, se resolvió pocos días después de retirarse a sus estados y apartarse de la pretensión. Así se concluyó este casamiento y el Duque Maximiliano vino a Colonia, adonde algunos criados de la princesa le vinieron a encontrar. Y creo que le hallaron falto de dineros y se los llevaron. Y no hay que espantar, porque su padre era el mayor abariento que príncipe ni otro haya habido en nuestro tiempo.

El duque fue a Gante acompañado de seisçientos caballos, adonde se concluyó el casamiento. El cual al principio no fue de mucha autoridad para con sus vasallos de la princesa, porque en lugar de traer dineros era necesario dárselos. Y el número de gente no era suficiente en comparación del poder del Rey y su condición. Y no se acomodaba mucho con la de los vasallos de esta Cassa de Borgoña, los cuales habían estado debajo de príncipes ricos que tenían sus estados muy luçidos y su casa con mucha pompa, así en muebles como en el serviçio de mesa, vestidos para sus personas y de sus criados. Los alemanes son muy al contrario, porque son rudos y viven de la mesma manera. No pongo duda que con grande y prudente consejo y también con la graçia de Dios ynfundida, primero se hiço esta ley en Françia: que las hijas no heredasen el Reyno, por

evitar que no cayese en manos de príncipes extranjeros, porque apenas los franceses lo pudie- [258r] -ran sufrir, como tanpoco lo sufren otras naçiones. Porque al fin no hay **ninguna** de las grandes que no quede por de los naturales. Y lo podéis ver en Françia adonde los yngleses han tenido estados cerca de quatroçientos años y en el tiempo presente no tienen más que a Cales y dos pequeños castillos que le cuestan mucho de guardar. Y lo demás lo perdieron con más façilidad que lo ganaron, y han perdido más en un día que ganaron en un año. Y también el Reyno de Nápoles y la Ysla de Sicilia, y otras provinçias que los franceses han poseýdo por largos años, y agora no hay otras memorias dellos que las sepulturas de sus antecesores. Y aunque se sufriese príncipe extranjero, sabio y acompañado de poca gente bien reglada, no lo sufrían con tanta façilidad si tuviese mucha o la ymbiase por alguna ocasión de guerra, porque se descomponen con los vasallos, así por la diversidad de costumbres y condiçiones, como por las violençias que les hacen no teniendo al país el amor que tienen los naturales. Y, particularmente, cuando quieren los offiçios, benefiçios y gobiernos dél. Y assí un príncipe debe ser muy prudente cuando entra a gobernar un país estraño para conçertar y satisfacer todas las ciudades. Y así el príncipe no tiene el don de esta virtud sobre todas las otras cossas, que solo puede proçeder de la mano de Dios, por bien que dél se diga no será estimado. Y **si** vive mucho, tendrá grandes traba- [258v] -jos y lo mismo todos los vasallos. Y, en particular, cuando llegará a ser viejo, en el qual tiempo no tendrá esperança que les haga bien ninguno.

CAPÍTULO CXVIII. Cómo el reyno de Françia tiene una ley que excluye a las hijas de poder heredar la corona.

Al tiempo que se acabó de efectuar este casamiento del Duque de Austria con la de Borgoña, las cosas y negoçios de este estado no yban muy bien por ser entrambos muy moços. El Duque Maximiliano sabía muy poco de gobierno, así por su moçedad, como por hallarse en país estraño, y haberle criado con poco cuydado para manejo de cosas grandes. Y tampoco tenía gente para executar cosa de consideración. De donde se le seguían a este país muchos trabajos y falta de gobierno, mucha desorden y poca concordia entre ellos, como los tuvo y con apariençia de estarlo siempre y verdaderamente que es de grande ynconveniente para un país, como he dicho, quando le viene el señor estraño. Por lo qual hiço Dios grande merced al Reyno de Françia en que se ynstitutyese aquella ley, de que he [259r] hablado en el anteçedente, de que las hijas no hereden. Pues a un pequeño puede aumentar pero a un grande Reyno como este de Françia, no le puede ser más que de muchos ynconvenientes. Pocos días después de este casamiento se perdió el país de Artues, en que no me erraré en la sustançia, y si erraré será en el tiempo como deçir un mes más o menos, lo qual me escusaran los que este leyeren. Las cosas del Rey se aumentaban cada día porque asistía continuamente, y aún en el ymbierno, si no era por ocasión de tregua de algún conçierto, el qual si no se efectuaba era por no contentarse **con** lo puesto en raçón, y assí les continuaba.

Estos Duques de Borgoña tuvieron el primer año un hijo, que es el Archiduque Filippe, que con este tiempo Reynaba. Y el segundo una hija que fue nuestra Reyna, llamada Margarita. El terçero otro hijo llamado Françisco, por el Duque Françisco de

Bretaña, y el cuarto murió de la cayda de un caballo o de calentura, pero verdad fue que cayó. Algunos **dicen** que estaba preñada, y fue en gran daño **para** sus vasallos porque era muy buena señora liberal y dellos bien quista, a la cual respetaban y temían más que a su marido, pues, en efecto, eran los estados suyos. Ella quería mucho a su marido y era princessa de gran nombre y suçedió esta muerte el año de 1482, en Henalt. El Rey tenía la villa Quenoy le Conté y la de Bachen, las cuales restituyó, de que algunos se espantaron, pues no procura- [259v] -ba conçierto ninguno y mostraba quererlo tomar todo sin dejar cossa a esta casa. Y creo que si lo pudiera partir todo y dallo a su gusto y de todo punto destruylla que lo hubiera hecho. Pero lo que le movió volver estas dos plaças en Henal fueron dos cossas que dijo. La primera, que le pareçía que un Rey ha de querer más plaças de fuerça y poderosas en su Reyno adonde está unjido y sacrado que fuera dél. Y assimismo que entre los Reyes de Françia y los emperadores hay grandes confederaçiones juradas de no tomarse nada el uno al otro. Y estas plaças de que hablo están en tierras del Ymperio y se restituyeron el año 1488. Y por lo mismo restituyó a Cambray o la puso en mano neutral contentándose de perderla, la cual le había reçibido debajo de su palabra y siguro.

CAPÍTULO CXVIII. Cómo el Príncipe de Oranje defendía la Cassa de Borgoña, como lugarteniente della, contra los franceses.

Aunque el Rey de Francia continuaba la guerra en el Estado de Borgoña, no podía acabar de verle el fin, porque los alemanes hacían favor al Príncipe de Oranje, lugarte- [260r] -niente en Borgoña. Y esto más lo hacían por el ynterés de el dinero, que no por ayudar al Duque Maximiliano. Porque a su instançia jamás vino hombre aquel país, a lo menos en aquel tiempo de que hablo. Pero eran compañeros de guerra de esta liga de esguizaros que yban a buscar su ventura, porque no son amigos ni quieren bien a la Casa de Austria. Poco socorro tuvo este país, pero mayor lo tuviera si los pagaran. Y esto ninguno lo podía haçer mejor que el Duque Sigismundo de Austria, tío del dicho Duque Maximiliano, que tenía sus tierras allí cerca y, en espeçial, el Condado de Ferreta, que vendió pocos años antes en cien mil francos del Rin al Duque Carlos de Borgoña, el cual después lo volvió a tomar sin restituyr el dinero, y le tuvo aún hasta este tiempo con este título. Este Duque Sigismundo nunca fue de grande entendimiento ni honrra. Y muchas veçes aconteçe que en tales amigos se halla poco socorro. Y es uno de los príncipes, de quienes he hablado en otras partes, que no procuran saber de sus negoçios más de aquello que sus criados les quieren deçir, que siempre estos tales tienen el pago en su vejez. Como este de quien hablo, cuyos criados durante estas guerras **les** han hecho seguir el partido que les ha dado gusto. Y así siempre ha seguido el partido del Rey nuestro señor contra su sobrino. Y al fin quiso dejar sus estados, que son harto grandes, a casa estrangera, y quitarlos a la suya, porque nunca tuvo hijos, aunque fue casado [260v] dos veçes. Y a la postre, de tres meses a esta parte, persuadido de otro



bando de sus criados, ha transferido todos sus señoríos y desde luego a su dicho sobrino el Duque Maximiliano, de quien he hablado, que hoy es Rey de Romanos. Y solo dejó para sí una pensión, que sería la tercera parte de sus rentas, sin quedar con autoridad ni poder ninguno, de que muchas veces se ha arrepentido. Que tal es el fin de los príncipes que quieren vivir ynadvertidamente. Y lo que más me obliga a culparlos es el grande cargo y offiçios que Dios les ha dado en este mundo. A los ynsensatos no hay que reprocharlos, pero a los que tienen buen entendimiento y son bien dispuestos de su cuerpo y no emplean el tiempo en otras cossas que en locuras y oçiosidades, no debemos dolernos del mal que les viene. Y al contrario los que reparten el tiempo una vez en cossas de entendimiento y en consejos, otras en fiestas y gustos, mereçen ser alabados. Y los vasallos son muy dichosos en tener tal príncipe.

Esta guerra de Borgoña duró largo tiempo, por causa de algunos favores que yban dando a los alemanes, pero el poder del Rey les era demasiado grande. El dinero faltaba a los borgoñones, algunos de los cuales rendían las plaças por ynteligencias. Un día el Señor de Cran, lugarteniente por el Rey, sitió la ciudad de la cabeça del **Condado** de Borgoña y, aunque tenía poca gente, no hacía caso de los de dentro. De que les sucedió [261r] mal, porque con una salida que hiçieron le asaltaron de repente y perdió una parte de su artillería y algunos de los suyos, que le fue de mucha desonrra y de cargo con el Rey que reçibió mucho disgusto de esta desgracia. Por lo cual fue promoviendo gobernadores, poniendo otros en su lugar en Borgoña, así por este suceso como por los grandes hurtos que había hecho en aquel país, que en verdad eran exçesivos. Con todo eso, antes de quitarle este cargo, tuvo una victoria de una tropa de borgoñones, adonde fue preso el Señor de Jauteguión, el mayor señor de Borgoña.

CAPÍTULO CXX. Cómo Carlos de Ambuesa, Señor de Jaumont, fue elegido gobernador de Champaña y en pocos días ganó el Ducado de Borgoña.

El Rey, como queda advertido arriba, se resolvió de poner nuevo gobernador en Borgoña sin tocar en nada a lo que eran provechos de lo que había dado al Señor de Cran, fuera de los hombres de armas que le quitó, dejándole solo seis hombres de armas y doce archeros para que le acompañasen. El dicho Señor de Cran era hombre muy gordo y se fue contento a su casa, [261v] en la cual estaba muy cómodo. Y así puso en su lugar por gobernador a Carlos de Ambuesa, Señor de Jaumont, hombre muy valeroso, sabio y diligente. Y comenzó el Rey a poner orden en retirar todos los alemanes que le hacían la guerra en Borgoña, no tanto por servirse dellos, como por más fácilmente conquistar el resto del país y ponerlos a su sueldo. Y embió a los esguízaros, que llamaba señores de las ligas, ofreciéndoles grandes y buenos partidos. Primero, veinte mil francos cada año quedaron para utilidad de las villas, que son cuatro: Berna, Luçerna, Suris y creo que Fubug tenía su parte y los tres cantones que son villages en sus **montañas**, el uno Suiça, de aquí entra en todos el nombre segundo, Solura, y Ondrebal también tenían su parte. Más veintemil francos que daba a los particulares de quienes se servía en estos negocios y se hizo su ciudadano y su primer aliado, de que quiso se le hiziese escritura. Sobre este particular hicieron alguna dificultad, porque en todos tiempos el Duque de Saboya fue su primer aliado. Con todo consintieron y dieron lugar a sus pedimientos y de darle continuamente seis mil hombres en su servicio, pagándoles a cuatro florines y medio de Alemania al mes, el cual número siempre continuó hasta su muerte. Un Rey pobre no pudiera usar este tiro, el cual le fue de

[262r] gran provecho. Y por el contrario creo que a la fin será de gran daño para los esguíçaros, porque tanto han acostumbrado el dinero de que antes no tenían notiçia y, en espeçial, de moneda de oro, que han estado muy çerca de dividirse entre ellos, que de otra manera no se les puede haçer daño, tanto son sus tierras ásperas y pobres, y ellos valientes soldados promptos a pelear con otros.

Después que fueron hechos estos tratados y que todos los alemanes que estaban en Borgoña vinieron al serviçio y gajes del Rey, el poder de los borgoñones fue aniquilado. Y por acortar de raçones, después de hechas muchas cosas nuevas por el gobernador, Señor de Jaumont, sitió a Roquefort, castillo çerca de Dola, que era de Claudio de Bauldre. El cual tomó por composiçión y luego sitió a Dola, de donde su anteceser fue echado, y lo tomó por asalto. Díxose que algunos alemanes de los nuevos que se pasaron al serviçio del Rey procuraron entrar para defenderla, pero junto con ellos estaban tantos archeros que se pusieron sin pensar a la yntençión que estos tenían que lo estorvaron, y quando estuvieron dentro saquearon la villa y la destruyeron y quemaron. Pocos días después que tomó esta villa, sitió de Usona, lugar muy fuerte, pero en él tenía ynteligencias. Y escribió pidiendo al Rey los offiçios para algunos que nombró antes de poner el sitio, [262v] y se le conçedió con gusto. Aunque yo no me hallaba en la parte que pasaba, lo que voy refiriendo lo **supe** por lo que avisaban al Rey y por cartas que le escribían, las cuales me mostraba muchas veçes para que les respondiese. En Ausona había poca gente y las cabeças della estaban de conçierto con el Señor de Jaumont. Y assí al cabo de çinco o seis días fue rendido, con que no le quedó en Borgoña ya que tomar más de tres o cuatro castillos, como Jeu y otros. Y el reconoçimiento de los de Bisançon, villa ymperial que debe poco o nada al Conde de Borgoña, pero porque está puesta en medio de su país complaçía al príncipe dél.

El dicho gobernador entró por el Rey y después salió y hicieron lo que debían y acostumbraban con los Duques de Borgoña. Y así toda Borgoña fue conquistada, en que el dicho gobernador hizo buena diligencia solicitándole para ello el Rey mucho, temiendo que el gobernador se fuese en la conquista, **teniendo** por poseer más tiempo el oficio por temor que el Rey no le **sacase** dél para ymbiallo en otra parte. Porque el país de Borgoña es muy fértil y disponía dél como si fuera suyo y el dicho Señor de Cran y este gobernador Señor de Jaumont entrambos hicieron muy bien sus negocios. El país estuvo por algún tiempo, aunque fue poco, en paz con el gobierno deste. Con todo eso, poco después se reve- [263r] -laron algunas plaças como Beaona, Verdun y otras. Entonçes yo estaba allí presente, adonde me ymbió el Rey con los pensionarios de cassa. Y fue la primera vez que les dio superior que les gobernase, y después se ha acostumbrado hasta agora.

Estas plaças fueron otra vez conquistadas por el buen cuydado y diligencia del dicho gobernador y por falta de juicio de los enemigos. Con esto se conoce la diferencia que hay entre los hombres y que viene de la mano de Dios queda los más prudentes a la parte que quiere sustentar o buen juicio para elegirlos, aquel o aquellos que tenían autoridad para ello. Y en esto manifiesta hasta agora que quiere en todas cosas sustentar nuestros Reyes, tanto a nuestro buen señor, ya muerto, como al que hoy Reyna. Los que prendieron estas plaças eran muchos, aunque no vinieron promptamente a ponerse en las que se revelaron por ellos, antes dieron tiempo al gobernador para juntar la gente que tenía, porque bien sabían en qué estado se hallaban, atento el amor que el país les tenía, por la cual debían ponerse dentro en Beaona, que era villa fuerte, y la podían bien sustentar pero no a las otras. El día que el gobernador se puso en campaña para yr sobre una desdichada y pequeña villa llamada Verdun, de la cual era bien ynformado, ellos entraron dentro en lugar de yr a Beaona. Los cuales eran

seiscientos alemanes escogidos, tantos de a pie como [263v] de a caballo, y del Condado de Ferreta guiados por algunos caballeros borgoñones bien entendidos, entre los cuales era uno Simón de Quinchi. Pararon al tiempo que **pu**dieron adelantarse y meterse en Beaona, que estando ellos dentro fuera ynexpugnable por falta de consejo. Pararon una noche demasiado en un lugar adonde fueron sitiados y tomados por asalto. Y luego sitiaron a Beaona y todo lo recuperaron. Nunca después los enemigos tuvieron fuerças en Borgoña. Entonçes yo estaba allí con los pinsionarios del Rey, como he dicho, de donde me hiço partir por causa de algunas cartas que le escribieron, avisándole que yo reservaba a muchos burgeses de Dijon que no alojasen los soldados. Esto, con alguna otra sospecha, fue causa de enviarme luego a Florençia. Obedeçí como era justo y partí luego que vi las cartas.

CAPÍTULO CXXI. Cómo en la ciudad de Florencia sucedió un motín muy grande entre los señores della por que fueron ahorcados muchos y otros muertos en la yglesia mayor.

La causa por que el Rey me ymbiaba a Florencia era por la diferencia que en ella había entre dos grandes linages y muy [264r] nombrados en este tiempo. El uno era el de los Médicis y el otro de los Paçis. Los cuales, siendo favorecidos del Papa y del Rey Fernando de Nápoles, procuraron haçer matar a Laurençio de Medici con todos sus secuaces, aunque en quanto a su persona no salieron con su intento, pero mataron a Julián de Médicis, su hermano, en la yglesia mayor de Florencia, y a uno llamado Feuguinet, noble criado de la Cassa de Médicis, que se puso delante de Julián. El dicho Laurençio fue muy herido y se escapó en la sacristía de la yglesia, que tenía las puertas de cobre que su padre mandó haçer. Un criado que dos días antes hiço soltar de prisión le sirvió mucho en esta ocassión, el qual recibió muchas heridas por defendelle. Este açidente suçedió al tiempo que se deçía la missa mayor y habían puesto por señal para executar lo la hora que se dijese santus. Suçedió al contrario de como quisieran los que habían tomado esta ympresa, porque pensando haberlo ya todo ganado, algunos dellos subieron al palacio con yntento de matar los señores que allí estaban. A los cuales mudan de tres en tres meses y son nueve los que tienen el gobierno de la ciudad. Pero los conjurados susodichos se **hallaron** mal seguidos y en subiendo la escalera de palacio, le çerraron una puerta tras ellos. Y quando se hallaron arriba, no eran más que cuatro o çinco muy es- [264v] -pantados, y no supieron qué deçir. Lo cual visto por los señores que estaban arriba y criados que estaban con ellos, que por las ventanas vieron

el rebelión en la ciudad, y ya habían oydo a Diego de Paçis, y a otros, en medio de la plaça delante **del** palaçio que gritaban «libertad, libertad y pueblo pueblo», que eran palabras para mover **el** pueblo a su partido que no lo quería haçer, antes estaba quedo. Viendo lo qual, el dicho Paçis y sus compañeros, confusos de la ympresa, huyeron de la plaça, tomaron a los cinco que habían subido mal acompañados y mal seguidos con yntençión de matar a los gobernadores y poder mandar la ciudad, y los mandaron ahorcar de las ventanas del dicho palaçio, entre los cuales fue ahorcado el Arçobispo de Pisa. Estos gobernadores bien la ciudad toda declararse por ellos y por la parcialidad de Médiçis, escribieron al mismo ystante a los pasos que prendiesen cualquier hombre que fuese huyendo y se lo trajesen. El dicho Diego de Paçis fue preso a la misma hora. Fue preso también un criado del Papa Sixto, que tenía cargo de la gente de armas sujeta y gobernada por el Conde Gerónimo que era también de esta ympresa. El Paçis y los demás fueron luego ahorcados de las dichas ventanas. Al criado del Papa cortaron la cabeça y prendieron a muchos en la ciudad. Los cuales [265r] al ynstante fueron ahorcados, entre los cuales fue uno Françisco de Paçis. Paréçeme que entre los que murieron hubo catorçe grandes personajes ahorcados y algunos criados ordinarios muertos por las calles.

Pocos días después de este motín, llegué a la ciudad de Florençia de parte del Rey y no tardé mucho de Borgoña allá, porque no me detuve más de tres días con la Duquesa de Saboya, hermana de nuestro Rey, que me reçibió muy bien. Y de allí fui a Milán, adonde también me detuve dos o tres días pidiéndoles soldados para socorrer los dichos florentines, que entonçes eran nuestros aliados, lo qual conçedieron liberalmente, assí por ser pedidos de parte del Rey como por cumplir con su obligaçión. Y al punto dieron treçientos hombres de armas y después ymbiaron más. Por concluir este caso el Papa ymbió a descomulgar a los florentines luego que suçedió este accidente. Y

juntamente hiço marchar el exército, assí el suyo como el de el Rey de Nápoles, que era bueno y grande, con mucho número de gente honrada, sitiaron a la castellanía çerca de Sena y la tomaron con otras muchas. Y fue gran **dicha** de los florentines no ser destruydos de todo punto porque habían pasado muchos tiempos sin guerras y no conoçían su peligro. Lorenço de Médiçis, que era cabeça en la ciudad, era moço y gobernado de moços, los cuales se arrimaban mucho a su opinión, te- [265v] -nían pocos hombres de çiençia ni experiençia y su exército era pequeño.



CAPÍTULO CXXII. Cómo el **autor** recibió en Novara la obediencia del Ducado de Génova en la ciudad de Milán.

Los generales de los ejércitos del Papa y del Rey Fernando eran el Duque de Urvino, valeroso y prudente hombre y buen capitán, y el Señor Roberto de Armiena y el Señor de Costanza de Peçela, con los dos hijos del Rey, que eran el Duque de Calabria y el Señor **Don** Federico. Había otros muchos capitanes y gran número de buena gente. Todas cuantas plazas sitiaron, las tomaron, aunque no con la facilidad que acá se toman y esto por no saber los ardidés necesarios. Pero en lo que tocaba formar un campo y ponerse en buena **orden**, así por lo que toca a su provisión como por otra cualquier cosa necesaria para ser dueños de la campaña, lo saben mejor que nosotros. El favor del Rey le fue de consideración, aunque no de tanta como yo quisiera, porque no tenía ejército para ayudarles, pues solo tenía mis criados.

Quedé [266r] en la dicha ciudad de Florencia un año, o en sus territorios, bien tratado dellos y a su costa, y mejor el postrero día que el primero. Después el Rey mandó que me volviese y, pasando por Milán, recibí del duque de allí, que se llamaba Juan Galeazo, el homenaje del Ducado de Génova, a lo menos de la duquesa su madre, que me hizo el homenaje por él en nombre del Rey. Y de allí vine a donde estaba, que me recibió muy bien y me entremetió en sus negocios más que nunca antes había hecho. Y me acosté con él, aunque dello fuese yndigno teniendo otros más privados que yo, pero era sabio, y así con él no se podía errar obediendo sus mandatos sin añadir cosa propia. Hallelo algo emvejeçido y dispuesto a enfermedades, aunque no se descubriesen tan presto. Encaminaba con grande prudencia todas sus cosas y aún le duraba la guerra

de Picardía, que le tenía muy a pechos el Duque de Austria, que era Rey de Romanos, que en este año mandaba a los flamencos. Vino a sitiar a Terobana y el Señor de Cordes, lugarteniente por el Rey en Picardía, recogió todo el ejército que su señor tenía en aquel país y en todas las fronteras y ocho mil buenos archeros con que la fue a socorrer. [266v]

CAPÍTULO CXXIII. Cómo entre el ejército del Rey y el de el Duque Maximiliano se dio una batalla en Guienegaste.

Luego que el Duque Maximiliano supo que el ejército del Rey se acercaba, levantó el sitio y le fue a encontrar junto a un lugar llamado Guienegaste. El duque tenía buen número de gente del país de Flandes, que serían más de veinte mil hombres y, con ellos, algunos alemanes con más de treientos yngleses, los cuales tenía a su cargo Tomas Abrigan, caballero ynglés que había servido al Duque Carlos de Borgoña. La caballería del Rey, que era mayor que la del duque, se la rompió, y los siguieron hasta Ayre. La gente de a caballo del duque la llevaba a su cargo el Señor de Rabastain, llamado Felipe. El duque se juntó con su ynfantería. El Rey tenía en su ejército mil y çien hombres de armas a ordenança de los cuales no fueron todos en seguimiento del enemigo, pero fue el Señor de Cordes que era cabo de esta gente y, con él, el Señor Torsi, en que mostraron su valor en hacerlo. Si bien es verdad que no fuera razón que la cabeça fuera a este seguimiento, y más con poca gente. La de a caballo de el duque fue rota porque unos se retiraron so color de [267r] yr a guardar las plaças, otros huían sin dar otra ocasión. La ynfantería de el duque estuvo siempre a pie firme, que no fue poco habiendo visto huir a la caballería, pero estuvieron muy çerca de huir. Y la ocasión de no hacerlo fue haber entre ellos duçientos caballeros que los animaban y guiaban, entre los cuales estaba el Señor de Romont de la Cassa de Saboya y el Conde de Mansao, con otros muchos de calidad, el valor de los cuales hiço estar firmes estos soldados. Los archeros del Rey dieron sobre el bagaje del duque con intento de saquealle y a los que siguían como abibanderos y otros. La gente del duque, parte della, fue a socorrer el

bagaje adonde murieron algunos. De la parte del duque fue mayor la pérdida que de la del Rey, assí de presos como de muertos, pero el duque quedó señor del campo. Y tengo por cierto que si hubiera tenido quien le aconsejara bien y que volviera a Terovana no hubiera hallado gente dentro, y lo mismo sucediera en Arras. Pero ni hubo quien se lo aconsejase, ni él se atreviera a yntentarlo, de que le sucedió mal adelante, por no estar en este caso en lo que convenía, que muchas vezes quando más ymporta nos falta el consejo. También el duque tenía algún temor. No hablo en este caso de oydas, pues me hallé presente y solo he tocado esto por continuar mi principal propósito, pues para que vaya más bien ordenado me pare- [267v] -ció conveniente decir algo de lo referido.

CAPÍTULO CXXIII. Cómo el Rey procuraba apartar la proligidad en los negocios y pleytos de su Reyno, y que en él no hubiese más uso que un peso y una medida.

Cuando llegó al Rey la nueva de la batalla suçedida en Guienegaste, me hallaba yo en su compañía. Reçibió mucho pesar, porque no estaba acostumbrado a **perder**, mas era tan venturoso en todas sus cosas que pareçía que todas le venían a medida de su gusto. Su entendimiento era mucha parte para que todo le suçediera bien, pues nunca hiço cosa que no fuese con mucho acuerdo y consejo, no aventurándose fáçilmente haçia sus exércitos tan grandes, que pocos príncipes osaban oponérsele, y mayores que ningún Rey de Françia los hiço. Él los proveya muy bien de artillería y otros pertrechos neçesarios a la guerra, procuraba siempre tomar luego las plaças que podía y, en particular, las que entendía estaban mal proveídas. Y cuando las tenía ponía tanta gente y artillería dentro que [268r] era ymposible volvérselas a tomar. Y si había en alguna plaça gobernador que la quisiese entregar por dinero o haçer algún otro trato o conçierto con él podía ý estar contento, pues en él hallaba príncipe que no reparaba en poco, ni le espantaba gran preçio, antes bien se conçertaba con mucha libertad. Al prinçipio temió de esta batalla, pensando si lo habían engañado, no queriendo **decirle** la verdad y que estuviese de todo punto perdida. A todo trançe era prinçipio para perder todo lo que de la Casa de Borgoña tenía conquistado y lo demás ponerlo en gran peligro. Con todo, cuando le çertificaron de lo çierto, se quietó y sosegó. Y determinó poner tal orden que no se emprendiese cosa semejante sin su voluntad. Satisfçose con esto del Señor de Cordes de quien había tenido alguna sospecha. Desde este punto el Rey determinó de

tratar paz con el Duque de Austria, no obstante que la podía hacer con muchas ventajas, pero quería ordenarla de tal suerte que el duque quedase con un freno puesto por sus mismos vasallos, de los cuales conocía que su inclinación era a los gustos de su amo y que en ningún tiempo tuviese poder para hacerle daño.

Deseaba mucho el Rey poner orden en su Reyno, especialmente procurando evitar la proligidad de los pleytos y negoçios dél, sobre que enfrenaba las fuerças a sus consejos y al de su parla- [268v] -mento, no por desminuirles su autoridad, pero porque quería probar muchas cosas que tenía en su ymaginación y conocerlos por este camino. Deseaba también que en su Reyno no se usase más que de un peso y medida, y que sus **estatutos** y ordenanças fuesen escritas en un libro en lengua francesa, por salir al paso a las astuçias y modos de hurtar de los letrados que en este Reyno se acostumbran tan a puerta abierta. Lo cual aunque era conocido claramente, nadie procuraba su remedio hasta que el Rey, movido de sí mismo, propuso de poner las cossas en buena razón. A quien si Dios hubiera dado seis años de vida más, las pusiera de tal manera que caminaran por buen camino y le fuera de mucha utilidad a su Reyno. Al cual había oprimido más que ninguno otro Rey, y nunca quiso alibiarle por consejo ni parecer de otro, antes bien cualquier cossa era necesario que proçediese de su voluntad para hacerla. Créese que le quitara mucha carga al Reyno si Dios no le hubiera dado enfermedad que le cortó los pasos y la vida, por lo cual se puede tomar exemplo y hacer bien mientras hay tiempo y Dios da entendimiento y salud a los hombres. [269r]

CAPÍTULO CXXV. Cómo el Rey hizo fortificar la ciudad de Arras contra la villa con murallas y fosos, para que desta manera estuiese sujeta a la ciudad.

El concierto que el Rey deseaba efectuar con el Duque de Austria, con su muger y país era por medio de los ganteses tratando el casamiento del delfín, su hijo, que fue Rey con la hija de los dichos duques, y que con eso le dejasen los Condados de Bolonia, Auserrois, Maçanois y Jarrolois, con que les volvería el país de Artues reservando la ciudad de Arras en el estado que le había puesto. Porque de la villa no se hacía caso pues la ciudad estaba fortificada, **porque antes que el Rey tomase a Arras la villa era fortificada** contra la ciudad, y así la ciudad estaba bien guardada del obispo por el Rey. Pero estos señores de la Casa de Borgoña han siempre, de cien años a esta parte, hecho el obispo que han querido y, asimismo, el gobernador de la ciudad. Y el Rey hizo al contrario, por adquirir más autoridad, haciendo derribar las murallas y fabricar al contrario, porque la ciudad estaba fortificada con grandes fosos del Ducado de Borgoña, Condado de Artoes y las villas sitiadas sobre el río Soma. Las castellanías de Perona, Roye [269v] y Mondidier no se hablaba dellas. Esto se trataba en que venían los de Gante, que eran muy rudos, contra el duque y la duquesa, su muger, y otras de las principales villas de Flandes y Brabante que se inclinaban a la voluntad de sus príncipes. Y en especial Bruselas que está muy rica, porque en ella habían asistido siempre los Duques Filipe y Carlos, y asimismo el Duque y Duquesa de Austria. Pero la ociosidad y gran vicio que tuvieron en el tiempo que los duques estuvieron en ella fue causa que no conociesen a Dios ni a sus príncipes, de que se les siguieron muchos males y desgracias, como habéis oído.

CAPÍTULO CXXVI. Cómo el Rey por ser persona ya entrada en edad comenzó a venir a menos y cargarle enfermedades estando cerca Chinon, adonde le dio un accidente que le dexó sin habla.

En este tiempo, que era el año 1479, en el mes de março, había tregua entre los dichos señores. Y el Rey deseaba la paz en particular en estos países como fue en todo con ventaja, según [270r] queda dicho. El Rey, por estar ya viejo y con muchos años, la naturaleza le vino a faltar, por lo cual le iban cargando enfermedades y otros achaques. Como se vio estando en las fraguas cerca de Chinon, que estando comiendo le **sobrevino** un accidente que le hizo perder el habla. Lo cual visto por los que se hallaron presentes le quitaron de la mesa y le pusieron cerca del fuego cerradas las ventanas, no dando lugar a que se allegase a ella ni a que fuesen abiertas. Esto sucedió en el año de 1480, en el mes de março. Nótese en el Rey una cosa de considerar, pues con haber perdido la habla tuvo siempre el conocimiento y la memoria tan viva como si estuviera con salud. Entonces llegastes Vos, Señor Arçobispo de Viena, que en aquel punto no se halló su médico allí y le pusieron una medicina y hicieron abrir las ventanas para que entrase el ayre. Dentro de poco tiempo cobró el habla y volvió enteramente en sí, y poniéndose a caballo se volvió a las fraguas porque este mal le sobrevino estando en un pequeño lugar, un quarto de legua dellas, adonde había ydo a oír missa. Fue bien curado, si bien es verdad que muchas palabras o las más las pronunciaba mal, pero por señas daba a entender lo que quería. Entre otras cosas que pidió, fue que le llamasen al cura de Tors para confesarse. Y asimismo dio a entender por señas que quería que me llamasen a mí, que en esta sazón me hallaba diez leguas de allí, [270v] en Argenton.



Hiçieronlo assí y quando allegué lo hallé comiendo, y estaba con él Juan fumea, que había sido médico del Rey Carlos, que entonçes despachaba los memoriales, y otro médico llamado Claudio. Entendía muy poco de lo que se le deçía aunque no tenía dolor nignuno, híçome señal que gustaba durmiese en su aposento. Yo le serví cuarenta días a la mesa y a su persona, como ayuda de cámara, de que yo me tenía por muy honrrado, y le estaba en muy grande obligaçión. Al cabo de diez días empeçó a mejorársele el habla, aunque del todo no pronunçaba bien las palabras, y pareçiéndole que ninguno le entendía tan bien como yo, quiso que le estuviese çerca. Confesose con el cura en mi presençia, porque de otra manera no fuera entendido. No tenía mucho que deçir, por haberse confesado pocos días antes a ocasión de tocar los enfermos de lamparones. Que los Reyes de Françia, quando quieren tocar estos enfermos, se confiesan. Tienen costumbre de tocarlos cada semana, como lo haçía este Rey. Y si los otros no lo haçen o hiçieron assí lo haçen mal, porque son tantos los enfermos que acuden de este mal que es neçesario toda esta priesa. Quando se halló algo mejorado, preguntó quiénes habían sido los que en el día que le suçedió el açidente que le dejó como queda dicho, le habían quitado que no fuese a la ventana ni se asomase a ella. Dijéronselo, a los cuales luego e- [271r] -chó de su casa, quitando a algunos los offiçios que tenían sin jamás después volvérselos, a otros, como al Señor de Segret, a Xilbert de Grasay, Señor de Champeras, no quitó nada pero los echó de su serviçio. Muchos quedaron espantados de esta resolución, culpándola por deçir que aquello había sido hecho a buen fin. Y deçían la verdad, pero las ymaginaçiones de los príncipes son diversas y no las pueden entender todos los que **hablan** dellas.

Entonçes no había cossa de que más se temiese que de perder su autoridad que tenía muy grande y que llegasen a no obedecerle. De otra parte sabía que el Rey Carlos, su padre, quando cayó malo de la enfermedad que murió, entró en ymaginaçión que

querían darle veneno a pedimiento de su hijo, la cual fue tan fuerte que no quería comer, por lo cual fue determinado comparecer de **los** médicos y de sus más principales y allegados criados de hacerle comer por fuerza, como lo hicieron, puniéndole pistos y viandas líquidas en la boca, lo cual hecho poco después murió. El Rey Luis, que nunca tuvo por buena esta manera de hacer comer, lo sintió mucho, haciendo más demostración exterior de lo que ynteriormente lo sentía. Por lo cual el Rey, movido del miedo que tenía que le perdiesen la autoridad por parecerles que no tenía el entendimiento **capaz** para el despacho de sus negocios, se resolvió en echar de sí los criados arriba dichos. [271v]

CAPÍTULO CXXVII. Cómo el Rey, por consejo del Señor de Cordes juntó un exército y le puso cerca del Puente del Archa para ensayarle, que costó mucho.

Después que mandó echar de su servicio las personas dichas en el antecedente capítulo, se hizo ynformar de cómo andaban las cosas de su consejo y el modo que se había tenido en los despachos que había habido diez o doçe días **que** habían pasado de su enfermedad que estaban a cargo del Obispo de Albi, su hermano, Gobernador de Borgoña, y del Mariscal de Guie y del Señor de Lude, porque estos se hallaron al tiempo y principio de su mal. Estaban aposentados debajo de su aposento en dos pequeños aposentos. Quiso asimismo ver las cartas que habían venido en aquel tiempo y las que cada momento llegaban. De las cuales se le mostraban las más principales y yo se las leya. Hacía demostración de entenderlas y tomándolas en su mano daba señas que las entendía aunque no tenía conoçimiento. Deçía algunas palabras mal formadas y asimismo por señas significaba y daba a entender lo que se había de responder. Nosotros hacíamos pocos despachos esperando el fin de su enfermedad, porque era señor con quien era menester caminar derecho, que le duró çerca de quinze días. Y quanto a los sentidos y la habla, [272r] volvió a su primer estado, pero quedó muy débil y con sospechas de volver a caer en la misma enfermedad, porque naturalmente tenía ynclinación de no creer a los médicos. Luego que cobró la entera salud, mandó sacar de la prisión al Cardenal Balue que lo había tenido en ella catorce años, por el cual muchas vezes fue rogado de la Sede Appostólica y de otras partes. De que se hizo absolver con una bula que a su pedimento le ymbió el papa quando le dio esta enfermedad.

Los que entonces se hallaban cerca de su persona le tuvieron por muerto y hicieron muchas órdenes para romper un muy excesivo y cruel pecho que había puesto poco antes por consejo del Señor de Cordes, su lugarteniente en Picardía, para entretener diez mil ynfantes que estuviesen siempre prontos y dos mil y quinientos pensionarios. Toda esta gente se decía del ejército y con ellos ordenó mil y quinientos hombres de armas de su ordenança para apearse cuando fuese necesario. Mandó también hacer gran número de carros para cercar el ejército con tiendas y pabellones a ymitación del ejército del Duque de Borgoña. Costaba este ejército en cada un año un millón y quinientos mil francos. Cuando fue puesto a punto este ejército quiso yrle a ver disponer cerca del Puente de Archa en Normandía, en un valle que allí hay, adonde estaban los seis mil esguícaros de que hablaron, y nunca después vio tanto número de gente junta. De allí se volvió a [272v] Tors, a donde su enfermedad le sobrevino. Otra vez perdió el habla, estando dos horas sin ella y de manera que le tenían por muerto, echado sobre un jergón de paja en una galería, estando muchos alrededor dél. El Señor de Bochage y yo hicimos voto por su salud a San Claudio, como también lo hicieron otros que se hallaban presentes. Y luego cobró la habla y, al mismo instante, se paseó por la cassa, pero muy débil. Esta segunda enfermedad le sucedió en el año 1481. No dejaba de andar por el país como de antes y fue a mi casa a Argentón, en donde quedó muy malo un mes, desde adonde quiso cumplir el voto hecho a San Claudio. Cuando partió de Tors me ymbió a Saboya contra los Señores de la Chabra, Miolan y Bresa, aunque en secreto los favorecía, porque habían preso al Señor de Lins del Delfinado que había puesto el gobierno del Duque Philiberto, su sobrino. Y embió tras mí gran número de soldados, que llevé a Macon contra el Señor de Bresa, aunque yo y él en secreto nos concertamos. El cual prendió en Turín, en el Piemonte, al Señor de la Chabra, acostado con el dicho duque. Y habiéndomelo notificado, hice luego retirar la gente de

armas, porque él llevó al Duque de Saboya a Grenoble, adonde el Señor Mariscal de Borgoña, el Marqués de Rotelin y yo le fuimos a recibir. El Rey me mandó venir a él a Beauieu, en Beauiolois, y me quedé espantado de verle tan flaco y [273r] desecho, y de como podía andar por el país, pero su gran coraje le sustentaba.

En el dicho lugar de Beauieu recibió cartas como la Duquesa de Austria era muerta de una cayda que dio de un caballo sobre un grande tronco de madera. Algunos dicen que no murió de esta cayda, sea como quiera, ella murió después de la cayda. Fue su muerte de gran daño para sus vasallos y amigos porque nunca después tuvieron bien ni paz, respetándola más todo el pueblo y muchas villas que a su marido por causa que ella era señora del país. Y esto fue el año de 1482. El Rey me contó estas nuevas con grande contento, y también que los dos hijos quedaban en guarda de los ganteses, de quien conocía ynclinación, así diçiones y revelaciones contra esta Casa de Borgoña. Por lo cual le parecía haber hallado el tiempo a su propósito, siendo el Duque de Austria, moço extranjero, y que aún tenía padre y guerras en todas partes, porque verdaderamente estaba menos favorecido y mal acompañado porque el Emperador, su padre, era por extremo abariento.

CAPÍTULO CXXVIII. Cómo el Rey empezó a tratar el casamiento entre su hijo y Margarita de Flandes por medio de los ganteses. [273v]

El Rey, como habéis oydo, deseaba efectuar el casamiento de su hijo con Margarita de Flandes, hija del Duque de Austria, al presente nuestra Reyna. Y este pensamiento lo comenzó a continuar y tratar con los ganteses por medio del Señor de Cordes, encaminados particularmente a un agente de la villa de Gante llamado Guillermo Ribat, hombre sagaz y malicioso, y otro llamado Cuponola, escribano de los cónsules, que era calçetero y tenía mucho crédito en el pueblo, porque cuando estaban alborotados solían servirse de este género de gente. El Rey se volvió a Tors retirándose cada día más, tanto que muy poca gente le veía, entrando en muy grandes sospechas y temores de que se les desminuyese su autoridad. Apartó de sí todos los que le solían servir y los más çercanos que tenía sin quitarles nada, los cuales fueron a sus ofiçios y cargos o a sus casas, **pero** esto no duró mucho pues vivió poco. Hiço cosas estrañas de que los que lo vehían juzgaban que perdía el entendimiento, pero no lo entendían. En cuanto a ser sospechoso, todos los grandes príncipes lo son y, en particular, los sabios y los que han tenido muy grandes enemigos y ofendido a muchos como había hecho este Rey. Y más que sabía que **no** era bienquisto de los grandes del Reyno, ni de muchos del pueblo por haberles puesto más cargas que jamás hiço otro Rey, aunque tuviese desseo de descargarles, como he dicho, pues, ha- [274r] -bía de empear a haçerlo más temprano. El Rey Carlos Sétimo fue el primero que por medio de muchos sabios y buenos caballeros que tenía que le habían ayudado y servido en la conquista de Normandía y Guiena, que recobró de los yngleses, empeçó a cargar a sus vasallos a su

gusto, sin consentimiento de las cortes. Entonçes había ocasión assí para guarneçer al país conquistado, como por repartir a los soldados de las compañías que saqueaban el Reyno. A que consintieron los Señores de Françia por algunas pinsiones que les ofreçieron del dinero que sacaron de sus tierras. Si este Rey hubiera vivido algo más, y los que entonçes eran de su consejo se hubiera aumentado, pero por lo que en esto ha pasado, y ha de pasar, cargó mucho su alma y **las** de sus suçesores, y puso una plaga tan grande sobre su Reyno que se sentirá mucho tiempo. Ynstituyó un gran número de gente de armas a la ymitación de los Príncipes de Ytalia. El cual dicho Rey a la hora de su muerte sacaba de su Reyno por todo un millón y ochoçientos mil francos. No tenía más de mil y seteçientos hombres de armas con buena disçiplina a la guardia del Reyno que de mucho tiempo antes de su muerte no habían alojado por el Reyno, que era de gran descanso para él. Y al tiempo de su muerte del Rey, nuestro amo, sacaba cuatro millones y seteçientos mil francos. Hombres de armas tenía cinco mil. Ynfantería assí de los que servían como plaças muertas [274v] más de veinte y çinco mil. Así no hay que espantar si tenía diversos pensamientos y ymaginaçiones, y assí pensaba no estar bien quisto. Si se temía de esto, esperaba por otra parte a los que había criado y hecho merçed, de los cuales hubiera hallado gran número que le servieran hasta la muerte.

Al prinçipio de su enfermedad entraba mucha gente en palaçio, donde **estaba**, salvo sus criados. Cuatroçientos archeros le haçían cada día guardia a la puerta, ningún señor ni gran personage **posaba** dentro y no entraban de una vez muchos caballeros de los grandes sino el Señor de Beauieu, que fue Duque de Borbón, que era su hierno. Alrededor de la plaça de palaçio mandó haçer una estacada de grandes barras de hierro. Además de esto, en la muralla hiço poner pieças de hierro para estorbar la entrada y poner cuatro garitas de hierro muy fuertes de donde se pudiese tirar con comodidad, cosa muy de ver, y, a la postre, puso cuarenta ballesteros que de día y de noche

guardaban las murallas con orden de tirar a cualquier persona que se aqercase hasta abrir las puertas por la mañana. Pareçiale también que sus vasallos estaban deseosos de adquirir más autoridad cuando se ofreçiese ocasión. La verdad fue que entre algunos se trató de entrar en el palacio y despachar los negoçios según les pareçiese, porque nada se despachaba, pero **no** se a- [275r] –trevieron. Que en no haqerlo hiçieron muy bien, porque estaba bien prevenido en caso que lo yntentaran. Trocaba a menudo ayudas de cámara y otros, diçiendo que la naturaleza se huelga y entretiene con cosas nuevas. En su compañía tenía un hombre o dos de baxo estado y no conoçidos. Y bien podían pensar si eran entendidos que luego que el Rey se muriese les quitarían todo lo que les había dado, que sería el menor mal que les podía venir, como efecto les suçedió assí. Estos no le deçían nada de cualquier cosa que escribiesen de sus negoçios, salvo de lo que tocaba a la preservación de su estado y defensa del Reyno, porque no quería entender en otra cosa mas que en estar en tregua o en paz. Daba a su médico cada mes diez mil escudos, que en cinco meses reçibió çinquenta y cuatro mil lugares. Dio muchos a las yglesias, pero esta dádiva no duró mucho tiempo porque tenían demasiado.



CAPÍTULO CXXIX. Cómo el Rey hizo venir de Calabria a Tors un hombre sancto que fundó los Mínimos que en Francia llaman Buenos Hombres. [275v]

Entre los hombres que de mayor opinión de sanctidad se hallaban en este tiempo, era uno en Calabria llamado Fray Roberto, a quien por su exemplar vida llamaban santo. A cuya honrra el Rey que hoy Reyna fabricó un monasterio çerca del Palacio del Parque y, en recompensa de la capilla que está al fin del puente del dicho Parque, de edad de doçe años, se hizo hermitaño y se puso a pasar su vida debajo de una peña, adonde estuvo hasta la edad de cuarenta y tres, en la cual el Rey le ymbió a llamar por un mayordomo suyo en compañía del Príncipe de Taranto, hijo del Rey de Nápoles. Este santo varón no quiso partirse sin beneplácito del Papa y de su Rey. Era hombre simple, que por serlo proçedió en muchas cosas cuerdamente. Hizo dos yglesias en tierra de moros. Jamás comió después que se puso en esta estrecha vida carne, pescado, ni huevos, ni cosa de leche ni de grosura. Y no creo jamás haber visto hombre de tan sancta vida en quien más claro se conociese que el Spíritu Santo hablaba por su boca, porque no era hombre que había estudiado ninguna facultad. Sabía muy bien el lenguaje italiano. Cuando venía al llamado de nuestro Rey pasó por Nápoles, adonde fue tan festejado, visitado y honrrado como si fuera una gran persona apostólica, assí [276r] del Rey como de sus hijos, con los cuales hablaba como si él se hubiera criado en palacio. De allí pasó a Roma, en donde le visitaron todos los cardenales. Y el Papa le dio audiencia tres veçes a solas y siempre que la tuvo le dio silla çerca de su persona por espacio de tres o cuatro horas. Era cosa de considerar y de que se le seguía grande honrra para ser hombre sin letras el responder a todo tan sabiamente y de manera que

causaba admiración a quien le oya. El Papa le concedió un breve para que pudiese fundar una orden llamada los Hermitaños de San Francisco. Llegó a donde estaba el Rey, que le honrró como si fuera el mismo Papa, arrodillándose delante y rogándole quisiese pedir a Dios le concediese vida para más tiempo, a que respondía lo que convenía a hombre prudente. Muchas veces le oy hablar en presencia del Rey que sucedió a este adonde estaban todos los grandes del Reyno, pero en lo que decía y enseñaba daba claras muestras que era ynspirado por Dios, porque de otra manera no era posible decir tan fundadas. Después de esto vivió este hombre mucho tiempo y porque no sé si en razón de su vida mejoró o empeoró no hablaré más dél. Algunos se reyan de la venida de este hermitaño, que llamaban sancto hombre, pero no estaban enterados de los pen- [276v] -samientos de este sabio Rey, ni sabían las cosas que le movían a ello.

El Rey estaba en este Palacio del Parque con poca gente, salvo de archeros con sus sospechas. A las cuales había prevenido, porque no dejaba hombre ni en la villa, ni en los campos de quien sospechase, antes bien los hacía ausentar. Y mientras salían los mandaba acompañar con los archeros, no les hablaban de negocios sino de los muy ymportantes y graves. Estaba tan flaco y desfigurado que verle parecía más hombre muerto que vivo y apenas hubiera quien le conociera. Vestía más ricamente que nunca. Antes no llevaba sino ropas de raso carmesí aforradas de martas, y dellas repartía en quien le daba gusto sin que las pidiese, porque ninguno se atrevía a pedirle nada ni hablarle de cosa alguna. Daba rigurosos castigos por ser temido y de miedo de perder la autoridad, conforme me dixo. Quitaba officios y casaba soldados, desminuya las pensiones y otras quitaba del todo. Y poco antes me había dicho que se entretenía y pasaba su tiempo en haçer y desaçer gentes, por donde daba ocasión que dél se hablase en el mundo más que de otro ningún Rey, todo lo cual hacía porque no le juzgasen por

muerto, ni que estaba en estado que no podía mandar. Como he dicho, pocos le visita-  
[277r] -ban y cuando oían hablar de sus hechos temían y apenas creían que estuviese  
enfermo en todas partes fuera de su Reyno. En Ynglaterra, por entretener aquel  
casamiento y a los yngleses, tanto al Rey como a los particulares, pagaba bien lo que  
debía. En España daba palabras de cumplimiento y amistad dando dádivas a muchos.  
Tenía cossas estrañas: si él compraba un caballo o mula, había de ser de país que  
entendiesen que él era sano, porque esto no lo hacía en su Reyno. Perros alanos  
ymbiaba a tomar en España y de pequeños lebreles en Bretaña y los pagaba más de su  
valor. En Valençia hacía comprar en más precio de lo que los dueños pedían unos  
pequeños perros lanudos. En Sicilia ymbiaba a **tomar** mulas, espeçialmente de algunos  
offiçiales del país y las **pagaba** doblado de lo que valían. A Nápoles caballos, y a otras  
partes bestias extrahordinarias, como en Berveria un género de leones que no son  
mayores que çorras, los cuales llaman Arditz. Al país de Dinamarca y de Sueuia ymbió  
a tomar dos géneros de animales. Unos llamados eles, que tienen el cuerpo de çieruo,  
grandes como búfalos, con cuernos cortos y gruesos; los otros llamados ranguieros, que  
tienen el cuerpo y color de gamo, salvo que tienen los cuernos mayores, porque [277v]  
yo he visto un renguier con cuernos que tenía cada uno seis. De cada uno de estos  
animales dio a los mercaderes cuatro mil y quinientos florines de Alemania. Y cuando  
le llevaron estos animales para que los viese, no hacía caso dellos, mas que si fueran  
cossa que le diera disgusto. Y muchas veçes no quería hablar a los mercaderes que los  
traían. En efecto, hacía tantas cossas de estas que era más temido de sus vasallos y  
veçinos que nunca lo fue.

CAPÍTULO CXXX. Cómo el Rey de Ynglaterra desseaba mucho que su hija cassase con el Delfín de Françia.

Volviendo a mi propósito y al principal yntento de la historia, que es decir las cosas que pasaron en mi tiempo en estos Reynos, será bien tratar del casamiento de el Delfín de Françia, que después fue Rey, con la hija de los Duques de Austria hecho por mano de los ganteses con gran disgusto del Rey Eduardo de Ynglaterra, que entonces conoçió ser engañado y perdió de todo punto la esperança [278r] **que tenía** de casar su hija con el dicho Delfín. El cual casamiento el Rey y la Reyna su muger habían desseado más que cossa del mundo y jamás pudieron persuadirse ni creer a ninguno, assí vasallo como otro que les advirtiesen, la dificultad que tenía, ni al consejo de Ynglaterra que se lo dieron a entender muchas veçes quando el Rey tomó a Picardía, cerca de Cales, diçiendo que quando hubiese tomado aquello que podría yntentar a Cales y a Guienes. Y lo mesmo le deçían los embaxadores de los Duques de Austria que estaban en Ynglaterra, y los bretones y otros, pero no quiso creer a ninguno, que bien se le luçió. Aunque creo que esto no proçedió tanto de ygnorancia, como de avariçia de no perder cincuenta mil escudos que el Rey le daba, ni por dexar sus comodidades y gustos a que estaba muy ynclinado. Sobre este casamiento se hiço una junta en Alos, en Flandes, en la cual se halló el Duque de Austria, Rey de Romanos, y dipputados de las cortes de Flandes, Bravante y otros lugares del duque y de sus hijos. En la cual los ganteses hiçieron muchas cossas contra la voluntad del duque, como desterrar gente y quitar otros de çerca de su hijo, diçiéndole después el desseo que tenían que se hiçiese este casamiento por tener paz y se le hiçieron efectuar aunque no quisiese. El duque era

muy moço [278v] y no tenía gente de consideraçión que le pudiese ayudar, porque en esta Casa de Borgoña, como he dicho, poco faltaba que todos no fuesen muertos. A Tornay vino muy mal acompañado y por haberse muerto su muger, que era señora del país, no osaba hablar con el brío que antes. Y por abreviar con este propósito, el Rey fue avisado por el Señor de Cordes, de que se alegró mucho y se señaló el día para llevar la prinçesa a Hedin pocos días antes, en el año 1481. El Señor de Croy entregó al de Cordes a Hera, del país de Artues, por suma de dinero. El cual la tenía por el Duque de Austria y por el Señor de Bures, su capitán. Muy fuerte villa que ayudó a los flamencos a que cumpliesen su yntento, porque está en la frontera de su país y aunque deseaban la disminución de su príncipe no se holgaban que el Rey se açercase tanto a sus fronteras. Después que se concluyeron estas cossas, como he dicho, vinieron al Rey los Embaxadores de Flandes y de Bravante. Pero todo dependía de los de Gante, assí por su poder, como porque tenían los hijos del duque en sus manos y ser siempre los primeros que començaban los movimientos. Y también vinieron algunos caballeros de parte del duque, moços como el duque, personas no a propósito para tratar de la quietud del país, los cuales eran Juan de Burgos [279r] y Baldium de Saboya, con secretarios. El Rey estaba ya muy caýdo y con dificultad se dejaba ver, no queriendo jurar los tratados hechos açerca desto, lo cual hacía por no ser visto, aunque después los juró. Los tratados le eran muy aventajados y muchas veçes lo había deseado, no quiriendo más que el Condado de Borgoña o de Artues. Y los Señores de Gante, que así los llamaban, se los hiçieron entregar entrambos los estados, y los de Maçonoes, Charoles y Daauxarrois. Y si le hubieran podido haçer dar los de Henalt y de Namur y todos los vasallos de esta casa que hablan françés, lo hubieran hecho de buena gana para traer a menos a su señor.

CAPÍTULO CXXXI. Cómo la Princesa Madama Margarita de Flandes fue llevada con gran magestad a Francia para casalla con el Delfín.

El Rey nuestro señor era doctado de tan buen entendimiento que por marauilla se le yba por alto ninguna cosa por mucha dificultad que tuviese, por lo cual entendía muy bien la [279v] pobreza y poco poder de los Estados de Flandes y de su conde, por tener un sobrepeso tan grande en medio de Francia y Flandes, como lo es el país de Artoes, de adonde se saca para la guerra muy luçida gente en caso que sea menester. El cual país, no poseyéndolo el Conde de Flandes es muy poco su poder y poca la jurisdicción y señorío que tiene si no es queriendo los ganteses. Después que volvieron los de la embaxada, la princesa fue llevada a Hedin por el Señor de Cordes en el año de 1483, en cuya compañía fue Madama de Rabastain, hija bastarda del Duque muerto Filipe de Borgoña. Fue recibida por el señor duque y Madama de Borbón que hoy viven, el Señor de Albret y otros de parte del Rey, la llevaron a Ambuesa, a donde estaba el delfín. Si el Duque de Austria pudiera quitar la princesa a los que la llevaban antes que salieran de sus estados, lo hubiera hecho, pero los de Gante la acompañaron con buena guardia, los cuales ya habían comenzado a perder la vergüença. A su parte se arrimaban otras muchas gentes, porque tenía entre sus manos el hijo, a quien ponían y quitaban lo que les daba gusto. Entre otros estuvo el Señor de Rabastain, hermano del Duque de Cleves, por gobernador principal del dicho muchacho, llamado el Duque Filipe, que aún vive, esperando grande sucesión si Dios le da vida. Sí hubo quien tu- [280r] -viese contento de este casamiento. Por una parte el rey de Ynglaterra recibió grandísimo disgusto, porque lo tuvo a grande deshorrta y se halló burlado, dudando también de haber

perdido la pensión que el Rey le daba, a que llamaba tributo, conforme deçían los yngleses, y de ser menospreçiado en Ynglaterra, y que fuese causa que se revelasen contra él, en espeçial porque no quiso creer al consejo, por lo qual vivía con muy gran trabajo, por verse al Rey de Françia ya muy çerca, de que sintió tan gran dolor que al punto que supo estas nuevas cayó en una grande enfermedad, de la qual en poco tiempo murió. Algunos diçen que murió de un catarro, sea como fuere que el prinçipal motivo y causa de su enfermedad fue este casamiento y la que le mató tan presto. Conoçida falta es en un prinçipe el arrimarse a sola su opinión, no dando lugar ni admitiendo parecer y consejo de otros, de que muchas veçes se les siguen muy grandes e ynreparables daños y pérdidas. Murió el Rey de Ynglaterra en el año de 1482, en el mes de abril, de cuya muerte tuvo aviso el Rey nuestro señor, luego el qual no hiço demostración de contento.

Y poco después reçibió cartas del Duque de Cloçestre que se había hecho Rey de Ynglaterra y se firmaba Ricardo, que había hecho matar los dos hijos del Rey Eduardo, su hermano. [280v] Este Ricardo procuraba la amistad de nuestro Rey y creo que era con intención de cobrar aquella pensión, pero el Rey no le quiso responder a sus cartas ni escuchar al mensajero, antes bien tiniéndole por persona cruel y malvado, pues habiendo jurado homenaje a su sobrino después de la muerte de su hermano, como a su Rey y señor, usó una crueldad y maldad tan grande. Y haber hecho declarar en público consejo de Ynglaterra por bastardas dos hijas del Rey Eduardo, so color que probó por medio de un Obispo de Bas, en Ynglaterra, que en algún tiempo estuvo en gran crédito con el Rey Eduardo, pero después cayó en su desgracia y le tuvo preso, a quien sacó de prisión por una gran suma de dineros. Este obispo deçía que el Rey Eduardo había **prometido** de casarse con una dama ynglesa, de la qual deçía el nombre. Y que estando della enamorado, para mejor poder goçarla la prometió en manos del dicho obispo se

casaría con ella, debajo de la cual promesa dio lugar la dama al desseo del Rey, lo que hiço solo para engañarla, pero estas burlas son muy peligrosas, según se vio por esta.

Muchos de estos casos han suçedido y yo he visto entre gente cortesana, los cuales si se ven en semejantes ocasiones no dejan de goçarlas por falta de ofreçimientos. Este malvado obispo guardó en su coraçón este rencor para vengarse como lo hiço al cabo de [281r] veinte años. Pero suçediole mal, porque tenía un hijo a quien quería mucho y a quien el Rey Ricardo desseaba hacer grandes merçedes y haçerle casar con la madre de las dos hijas declaradas por bastardas, la cual fue Reyna de Ynglaterra y tiene dos hijos hermosos, el cual hijo del obispo, estando en un navío de guerra por mandado del Rey Ricardo, fue preso a la costa de Normandía y por diferençias de los que le prendieron le llevaron al Parlamento y puesto en el pequeño castillo de París, a donde estuvo tanto tiempo que murió de hambre y de pobreza.

El Rey Ricardo no tardó mucho en reçibir el castido de sus crueldades, porque contra él levantó Dios un enemigo de poco poder y menos derecho a la Corona de Ynglaterra, hombre poco estimado, salvo que era hombre de bien. Había padeçido muchos trabajos, pues casi siempre estuvo preso en Bretaña por el Duque Françisco que con tenerle preso le trató bien. Era de edad de veynte y ocho años. El cual tenía tres mil hombres juntos en Normandía, la peor gente que se hallase, con los cuales pasó en Ynglaterra y llegó a Gales, adonde se juntó con él su suegro, el Señor de Estinlay, que tenía veynte y seis mil yngleses. Al cabo de tres o cuatro días se encontraron con el Rey Ricardo y dándose la batalla fue muerto en ella el desdichado Rey y este que hoy Reyna fue coronado. [281v]



CAPÍTULO CXXXII. Cómo el Papa Sixto embió al Rey el Corporal con que San Pedro decía misa, con otras muchas reliquias para que cobrase salud.

En otra parte he hablado y dicho del modo que Dios ha pagado de contado en nuestros tiempos a los que no han tenido sus pensamientos en él. Y ahora me será fuerza volver a tocar este punto y cómo Dios ha castigado sin aguardar a que las crueldades pasasen adelante de que yo puedo dar verdadera cuenta. Este casamiento de Flandes que el Rey mucho había desseado se concluyó, por lo cual tenía a los flamencos a su devoción. Bretaña, con quien tenía odio, estaba en paz con él, pero los tenía con temor por el gran número de soldados que sustentaba en sus fronteras. También **España estaba en paz** con él, no deseando el Rey y la Reyna más que amistad, a los cuales tenía también por sospechosos y con gastos por amor de el Condado de Rosellón que le dio el Rey Don Juan de Aragón, padre del Rey de Castilla que hoy Reyna, por algunas pretensiones que aún hoy no están acabadas. Los potentados de Italia le querían por amigo, con el cual estaban confederados y, a menudo, ymbiaban embaxadores en Alemania. Los esguízaros le obedecían como vasallos y el Rey de Escoçia y el de Portugal [282r] eran sus aliados, y los navarros haçían lo que él querían. Sus vasallos temblaban en su presençia, lo que mandaba luego se executaba sin réplica, lo que juzgaban era neçessario para su salud se lo trayán de muy lejas tierras. El Papa Sixto, postrer muerto, supo que el Rey, por su devoción, deseaba tener el Corporal con el cual San Pedro acostumbró a decir missa. Y luego se lo ymbió con otras muchas reliquias. La santa Redoma que está en Reys, que jamás habían sacado de allí, se la llevaron en su aposento en Plesis y la pusieron sobre su mesa, adonde aún estaba. Cuando murió

tenía yntençión de ser unguido del aceyte della otra vez, como quando le consagraron por Rey. Muchos creyeron que se quería ungir todo el cuerpo, pero pruébase que no porque la redoma era pequeña y con poco licor dentro. Yo la vi en el tiempo que digo y también quando el Rey fue enterrado en la yglesia de Nuestra Señora de Cleri. El turco que hoy reyna le ymbió una embaxada que llegó hasta Reyns, en Provença, la qual el Rey no quiso oýr, ni que pasase más adelante. Este embaxador le traía una relación de reliquias que estaban en Constantinopla en manos del turco, las cuales ofreçía al Rey con gran cantidad de dinero solo porque quisiese tener con buena guardia un hermano del dicho turco que [282v] estaba en nuestro reyno en manos de los caballeros de Rodas y después en Roma en poder del Papa. De estas cosas se puede conoçer la prudencia y grandeça de nuestro Rey y como era estimado y honrrado en el mundo. Y cómo assí las cosas espirituales de devoçión y religión eran empleadas para procurar alargar su vida, así de la mesma manera los temporales. Pero quando la hora determinada allega nada es de provecho en quanto al cuerpo. Y así nuestro Rey fue neçessario que caminase por el camino común de la muerte. Entre otras graçias que Dios le conçedió en su vida fue una que le hiço liberalíssimo y virtuoso, más que quantos príncipes reynaban en su tiempo. A sus enemigos los tenía sujetos por serles superior en todas cossas, a quienes permitió Dios que sobreviviese, aunque de poco tiempo, porque el Duque Carlos de Borgoña, la duquesa su hija, el Rey Eduardo, el Duque Galeazo de Milán, el Rey Juan de Aragón murieron antes que él, y de la muerte de la Duquesa de Austria y del Rey Eduardo y suya pasó brevísimo tiempo. En todas se hallaban cosas buenas y malas, como en hombres. Con todo eso, sin usar de lisonja, en él había muchas más cosas convinientes a officio de Rey y de príncipe que en ninguno de los demás. Hablo de vista porque los conoçí casi a todos. [283r]

CAPÍTULO CXXXIII. Cómo el Rey Luis Onçeno antes de su muerte mandó venir ante sí a Carlos Delfín, su hijo, al cual entre otras cossas mandó que no mudase ninguno de los officiales que él dexaba.

Estando el Rey en su enfermedad en el año 1482 quiso ver al delfín su hijo que había muchos años que no le había visto, no queriendo tampoco que muchos le viesén, así por la salud del muchacho como por temor que no le sacasen de allí y que debajo de su sombra se hiçiese alguna junta en su reyno, porque assí se había hecho en tiempo que él era Delfín contra el Rey Carlos Séptimo, su padre, entre algunos señores de su reyno, en edad de onçe años, llamándose esta guerra la Plaguería, pero no duró mucho no siendo más que un debate de corte. Entre otras cossas encomendó al delfín su hijo algunos criados y le mandó expresamente no mudase ningunos ministros, diçiéndole que cuando el Rey su padre murió y que él suçedió en la corona, echó de su serviçio los buenos caballeros y de más consideración del reyno, y que habían ayudado a su padre a conquistar a Normandía y Guiena, y echar los yngleses del reyno y a ponerle en paz y [283v] en buena orden, porque así lo halló, y muy rico. De que le había venido gran daño porque desto le vino la guerra llamada el Bien Público de que he hablado antes, que temió no fuese causa de hacerle perder el reyno.

Luego después el Rey habló al Delfín, su hijo, y concluyó este casamiento. Y le dio el mal de la **muerte** un lunes y dél murió que le duró hasta el sábado siguiente, penúltimo del mes de agosto de 1483. Yo me hallé hasta el fin de esta enfermedad, por lo que quiero deçir algo della. Luego que le dio el mal perdió el habla, como le había suçedido otras veçes, aunque antes la enfermedad fue tan grave que apenas podía alçar

la mano a la boca, y estaba tan flaco y desecho que movía a compasión. Mandó al Señor de Biaueu, marido de su hija, al presente Duque de Borbón, que fuese al Rey su hijo que estaba en Ambuesa, mandándole que no le dexasen acercar ninguna gente y le dijo muchas y muy notables cosas. Y si en todo el dicho señor hubiera observado su mandado o, a lo menos, en parte, porque le había mandado algunas cosas tan extraordinarias que no se debían hacer, pero si generalidad hubiera lugar y él guardara en todo lo que le fue mandado, fuera el bien del reyno y el suyo tan bien visto las cossas que han sucedido después. También ymbió al chançiller y mandó que le llevase a su hijo toda su montería y bolatería, a quien [284r] fue acompañando parte de los archeros de su guardia y muchos capitanes. A todos los que yban a Ambuesa les mandaba sirviesen al Rey su hijo y no yba persona con quien dejase de ymbialle alguna cosa. En particular le ymbió muchos regalos con Esteban de Beste, su ayuda de cámara, a quien el Rey había hecho baylio de Meaus. Después que cobró el habla quedó con tan buen entendimiento y acuerdo tan claro como nunca lo tuvo, porque continuamente hacía evaluación que le **quitaba** los vapores que subían a la cabeça. Nunca en su enfermedad se quejó como de ordinario se quejan los enfermos. De mí digo que en estando con cualquier mal me quejo, y assí lo he visto haçer a otros porque diçen que es alivio para el dolor. Continuamente lo que hablaban eran cossas muy buenas.

Como he dicho, su enfermedad duró desde el lunes hasta el sábado a la tarde. Paréçeme que será bien hagamos un tanteo de los dolores que el Rey padeçió antes de su muerte y veamos si fueron tantos y tan grandes como los que él hiço padeçer a otros durante su vida. Los del Rey fueron muchos, que para mí creo le sirvieron de purgatorio de que se puede ynferir que está goçando de Dios. Y si no fueron tan grandes como los que hiço padeçer a otros, por eso haçe en su favor los grandes offiçios cargas y obligaciones y cuydados que en vida tuvo, si bien es verdad que tuvo pocas

enfermedades y livianas pero él estaba tan mal acostumbra- [284v] -do a ellas que por cualquiera pequeña que fuese se le hacía muy mal de llevarla. Él fue el Rey más temido que entonces se hallaba, que parece que había nacido para mandar todo el mundo según era obedecido en muchas partes dél. Aunque todos dudaban de su salud, él siempre tenía gran confianza del hermitaño que estaba en Plesis, a quien continuamente ymbiaba a visitar teniendo por cierto que sus oraciones le había Dios de alargar la vida. Pareçíale que se hallaba en buena disposición y con buen ánimo de que había de sanar, lo cual si sucediera assí, hubiera deshecho la junta que había ymbiado al Rey su hijo a Ambuesa, y quitado las órdenes que había dado. No obstante la esperanza que en sí conoçía que tenía en el buen hermitaño, pareçió a algunos teólogos y otros que andaban çerca de su persona decirle que de su vida no había otra esperanza más que en la misericordia de Dios. Y que a esto se hallase presente su médico Diego Quoquitier en quien fundaba mucha parte de su esperanza, y a quien daba diez mil ducados cada mes creyendo sería causa de tener más vida. Y para que pusiese su conciencia en orden y dispusiese sus cosas y dexase todos pensamientos temporales, lo cual assí se hiço.

Sucediole al Rey lo que a dos grandes personajes que hiço morir. Al uno de los cuales, que fue el Duque de Namurs, declaró haberle hecho dar la muerte sin culpa, y al otro, que fue el condestable, con ra- [285r] -çón, a quien les fue notificada la sentencia de muerte por medio de personas diputadas para ello, con muy pocas palabras y dándoles menos horas, determinó para disponerse. Fue executada la sentencia assí de la misma manera. Los que he dicho se dispusieron a decir al Rey que ordenase su alma porque se yba acabando. Llegaron a él y, con muy pocas y desabridas palabras, le dijeron: «Señor, conviene que os digamos la verdad. No fundéis vuestra esperanza más en este santo hombre, ni en otra ninguna cosa, porque a la verdad os vais acabando, por lo cual será bien miréis por vuestra alma porque no tenéis remedio.» Cada uno de los

que allí se hallaron le dio su parecer y le avisó lo mismo. A que respondió el Rey que tenía esperanza que Dios le había de ayudar porque le parecía que no estaba tan malo como ellos decían. ¡Qué dolor sentiría de oír esta nueva! Porque no hubo hombre que temiese más la muerte, ni que hiciese más cosas para procurar evitarla que él. Teníanos advertido que siempre que llegase a estado de muerte que no se le dijese otra cosa más de persuadirlo a que se confesase, sin tomar en la boca el nombre de la muerte, palabra que tan mal sonaba en sus oídos, pareciéndole que no tendría ánimo para oír tan cruel sentencia. Con todo, esta vez le escuchó con lo demás que se le dixo hasta que murió, con tanta paciencia y más que otro hombre que yo haya visto morir. A su hijo, [285v] que llamó Rey, ymbió muchas cosas y se confesó muy bien, y reço muchas oraciones conforme a los sacramentos que recibía. Los cuales él propio pidió y, como he dicho, hablaba tan claro, como si nunca hubiera estado malo, tratando de muchas cosas en orden al Rey su hijo. Y entre otras mandó que el Señor de Cordes no se apartase en seis meses de su hijo y que le pidiesen de su parte no pusiese en Cales nuevas órdenes, ni en otra parte ninguna, pues él ya estaba resuelto de no pasar adelante en estas ynterpresas por el bien del reyno y del Rey. Porque eran cosas muy peligrosas y, en particular, la de Cales, de que podía resultar que volviesen los yngleses y, sobre todo, deseaba que su reyno, después de su muerte, estuviese en paz çinco o seis años, cosa que él no pudo acabar consigo en toda su vida aunque, a la verdad, no había cosa de que más neçesidad tuviese el reyno. Porque, aunque su grandeza es mucha, estaba **destruydo** y pobre; la raçón más prinçipal era el paso de los soldados de una parte a otra. En el país dejó ordenado que no se hiçiese guerra en Bretaña y que dexasen en paz al Duque Françisco, sin ponerle en sospecha ni miedo. Y asímismo con los demás veçinos del reyno, para que el Rey y el reyno pudiesen goçar la paz hasta que el Rey fuese de edad de poder disponer dél a su gusto. [286r]

CAPÍTULO CXXXIII. Cómo el Rey Luis Onçeno, poco antes de su muerte, desconfiaba de todos, sospechando dellos hasta de su hijo, hija y yerno.

En el capítulo antecedente empecé a haçer balança y comparación de los males que el Rey hiço padeçer a otros en su vida y a muchos que vivían debajo de su obediencia, que fueron muchos y muy grandes, pero fue pagado en la misma moneda antes de su muerte. Y aunque sus males no fueron tantos por el estar mal acostumbrado a ellos, aunque pequeños, los sentía como la muerte. Y por ser su condiçión tan deseosa de ser obedecida y tanto como cualquier otro príncipe de su tiempo, como en efecto lo fue, por lo cual una mínima palabra respondida contra su voluntad le era muy difícil de sufrir. Ya he dicho cómo le fue advertido el poco tiempo que de vida le quedaba, no con la discreción que se debiera, pues antes de su muerte çinco o seis meses sospechaba de todos sin fiarse de ninguno, ni de los que parecían dignos de autoridad. Llegó a tanto su temor y sospecha que la tenía de su mesmo hijo, a quien haçía guardar muy estrechamente, de modo que ninguno le viese ni hablase sin su mandado. La mesma sospecha vino a tener de su hija y de su hierno, [286v] hoy Duque de Borbón, y quería saber qué gente entraba con ellos en el Plesis y, finalmente, no estaba siguro de los mismos que por su mandado estaban dentro. En el tiempo que el dicho su hierno y el Conde de Dunoës volvieron de llevar la embaxada que había venido de acompañar la princesa y hallarse en sus bodas della y del Rey su hijo en Ambuesa, entraron mucha gente con ellos. El Rey, que haçía tener muy buenas guardias a las puertas estando en una galería que cae al patio del dicho Plesis, hiço llamar a uno de los capitanes de su guardia y él mandó que, con destreça y sin que le conoçiesen, fuese a mirar si la gente

que los dichos señores entraban traían armas ynsólitas debajo las capas. Mirad cómo era medido con la medida que él en su vida midió a los demás. Tuvo a todos sus veçinos con mil temores y sospechas y con mil alteraciones y sobresaltos, y a sus mismos vasallos no hallaba persona de quien osase fiarse. Y yo no sé de qué gente podía fiarse y estar seguro pues de su hijo, hija y hierno se temía. No digo esto por él solo pues también habló con todos los señores que desean ser temidos que jamás dejan de reçibir la misma paga en su vexez porque por penitencia temen a todos. ¡Qué dolor debía sentir este Rey de estar en este temor y pasión! Tenía un médico llamado Diego Cocquieter, a qui- [287r] -en en çinco meses dio cincuenta y cuatro mil escudos de contado que salían diez mil escudos al mes. Y el obispado de Amiens a su sobrino, y a él otros ofiçios y lugares, como también a sus amigos. Este médico era tan rudo y le deçía al Rey tan ásperas palabras que para un criado eran ynsufribles, a quien temía tanto el Rey que no osara echarle de su casa y serviçio. Y, aunque el Rey quisiera quejarse desto, tampoco lo osara haçer, porque hiçiera con él lo propio que con cualquier otro hombre. Dejándole pues le deçía con muchos bríos: «Yo bien sé que un día me echaréis como los demás. Yo os hago juramento que no viviréis ocho días.» Después este le atemorizaba mucho y tanto que continuamente le agasajaba y le haçía mucha merçed y daba muchas cosas. Lo cual era para él un purgatorio en este mundo, atento la grande obediencia y cortesía que le habían tenido y guardado tanta gente honrrada y prinçipal.



CAPÍTULO CXXXV. Cómo el Rey Luis Onceno mandó haçer muchas jaulas de hierro en una de las cuales fue puesto por **tiempo de** ocho meses el autor deste libro.  
[287v]

El Rey mandó haçer unas rigurosas cárçeles de hierro en forma de jaulas, y otras de madera de la misma manera, cubiertas de láminas de hierro por de dentro y fuera con fuertes cerraduras, las cuales eran altas, poco más que un hombre y de ocho pies de ancho. El primero que dio la traça de este modo de cárçeles fue el Obispo de Berdún, y él fue el primero que las estrenó. En la primera que se hiço le pusieron adonde estuvo catorçe años. Puede ser que le alcançasen las maldiçiones que le echaban como a ymbentor de tan terrible cárçel los que en ellas entraban. Entre los cuales fui yo uno que estuve en una dellas ocho meses en tiempo del Rey que hoy vive. Asimismo mandó haçer a unos alemanos unos grillos de hierro muy grandes y pesados para poner en los pies con una argolla que se abría y çerraba como un candado con una cadena muy grande y una bola muy gruesa al cabo muy pesada. A estos grillos llamaban las Hijuelas del Rey. Las cuales vi a los pies de muchos presos honrrados que después han salido con grande honrra y han reçibido muchas merçedes del Rey. Entre otros fue un hijo del Señor de la Grotura de Flandes, preso en batalla, a quien el Rey después casó y hiço caballero de su cámara y Gobernador de Angeu y capitán de [288r] cien lanças. El Señor de Pienes, también preso en guerra, y el Señor de Berxier, que después tuvieron gentes de armas y fueron sus caballeros de cámara y de su hijo, dándoles asimismo otros grandes cargos y estados. Al Señor de Rocafort, hermano del condestable, hiço, y a otro llamado Roque Bertín, de tierra de Cataluña, que fue prisionero en la guerra, muy

grandes merçedes, y a otros muchos de diversas tierras, los cuales sería muy prolijo en contarles. Esto, al fin, no es de nuestra principal materia. Y así es fuerça volver a decir cómo en su tiempo se ymventaron tan malas y duras cárçeles, y cómo, antes de su muerte, se vino a hallar en semejantes y aún en mayores y con mayor temor del que tuvieron los que por su mandado estuvieron en ellas, lo cual tengo por sin duda fue orden del çielo para que acá en el mundo le sirviese de purgatorio. Esto he dicho para dar a entender que Dios no le había dejado de su mano pues a los que no deja nunca en esta vida, aunque sean de mayor y más alta dignidad, dejan de tener algunos desengaños del mundo en público o en secreto, espeçialmente los que haçen padeçer a otros.

El dicho señor, çerca de el fin de sus días, mandó çerrar todo alrededor de Plesis con gruesas barras de hierro en forma de estacada, y a las cuatro esquinas de su palaçio hiço poner cuatro revellines de hierro grandes y [288v] espesos. La estacada era contra el muro de la parte de la plaça y de la otra parte del foso, sobre el muro, hiço poner unas puas que cada una dellas tenía cuatro puntas muy espesas la una de la otra. Demás de esto ordenó a diez ballesteros que estuviesen y durmiesen en los dichos fosos para que tirasen a los que se açercasen antes que la puerta fuese abierta, los cuales se retirasen en caso de neçesidad a los dichos revelines. Bien sabía que esta fortificaçión no era bastante para contra exérçito formado ni gran número de gente, pero servía para que algún señor o algunos juntos no intentasen haçer alguna ynterpresa o matarle alguna noche por escalada y apoderarse della y le pusiesen en prisión so color que estaba ynhabíl para gobernar. Las puertas del palaçio no se abrían hasta las ocho de la mañana ni el puente se bajaba hasta la misma hora, y entonçes entraban los ofiçiales y capitanes de las guardias y los porteros no eran los ordinarios, ponían la guardia de los archeros a la puerta y en el patio como si fuera una plaça de frontera guardada con muy gran cuydado. Ninguno entraba sino por el postigo y que no lo supiese el Rey, exçeto algún

mayordomo o gente de esta calidad que no yban donde estaba el Rey. De forma que si fuera el Rey prisionero y quiriéndole con mucho recato y cuydado guardar, no se podían haçer mayores diligencias que la estrecha [289r] cárçel en que él mismo se tenía. Las prisiones y jaulas donde a los demás tenía eran de ocho pies de cuadro y el que era tan gran Rey no tenía más que un pequeño patio del castillo para pasearse. Y aún a este lugar salía muy poco, estándose de ordinario en la galería sin salir della si no era para los aposentos. Y yba a misa sin pasar por el patio, de forma que no se puede deçir que este Rey no padeçiese en tanta estrecheça como los demás en su prisión, pues siempre se çerraba estando con cuydado y aún con miedo de sus mismos criados y demás parientes y allegados. Y llegaba a tal extremo que cada día mudaba los criados que él mismo había criado y que el bien y honrra que tenían era por su mano para que le sirviesen. Y con todo eso no se fiaba de ninguno dellos, cerrándose en tan estraña cárçel y con tan rigurosas prisiones como haçía. Pues aunque es verdad que el lugar era mayor que una cárçel ordinaria, también el Rey era mayor que los presos ordinarios. Podrá alguno deçir que haya habido otro algún príncipe tan sospechoso y recatado en la guardia de su persona, pero no ha sido en nuestros tiempos ni tan sabio como él ni que tuviese tan fieles y leales vasallos fuera de que aquellos puede ser que hubiesen sido crueles tiranos, pero este no ha castigado a quien no le haya ofendido.

No he referido estas cosas solo por tratar del sospe- [289v] -choso estado y miserias a que vino nuestro Rey, pero por deçir que los trabajos que le han sobrevenido han sido a cuenta de los muchos que él hiço padeçer a otros. Y pienso que fue traça del cielo para tener menos que purgar en el otro mundo, así en las cosas que he referido como en las graves y dolorosas enfermedades que pasó, las cuales aún començó a temer antes que le viniesen. Y también lo he dicho para que los reyes que le suçedan sean más piadosos con el pueblo y menos rigurosos en castigar. Aunque no es mi yntento deçir

mal de su persona pues fue un grande príncipe y aunque es verdad que cargaba a sus vasallos, pero obligábale la necesidad y jamás consentía fuesen maltratados de vasallos ni **privados**. Con todo esso, al cabo de tanto miedos, sospechas, y dolores fue Nuestro Señor servido haciendo, si se puede decir, un milagro con él sacando el alma y el cuerpo como siempre su gran misericordia acostumbra. Sacándole de este miserable mundo, habiendo recibido todos los santos sacramentos con todo su entendimiento, sin que se conociese que sintiese su muerte, hablando siempre con mucho juicio y haciendo muchos actos de cristiano, y ordenando su entierro señaló los que quería le acompañasen. Y dijo que tenía grande esperanza de morir en sábado, de que Nuestra Señora le fue ynterçesora y en quien él tuvo siempre mucha confianza y devoción. [290r] Y así le sucedió, pues murió el sábado penúltimo de agosto año de 1483, donde enfermó el lunes antes, téngale Nuestro Señor en su gloria.

De este Rey pueden sacar los que fundan sus esperanças en las cossas del mundo su poca estabilidad, pues siendo un tan grande señor y tan poderoso, temido y servido y respetado, al fin la muerte le hizo todo nada, pues su grandeça y poder no fue bastante para que en llegando la hora la pudiese alargar un solo punto, pues sus bienes y riqueças cosa llana es que acá se quedaron. Yo le conocí y serví en la flor de su edad y en sus mayores prosperidades, pero no puedo decir haberle visto libre de cuidados y trabajos o penas. Sus gustos y holguras eran la montería y bolatería, usando de cada cossa a su tiempo. En la montería hallaba más entretenimiento. De los entretenimientos femíneos se le daba muy poco pues a penas se le conoció que tal tuviese, lo que puedo asegurar todo el tiempo que le conocí y serví. Cuando entré en su servicio, se le murió un hijo, de que hizo **tanto** sentimiento y tuvo tanto dolor que le obligó, y esto en mi presencia, a hacer un voto a Dios de no conocer a otra muger que la suya. Y aunque esto lo debía hacer por mandarlo así la yglesia, con todo fue gran cossa, teniendo tantas a su

mandado, perseverar en lo que había prometido y más siendo la Reyna poco hermosa, pero [290v] lo que de hermosura le faltaba le sobraba de bondad. Si en la casa tenía gusto era tan mezclado con su contrario que se puede decir que **era tanto el disgusto** como el pasatiempo, porque corría tras el ciervo a toda fuerza, levantábase muy de mañana y yba muy lejos, no reparando en el mal tiempo, atropellándolo todo, de que se le seguía después venir tan cansado y, algunas **veces**, tan enojado, por no haberle sucedido como quisiera, que no se le podía ver la cara, porque siempre los monteros no podían acertar los lançes. Con todo, era hombre tan acertado que fácilmente se conoçía, considerando que no pueden los hombres acertarlo todo. Esta caça continuaba en los villajes de adonde no salía si no es teniendo alguna nueva de guerra de que apenas ningún verano se hallaba libre, por ser tantas las diferencias que tenía con el Duque de Borgoña. Los yviernos hacían tregua. Tuvo también grandes encuentros con el rey de Aragón, padre del rey de España, que entonces reynaba. Era pobre por tener y estar en guerras con sus **propios vasallos**, como con los de Barcelona y otros. Su hijo no tenía poder, pero esperaba la sucesión del Rey Don Fadrique de Castilla, hermano de su muger, que después le sucedió así. Con todo que el rey de Aragón se hallaba pobre, le hacía muy grande resistencia, porque tenía grangeados las voluntades de sus [291r] vasallos del Condado de Rosellón. Cóstole muy caro esta guerra al Rey y al reyno, porque murieron y perdieron muchos hombres principales dél, y gastó mucho dinero por haber sido la guerra prolija. El entretenimiento de la caça le duraba poco tiempo del año y, como he dicho, lo pasaba con mucho trabajo de su persona. En el tiempo que reposaba con el cuerpo, trabajaba con el entendimiento por tener muy bien en qué y haber de acudir con él a muchas partes de su reyno. Era tan aficionado a ponerse en todo que cuando en cosa propia le faltara en qué entender, de buena gana se pusiera en las de los veçinos como, en efeto, lo hacía, poniéndoles gente en sus casas y repartiendo las

autoridades que tenían. Cuando tenía guerra deseaba paz o treguas, y cuando esto tenía, no se podía quietar ni tener sosiego. Entremetíase en muchas menudencias de su reyno que pudiera muy bien dexar, pero su condición fue esta y assí pasaba. Era de muy grande memoria y tanta que lo que una vez aprendía lo conservaba mucho tiempo. Su conocimiento era mucho pues conoçía a todo el mundo y todos los paýses de alrededor de su reyno los tenía como en un mapa. Verdaderamente era para gobernar no solo un reyno, pero todos los de la tierra.

No hablo del tiempo de su moçedad porque en ella no le serví, pe- [291v] -ro sé de algunos señores que le vieron de edad de onze años yr siguiendo al Rey Carlos 7º, su padre, en una guerra que tuvo, llamada la Pragería, que duró poco tiempo. Cuando llegó a edad suficiete le casaron con la hija del rey de Escoçia contra su voluntad, que fue causa mientras le vivió de no estar con gusto. Después de su muerte, por los encuentros y alteraçiones de la casa del Rey su padre, se retiró en el Delfinado, que era suyo, adonde le siguió mucha gente honrrada y más en número de la que podía sustentar. Estando en el Delfinado se casó con la hija del Duque de Saboya, con quien después se tuvo crueles guerras. El Rey Carlos, su padre, viéndole muy acompañado de infantería y de buena caballería, determinó de yr en persona con gran número de gente para echarle de allí. Y puniéndolo en execuçión endereçó su camino para allá y le costó mucho trabaxo de retirar a muchos, apremiándoles con penas y mandándoles como a vasallos, a que obedecieron con grande sentimiento de nuestro Rey. El cual viendo la determinaçión y cólera de su padre, no obstante que estaba poderoso, determinó partirse y dejarle el país, y assí lo hiço. Pasando por Borgoña con poca gente, se fue al Duque Filippe, señor de aquella tierra, que le reçibió con mucha honrra, haciéndole partícipe de sus bienes y a sus criados más prinçipales, que fueron el Conde de Comines, el Señor de Montalbán, [292r] y otros, a los cuales consinó como una manera de pensión cada año

y, mientras estuvo allí, dádivas a sus criados. Faltábale muchas veces el dinero por el gasto que hacía a tanta gente que tenía, de que tenía **gran** pena y trabajo, por lo cual era necesario buscarlo tomándolo prestado, porque de otra manera su gente le hubiera dejado, cosa de que un príncipe recibe gran dolor y pena y más al que nunca tal le sucedió. Porque se pasaba con mucho trabajo en esta Cassa de Borgoña, siéndole forzoso entretener al príncipe en ella y algunos de sus criados más principales, de que se le seguía temor de cansar al duque, porque estuvo en su cassa seis años, en los cuales el Rey su padre ymbiaba sus embajadores, persuadiéndole que lo echase de allí o se lo ymbiase. Y [he] hecho este discurso por dar a entender que nunca este señor vivió sin trabajos corporales y de espíritu.

CAPÍTULO CXXXVI. Cómo el Rey Luis Onçeno vivió siempre con trabajos y penalidades, assí corporales como de espíritu, en que le ymitó el Duque Carlos de Borgoña, pasando los mismos trabajos.

Poniendo los ojos de la consideración en las cosas referidas, se [292v] conoçerá que no hay estado, alto ni bajo, libre de penas y trabajos, y se verá con cuántos vivió este Rey el tiempo que le duró su vida. Y tengo por sin duda que después que tuvo uso de raçón, no se le pasó día en el cual por mucho gusto que tuviese no le suçediese algún disgusto y pesar. Y si se hubiese de haçer tanteo de su vida y **poner** a una parte los gustos que tuvo y a otra los pesares, se hallaría por cada día de plaçer veinte de pesar. Vivió çerca de sesenta y un años, a la cual edad nunca creyó llegar, dando por raçón que todos los reyes de Françia, sus antecesores, habían muerto antes de llegar a cumplir sesenta años. Algunos quisieron deçir que desde el tiempo de Carlo Magno no había pasado ningún Rey de los sesenta, pero el de que voy hablando llegó a los sesenta y uno. El Duque Carlos de Borgoña que descansó y gustó, se puede deçir que tuvo más que el Rey, si bien es verdad que en su moçedad no tuvo muchos cuydados, porque hasta los veinte y dos años no se puso en cosas de gobierno y hasta entonçes vivió con salud y sin disgustos. Con el peso que trae consigo el gobernar, entró en cuydado y començó a tener encuentros con los ministros de su padre, a quienes el padre favoreçió en todas ocasiones. Por lo cual, y la pena que reçibió, se ausentó y se fue en Holanda, adonde fue bien reçibido, estando muy bien con los de Gante, [293r] adonde algunas veçes venía su padre, del cual no tenía renta ninguna. Pero los de el país de Holanda (que era muy rico) le haçía muy grandes dádivas, como así otras muy grandes ciudades



de otros paýses, lo cual haçían con esperança de tener su graçia en el tiempo venidero, por ser costumbre general muy usada dar mayor gusto a los de quien se cree que el poder y autoridad ha de venir a más que a los que ya están en estado que no pueden subir más altos, y el amor que tienen a los moços es mayor particularmente del pueblo. Y esta es la causa que el Duque Filipe hablando de su hijo cuando le deçían que los ganteses le querían mucho y que lo sabían muy bien entretener deçía: «No entendéis el pensamiento, danle gusto agora para grangearle la voluntad para cuando llegue a mandarlos, pero ya se verá que en estando en su estado todos estos gustos y buenas voluntades se trocarán.» Como en efecto salió verdad, porque nunca después que el Duque Carlos fue su señor le quisieron bien, como se lo mostraron, según que largamente queda dicho. En la mesma moneda les pagaba el duque a ellos el daño que a él le hiçieron; fue poco pero mucho el que él a sus suçesores. [293v]

CAPÍTULO CXXXVII. Cómo desde el tiempo de el Rey Eduardo de Ynglaterra començaron las parcialidades y divisiones entre los príncipes.

Continuando mi principal propósito, digo que después que el Duque Carlos emprendió la guerra de los lugares de Picardía que el Rey nuestro señor había desempeñado de el Duque Filippe su padre y que se juntó con otros señores del Reyno en la Guerra del Bien Público ¡qué descanso tuvo después! ¡Siempre estuvo cargado de trabajos en su persona y entendimiento! Sin gusto ninguno començó a Reynar en él la ambición que le ynçitó a conquistar todo lo que le parecía bien y útil. Todos los veranos estaba en campaña con gran riesgo de su persona, adonde él solo tenía el cuydado de todo el exército y no le parecía bastante ocupación según el desseo que tenía. Levantábase el primero y acostábase el postrero como el más pobre del exército. Si algún ynvierno descansaba de la pena de la guerra, la tenía en su entendimiento traçando con mil diligencias de buscar dineros. Cada día empeçaba a trabajar a las seis de la mañana y lo haçía con mucho gusto, quando tenía embaxadores los reçibía, trataba y oya sus embaxadas muy bien. En estos trabajos y miserias [294r] acabó sus días, habiéndolo muerto los esguíçaros sobre Nanzi, como habéis oýdo. Puédese deçir que después de puesto en gobierno no tuvo un día bueno y menos quando yntentó de haçerse más poderoso, lo que continuó hasta su muerte, que la adquirió en estos trabajos. ¿Qué neçesidad tenía de quererse ensanchar tanto siendo tan poderoso y rico y teniendo tan ricos estados y lugares a su obediencia, adonde podía vivir muy descansado si hubiera querido? Por donde se le puede muy bien deçir “quien todo lo quiere todo lo pierde”.

Paréceme que será justo digamos algo del Rey Eduardo de Ynglaterra, que se hallaba ya muy poderoso Rey. En su moçedad vio al Duque Diort, su padre, roto y muerto en batalla, y con él al Conde de Bervich. El cual gobernaba el Rey de quien hablo en su moçedad y sus negoçios y, a deçir la verdad, él **lo** hiço Rey y fue causa de la ruyna de su Rey Enrrico que ya había reynado muchos años en Ynglaterra. El cual, a mi parecer y conforme a las leyes del mundo, era verdadero y legítimo Rey, pero semejantes causas como los reynos y grandes señoríos, están en las manos de Dios, dispone dellos según su voluntad, a que todo está sujeto. La causa porque el Conde de Bervich servía a la Casa de Yort contra el Rey Enrrico de Alencastro era por un bando y parçialidad que se hallaba en la casa de el dicho Rey Henrrico de Alencastro, el cual no era muy [294v] prudente. Y la Reyna su muger, que era de la Casa de Anju, hija del Rey Renato de Siçilia, tomó la parçialidad del Duque de Sombreset contra el Conde de Bervich porque todos tuvieron por Rey a Henrrico a su padre y a su abuelo. Esta Reyna hiçiera mucho mejor en haçer ofiçio de medianera entre las partes, que no de sustentar ninguna de las partes que traýan los bandos, de que se **siguieron** muchas guerras en Ynglaterra, que duraron veinte y nueve años, adonde murieron casi todos de una parte y otra. Porque, a la verdad, los bandos y parçialidades son muy peligrosos, prinçipalmente entre nobles y grandes señores, que son muy ynclinados a fomentallos y entretenerlos. Y si diçen que por este camino sabrán nuevas y las partes se tendrán a raya, yo soy de parecer que le estaría mejor a un Rey, o otro príncipe, tener bandos entre las damas pasando allí sus gustos y pasatiempo. De adonde cada punto **sabría** cosas nuevas por ser propias suyas, que no tener y entretener bandos entre poderosos señores, cosa muy peligrosa porque es ençender fuego voluntariamente en sus propias cosas y ynquietud a sus mismos ánimos. Porque dirá el uno “tal príncipe es mi contrario, menester es que fortifique mis estados”. El otro de la mesma manera andará ynquieto. Finalmente, lo

que de estos bandos se saca es muertes, desasosiegos e ynquietudes de cuerpo y espíritu. Pudiera bastar [295r] para exemplo de los de Orleans y Borgoña, cuya guerra duró setenta y dos años, siendo los yngleses llamados a ella, que poco faltó que no sujetasen todo el reyno.

CAPÍTULO CXXXVIII. Cómo una muger dio veneno al Rey Lançelot de Hungría con una mançana que le dio a comer.

Volviendo al Rey Eduardo de Ynglaterra, él era, según queda dicho, moço y el más hermoso príncipe que en aquel tiempo se conoçía. Digo pues que luego que se vio señor y que todo lo tenía sujeto a su voluntad, como, al fin, Rey absoluto, se le creçieron algunos viçios, como gustos de damas, banquetes y fiestas, la caça, exército también, que este exerçicio no se ha de tener por viçio, en los cuales estuvo çerca de diez y seis años hasta que empeçaron las diferençias entre él y el Conde de Bervich. Y aunque es verdad que fue despojado del reyno, no duró mucho porque volvió a él teniendo muy grande vitoria, lo cual acabado volvió a sus entretenimientos y gustos, y aún con más perseverançia que antes, sin guardar [295v] respeto a Dios **ni** al mundo. Engordó mucho por el demasiado viçio de la comida y manera de vivir, de adonde se puede creer se le siguió morir supitamente, en la flor de su edad, de apoplegia, como está dicho. Y según he oydo deçir después dél se perdió su lignea y reyno por lo que toca a barones.

En nuestros tiempos han reynado dos valerosos y prudentes príncipes. El rey de Hungría, que era hijo de un valerosísimo Caballero de Valaquia llamado el Blanco, hombre de grande entendimiento y virtudes que gobernó mucho tiempo este reyno de Hungría y ganó muchas y grandes victorias contra los turcos, veçinos del dicho reyno, por los estados que se usurparon en Greçia y Esclavonia luego que murió (el Rey Lançelot) ya de edad de gobernar, tomó el reyno que le perteneçía con la Boemia y la Bolonia. Este Rey, conforme diçen, fue aconsejado de algunos de prender a los dos hijos del Caballero Blanco, diçiendo que su padre, mientras él era muchacho, se había

usurpado demasiada autoridad y dominio en el dicho reyno, y que los hijos que eran hombres de valor quizá se animarían a hacer lo mismo. Y así determinó el Rey Lanzelot de **mandarlos** prender a entrambos, como en efeto lo hizo. Y luego mandó matar al mayor y a Matias puso en la cárcel de Bonda, principal ciudad de Hungría, pero no quedó mucho en ella. Puede ser que nuestro señor Dios [296r] agradeció los servicios de su padre, porque poco después una muger de noble familia y de quien el Rey Lançelot estaba enamorado, y ella dél, y de quien conoçí un hermano, le dio veneno en la ciudad de Praga, en Boemia, por el disgusto que reçibió de que el Rey se casaba en Françia con hija del Rey Carlos Séptimo, que llamaban la Prinçesa de Viena. Cosa hecha contra lo que el Rey a ella le había prometido, por lo cual le dio el veneno puniéndolo en el cabo de un cuchillo y dándole una mançana que comiese en tiempo que el Rey se hallaba en un baño. Luego que murió este Rey, los mayores Señores de Hungría se juntaron en la ciudad de Bonda para elejir Rey, según el uso y privilegio que aquel reyno tiene, en caso que el Rey muera sin hijos. Y hallándose estos señores en estado que no acababan de resolver ni nombrar Rey, llegó a la ciudad la viuda del Caballero Blanco, madre del dicho Matias, muy bien acompañada, por ser muger rica y hallarse con dineros de contado que su marido la dejó, con los cuales en breve pudo juntar número de gente. Puedese creer que tenía buena ynteligencia en la junta de los electores y en la ciudad por la opinión que había adquirido su marido en aquel reyno. Llegada que fue a la dicha ciudad, se fue a la cárcel della a donde, como dicho es, estaba preso su hijo, de la cual le sacó. Algunos de los **señores y perlados** de la junta se huyeron y **los** que quedaron [296v] elijieron por Rey a Matias, el cual puesto en posesión reynó con gran prosperidad y tan alabado y estimado quanto otro Rey que en aquel reyno hubiese reynado pudiese haber sido. Y aún más en algunas cossas particulares, siendo uno de los más valerosos Reyes de su tiempo por las grandes

batallas que ganó contra turcos sin daño de su reyno, antes aumentádolo mucho, así de la parte de Turquía como de Boemia, de la cual tenía la mayor parte, y de Balaquia, su patria, y de Esclavonia haçia Alemania. Tomó mucho y mucha parte de Austria de poder del Emperador Federico que vivió mucho tiempo después, y la poseyó hasta su muerte que fue en la ciudad de Viena cabeca del país de Austria en el año de 1491. Fue Rey que gobernó prudentemente sus negoçios, assí en tiempo de paz como de guerra, en los postreros años de su vida hallándose sin enemigos puso su casa muy sumptuosa juntó muchos y muy buenos muebles, joyas y vajilla para adornarla. Todos los despachos haçía él mismo o por su orden, híçose temer de sus criados usando algunas crueldades. Al fin, enfermando de enfermedad yncurable, murió harto moço, pues su edad no pasaba de veinte y ocho años y todo el tiempo que vivió pasó con muchas penas y trabajos muchos mayores que otros. [297r]

CAPÍTULO CXXXVIII. Cómo el Turco siendo de edad de veinte y tres años, conquistó el Ymperio de Costantinopla con mucha afrenta de los cristianos.

El Turco, de quien ya queda hecha alguna mençión, fue sabio y valeroso príncipe, sirviéndose más de su yngenio y cautela que de su valor. Verdad es que su padre, que fue príncipe de valor, le dexó muy poderoso. Este, pues, de quien voy hablando, vino a Andrinópoli, ciudad de Adriano, el cual siendo de edad de veinte y tres años tomó a Costantinopla, que es como deçir ciudad de Costantino. Yo le vi retratado de esta edad y me pareció, según su fisonomía, hombre de **gran** entendimiento. La toma de Constantinopla fue de **gran** afrenta a los cristianos que la dexaron perder. Tomola de asalto, en el cual murió el Emperador de Oriente, que llamamos de Costantinopla, y con él otros muchos hombres de valor. Muchas mugeres de grandes y nobles casas fueron violadas y no hubo género de crueldad que no se executase. Esta fue su primera empresa, después continuó el emprender grandes cosas. Entre otras oí deçir a un Embajador de Veneçia, en presençia del Duque Carlos de Borgoña, que este había conquistado dos ymperios, cuatro reynos y duçientas çiudades. Los ymperios entendía el de Costantinopla [297v] y Trapisonda; los reynos, la Bosina, la Suria y la Armenia, el cuarto pienso que entendía ser la Morea con muchas y buenas yslas en el archipiélago, también los veneçianos tuvieron mucho tiempo después dos plaças. Asimismo conquistó la ysla de Negroponte y de Metelin y casi toda la Albania y Esclavonia. Y si estas conquistas parecen grandes contra cristianos, no fueron menores las que hiço con los de su propia ley, adonde destruyó muchos señores grandes y poderosos. La mayor parte de sus acciones las haçía de sí mismo y de solo su entendimiento, como lo haçía



nuestro Rey y el de Hungría, que fueron tres de los **mayores** hombres y de mayor gobierno que reynaron cien años después. Pero las virtudes de nuestro Rey, su honesto vivir, el buen término que tenía con sus privados y con los estrangeros fueron muy diferentes y mejores que las de los otros, pero no hay que espantar pues era Rey Cristianísimo.

De los gustos deste mundo goçó el turco muy anchamente, en que gastó gran parte del tiempo, que fue causa de no haçer otros muchos y grandes daños. No dexó viçio en que no cayese, en espeçial encarnalidades y glotonerías, en los cuales pasó los límites de persona raçional, de adonde se les siguió en poco tiempo enfermar de recios humores, que cargándole a una pierna se le hinchaba, como lo oy deçir. Assí, a quien le vio al prinçipio del verano del grueso de un **hombre** [298r] sin que aquella hinchaçón se le abriese y después se le volvía a su primer estado. Este mal no hubo çirujano que la entendiese pero decían que su glotonería era la causa, aunque también se puede entender fuese castigo de Dios. Por esta causa no se dejaba ver el tiempo que le duraba el pasar el curso a aquel humor. Cuando salía fuera yba çerradas las cortinas del coche porque viéndole de aquella manera no lo menospreçiasen. Era de edad de çinquenta y dos años quando murió, que fue supitamente teniendo hecho testamento. Antes el qual vi yo en él entre otras cosas descargaba su conciencia de un pecho que poco antes había echado sobre sus vasallos, y este testamento es verdadero. Agora mirad lo que debe haçer un prinçipe cristiano que no tiene autoridad fundada en raçón para **hacer** ninguna ympusiçión, ni cargar ningún tributo sin permisiòn de sus vassallos.

## Conclusión del autor

Veis aquí llegada la muerte **de tan grandes hombres en tan breve tiempo** que tanto trabajaron por engrandecerse y por adquirir honrra, padeciendo tantas pasiones y penas, [298v] abreviando sus vidas y, por ventura, prolongando la pena que por esta causa puede ser que padezcan sus almas. Del Turco no hay que poner si pena o no, pues él vivió en la ley que sus antecesores, y es fuerça que esté donde ellos están. De nuestro Rey tengo esperança, como he dicho, que Nuestro Señor Dios habrá usado con él de misericordia, como la usa con los demás que se la piden. Mas hablando naturalmente como hombre que no es de grande entendimiento, natural, ni adquirido, pero que tiene alguna experiençia. No le fuera mejor assí a él, como a todos los demás príncipes poderosos y a otros hombres de menor estado, elejir en sus cosas un medio, que es humillar sus pensamientos puniéndolos en pretina sin querer subirlos a las estrellas y emprender menos cosas y procurar en ellas, no ofender a Dios, no perseguir al pueblo y a sus veçinos por tantos caminos y tan crueles como quedan dichos y tomar sus comodidades, entretenimientos y gustos honestos y con moderaçión con que sus años fueran más largos y menos las enfermedades y su muerte más sentida y menos deseada de sus vasallos y amigos. Y ellos mismos con menos temor della pueden ver más claros exemplos para conoçer quan poca cosa sea el hombre, su mucha miseria y su corta vida, y que por grande señor que haya sido querido y estimado, en muriendo todos tienen horror y huyen. Aún de solo mirarlo las almas en saliendo [299r] del cuerpo van a recibir su premio o castigo según las obras que en este mundo hicieron, y assí es verdad que al ynstante que el alma se aparta del cuerpo, Dios la da la sentençia según la mereçe que esta se llama juiçio particular.

Fin de las corónicas del Rey Luis Onçeno (**muerto**) de este nombre hechas, recogidas y compuestas por Felipe de Comines, Caballero y Señor de Argentón. [299v]

## APARATO DE VARIANTES

- 5.1 Alemaña, Inglaterra, España *B* : Alemaña, España *A*
- 5.16 no se reparten al desseo de los que las piden *A* : se reparten de suerte que no es conforme al desseo de los que las piden *B*
- 11.19 agora no nombro *A* : agora nombro *B*
- 12.6 había mucho tiempo *A* : había entonces mucho tiempo *B*
- 16.10 y evitar que estos dos grandes exércitos no se juntasen, y no venía con yntención de pelear *A* : y quitar con intención de pelear *B*
- 19.16 en quien tenían su confiança *A* : en quien su confiança *B*
- 24.5 de Montlheri. Con todo eso ninguno se defendía, y hallaba gran cantidad de gente, y creía *B* : de Montlheri, y creya tener la victoria *A*
- 25.19 y todo el campo *A* : y el campo todo *B*
- 29.9 vivir o morir *B* : vencer o morir *A*
- 29.14 se había aloxado *A* : se había desaloxado *B*
- 31.6 de yuierno, y verano, sus pensamientos *B* : de ynvierno, sus pensamientos *A*
- 32.10 La buena posada que hallaron, y lo que allí estuvieron *B* : en parte cómoda, y lo que allí estuvieron *A*
- 32.17 muy bien al Rey su padre *A* : al Rey su padre muy bien *B*
- 35.15 todas estas dos partes se reduçirían *A* : todas estas se reducirían *B*
- 35.25 de Yort *A* : de Diort *B*
- 37.19 hicieron un puente a la ysla *A* : hizieron puente a la isla *B*
- 37.20 hombres de armas de su guardia *A* : hombres de su guardia *B*
- 40.1 aquella puente *A* : aquella gente *B*
- 42.3 mayordomo mayor del Rey *A* : mayordomo mayor del Reyno *B*
- 43.25 Duque de Sumbreset *B* : Duque de Sumbrefet *A*
- 48.14 que si no hubiera podido *B* : que si hubiera podido *A*
- 48.20 el tratado *A* : el trato *B*

49.5 poderosos exércitos porque nunca nos faltaron vituallas y dentro de París a penas se conocía que ninguna cosa se hubiese encarecido, solo el pan *B* : poderosos exércitos, solo el pan *A*

62.11 él viviese *A* : él vivía *B*

62.15 a su coronación *A* : hasta su coronación *B*

63.22 su demanda *B* : su demasía *A*

65.17 dicho otras veçes *A* : dicho muchas veçes *B*

66.12 muestran ygnorarlo *A* : muestran ignorando *B*

66.19 que a ninguno otro *A* : que a otro ninguno *B*

66.21 cualquier consejo *A* : cualquier suceso *B*

70.4 donde yban, que entraron dentro *A* : donde iban, y caminaban tan enbebidos y absortos, iban y que entraron dentro *B*

71.15 con ellos, que eran los que estaban *A* : con ellos que estaban *B*

76.2 por su pareçer *A* : por su parte *B*

78.15 o tratado *A* : o trato *B*

79.6 en su vejez *A* : en su vez *B*

80.10 por sus odios *A* : por sus oydos *B*

80.17 lugar de deliberar *A* : lugar de liberar *B*

80.18 de Bobynes *B* : de Bolynes *A*

81.10 sus criados estando en el exército *B* : sus criados en el exército *A*

81.11 los entregarían *B* : los entregaban *A*

81.20 de la tierra circunveçina *A* : circunvecina de la tierra *B*

84.2 no debía *B* : no deba *A*

84.6 en el mismo tono, diciendo Señor *A* : en el mismo tono, Señor *B*

88.3 de Lobam *A* : de Lobain *B*

88.14 se hubo de *B* : se hecho de *A*

88.15 me hallé *B* : me hallo *A*

89.22 todo ymportaba *B* : todo ymportó *A*

92.2 Raz de Laitre *A* : Raz de Liatre *B*

92.25 reconociendo la *A* : conociendo la *B*

93.4 un secretario llamado *A* : un secretario nombrado *B*

93.4 Juan Preboste *B* : Joan Proboste *A*

94.12 todo Peñasco *B* : todo Peñascoso *A*

94.22 lo que pretendían emprendían y desseando *B* : lo que emprendían y desseando *A*

95.13 y gritando *A* : y guiando *B*

98.12 de los amotinados *A* : de amotinados *B*

99.2 de la villa le llevaron *B* : de la villa llevaron *A*

100.3 hubo rebeliones *A* : rebeliones *B*

100.7 esta de Gante *B*: la de Gante *A*

100.12 llevaron *A* : llevaba *B*

100.14 la gran Sala *B* : la Sala *A*

100.18 que les quito *B* : los cuales quito *A*

102.13 pequeños castillos *B* : castillos pequeños *A*

103.1 con su ejército *A* : en su ejército *B*

103.11 destas nuevas *B* : con estas nuevas *A*

104.10 el Rey estaba *A* : el Rey se hallaba *B*

104.21 y no mostraba *A* : y no tenía *B*

105.12 siempre tuvieron amistad. Venían también algunos alemanes que eran conoçidos en Borgoña y Saboya *A* : siempre tuvieron amistad. En Borgoña y Saboya *B*

109.11 que sería *A* : que serían *B*

110.3 había llegado *A* : había hallegado *B*

110.5 estaban en el camino *A* : estaban muy en el camino *B*

111.2 lo acostumbran *A* : lo acostumbraban *B*

111.6 seys hombres *B* : sus hombres *A*

111.15 le fue referido *B* : le fue requerido *A*

111.25 por hacerle *B* : a hacerle *A*

111.25 él había procurado escusar *B* : él había escusado o procurado escusar *A*

114.9 assí haçían *A* : assí se haçían *B*

114.24 yntento referiré *B* : yntento refiero *A*

115.2 otras el casamiento *A* : otras fue el casamiento *B*

115.17 deçían que *A* : deçía que *B*

117.8 no le estorbaron *A* : ni le estorbaron *B*

117.11 el Duque algo más *B* : el Duque más *A*

118.22 daño ninguno *A* : daño alguno *B*

118.24 otro mayor le podía venir *B* : otro le podía venir mayor *A*

119.12 luego traxeron *A* : luego trujeron *B*

120.16 muchos capitanes *A* : algunos capitanes *B*

121.17 entre si *A* : ante si *B*

121.21 de gente que tenía *A* : de gente tenía *B*

122.2 en algún reparo *A* : con algún reparo *B*

123.6 gente que al fin está en campaña *A* : gente al fin que está en campaña *B*

123.12 los soldados honrrados *A* : los honrrados soldados *B*

125.5 tan reparado *A* : tan reportado *B*

125.10 El Rey se vino a alojar al Arrabal *B* : se vino a alojar el Rey al Arrabal *A*

125.14 estando tan cerca *B* : estando tanto tan cerca *A*

126.14 por verse *B* : por haberse *A*

127.22 una impresa *B* : una presa *A*

128.5 lo podían haçer *A* : lo pudieran haçer *B*

128.6 sus camas *A* : sus casas *B*

128.11 había puesto *B* : tenía puestos *A*  
128.11 que estaba arrimada *B* : que está arrimada *A*  
128.17 valerosamente *A* : animosamente *B*  
128.24 era suya *A* : era la suya *B*  
131.2 entrados *A* : entre dos *B*  
131.9 que temían *A* : que tenían *B*  
131.9 el gran número *A* : el grande número *B*  
131.12 con condiciones *A* : condiciones *B*  
132.3 se pudiera *B* : se podía *A*  
132.9 una gruesa pieza *A* : una pieza gruesa *B*  
132.13 arrimarse a *A* : animarse a *B*  
132.14 de los *A* : con los *B*  
132.18 la mesa puesta *B* : las mesas puestas *A*  
133.8 a mi parecer *B* : a mi me parecer *A*  
134.14 dos o tres de sus capitanes *B* : dos o tres capitanes *A*  
134.24 un mes juntos *B* : juntos un mes *A*  
135.4 el tratado *A* : el trato *B*  
135.7 un artículo *B* : un capítulo *A*  
135.8 Estados *A* : Estado *B*  
135.14 en ello *A* : sobre ello *B*  
136.24 fue a alojar *A* : fue alojar *B*  
137.4 se volvían *A* : se volvieron *B*  
137.14 del frío *B* : del gran frío *A*  
137.21 Bravante *A* : Bramante *B*  
138.2 aunque le debió de *B* : aunque debió de *A*  
139.1 que su hermano *A* : con su hermano que *B*

- 143.21 la cárcel *A* : una cárcel *B*
- 143.21 después dio *A* : dio después *B*
- 145.13 con tan pocas *A* : con pocas *B*
- 149.9 que hagan los hombres *A* : que procuren hacer los hombres *B*
- 151.12 tras ellos *A* : sobre ellos *B*
- 152.16 por gusto *A* : por su gusto *B*
- 153.8 le escribió *B* : le ymbió *A*
- 154.7 los tratados *A* : los tratos *B*
- 155.11 se pudiera *A* : se podía *B*
- 156.13 a haber esto *A* : a no haber esto *B*
- 157.5 la casa de Borgoña *A* : la casa del de Borgoña *B*
- 158.3 fue de provecho *A* : fue de mucho provecho *B*
- 159.19 muchos navíos de vasallos del Duque *B* : muchos vajeles del Duque *A*
- 161.6 la armada *A* : armadas *B*
- 161.7 ninguno se atrevería *B* : ninguna se atreviera *A*
- 161.11 la ynclusa *A* : ynclusa *B*
- 164.2 y desamparar *B* : y a desamparar *A*
- 164.6 vino una *A* : sobrevino una *B*
- 171.24 podía tener *A* : podían tener *B*
- 172.1 todos puestos *A* : puestos todos *B*
- 172.20 haciendas *A* : mercadurías *B*
- 172.24 y conciertos hechos con el rey de Ynglaterra fue condición que quedarían *B* : y conciertos que quedarían *A*
- 173.5 la gran suma *B* : la suma *A*
- 175.6 reçibido el lunes *B* : reçibido lunes *A*
- 176.9 de Flandes con propósito de no *A* : de Flandes de no *B*



177.15 le trajo *A* : le trujo *B*

178.5 de Amiens *A* : de Miens *B*

179.5 este artículo podrán *B* : este capítulo podrían *A*

179.15 ponerles *B* : poniéndoles *A*

179.21 los tratados *B* : los tratos *A*

179.22 y oyrlos haciendo lo arriba *B* : y haçer lo arriba *A*

180.5 no sabréys enviar *B* : no ynviariais *A*

180.6 que dejen *A* : que no dejen *B*

180.12 ninguna plática *B* : la plática *A*

181.7 en menos de dos años *B* : en dos años y menos *A*

181.11 las del mundo *B* : las que el mundo *A*

181.20 traído *B* : atraydo *A*

181.25 la parte *A* : la puerta *B*

182.5 ver el *A* : verle el *B*

183.5 lo arriba *A* : lo de arriba *B*

185.5 se ha hecho *A* : se hiço *B*

185.7 Oriola *A* : Orriola *B*

185.8 y suçediera *A* : y que suçediera *B*

185.8 se trataba *B* : se conçertaba *A*

185.23 volvió *A* : tornó *B*

188.15 que dijese *A* : que que dijese *B*

190.8 por las murallas *B* : por la muralla *A*

190.9 de armas llevaron *A* : de armas se llevaron *B*

191.4 vino de los de *B* : vino los de *A*

191.6 trajeron *A* : trujeron *B*

191.7 acometían *B* : cometían *A*

193.16 subió *A* : subía *B*

194.5 haçia la puerta *A* : a la puerta *B*

194.5 iba a París *A* : estaba haçia París *B*

194.17 por esto y por ser *A* : por lo cual y por ser *B*

195.9 muerte y estuvieron *A* : muerte los cuales estuvieron *B*

195.14 si le tenía *A* : si tenía *B*

195.15 no buscaba *A* : no procuraba *B*

196.5 Dax *A* : Daix *B*

196.9 Suplembila *B* : de Suplembila *A*

196.25 las había *B* : las habían *A*

197.13 que se llamaba *A* : que se deçía *B*

197.14 ni de una parte *A* : de una parte *B*

197.15 otra de quemar *B* : otra a quemar *A*

198.10 otros caballeros *B* : unos caballeros *A*

198.14 por el Rey *A* : por del Rey *B*

198.18 mucho de no hacer ni decir *B* : mucho no decir *A*

198.19 que hacen *A* : que se hacen *B*

199.6 sabía todos estos *B* : sabía estos *A*

199.19 y prometía *A* : y más prometía *B*

199.24 venir para hablar *B* : venir a hablar *A*

200.2 tenían puestas çentinelas *A* : tenían çentinelas *B*

200.9 de la parte *A* : de parte *B*

200.21 sido *B* : sido del *A*

201.1 quedó algo *A* : quedó al parecer *B*

202.4 alabança tener *A* : alabança el tener *B*

202.17 si le *A* : si lo *B*

202.19 grande autoridad *B* : gran autoridad *A*

203.1 y otras partes *B* : y en otras partes *A*

203.2 ser supiesen mejor *A* : ser saber mejor *B*

203.15 a quien sirve *A* : a quien *B*

206.13 se embaraçaba *A* : se enredaba *B*

206.21 puso el sitio *B* : puso el cerco *A*

208.11 la que era *A* : la que habían *B*

209.2 pero las cosas *B* : pero todas las cosas *A*

210.10 que bien serían *B* : que todos serían *A*

210.19 deçía la verdad *A* : deçía verdad *B*

211.22 de Munstre que *A* : de\_\_que *B*

212.2 está cerca *A* : está muy cerca *B*

212.7 había la que *A* : había aquella gente que *B*

212.19 con toda ynstançia *B* : con mucha ynstançia *A*

213.5 Villa cerca de *A* : Villa de *B*

213.12 el el Duque proçedía no *B* : Duque no proçedía *A*

213.13 para en adelante *B* : para adelante *A*

213.13 haberle enseñado poco *B* : enseñarle poco *A*

214.3 gustasen este punto fue *B* : gustasen y esto fue *A*

216.14 manera acometidos *A* : manera cometidos *B*

217.5 de guerra *B* : de la guerra *A*

217.17 al pareçer graçioso *A* : al pareçer precioso *B*

217.19 de frecuentar las *B* : de visitar las *A*

217.20 que los *A* : que les *B*

218.12 juramento *B* : de juramento *A*

218.18 del oso *A* : deste oso *B*

219.21 y cuando su *B* : y cuan su *A*

219.21 fue oydo por mandado del Rey *B* : por mandado del Rey fue oydo *A*

220.16 dos veçes a una *B* : dos veçes habría *A*

220.25 lo cual le respondió *A* : lo cual respondió *B*

221.2 pero que viendo *A* : por que viendo *B*

221.22 hecho minçión *A* : hecho mención *B*

222.1 el Rey y de otra parte *A* : el Rey que le hacía el Rey y de otra parte *B*

223.11 grande cantidad *A* : grande cantidad *B*

223.16 ahora que a otro *A* : agora que a otro *B*

224.3 asi veréys *B* : así vereus *A*

225.2 lo que le respondió *A* : lo que respondió *B*

225.6 entendía aún menos *B* : aún entendía menos *A*

225.13 tenían *B* : tenien *A*

225.15 se acostumbra *B* : se acostumbre *A*

225.22 vivir con estos *B* : vivir en estos *A*

226.1 entretiniendo *A* : entreteniendo *B*

226.2 para persuadir *A* : para poder persuadir *B*

226.4 en público *B* : en publo *A*

229.1 ynvió cartas *A* : envió cartas *B*

229.5 no le podía *A* : no le pudiera *B*

229.9 una forma *A* : una firma *B*

230.3 de levante, y Ynglaterra *A* : de levante Ynglaterra *B*

230.5 dos complisiones *A* : dos complisiones *B*

230.14 se adelantaron *B* : se apartaron *A*

231.1 de Rey *A* : del Rey *B*

231.14 entonces Giliberto de Grasa *B* : giliberto entonçes *A*

231.14 hermano *B* : que es hermano *A*

232.5 no le conoçiera *A* : lo conoçiera *B*

232.7 de la Rochela *A* : de la Rochala *B*

233.1 Pleicamino *A* : Plericamino *B*

233.2 y botas y dieron *B* : y botas dieron *A*

233.5 fue detenido *A* : fue tenido *B*

233.8 tienda donde *A* : tienda adonde *B*

233.10 su Rey tenía *B* : su Rey tenía de *A*

235.3 se hallaron *B* : de hallaron *A*

236.6 la disposición *B* : la dispusiçión *A*

236.14 alguna cantidad *A* : alguna cantidad *B*

236.15 al de Inglaterra de este *A* : al de Inglaterra fuera deste *B*

236.17 de sufrirlo *A* : de sofrirlo *B*

236.18 de haber *B* : de aviar *A*

236.25 prometió buena *B* : prometió buen *A*

237.7 la amistad *A* : el amistad *B*

237.16 el hombre más *A* : el más *B*

237.20 persona hiçiese *A* : persona y hiçiese *B*

237.21 una o dos *B* : una u dos *A*

237.24 les satisfacería *A* : le satisfacería *B*

237.24 que podían *A* : que podrían *B*

238.10 de muy buena gana *B* : de buena gana *A*

239.12 Mongomeri *B* : Mongomen *A*

239.18 era contento que *A* : era contento y que *B*

241.6 en cualquier *A* : en cualquiera *B*

241.9 tres o *B* : tres i *A*

- 241.22 le había prometido *B* : le prometió *A*
- 242.7 me determiné de aventurarme *B* : me aventuré y determiné *A*
- 243.2 que enviase *B* : que ynviase *A*
- 243.5 a todas *B* : en todas *A*
- 243.6 de Nuestro Rey *A* : del Nuestro Rey *B*
- 243.12 estrecho *B* : es estrecho *A* :
- 243.14 por entrambas *A* : de entrambas *B*
- 243.25 pudiesen estar *A* : podían estar *B*
- 244.1 de una *A* : que una *B*
- 244.14 Juan *A* : Joan *B*
- 244.16 Monterreu *B* : Monte Reu *A*
- 244.18 El Duque Juan *A* : El Duque Joan de Borgoña *B*
- 244.19 Juan *B* : Juan de Borgoña *A*
- 246.20 era su *A* : eran su *B*
- 246.22 negro con *B* : negra con *A*
- 247.11 e Ynglaterra *A* : y Ynglaterra *B*
- 247.16 Lignun Cruçic *A* : Lignun Cruzis *B*
- 248.5 de Borgoña y el Rey le preguntó si el Duque de Borgoña entraría *B* : de Borgoña entraría *A*
- 248.9 que le *A* : que él le *B*
- 248.14 fue a Amiens *A* : fue Amiens *B*
- 248.15 cual ynviaban *A* : cual le ynviaban *B*
- 248.18 a ella *A* : en ella *B*
- 248.21 al rey de Ynglaterra *B* : al Rey con *A*
- 248.22 no gustó mucho *A* : no gustó nada *B*
- 249.7 llegó a Amiens *A* : llegó Amiens *B*

249.8 que quería *A* : que quiso *B*

249.21 aunque a costa *A* : aunque sea a costa *B*

250.3 de ingleses a *A* : de ingleses *B*

250.10 Luis de Bretelles *A* : Luis Bretelles *B*

250.13 donde *B* : adonde *A*

250.13 había perdido *A* : había perdido y *B*

251.4 más de tres *A* : más que tres *B*

252.5 traxo cartas *A* : truxo cartas *B*

252.16 a donde *A* : donde *B*

252.18 el estado en *A* : el estado *B*

253.6 le tramaba *A* : le trataba *B*

253.10 negocios *B* : negocios *A*

253.16 dos cartas *B* : dos cartas *A*

255.1 que podría *B* : que podía *A*

256.7 de Henao *B* : del Nao *A*

256.19 gente desta *A* : desta gente *B*

257.2 salía verdad *B* : sala verdad *A*

257.9 al Rey *A* : al Rey y *B*

257.13 y les dixo *B* : y dixo *A*

258.11 lo mejor que *B* : lo que *A*

258.14 pareçiale *B* : pareçiale *A*

258.24 sitirale *A* : çitarle *B*

259.4 sus cartas *B* : las cartas *A*

259.6 le ymportaba *A* : le ymportaban *B*

259.14 otro ninguno *A* : otro ningún *B*

259.17 que hubiera *B* : que hubira *A*

259.19 le pareçiera *A* : le parecía *B*

259.22 allí Baylio *B* : allí Bylio *A*

259.23 donde se detuvo *A* : donde entonces se detuvo *B*

260.9 retiraron a Henalt *B* : retiraron Henalt *A*

260.10 para quitarle *B* : para perder *A*

260.21 y había *A* : y que había *B*

261.1 una fiçión *A* : una afiçión *B*

263.5 de su Señor *A* : del Señor *B*

263.5 el gran *B* : el Grande *A*

263.11 las firmas que tenía del *A* : las firmas del *B*

263.17 tan gran *A* : tan grande *B*

264.10 Lamburg *B* : Labur *A*

264.10 el cuarto *B* : el quinto *A*

264.12 más muebles *B* : más bienes *A*

264.19 que ello *A* : que en ello *B*

266.11 entre ellos *A* : entre otros *B*

266.14 emprestido *A* : emprestado *B*

266.22 alrededor *A* : al derredor *B*

269.7 la del Rey *A* : del Rey *B*

269.12 confederados *A* : confederadas *B*

270.1 tratando y tenía el Rey *A* : hablando y que trataba el Rey *B*

272.2 pocos por la *A* : poco por la *B*

272.11 huían *B* : guyan *A*

272.23 aún puede ser *A* : aún podría ser *B*

273.6 esteril y pobre *A* : fértil y pobre *B*

273.8 por Guerra *A* : por Guerras *B*



274.3 mensajeros que *A* : mensajeros y que *B*  
274.4 menester la *A* : menester poner la *B*  
274.4 la consideración *B* : la consideració *A*  
274.15 en Auxerre *B* : en Avgerre *A*  
274.15 assigurando de hallarse *A* : assigurando hallarse *B*  
275.10 adonde *A* : donde *B*  
275.19 un embaxador *A* : embaxador *B*  
276.8 supo las *B* : tuvo *A*  
276.14 que por bien *A* : que bien *B*  
278.14 que se llamaban *B* : que llamaban *A*  
279.9 recogía gente *A* : recogió gente *B*  
279.12 y melancolía *A* : y malencolía *B*  
280.3 que tenían *A* : que tenía *B*  
280.6 y a muchos otros *B* : y a otros muchos *A*  
280.10 de Romont *A* : de Ramont *B*  
280.13 aún no estaban todos *A* : no estaban aun todos *B*  
280.18 poco de dinero *A* : poco dinero *B*  
281.7 de la una *A* : de una *B*  
281.22 tomaban sueldo, suyo *A* : tomaban su sueldo *B*  
283.13 Dijon *B* : Sijon *A*  
284.4 los que la *B* : los de la *A*  
284.18 el Duque su hijo *A* : su hijo el Duque *B*  
286.4 Turs *B* : Tus *A*  
286.5 viniese adonde *A* : viniese donde *B*  
286.14 orden del Rey *B* : orden de Rey *A*  
286.19 el Rey supo *A* : el Duque supo *B*

287.20 le ha ofendido *A* : lo ha ofendido *B*

287.23 darle parte *B* : dale parte *A*

288.6 algún consuelo *B* : ningún consuelo *A*

288.6 antes le dejaban *A* : antes lo dejaban *B*

288.7 en todo seguir *A* : seguir en todo *B*

291.5 y otros muchos *A* : y a otros muchos *B*

291.24 les pagase *A* : les pagasen *B*

292.1 en la plaça de los cuales algunos entraron, y otros fueron presos uno de los cuales fue un *B* : en la plaça de los cuales fue uno un *A*

292.5 a una plaça *A* : en una plaça *B*

292.17 lo dijese *A* : lo dije *B*

292.18 el Duque *A*: y el Duque *B*

292.19 y un *B* : y el y un *A*

294.17 cuando empeçó esta *B* : cuando traçó esta *A*

294.24 en batalla contra *B* : en batalla con *A*

296.14 ayuda a pagar *A* : ayuda de pagar *B*

298.11 viniese a acometer *A* : viniese a cometer *B*

298.14 de volverse a *B* : volverse a *A*

298.20 pidió liçençia al Duque para volverse *A* : se despidió del Duque para volverse *B*

299.3 cual el de Portugal començó *B* : cual el Rey començó *A*

299.4 que el Rey le quería *B* : que el de Françia le quería *A*

301.9 se pudo *A* : se puso *B*

301.12 los tratados *A* : los tratos *B*

302.1 podía juntar gente *A* : podía ajuntar gente *B*

302.2 sigún entendí *A* : sigún entendía *B*

302.13 le ynviaron *B* : le ynviaban a *A*

303.4 muchos se pusieron *B* : muchos supieron esto y se pusieron *A*

303.6 este pobre Duque *A* : este Duque *B*

303.7 que se le daban *A* : que le daban *B*

304.7 porque no me hallé *B* : porque me hallé *A*

304.12 de agata *B* : de abata *A*

304.13 por dos escudos *B* : en dos escudos *A*

304.16 lo conoçí grande *B* : lo conoçí gran *A*

304.18 que él pudiese *A* : que le pudiese *B*

304.19 a sola su virtud *A* : a solas su virtud *B*

305.2 afiçión *A* : afabilidad *B*

305.11 se mostró *B* : se sintió *A*

305.17 quien les *A* : quien los *B*

306.4 da Dios los *B* : da Dios a los *A*

306.10 gastos y trabajos *A* : gastos trabajos *B*

306.13 estaban consumadas *A* : estaban consumidas *B*

307.6 vez y otra *A* : vez u otra *B*

307.9 amigablemente lo *B* : amigablemente le *A*

307.12 vi todos los de esta *A* : vi casi todos los desta *B*

307.17 prosperidades o adversidades *B* : prosperidades e adversidades *A*

307.17 vasallos pende *A* : vasallos penden *B*

308.10 le trajese *A* : le trujese *B*

308.20 le habían *A* : lo habían *B*

308.22 se determinaría *A* : se determinaba *B*

309.3 que se esforçaban *A* : que esforçaban *B*

310.6 esta nueva *A* : estas nuevas *B*

310.6 de Torsi *B* : de Terçi *A*

310.12 eran siete u ocho *A* : era siete o ocho *B*

310.20 el señor de *A* : al señor de *B*

311.10 este Condado *B* : este Ducado *A*

311.17 porque hablo a *A* : porque hable a *B*

312.4 se había vengado *B* : se había vendado *A*

312.4 como del *A* : como el *B*

312.6 era muerto *B* : era muerta *A*

312.7 Juan y Nicolás *A* : Joan y Nicolás *B*

312.14 que la de *A* : que las de *B*

313.7 un cabo al *B* : un cabo del *A*

315.2 si les podía *A* : si los podía *B*

315.5 en ella un día *B* : un día en ella *A*

316.20 y especificadas *A* : y espicificadas *B*

317.12 quiso partir *B* : quise partir *A*

317.13 de Maestre *A* : del maestro *B*

317.13 Oliver *B* : Olivet *A*

318.4 no había más de *B* : no habíamos de *A*

318.9 le agradaba *A* : le aguardaba *B*

318.10 las tendrá *A* : las tendría *B*

319.7 no la pudiera *B* : no la podía *A*

319.7 a lo que pretendía *A* : lo que pretendía *B*

319.8 alguna grande mudança *B* : una grande mudança *A*

319.12 la instrucción *B* : la ynflación *A*

319.13 Duque desto *B* : Duque deste *A*

319.15 le oyrían *A* : le hablarían *B*

320.9 del tanto por causa de su *A* : del tanto de su *B*

320.12 porque fue advertido que si no lo hacía *B* : porque si no lo hacía *A*

320.12 correría riesgo *B* : corría riesgo *A*

321.13 que lo nombro *B* : que le nombro *A*

321.18 entraron otras *B* : entraron otros *A*

323.14 más prudente ni más *A* : más prudente que él ni más *B*

323.19 con palabras humildes *B* : con cartas humildes *A*

324.3 el uno en el Ducado *B* : el uno con el Ducado *A*

324.20 le dio gusto y cada uno se fue a donde le dio gusto y tornó el partido *B* : le dio gusto y tornó el partido *A*

325.11 Mondidier *B* : Mendidier *A*

326.6 la artillería algunos días a los cuales *B* : la artillería a los cuales *A*

326.7 los de afuera *A* : los de fuera *B*

326.8 solo se sustentaron *A* : solo se sustentaban *B*

326.13 se tuvieron *B* : se detuvieron *A*

326.16 y Douay *B* : y adouay *A*

326.17 de Douay *B* : de Deuay *A*

327.4 Juan de Fou *A* : Joan de Fou *B*

327.13 querido jurarle fidelidad *B* : querido guardarle fidelidad *A*

327.23 de Cerisay *B* : de Cesarisay *A*

328.1 sesentamil escudos *B* : sesentamil ducados *A*

329.21 a Perona *B* : en Perona *A*

331.3 le dijeron *B* : le dijeren *A*

331.3 no se resolvía *A* : no se reolvió *B*

331.21 los tratarían *B* : les tratarían *A*

333.6 y a pedimiento *A* : y a pedimento *B*

333.14 desta propia *B* : de su propia *A*

334.13 de la Marcha *B* : de la Marca *A*

334.15 y el Cançiller *A* : y al Cançiller *B*

335.1 de Potiers *A* : de Putiers *B*

336.14 las cargaban *A* : los cargaban *B*

336.15 en cierto pleito *B* : en cierto tiempo digo pleito *A*

337.1 que cierto *A* : que lícito *B*

337.6 había que decía que cualquier persona que fuese contra los privilegios y que según uno que entre los demás habría que decía *A* : había que decía *B*

337.8 ellos habían *B* : ellos habrán *A*

337.15 para su provecho *B* : para su tiempo digo para su provecho *A*

337.19 dellos mismos *B* : de los mismos *A*

337.23 en manos de *B* : en mano de *A*

338.22 y Señorío *B* : y Señoría *A*

339.1 más antiguos *A* : más antiguos *B*

340.2 causa dexo *B* : causa dezo *A*

340.3 la promesa *B* : las primesas *A*

340.13 a quitar y poner *B* : a poner y quitar *A*

341.13 en toda la *A* : en la *B*

341.15 muchos buenos cristianos *B* : muchos cristianos *A*

343.3 y la de *A* : y de *B*

343.5 particular con los esguizaros *A* : particular en particular con los esguizaros *B*

344.1 de Asia y África *B* : del África y Asia *A*

344.6 los Serracinos *B* : los Sorraçinos *A*

344.6 hay partes en la cristiandad que hacen otro tanto aunque es verdad que *A* : hay partes en que *B*

344.7 por lo *B* : por la *A*

344.10 no ha estudiado *A* : no he estudiado *B*

344.16 peor porque *B* : pero que *A*

344.18 hombre que le empeora y cuando *A* : hombre y cuando *B*

345.2 lo saben *B* : lo sabien *A*

345.15 la voluntad debajo cuyo *A* : la voluntad del superior (esto se entiende al principio en su auctoridad debajo cuyo *B*

345.17 aflicciones *B* : aflixçiones *A*

346.2 ya a los *B* : y a los *A*

346.9 debajo de sombra *A* : debajo la sombra *B*

346.21 no queda por falta de hacer *B* : no queda por hacer *A*

346.22 y de valor *B* : y de vales *A*

346.23 fuerte le ponen *A* : fuerte lo ponen *B*

346.24 les sustente *B* : les sustento *A*

347.2 a sus antecessores *B* : a sus ynterçesores *A*

347.12 pelan de *A* : pelean de *B*

347.18 mujer o hija *B* : muger e hija *A*

348.6 son más temidos *B* : son más tímidos *A*

348.18 la mayor *B* : por la mayor *A*

349.2 de sus *A* : de los *B*

349.2 que ningún otro *B* : que ninguno otro *A*

349.11 y servido dellos *B* : y temido dellos *A*

351.21 de decir a quien *A* : de decir de quien *B*

354.5 quien se ynformara *B* : quien se ynformaçiones digo quien se ynformara *A*

354.8 brevedad he llamado *B* : brevedad de llamado *A*

354.15 muchos rayçes *A* : muchos o rayçes *B*

357.20 del Reyno *A* : del Rey *B*

357.24 de pobreça *A* : de proveça *B*

357.25 de su hacienda *B* : de su estado y hacienda *A*

358.6 en nuestro tiempo *B* : en nuestros tiempos *A*

358.7 el rey de Ynglaterra *A* : el reyno de Ynglaterra *B*

359.10 que tal plaga *A* : que de tal plaga *B*

359.20 que se supo *B* : que supo *A*

360.5 adonde *A* : en donde *B*

360.12 no lo descubrió *B* : no descubrió *A*

360.15 hiço este *A* : hiçose este *B*

360.24 le levantó *A* : levantó *B*

361.1 yo entiendo *A* : entiendo *B*

361.9 navíos y con la *B* : navíos y con la y con la *A*

362.10 diriays *B* : diriades *A*

362.11 luego que hiço aquel cruel homicidio murió su muger algunos dicen que la hiço morir y no tenía *B* : luego que hiço morir y no tenía *A*

362.14 aún vivo *B* : un vivo *A*

362.18 en la cual *B* : en el cual *A*

362.21 casó con hijo *B* : casó un hijo *A*

363.4 de treçe a catorçe *A* : de treçe o catorçe *B*

363.4 en batalla *B* : en una batalla *A*

363.10 siguen *A* : sigue *B*

363.18 de Geldres *B* : de Goldres *A*

364.2 ya arriba quedan advertidas *B* : ya quedan advertidas *A*

364.21 como de otro *A* : como otro *B*

365.8 a pie toda la nobleça *B* : a pie toda la noche digo toda la nobleça *A*

365.10 despachar presto *A* : despachar luego *B*

365.15 al cañiller al *A* : al cañiller *B*



365.16 que ahora *A* : que agora *B*

366.17 el Rey *B* : al Rey *A*

367.4 que quisiera *A* : que si quiera *B*

367.11 el dicho Cleret *B* : el dicho Cloret *A*

368.21 tan fidedignas *B* : tan fidedinas *A*

369.19 ni ofenderle *A* : ni ofendelle *B*

369.20 el ynglés *A* : el de Ynglaterra *B*

369.22 bien procurara *A* : bien procuraba *B*

369.21 Duquesa de Borgoña *A* : Prinçesa de Borgoña *B*

370.21 tomado y *B* : guardado y *A*

371.9 en Gante *A* : en gente *B*

371.9 dudaba como habéys oydo *B* : habréis oydo dudaba *A*

371.12 deseaban mucho este *A* : deseaban este *B*

371.20 para echar digo *B* : para echar tantos Ganteses digo *A*

371.21 la madrastra *A* : la madastra *B*

371.21 y puesto *A* : y puestos *B*

372.4 madama Heliun *B* : madama deliun *A*

372.9 la alababan diçiendo que *A* : la alababan porque decían que *B*

372.11 se casara con *B* : se casara con el Rey digo con *A*

375.2 declarase delante de *B* : declarase de parte de *A*

375.7 su casa el duque *A* : su casa y el duque *B*

375.8 determinado en el *A* : determinado con el *B*

376.3 hay ninguna *B* : hay ningunas *A*

376.18 y si vive *A* : y assí vive *B*

377.1 como el reyno de *A* : como el Rey de *B*

377.16 escusaran los *A* : escusaran lo *B*

377.19 contentarse con lo *B* : contentarse en lo *A*

378.2 algunos dicen *B* : algunos diçe *A*

378.2 daño para sus *B* : daño de sus *A*

379.18 Guerras les han *B* : Guerras le han *A*

380.4 se ha arrepentido *A* : se ha repentido *B*

380.10 otra en fiestas *A* : y otras en fiestas *B*

380.15 del Condado de Borgoña *B* : del Ducado de Borgoña *A*

381.12 que llamaba *A* : que llamaban *B*

381.15 sus montañas *B* : sus montarias *A*

382.10 de donde *A* : de adonde *B*

382.18 lo supe *B* : lo supo *A*

383.2 así toda *A* : así todo *B*

383.4 conquista teniendo *B* : conquista detiniendo *A*

383.5 sacase *B* : sacaso *A*

383.20 para juntar *A* : para ajuntar *B*

384.3 que pudieron *B* : que podían *A*

385.8 aunque en cuanto *A* : en que en cuanto *B*

385.19 se hallaron *B* : se hallaren *A*

386.2 del palacio *A* : de palacio *B*

386.3 el pueblo *B* : al pueblo *A*

386.7 el arzobispo *A* : el obispo *B*

386.10 lo trajesen *A* : lo trujesen *B*

386.14 ynstante fueron *A* : ynstante eran *B*

387.3 gran dicha *B* : gran desdicha *A*

388.1 el autor *B* : el auditor *A*

388.6 el señor don Federico *B* : el señor Federico *A*

388.8 tocaba formar *A* : tocaba a formar *B*

388.9 buena orden *B* : buena orsen *A*

388.20 él no se podía *B* : él no podía *A*

389.4 la fue *A* : le fue *B*

390.1 y el de el Duque *A* : y el Duque *B*

390.13 no fuera *A* : no fue *B*

391.4 Arras *A* : Arraz *B*

392.5 a perder *B* : a pedir *A*

392.17 decirle *B* : deçille *A*

393.10 estatutos *B* : institutos *A*

394.4 y país era *A* : y país y era *B*

394.8 fortificada porque antes que el Rey tomase a Arras la villa era fortificada contra la *B* : fortificada contra la *A*

394.9 guardada *A* : gobernada *B*

394.15 se hablaba *A* : se habla *B*

395.9 le sobrevino *B* : le vino *A*

395.9 se hallaron *A* : se hallaban *B*

395.11 no dando *A* : no dándole *B*

395.11 se allegase *A* : se asomase *B*

396.1 lo hallé *A* : le halle *B*

396.7 las palabras *A* : algunas palabras *B*

396.22 hablan dellas *B* : hablar dellas *A*

397.2 de los médicos *B* : de sus médicos *A*

397.3 de haçerle *A* : de hacelle *B*

397.8 capaz *B* : la paz *A*

398.5 días que habían *B* : días habían *A*

398.16 y la habla *A* : y a la habla *B*

399.14 sobre un jergón *A* : sobre jergón *B*

399.14 muchos alrededor *A* : muchos al contorno *B*

399.23 soldados que *B* : soldados que ynvié digo que *A*

400.10 contó estas *B* : contó estas guerras digo estas *A*

400.12 y revelaçiones *A* : y rebeliones *B*

401.13 pero esto *B* : por esto *A*

401.17 que no era *B* : que era *A*

402.6 y las de *B* : y la de *A*

402.17 le servieran *A* : le servían *B*

402.18 estaba salvo *B* : estaia salvo *A*

402.20 posaba dentro *B* : posaban dentro *A*

402.24 pudiese *B* : pudiese tomar digo *A*

403.5 pero no sé *B* : pero sé *A*

404.12 en esta *B* : en esta esta *A*

404.18 en palaçio *B* : en el palaçio *A*

405.16 no les *B* : no le *A*

405.23 y otras *A* : y a otras *B*

406.2 a penas *A* : a pena *B*

406.10 a tomar *B* : a tomas *A*

406.11 las pagaba *B* : las pagaban *A*

406.19 le llevaron *A* : le llevaban *B*

407.7 que tenía de casar *B* : de çasar *A*

408.8 capitán muy *A* : capitán y muy *B*

408.9 la frontera *A* : las fronteras *B*

408.14 que començaban *A* : que empeçaban *B*

409.5 pobreça *A* : probeça *B*

409.7 adonde *A* : donde *B*

409.16 otras *B* : a otras *A*

409.20 le da vida *A* : le daba vida *B*

409.21 parte el Rey *A* : parte por otra el Rey *B*

410.23 prometido *B* : tratado *A*

410.24 la prometió *A* : le prometió *B*

411.13 en reçibir *A* : a reçibir *B*

411.18 en Ynglaterra *A* : a Ynglaterra *B*

412.9 España estaba en paz *B* : estaba en paz España *A*

412.14 embajadores en Alemania los esguigaros le obedecían como vasallos y el Rey *A*  
: embajadores el Rey *B*

412.20 a decir *A* : decir *B*

412.20 con otras muchas *A* : con muchas otras *B*

414.19 la muerte *B* : la suerte *A*

415.6 hubiera lugar *A* : tuviera lugar *B*

415.8 que han sucedido *A* : que habían sucedido *B*

415.14 buen entendimiento y acuerdo *A* : buen acuerdo y el entendimiento *B*

415.15 le quitaba *B* : le quitaban *A*

415.20 será bien *A* : sería bien *B*

416.1 que por cualquiera *A* : que cualquiera por *B*

416.10 de su persona *A* : su persona *B*

417.8 le escuchó *A* : la escucho *B*

417.13 y entre *A* : entre *B*

417.14 y que *A* : que *B*

417.20 destruydo *B* : destruyda *A*

418.18 venido de acompañar *A* : venido acompañando *B*

418.19 y hallarse *A* : y a hallarse *B*

418.20 muy buenas *A* : buenas *B*

418.21 al patio *A* : al palacio *B*

420.2 por tiempo de ocho meses *B* : por ocho meses *A*

420.8 le pusieron *A* : lo pusieron *B*

420.9 a ynventor *A* : ynventor *B*

420.12 en los pies *A* : en las piernas *B*

421.1 sería muy *A* : dezían muy *B*

421.16 abierta los cuales *A* : abierta a los cuales *B*

421.17 dichos Revelines *A* : dichos Revellines *B*

421.24 el patio *A* : el palacio *B*

422.7 y yba *B* : yba *A*

423.3 ni privados *B* : ni criados *A*

423.23 hiço tanto sentimiento *B* : hiço sentimiento *A*

423.25 tantas a su *A* : tantas mugeres a su *B*

424.3 era tanto el disgusto *B* : el disgusto era tanto *A*

424.5 en el mal *A* : en mal *B*

424.6 algunas veçes tan *B* : algunas tan *A*

424.8 tan açertado *A* : tan ajustado *B*

424.10 de adonde *A* : de donde *B*

424.14 sus propios vasallos *B* : sus vasallos propios *A*

425.5 y todos *A* : y todo *B*

425.5 de alrededor *A* : de alderredor *B*

425.6 solo un *A* : un solo *B*

425.14 era suyo *A* : era suya *B*

425.14 la que *A* : lo que *B*

425.15 con la hija *B* : con hija *A*

425.24 el señor *A* : y el señor *B*

426.2 hacía a tanta gente que tenía de *A* : hacía a tan grande de *B*

426.2 gran pena *B* : tanta pena *A*

427.8 y poner *B* : y pone *A*

427.9 tuvo y a *B* : tuvo a *A*

427.11 de llegar a cumplir *A* : de cumplir *B*

427.22 le hacía *A* : le hacían *B*

428.3 que ya están *A* : que están *B*

428.11 les pagaba *A* : le pagaba *B*

430.4 lo hizo *B* : le hizo *A*

430.15 se siguieron *B* : se seguían *A*

430.21 sabría cosas *B* : sabrían cosas *A*

430.23 fuego voluntariamente *A* : fuego que accidente que donde hay poder prende mucho, y es poner fuego voluntariamente *B*

431.1 e ynquietudes *A* : y ynquietudes *B*

431.2 de los de Orleans *A* : los de Orleans *B*

432.11 ni al mundo *B* : y al mundo *A*

432.13 apoplegia *A* : aplopegia *B*

432.20 y la Bolonia *B* : a Bolonia *A*

433.3 de mandarlos *B* : de mandarlo *A*

433.7 conocí *A* : conocía *B*

433.21 los señores y perlados *B* : los perlados y señores *A*

433.22 y los que *B* : y lo que *A*

434.8 joyas *A* : y joyas *B*

- 435.8 su fisonomía *A* : su fisiología *B*
- 435.8 de gran *B* : de Grande *A*
- 435.9 de gran *B* : de muchas *A*
- 435.17 archipiélago *A* : archipiélago *B*
- 435.20 con los *A* : contra los *B*
- 436.1 los mayores *B* : los mejores *A*
- 436.1 de mayor *A* : de mejor *B*
- 436.11 hombre *B* : home *A*
- 436.12 se le volvía *A* : se volvía *B*
- 436.20 para hacer *B* : para haber hecho *A*
- 437.2 de tan grandes hombres en tan breve tiempo *B* : en tan breve tiempo de tan grandes hombres *A*
- 437.4 prolongando *A* : prologando *B*
- 437.19 tienen horror y huyen *A* : huyen y tienen horror *B*
- 437.24 Luis Onçeno (muerto) *A* : Luis Onçeno *B*

---

<sup>i</sup> La edición francesa lee *Escuyer Trenchant*, mientras que la edición veneciana de 1559 lee *Scudiere trinciante*.

<sup>ii</sup> Numeración duplicada.

<sup>iii</sup> Probablemente se refiera al Rey y no al duque, por tanto, es un error común en ambos manuscritos.

<sup>iv</sup> En el folio 172r hay una nota en el encabezado de página que pone: *no hay 171*.